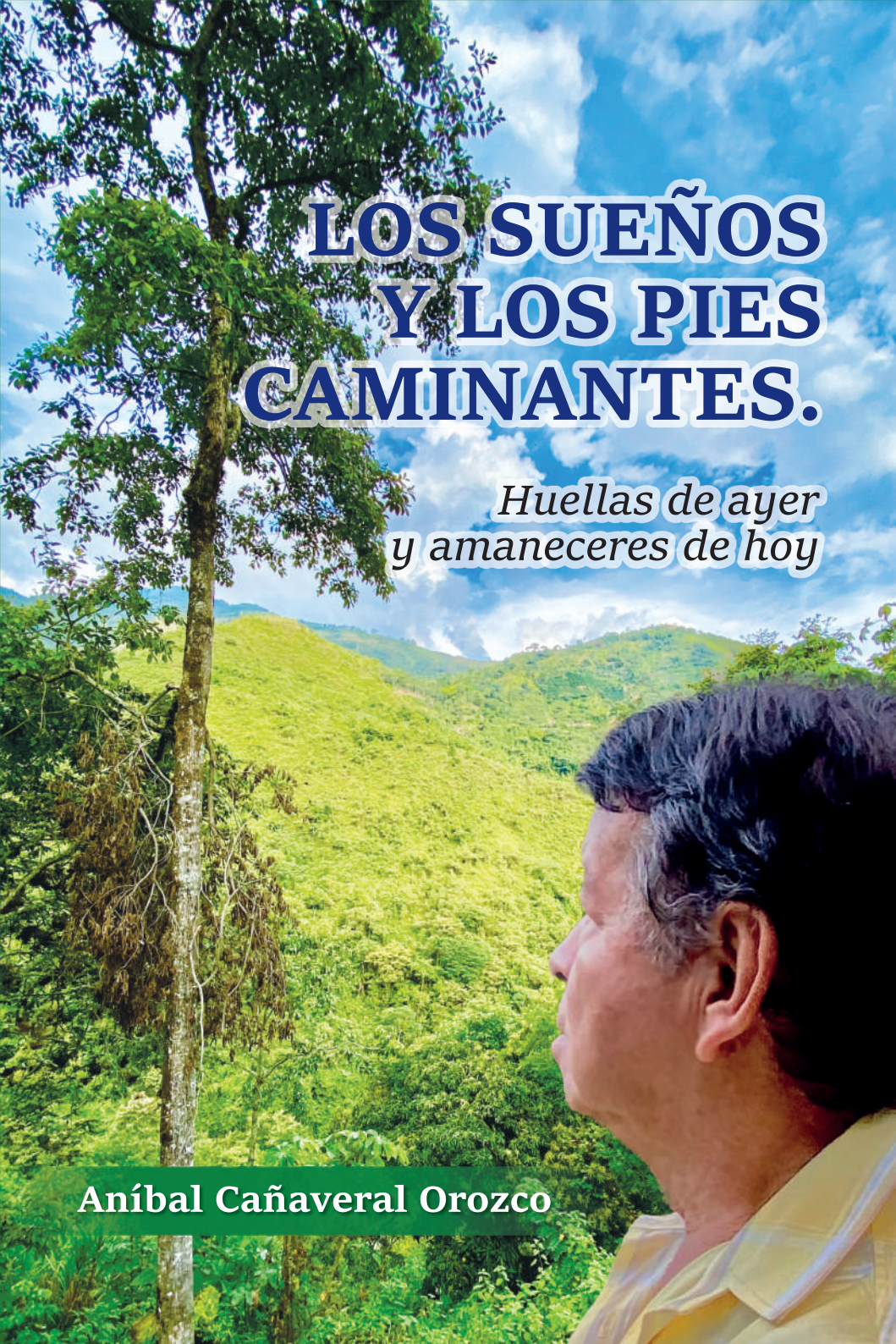
LOS SUEÑOS
Y LOS PIES
CAMINANTES.
Huellas de ayer
y amaneceres de hoy
Aníbal Cañaveral Orozco

LOS SUEÑOS Y LOS PIES CAMINANTES.

Huellas de ayer y amaneceres de hoy

Aníbal Cañaveral Orozco

Medellín

Noviembre de 2023

LOS SUEÑOS Y LOS PIES CAMINANTES.
Huellas de ayer y amaneceres de hoy

Autor: Aníbal Cañaveral Orozco
balveralozco@gmail.com
311 731 24 22

ISBN: 978-628-01-1553-5

Fotografía de portada: Alejandra López López

Diseño de carátula: Efraín Ferrer de la Torre

Diseño, impresión y acabados
COOIMPRESOS
604 448 39 55 312 259 4574
@Cooimpresos · www.cooimpresos.com

Primera edición: noviembre de 2023

Esta publicación no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN 11

INTRODUCCIÓN 21

CAPÍTULO I
VIVENCIAS Y CONTEXTOS
DE LA VIDA TEMPRANA 25

La hermosura de la Tierra: cuna del nacimiento 26
La familia biológica y extendida 31
La sociabilidad familiar y vecinal 34
Los miedos tempranos y los prejuicios paralizantes 37
El cristianismo católico nos llegó a caballo 38
La «Alianza para el Progreso» vino en la leche y los gusanos 43
Un niño campesino en la ciudad 45

CAPÍTULO II
LA HUMANIDAD VECINAL, POLÍTICA,
ECONÓMICA, SOCIAL Y CULTURAL 49

Testimonios impactantes 50
Un joven en búsquedas de organización 55
La Acción Comunal como escuela del liderazgo comunitario 56
La enfermedad crónica de los colores 59
La sobrevivencia económica 63
La experiencia de escarbar, sembrar, cuidar y cosechar 64
La universidad de la vida en los periódicos 67
La sacramentalidad de la formación: la radio, la lámpara,
la vela y la distancia 68
El saber autodidacta en la organización 70
La influencia de la Acción Cultural Popular 73
El desarrollo y el progreso del desprogreso 79
«El día del campesino»: Historia de una alienación 86

CAPÍTULO III
LA HUMANIDAD MISIONERA, LAICAL Y TEOLÓGICA 89
El contexto sociohistórico de la década del 80 90
El Campamento Misión 94
La mística y la espiritualidad que nos acompañó 101
Huellas laicales y misioneras 102
El difícil camino del laicado 110
Un soñador caminante en las Comunidades Cristianas Campesinas 114
Vivencias en las cercanías y lejanías de las CCC 119
El caminar cercano a las CEBs 130
Contactos y amistades teológicas, pastorales e institucionales 135
Los sueños y los pasos en el Grupo del Nus 139
Las consultas teológicas de CETELA 143
Los sueños y los pies caminantes en la Mesa Ecuménica por la Paz 146
Diálogo interreligioso, intercultural, interespiritual y ateo 148
El Grupo Signos de Vida 150

CAPÍTULO IV
DÍAS Y NOCHES DE LECTURA, ESTUDIO Y ENCANTAMIENTO BÍBLICO 153
La chispa bíblica que ardía y no se apagaba 154
La misión viajera por diversas geografías 156
Días de ensueño bíblico y misionero 156
La primavera bíblica del Curso Intensivo de Biblia (Colombia) 158
Fundación y experiencia del Colectivo Ecuménico de Biblistas – CEDEBI 162
Los Encuentros Nacionales Ecuménicos de Experiencias Bíblicas 166
El espacio y los encuentros de RIBLA 167
La Semana de Lectura Campesina de la Biblia 170
La primera escuela bíblica campesina (Montebello – Santa Bárbara – Antioquia) 171
Vientos bíblicos hacia el sur del país 172
El viaje a caballo por el Piedemonte Llanero 175
Buses, chalupas, canoas y caballos en Guaranda 176

Los encuentros claretianos de la Lectura Campesina de la Biblia 178
La escuela bíblica de Caldas, Antioquia 180
El vuelo hacia el Pacífico colombiano 183
La escuela bíblica de San Antonio, Tolima 184
La misión bíblica en Alejandría 186
La escuela bíblica femenina en Concepción, Antioquia 187
La escuela bíblica Cantares en Medellín 189
La escuela bíblica La Gabriela 190
Los talleres bíblicos en tierras bolivianas 191
En el corazón del Movimiento Bíblico del Perú 192
La escuela bíblica campesina de Barbosa, Antioquia 193
En el Centro Bíblico Claretiano de Costa Rica 194
La escuela bíblica de San Bernardino en Bosa 195
La larga travesía aérea a Puerto Leguízamo, Putumayo 197
Mingas bíblicas y amistades institucionales 198

CAPÍTULO V
LOS VUELOS DE LATINOAMERICANIDAD MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS COLOMBIANAS 205

En el país de las Comunidades Eclesiales de Base 206
Pinceladas de cotidianidad por tierras brasileñas 209
Rumbo a Ronda Alta: una sociedad más cerca del sueño de Dios 218
Las alturas bolivianas 225
La acogida fraterna en Naña, Perú 226
El vuelo hacia Cochabamba, Bolivia 227
En busca de los Teques, Venezuela 229
En las Cataratas de Iguazú 230
La belleza del Cotopaxi, Ecuador 231
El deslumbrante Canal de Panamá 235
Pasos investigativos en Río de Janeiro 237

CAPÍTULO VI
LA BÚSQUEDA DE LA EDUCACIÓN FORMAL Y ACADÉMICA 239

La escuela primaria como el primer peldaño 240
El bachillerato por radio 240

La validación en el Instituto Ferrini de Medellín 242
En procura del espacio de PROMESA en Medellín 243
En la Universidad Bíblica Latinoamericana (UBL),
en Costa Rica 247
Primeras y recientes presentaciones en la Javeriana..... 252
La acogida como docente en el SBMC..... 254
La docencia y la investigación en la Uniclaretiana..... 255
Invitación y ponencia en Congreso Internacional de Unicatólica 258
La incertidumbre e inestabilidad académica, laboral y vital 259
De Puerto Asís a Sibundoy, Putumayo 260
En las tierras de Ocaña y el Catatumbo 262

CAPÍTULO VII
LAS PARADOJAS METAFÓRICAS EN LOS CAMINOS
DE LA VIDA..... 265

La metáfora de la cerca de alambre 266
La metáfora de la casa de zinc 267
La metáfora del ajuste de cuentas..... 268
La metáfora de la vaca lechera 269
La metáfora de la bolsa plástica..... 271
La metáfora del libro..... 273
La metáfora del título..... 275
La metáfora de la fobia laical 277
La metáfora del visado..... 278
La metáfora de la planta de banano silvestre..... 279
La metáfora del cultivo de yuca..... 280

CAPÍTULO VIII
CRÓNICA DE LA HUMANIDAD DIVERSA,
ECUMÉNICA Y UNIVERSAL..... 281

Extranjeridad y movilidad humana..... 282
La pasión de leer y escribir..... 285
La carta de las cartas..... 288
El andar cauteloso en las tierras colombianas 291
Jalones conclusivos en mis sueños y pies caminantes..... 296
Las causas humanas, diversas, ecuménicas y universales 299
Enfrentar las urgencias para seguir soñando y caminando 301
El epílogo de este relato vital y existencial..... 304

CAPÍTULO IX
ECOS TESTIMONIALES EN EL CAMINO 307
Los caminos con ramales (Yolanda Barrera) 308
Pies caminantes (Marta Eugenia Pérez) 310
Caminos de esperanza (Afrania Mejía) 312
Experiencias de solidaridad o "caminante, no hay camino sino al andar" (Mónika Germann) 314
Anibalito… ¡¡¡60 años y un espacio vital!!! (Lucio Rubén Blanco Arellano) 318
Experiencia de vida (Ofelia Bedoya) 320
Una conexión con mis raíces campesinas (Rosa Elvira Collazos) 322
Mis Recuerdos sobre Aníbal Cañaveral (Luz Dary Guerrero Ramírez) 325
La vida de un docente que enseña la Biblia desde su Hermenéutica Campesina (Guillermo Bohórquez Rincón) 330
De Freire a Cañaveral (Luis Carlos Galeano) 332
Poder seguir "andando en el encanto de la Palabra" (Giselle Zamora Arroyo) 335

CAPÍTULO X
LAS PULSACIONES INTERPRETATIVAS 337
¿Cómo se hace un teólogo popular? (Fernando Torres Millán) ... 338
Piel que mira y escucha (Josefina Caviedes) 341
"Caminante son tus huellas el camino…" (Carlos Mario Vásquez) 344
Aníbal Cañaveral: Una Teología del Sol y de la Tierra (Juan Esteban Londoño) 347
Encuentro de hermanos por la búsqueda de la dignidad campesina (Conrado Valencia Vahos) 354
Aníbal Cañaveral, padre de las hermenéuticas específicas latinoamericanas y de la hermenéutica campesina de la Biblia (Agustín Monroy Palacio) 358

PRESENTACIÓN

Alfredo Ferro Medina, S.J.

Para comenzar esta presentación, quiero ante todo agradecerle a Aníbal, hermano, amigo, compañero y confidente, el que me haya pedido que le haga la presentación de esta autobiografía que se atrevió a escribir y que lleva un buen tiempo "armándola", tal como una obra de arte, hasta que por fin la ha dado a luz. Cuando iba leyendo los diversos capítulos del texto, una de las cosas que me impresionaba era constatar la memoria prodigiosa que tiene Aníbal al darse el lujo de citar infinidad de nombres de personas que han pasado por su vida, lo mismo que de acontecimientos con pelos y señales, que tienen para él un especial significado. De cada lugar, bien contextualizado en general, o de cada nombre se desprenden momentos particulares y rostros específicos que Aníbal resalta y que están muy vivos en su remembranza, cada uno de ellos importante para el tejido que va entrelazando. Son tantos y por ello, la pregunta que me hacía naturalmente es por qué Aníbal me pidió esta tarea no fácil, sabiendo que muchos de ustedes que seguramente están leyendo este texto y posiblemente otras personas, perfectamente lo hubieran podido hacer mejor que yo. Seguramente Aníbal, como ustedes percibirán a lo largo de la lectura del texto, consideró que he sido alguien que desde los años 80, es decir, desde hace más de 40 años, hemos estado vinculados y por lo mismo, nos hemos acompañado de cerca y en la distancia. Gracias Aníbal. Sinceramente no me siento digno y por favor ojalá tengas en cuenta, que no es humildad jesuítica.

Posiblemente la primera pregunta que nos podríamos hacer y que seguramente ustedes se harán como lectores de este texto, es el por qué Aníbal quiso escribir su autobiografía como otras personas que también lo han hecho, aunque no es algo muy común, ni son muchas. Se necesita mucha autoestima, coraje, humildad y una razón muy fuerte para entrar en esa aventura de contar la vida y milagros de uno. Me atrevo a afirmar que son varias las razones por las cuales un día Aníbal con esa retentiva prodigiosa que tiene, se decidió y atrevió a compartirnos lo que han sido los contextos o terrenos donde se ha movido, sus vivencias, sus amistades o bien como decíamos los hechos fundamentales que lo han rodeado en estos casi 70 años de vida con toda la riqueza que ello tiene. Presiento que hay un deseo de sacar a la luz algo que está oculto, invitación que nos hace Jesús en el evangelio y que es revelador y por lo mismo, da sentido a la vida en sus pormenores, que a simple vista pueden parecer banales, sin embargo, los detalles y minucias en la descripción son recurrentes. Probablemente Aníbal consideró que era necesario proclamar y dar a conocer una vida que, poseyendo una riqueza invaluable, ha sido un tanto convulsionada y llena de tensiones y que, por ello mismo, tiene valor de memoria subversiva y más en el caso de la historia de un hombre como Aníbal. Allí están también muchos otros y otras campesinos-as como él con quienes él se solidariza y los tiene muy presentes en la introducción, aquellos que no han sido visibilizados y, por el contrario, son borrados, olvidados, negados, ignorados y desconocidos. Esas y otras razones posiblemente han impulsado a Aníbal a regalarnos este texto de profunda humanidad.

Hay en todo el relato de Aníbal un sin número de símbolos y señales claras que atraviesan una historia apasionante. En el acontecer de los pasos que Aníbal va dando poco a poco, hay nostalgia de objetos, de momentos, de personas, de ideas, de discursos, de lugares, de espacios de encuentro que marcaron su existencia y que se convierten en la verdadera sacramentalidad

de la vida, que desafortunadamente la sociedad de consumo y el sistema vigente no reconoce y desprecia. Por ello, es conveniente ir al detalle, a lo particular, a lo simple, a lo banal, a lo no apreciable, a lo fugaz, a lo insignificante, para descubrir en todo ello sentido y razón de ser, yendo más allá de grandes proyectos o de ilusiones.

Lo más valioso en el reconocimiento de Aníbal, es el orgullo que él siente de sus raíces campesinas y de su entorno familiar, natural y cultural. Aníbal valora la siembra para comer y no para acumular o negociar reivindicando el "pancojer" o del trueque o economía solidaria que en gran parte se ha perdido, algo tan propio del mundo campesino y que nos produce una profunda nostalgia. Un contexto rural complejo con exclusiones, limitaciones, vacíos y olvidos y donde la lucha por sobrevivir es permanente. Sociedad tradicional, religiosa y católica donde la familia tiene una gran preponderancia y donde las mujeres, las siempre olvidadas y no reconocidas tienen un papel predominante como son su mamá, sus tías, su hermana, sus compañeras y sus amigas que influyen notablemente en su ser.

Hay grandes cualidades en la persona de Aníbal, su memoria prodigiosa, su capacidad de escucha, su profunda humildad, su afición a la lectura desde muy niño, su condición de hombre contemplativo, de reflexión y observación, su liderazgo en su familia y comunidad y en medio de los jóvenes, pero, sobre todo, Aníbal ha sido un rebelde con causa en la lucha contra toda injusticia, de la que es un testigo privilegiado desde su nacimiento. Son también llamativos sus miedos, la timidez que lo caracteriza, hasta lo llamaron de "hombre flojo y apocado". La experiencia le enseñó a ser prudente, estratégico, cauteloso, prevenido y hasta desconfiado.

Las pérdidas que marcan la vida de Aníbal y que son reveladoras de las circunstancias que le tocó vivir, algunas de ellas afectivas,

como fueron las muertes de sus hermanos, las de la madre y el padre, o físicas, como el dedo que perdió, su audición sin un oído y con el 60% del otro, de formación o de estudio como el puesto no alcanzado en la escuela en la ciudad de Medellín a donde llegó o en las dificultades que experimentó para sacar su formación secundaria o bien de tipo laboral, donde al salir de uno u otro trabajo, ha quedado en el aire al amparo de la mano solidaria, testigo de la providencia divina en la que él cree firmemente. Aníbal es el típico hombre que ha vivido en la intemperie, nunca en la zona de confort y ahí reside también su fe profunda en medio de una sociedad donde el deseo de lo seguro y de la estabilidad que es tan importante. Nuestro amigo Aníbal, ha vivido en la incertidumbre y en la inseguridad económica y laboral y ello es algo que ha sido permanente, pues soy testigo de ello desde que lo conocí.

La necesidad de formarse desde niño siempre fue algo obsesivo en el buen sentido para Aníbal, ya que él ha sido consiente de que su crecimiento personal como su aporte a las comunidades, a la sociedad y a la Iglesia, dependía en gran parte de su formación, la que ha buscado como todo un guerrero, a pesar de los obstáculos familiares, geográficos y financieros que ha tenido a lo largo de sus años. Un ejemplo claro en todo ello, es el constatar que Aníbal solo logró terminar su bachillerato por radio a los 49 años en un esfuerzo sobrehumano, pues su condición económica no se lo permitió. El haber alcanzado un grado universitario ha sido para Aníbal un gran triunfo personal, que le ha significado innumerables sacrificios y que respondió a las sabias palabras de su mamá cuando en el lecho de enferma le dice: “hijo, siga adelante con el estudio”.

Aníbal en su escrito es un crítico acérrimo del capitalismo y de su hijo el neoliberalismo y la sociedad de consumo que el sistema produce y no es para menos. Una crítica mordaz por la concepción de lo que se ha entendido por progreso y desarrollo

y los efectos de la modernidad y la globalización con los efectos de la tecnología.

Me llama la atención el título que Aníbal le ha dado al texto que nos entrega y quisiera detenerme un poco en algunas de las palabras que lo guardan, tales como: sueños, pies, camino, ayer y hoy en medio de los amaneceres. Aníbal al retomar su historia y los hechos fundamentales que lo acompañaron, vuelve su mirada al pasado, a su niñez marcante, a su familia, a su entorno popular, a sus raíces religiosas y campesinas y por ello, se sitúa en el ayer para darnos a entender que no podemos olvidar de donde fuimos forjados y de la importancia que ello tiene en el ser y el quehacer de cualquier existencia. Sin embargo, esa mirada al pasado no es para quedarse allí, sino para proyectarse a nuevos amaneceres que darán sentido a la vida y a lo que fue encarnando lenta y armoniosamente. Es un camino, con los pies descalzos de un campesino al contacto directo con la tierra y con raíces muy hondas. Es un proceso y por ello, son los pies los que le permiten dar los pasos de un peregrino siempre a la búsqueda de una verdad o de una utopía realizable, que siempre se aleja y, sin embargo, el sueño o bien la esperanza ahí están, aunque tambalean. Aníbal es un hombre inquieto, impaciente, desazonado y preocupado por la suerte de los suyos y, sobre todo, un hombre profundamente crítico y desconfiado de lo que nos venden en una sociedad como la nuestra, profundamente injusta y excluyente.

Aníbal tiene algo que podemos descubrir entre líneas y de manera explícita en su relato y es su profunda fe en el Dios de la vida, en el Dios de la historia, en el Dios que se revela en Jesús y a él se confía y todo ello, a pesar de las frustraciones que le producen diversas personas, los líderes o lideresas sociales, las organizaciones de base, los movimientos sociales, los partidos y la institución eclesial con sus estructuras y prácticas. En ese caminar, Aníbal hubiera podido desistir de su fe al tener que

enfrentarse a unos muros inexpugnables, a unos sin sentires de lo establecido, al rechazo a su ser campesino, a las puertas que se le cerraban y a todo lo que le ha impedido salir adelante en muchos proyectos personales, comunitarios y sociales a los que le apostó y le seguirá apostando. Sin embargo, es una fe y un anhelo que alimenta principalmente de la Sagrada Escritura en su sabiduría, la que aprendió a arañar y en la que descubrió un alimento que nunca muere como el pan de vida que el Señor nos ofrece.

Aníbal está convencido que la mística y espiritualidad son la base de las luchas de nuestros pueblos y aunque puede ser una afirmación fácil de decir, no necesariamente es lo que caracteriza a muchos cristianos militantes comprometidos por los cambios sociales, económicos, políticos, ambientales y estructurales. Los mártires como Jaime Restrepo o Bernardo López, muy cercanos a Aníbal, como muchos otros y otras, especialmente en tierra latinoamericana, están muy presentes en su vida como verdaderos testigos de fe y de compromiso y seguramente, son personas que lo han guiado y marcaron profundamente en su honda espiritualidad.

Algo que me llama mucho la atención a lo largo del texto, es la lucha incansable y permanente de Aníbal contra las fuerzas contrarias a la vida, contra todo aquello que impide los cambios y las transformaciones necesarias en el día de hoy, sea al interior de cada uno de nosotros, de nuestras comunidades, de nuestra sociedad, de nuestras instituciones y de nuestra Iglesia. Es una lucha consciente y permanente, la cual nunca decayó y a la cual Aníbal nunca renunció, pues es algo vital y en el fondo, es lo que le da sentido a su existencia.

El deseo de construir una sociedad justa, fraterna e igualitaria como uno de los sueños de Aníbal, pasa necesariamente a través de los vínculos que él y sus compañeros-as y amigos-as de

camino han tenido con las organizaciones sociales y políticas locales, regionales o nacionales ligadas al campo. Siempre ha sido un hombre que ha acompañado las luchas de estas organizaciones y ha estado atento a lo que pudieran proponer o desarrollar, a pesar de que nunca haya estado asumiendo cargos o directamente responsable en sus cúpulas como organizaciones. Tristemente los resultados de dichas organizaciones sociales y políticas han terminado siendo una de las mayores frustraciones que vivió Aníbal y más concretamente cuando la ANUC u otras propuestas organizativas desde el campo no fueron significativas y alentadoras.

Vale la pena una palabra sobre la Iglesia en que Aníbal sueña, la Iglesia que quieren los pobres, título de uno de sus textos más preciosos, escrito hace unas décadas y aún vigente, la que seguramente no podrá ser una realidad cercana y próxima para muchos de nosotros, pues a decir verdad, son muchas las limitaciones, sombras, impedimentos, prácticas sin sentido, autoritarismo, clericalismo y en el fondo, una gran falta de libertad que nos hace mucha falta y a la que nos llama el evangelio, a lo que desgraciadamente no hemos atendido por estar demasiado distraídos en lo que no es lo esencial.

Han sido diversos y variados los enemigos o contradictores, por lo demás, bien identificados en su escrito a través de los diversos acontecimientos que Aníbal ha enfrentado y que desafortunadamente son individuos o instituciones que no descansan en truncar los sueños o los nuevos horizontes de los más pobres y excluidos y particularmente de los hombres y mujeres del campo. Aquí una mención a un personaje nefasto en nuestra Iglesia colombiana, latinoamericana y universal, como fue el Cardenal Alfonso López Trujillo, que tanto mal nos hizo y le hizo a la Iglesia y particularmente a la antioqueña, persiguiendo todo lo que olía a oveja o a tierra expropiada y ensangrentada, nicho de Aníbal, donde trabajaron pastoralmente

sus grandes formadores, maestros y amigos como fueron los sacerdotes del Nus, perseguidos y olvidados. Todo ello que da tristeza y rabia en medio del sentimiento que podamos tener y más cuando nos atrevemos como Aníbal a hacer una lectura crítica de los procesos eclesiales. Son innumerables frustraciones en la historia de Aníbal y a pesar de ello, confieso que nunca le he visto actitudes de rencor, resentimiento u odio. Por el contrario, sin debilitarse, han sido muchas las semillas que Aníbal ha sembrado y sigue sembrando en la búsqueda de un nuevo modelo de Iglesia. Aníbal es testigo del sinnúmero de personas que se comprometieron y que siguen firmes en este interminable camino eclesial. Tal vez hoy, más que nunca, se abre una esperanza y una oportunidad excepcional en lo que ha significado el Papado de Francisco y el proyecto de sinodalidad eclesial, su gran legado.

Un capítulo especial en toda la historia de Aníbal es su vínculo con el movimiento bíblico latinoamericano. Aníbal bebió de un sabio exegeta como es Carlos Mesters con sus círculos bíblicos y su hermenéutica tan propia y original, como de otros biblistas, entre ellos los que estuvieron muy cerca de él en Costa Rica como Pablo Richard o Elsa Tamez, quien fue la persona que lo acompaña en su tesis y en su lucha por sacar adelante su grado. Aníbal, al adentrarse en la lectura de la Sagrada Escritura, no ha leído la realidad desde la mirada de los fariseos y saduceos y sí, desde la práctica de Jesús y esencialmente desde una lectura popular y campesina de la Biblia, donde él es un maestro. Aníbal siempre ha sostenido una tensión permanente entre la lectura popular y su fidelidad a la misma con lo que le imponía y dictaba la academia, que en muchas ocasiones se distrae del verdadero sentido de su función al servicio de la verdad, la justicia y la fraternidad. Su reconocimiento al movimiento bíblico y ecuménico en el que estaba impregnado el CEDEBI, con el cual Aníbal se comprometió durante varios años, también ha sido primordial en la experiencia religiosa y de fe de Aníbal,

siempre abierto y libre frente a cualquier dogmatismo o cerrazón. Aníbal, por otro lado, en este caminar bíblico de América Latina, ha sido un migrante y viajero frecuente, especialmente por los países de Latinoamérica y fue gracias al papel que ejerció desde la secretaria ejecutiva del CEDEBI, que ciertamente le mostró otras realidades y lo enriqueció notablemente.

De otro lado, la teología de la liberación ha sido para Aníbal su marco teológico y la gran maestra que lo ha acompañado durante muchos años, pues en su opción por los pobres y en su lectura desde la realidad concreta y específica de la vida de nuestros pueblos, nos ha hecho transparente la relación fe-vida. Dicha teología, ha sido fundamental para Aníbal y a quienes lo acompañamos en lo que soñamos como ha sido la construcción de un modelo de iglesia propio. Sin embargo, algo interesante en todo este campo de la teología donde se ha movido Aníbal es que él ha sido un hombre libre sin techo institucional teológico.

Afortunadamente, Aníbal a lo largo de su vida ha tenido amigos-as, compañeros-as y, sobre todo, lo que podríamos llamar padrinos o personas que lo apoyaron significativamente, entre ellos, varios sacerdotes que reconocieron siempre a Aníbal y valoraron sobre manera tanto su persona, su compromiso permanente, como sus reflexiones y análisis que se hicieron vivos en sus artículos o libros[1]. También ha tenido Aníbal instituciones o entidades en las que se ha amparado y que le ofrecieron soporte y espacio para poder expresarse, manifestarse o trasmitir su profunda sabiduría, en especial, resaltaría el apoyo

1 Libros y artículos entre los más destacados: La carta a Filemón. Una respuesta a las ansias de libertad, Andar en el encanto de la Palabra, Diálogo de saberes en artífices, entradas, llaves y claves, Siervos, talentos, usuras y resistencias. El campesino que complicó la parábola de los talentos, La teología en la vida de los pobres, Aportes para una lectura campesina de la Biblia. La Iglesia que queremos los pobres. El escarbar campesino en la Biblia, La paciente andanza de la mano de Dios a la luz de la primera carta de Pedro, La ecología que anida y palpita en las parábolas de Jesús, etc.

que le han dado en estos últimos años la Congregación de los Claretianos en el espacio universitario.

Aníbal no descansa y termina su autobiografía con lo que urge, con aquello que, si no asumimos y en lo que nos deberíamos comprometer, no podríamos llegar a los amaneceres en los que sueña. Se bate entre la vida y la muerte al aproximarse a los 70 años y nos deja un texto muy bello sobre esa realidad de tensión, que me permito transcribir para terminar mi presentación: *"Confieso, con la honestidad y la sinceridad a flor de piel, acerca de lo difícil que ha resultado escribir este Capítulo de despedida, cuando se siente la vulnerabilidad y la precariedad de la vida en las marcas del cuerpo que pierde de apoco sus brillos y destellos propios. Se contemplan, entonces, aquellas dos líneas existenciales de los procesos que desde la primera palpitación de la vida biológica fueron coexistiendo simultáneamente: la vida y la muerte. Por un lado, un ascenso sorprendente de la vida en humanidad como una manifestación del sentido último y definitivo de la VIDA. Por el otro, un proceso de muerte y decrecimiento continúo del cuerpo biológico, que se aproxima al instante de terminar de morir".* Junto con las urgencias, a mi manera de ver, este texto, es un llamado un tanto angustiante, es un pedido apremiante, es un grito imperioso para que despertemos del letargo.

Gracias Aníbal.

INTRODUCCIÓN

Para quienes de, alguna manera, apostamos la vida por una causa de humanidad, un día de cualquier época echamos a andar en procura de ese horizonte. Nos dispusimos a caminar por un camino que ya nos antecedía, porque otras y otros lo fueron demarcando en el tiempo, mientras andaban en procura de su causa, su sueño y su horizonte. Entonces, el camino es símbolo de muchas historias hermanas. El camino es metáfora, es motivo literario y es espejo de la existencia humana.

No se trata de la historia de los vencedores, de quienes la imponen como única verdad y única historia. Se trata, en cambio, de las historias de hombres y mujeres que luchan por otros mundos posibles y humanos. Historias anónimas, relegadas, estigmatizadas, negadas, condenadas y sepultadas de quienes han sido empujados (as) a sobrevivir y morir en el reverso de los mundos; en la opresión y represión de los Estados; en la exclusión de las sociedades; en la marginalidad de las Iglesias; en el anonimato, sin nombre, sin identidad y sin vida.

El camino es proceso en cuanto revela las huellas de la humanidad caminante. Así lo fui comprendiendo, viviendo e interpretando desde la condición de un niño campesino; luego un joven y después un adulto mayor. Sobre él vamos fijando nuestras pisadas, y al ir avanzando, van quedando marcadas

nuestras huellas, aunque haya fuerzas que busquen negar nuestros sueños, amarrar nuestros pies, destrozar nuestro andar y borrar nuestras pisadas; que busquen cortar nuestras alas y anhelos de libertad.

Los sueños y los pies caminantes son como una incesante pasión y placer de vivir y escribir, son el testimonio y la experiencia de muchos sueños y pasos andantes, entre ellos, los míos, los tuyos y los de los demás, sencillamente andantes por los senderos entrecruzados de la vida y de la historia. Hemos vivido y caminado desde la temprana edad. Quizás no sepamos cuántos kilómetros habremos recorrido y con cuántas vidas hermanas nos habremos topado, encontrado, abrazado y cruzado a lo largo del camino. A todas estas vidas humanas, las nombradas y las que la memoria no logró recordar, expreso todo mi agradecimiento.

Cuenta y vale la pena resaltar la dimensión colectiva que transpira en esta relectura de una vida después de los sesenta y nueve (69) años. No existen, con todo respeto, historias aisladas, sin un antes, que remite a la memoria de otras historias humanas. En el presente encontramos historias, que se van viviendo en el día a día, como expresión de espiritualidad que apuesta por la vida. Pero, tristemente, encontramos otras que apuestan por la muerte, a veces con apariencia de bondad y legalidad. Y hacía el futuro, encontramos otras historias que irrumpen del mismo pasado, para ser horizonte que empuja la vitalidad de la utopía.

En la sencillez y la humildad que he tratado de cultivar en la vida, quiero pedir perdón a quienes haya herido, ignorado, lastimado y ofendido. Pido perdón al Dios que ha acompañado mis sueños y mis pies caminantes, por no ser fiel, en muchos trayectos del camino, a su voluntad; por rehusar andar por otras sendas hermanas; por no sentir a veces la compasión y el compromiso con las personas más empobrecidas y excluidas.

En verdad que nuestra complejidad humana nos arropa y nos hace ser a veces y hasta simultáneamente ángeles irradiadores del bien y seres humanos acogedores de la mezquindad y la maldad.

He de compartir que este aporte expresa mis puntos de vista, limitados y parciales, respetuosos de muchos otros puntos de vista. Tiene como objetivos contribuir en lo social, lo eclesial, lo pastoral, lo popular, lo académico, lo bíblico, lo teológico y lo humano. Por razones del carácter público que tendrá este relato autobiográfico, en cuanto a respeto, cuidado y delicadeza con valiosas vidas humanas, me reservo abordar aspectos de las esferas de lo privado, lo íntimo y lo afectivo de la vida compartida en las tierras colombianas, latinoamericanas y caribeñas.

CAPÍTULO I

VIVENCIAS Y CONTEXTOS DE LA VIDA TEMPRANA

"*Vengo del campo, de la tierra mojada, fértil y agredida.*
De las entrañas de la mujer madre.
De la amistad campesina con la planta y el animal,
la piedra, el sol y la luna, del camino, el cielo y Dios…"
Así escribía, poéticamente, a comienzos de 1996,
rememorando y evocando la Tierra donde nací.

La hermosura de la Tierra: cuna del nacimiento

Vivíamos en Colombia los primeros años de la violencia política, aquella que ya había bañado de sangre y muerte las bellas tierras colombianas. En las laderas de una región antioqueña, antes de que asomara el sol en la lejana montaña, la mañana era sorprendida por el canto del gallo que activaba el ritmo de la vida campesina. Era un reloj viviente, encaramado en las ramas del árbol de mandarino, que cobijaba los alrededores de la casa. El sueño y la tranquilidad de la noche se confiaban a Dios y al cantar de este animal maravilloso, que despertaba puntualmente a la familia en las madrugadas. En los campos era costumbre madrugar a adelantar los quehaceres cotidianos, aunque en mi caso fue difícil «*soltar las cobijas*».

Entonces, asistíamos a la más bella y profunda liturgia de la creación. Se trataba del despertar de la vida en Dios. La diversidad de pájaros y aves de hermosos plumajes y cantos, daban inicio a la sinfonía litúrgica del amanecer. Era encontrarse ante un despertar lleno de vida y de encanto. Los animales correteaban por los alrededores de la casa campesina, irradiando la energía cósmica que les movía a las actividades cotidianas.

Una columna de humo se alzaba por encima de los techos de las primeras casas, proveniente de fogones de leña, cuidadosamente dispuestos por nuestras abuelas y madres, que madrugaban a cocinar los alimentos. Un ritual de cada día, orientado a la conservación y preservación de la vida familiar.

La vivienda ya revelaba la modernidad de las construcciones en el campo. La abuela materna, Etelvina Bermúdez, había contraído

una deuda con el Instituto de Crédito Territorial, para levantar una casa de ladrillo, con tres habitaciones y la cocina, con pisos de cemento y tejas de barro. Estaba rodeada de árboles frutales (un naranjo, un mandarino y un mango) y verde vegetación, que se prolongaba en la profundidad de hermosos cultivos y lejanos montes. Fuentes abundantes de agua bañaban estas fértiles tierras de la vereda donde nací en 1954, acerca de las cuales escribo que fueron mi cuna de nacimiento, pues la hermosura de la Tierra era espléndida. No obstante, nacimiento y muerte se conjugaron en aquella casa, pues la mayoría de los primeros hijos nacimos allí y también allí ocurrió el fallecimiento de nuestro hermano Rodrigo de Jesús y de la abuela Etelvina Bermúdez.

La Tierra era de la abuela materna, heredada después de morir el bisabuelo, Eduviges Bermúdez y la bisabuela Eusebia Arenas, quienes fueran los primeros pobladores de aquellos parajes campesinos. Era una Tierra de montes, de abundante agua, de quebradas y animales preciosos. La Tierra era generosa en producir maíz, fríjol, yuca, plátano, mangos, cidras, mafafas, naranjas, limones, aguacates y café. Eran cultivos del «*pancoger*», revestidos de una sacramentalidad vital y cotidiana, que pasaban a ser gustados y saboreados en los campos y en el espacio acogedor de la cocina campesina. En tanto, en el pueblo y la ciudad, perdían aquella dimensión profunda, para quedar apilonados en una relación de compra y venta, de acumulación y especulación, también de desperdicio y destinación a las canecas de la basura. La sacramentalidad había cedido su lugar al dinero, la especulación, la usura y la injusticia de los precios. Nuestra Tierra era pródiga en la acogida de diversidad de especies animales, vegetales y minerales.

La agricultura, principalmente, consistía en la producción agrícola para el autoconsumo, era de tecnología tradicional, de «*pancoger*», que no generaba mayores ganancias desde el punto de vista económico, pero de incalculable valor si se

tenía la conciencia de consumir los propios productos sanos de la Tierra. Tuve la oportunidad de introducirme en este tipo de agricultura desde niño, cuando mi madre, Otilia de Jesús Orozco, me enviaba a llevarle el almuerzo a mi padre, Jesús Antonio Cañaveral. Seguramente, por los trastornos de salud con los oídos (pérdida del equilibrio), muchas veces me caí por el camino y derramé el almuerzo de mi padre.

La medicina natural y la sabiduría campesina, florecían en la vida de las abuelas y abuelos, de nuestras madres y nuestros padres y de las vecinas y vecinos que curaban muchos de los males. Ellas y ellos eran como los médicos (as) y farmacias en los campos. Difícilmente podía llegar hasta nuestra vereda la medicina química y occidental. Con los sumos y bebidas de las plantas nos curábamos de muchas dolencias, aunque también se daban casos de muertes infantiles por la bronquitis y las enfermedades gastrointestinales. Todavía hoy resiste esta sabiduría en las tiendas naturales de los pueblos y las ciudades colombianas, latinoamericanas y caribeñas.

Entonces, las familias vivían sin muchas posibilidades de acceder a los servicios de salud. Por tanto, se llegó a acuñar el dicho de que «*cuando una persona era llevada al hospital, era porque ya estaba más muerta que viva*». Mi familia había sido alcanzada por estas situaciones dramáticas de la vida. Hermanos y hermanas murieron a temprana edad, sin haber logrado atención médica oportuna.

Las plantas medicinales era lo que teníamos a la mano para tratar de contrarrestar las enfermedades. Como si hubiera sido ayer, recuerdo la noche que lloré y lloré del dolor de oído, sin que la familia pudiera dormir hasta la madrugada, luego que mi madre me hubiera aplicado el remedio casero. Ella salía en la noche en busca de un arbolito de algodón y regresaba con los capullos de la flor y los asaba en el fogón y luego me aplicaba en el

oído el sumo de los mismos. Fue tan profundo el sueño, que esa madrugada llegaron los ladrones y se robaron las gallinas. Nadie se pudo despertar, no obstante, el cacareo espantado de las aves que eran bajadas violentamente del árbol de mandarino donde dormían. Cuando amaneció, no había una gallina por el patio donde las veíamos en las mañanas. De ello supimos, porque una vecina contó al día siguiente que escuchó en la distancia y a la madrugada el cacareo espantado de las aves.

Nací, entonces, a la par que germinaban las semillas y nacían las planticas de la Tierra. Se podría decir que era la hermandad y la humanidad en Dios. Era el milagro y el misterio de la vida. El encuentro con la diversidad, vivido en el arte creativo del día a día, en el abrazo cariñoso, en la agresión dolorosa, en el desencuentro definitivo, en la reciprocidad amistosa y solidaria con el animal y la planta. ¡Cómo sufríamos y llorábamos con la enfermedad y la muerte del perro! ¡Cómo nos encariñábamos con la pollita!, que era cuidada día a día y que luego se transformaba en gallina, que nos alimentaba con sus huevos en domingos atravesados por el hambre. ¡Cómo jugábamos con el perro o con el gato hasta quedar extenuados de cansancio! ¡Cómo nos entristecíamos cuando el árbol de naranjas se iba secando hasta morir! Dentro de esta lógica de la vida, generadora de una «ética planetaria», universal y ecuménica estaba, sin duda alguna, el drama de la violencia pensada, planeada, consentida y monetarizada, que acababa pronto o lentamente con la vida. El drama que no cura, no sana y no resuelve la humanidad es el de ponerle fin a la vida de manera violenta.

Es importante balbucear palabras en torno a la Madre Tierra, porque apuntan elementos valiosos para interpretar los desarrollos posteriores en el caminar de la vida, vale decir, en *Los sueños y los pies caminantes*. Nuestra Madre Tierra nos dispuso desde los inicios de nuestra vida la más hermosa de las cunas. Los niños y las niñas sentimos en nuestros pies el

calor de su piel y todo nuestro cuerpo experimentó el contacto con Ella y nos untamos de Tierra de pies a cabeza. Muchas veces jugamos con la Madre Tierra y nuestra imaginación y creatividad infantiles se despertaron, dando forma a diversidad de figuras y objetos. Éramos felices andando entre la Tierra mojada, recibiendo la lluvia que la bañaba y participando de aquella integralidad, porque nos sentíamos Tierra.

Las abuelas y abuelos nos contaban a las niñas y a los niños que mucho tiempo atrás habían llegado los «*gringos*» a explotar la mina de oro. Esto había sido en el siglo XIX y comienzos del XX. En la conciencia campesina, pareciera que «*gringo*» fuera alguien diferente que venía de lejos y era superior.

Correspondía esa época al gran desarrollo de la minería antioqueña, auspiciado por la colonización, iniciada a finales del siglo XVIII en la región Suroeste de Antioquia. Hacía el siglo XIX, inversionistas y comerciantes de Medellín se abalanzaron sobre las ricas tierras de esta región, constituyendo la compañía colonizadora formada por Sinforoso García, José Manuel Restrepo y Antonio Mendoza. En tanto, las oportunidades de obtener tierras baldías y la búsqueda de minas de oro, fueron razones que alentaron la colonización. Así, algunos colonos de Sonsón se llegaron hasta las tierras de Abejorral, paraje cercano al lugar donde nací, y tomaron asentamiento en la región.

Sin duda alguna que nuestra curiosidad estaba unida al hecho de los inmensos y profundos socavones que habíamos visto y a la acequia grande que todavía el paso del tiempo no había conseguido borrar. Aquellos serían los tiempos de los tatarabuelos y bisabuelos, cuando ya los Estados Unidos, a través de su ingeniería, hacían presencia en las entrañas de la Madre Tierra y en los lechos naturales de los ríos. De allí esculcarían hasta el último vestigio de oro y dejarían sepultadas, quién sabe cuántas vidas en los derrumbes internos de la mina.

La familia biológica y extendida

Mi madre llevaba por nombre Otilia de Jesús Orozco Bermúdez, hija melliza de Antonio Orozco Quintero y María Etelvina Bermúdez Arenas. Mi padre, Jesús Antonio Cañaveral Serna, hijo de Juan Bautista Cañaveral Bermúdez y María Telésfora Serna Acevedo. Jesús Antonio y Otilia de Jesús me dieron la vida biológica, ayudados por una señora vecina de nombre Genoveva Bedoya, de profesión partera, porque no existía la posibilidad de un hospital o de un médico. Muchas de estas familias provenían del Oriente antioqueño, poseedoras de un espíritu viajero y andariego, característica propia de lo que se denominó la «*colonización*» antioqueña. Ese espíritu me alcanzaría desde niño por la cercanía con mi abuela materna y años más tarde levantaría vuelo hacia otros mundos y otras latitudes.

Ella –mi Madre– tuvo muchos hijos e hijas, pero cerca de la mitad murió a causa de bronquitis, diarreas y partos prematuros. Una lógica misteriosa acompañó estos desenlaces de la vida y de la muerte. ¿Qué significó para mi padre y mi madre afrontar estos ciclos de la vida y de la muerte adentro de su hogar? Ante esto, escaseaban las palabras, porque eran dramas humanos que solamente la madre y el padre podían dar razón desde su humanidad, su fe y su espiritualidad. Nuestra niñez atravesó por estos avatares de una vida amenazada y acompañada por la enfermedad y la muerte, por la fragilidad y la resistencia, por la acción milagrosa de sobrevivir a muchas situaciones difíciles. De ese tiempo sobrevivimos Aníbal de Jesús, Hernando Antonio, Rodrigo de Jesús, Alcides de Jesús, Oliva María y Eduardo Antonio. Rodrigo murió de 17 años a causa de una leucemia y

Eduardo Antonio (2019) de un infarto a los 51 años. Creo que venimos experimentando desde niños esos dos procesos de la existencia humana: la vida y la muerte.

Mi madre había vivido la experiencia de ir de acá para allá, en una vida nómada y peregrina, porque su padre había abandonado el hogar. A la abuela Etelvina, le había tocado enfrentar la vida para sacar adelante a su hijo Luis Octavio Orozco y a sus dos hijas, Anatilde y Otilia de Jesús Orozco, empleándose en las cosechas de café de la región. Mi padre provenía de una familia numerosa, mayoritariamente de mujeres, pionera de la educación en el caserío, pues su abuela materna había sido la primera maestra en aquel paraje de un puñado de casas y familias dispersas.

Mi padre y mi madre fueron referentes muy importantes e insustituibles en mi infancia en sus cuidados, su protección y sus valores cristianos. Puedo compartir que nací en un hogar y en un entorno religioso, de tradición católica romana, por lo que a los pocos días de nacido me llevaron a recibir el bautismo y a registrarme civilmente. Era común la creencia de que, si los niños morían sin recibir el bautismo, no iban al cielo, sino a otro lugar que llamaban «*El Limbo*». Desde ese tiempo quedó establecido que, según el registro civil, nací en el municipio de Montebello y cuando obtuve la cédula de ciudadanía, quedé como nacido en el municipio de Santa Bárbara.

Por otra parte, ambas familias tenían herencia musical, por lo que la vida estaba de una u otra manera vinculada al mundo del pueblo, las cantinas, las tabernas, los festivales y las parrandas. Mis abuelos y mi padre eran músicos, lo mismo que los tíos y los primos hermanos. Su ambiente, entonces, fuera del trabajo de la Tierra, estaba relacionado al horizonte de la música, el baile, la diversión, la fiesta, el licor y la alegría. Las familias vivían una situación de machismo, culturalmente arraigado en

la cultura antioqueña. Más tarde, el horizonte de la música se vio truncado por un accidente en una molienda de caña. Un trapiche de hierro, tirado por bestias, me arrebató una parte de uno de los dedos de la mano izquierda, el cual me fue amputado en el hospital. Por muchos años no pude volver a tener contacto musical con la guitarra.

Así que la dimensión religiosa, tradicionalmente conservadora, era propuesta e impuesta a veces de muchas maneras. Sus prácticas rituales y sacramentales marcaban la vida de la familia y el vecindario. Me impactaba lo religioso, pero no lograba conciliarlo con el estilo de rituales rígidos y obligados. De niño, recuerdo que acompañaba a la abuela a la devoción de los «*Primeros Viernes*» y al pago de las cuotas de la deuda contraída por la construcción de la casa. Abuela y nieto, caminaban tres horas para llegar al pueblo y entrar a la Iglesia. Después del ritual religioso, pagar la deuda y visitar las amistades de la abuela, regresaban para el campo. Era la época de la práctica en que rezábamos el Rosario todas las noches, nos confesábamos y comulgábamos en las fiestas religiosas. Este fue el legado religioso que recibí en la familia.

En 1961, se realizaron las misiones universales de la Iglesia Católica, por lo que, hasta nuestra alejada vereda de San Antonio, llegó un misionero español. Este ministro de Dios le regaló a mi padre un pequeño libro, llamado «*Los cuatro evangelios*», una edición en español que alcanzaba los cien mil ejemplares, aparecida en mayo de 1953, unos nueve años antes de inaugurarse el Concilio Ecuménico Vaticano II. Desde Madrid, España, llegaba este pequeño libro al hogar de Jesús Antonio Cañaveral y Otilia de Jesús Orozco, que para la fecha (1961), tenían varios hijos pequeños. Quien escribe rondaba entonces por los siete años y comenzaba a ir a la escuela primaria. El libro fue uno de los textos principales en la escuela para aprender a leer.

Mi madre era mujer del hogar, consagrada a los oficios domésticos. Casi no tuvo enseñanza de escuela, pero su sabiduría de la vida nos la trasmitía a diario. Solidaria con la salud de las personas, siempre nos enseñó la práctica de las visitas. De ella hemos visto el milagro de compartir e intercambiar los alimentos en casa y en el vecindario. Y también acompañamos su constante lucha con la enfermedad hasta que el 24 de mayo de 2006, partió al encuentro con el Dios de la Vida.

Mi padre era jornalero, aunque dedicaba uno o dos días para trabajar en las tierras del abuelo paterno y de la abuela materna. Desempeñaba el oficio de aserrío de madera, de construcción de tapias para levantar casas, de arriar mulas y de agricultor. Responsable en las obligaciones de la casa, cuidó de que en nuestra infancia no hiciéramos trabajos agrícolas y de que fuéramos a la escuela rural. Siendo niños y jóvenes, siempre sentimos la manifestación de su autoridad. Fue mi padre quien me introdujo en el mundo de la organización comunitaria y campesina. He sentido su apoyo en la opción de vida que tomé y una preocupación grande porque fuera alguien en la vida.

La sociabilidad familiar y vecinal

En la escuela jugábamos trompo, chochos, bolas de cristal y corozos. Esa experiencia llevó a que nos internáramos en la espesura de los montes a buscar los árboles de chochos y las palmas de corozos. Un día trasplantamos una palmita pequeña y la sembramos cerca a nuestra casa. Cuidamos de ella y la vimos crecer hasta echar su primer racimo y muchos más. Y en la casa, no se olvida que todos los domingos vivíamos la experiencia de buscar la leña para cocinar los alimentos y la caña para alimentar las mulas que transportaban al pueblo los

productos y regresaban con las provisiones para alimentarnos en la semana. Creo que vivía la experiencia temprana de un buscador en potencia en los mundos de lo desconocido. Lo mismo sucedió después cuando trajimos de lejos una planta de plátano y la sembramos cerca de donde vivíamos. La planta se convirtió en la fuente de alimentación de los animales, en una dimensión de hermosa comensalía y gratuidad.

¡Quién no recuerda, evoca, añora o desea sumergirse en un charco! La quebrada cercana fue también nuestro lugar de recreo en la infancia. Se llamaba «*Palomar*». Los domingos íbamos a bañarnos en los charcos que hacíamos artificialmente. Quizás allí esté el origen de una experiencia que me ha acompañado en la vida: una infección crónica en uno de los oídos. Y así, como se enfermaron los oídos, un día se enfermó también la quebrada, pues la inconciencia ecológica del campesinado derribó los árboles sobre el lecho de la quebrada y una avalancha arrasó sementeras y se llevó sueños e ilusiones de muchas gentes. Recuerdo la desaparición de los bellos árboles de aguacate que habíamos sembrado en una hermosa playa.

Los «*mandados*» y los «*trueques*», fueron los primeros caminos hacía la sociabilidad infantil, es decir, la relación con el entorno familiar y vecinal. Transitar los caminos y senderos campesinos respondía a unas relaciones sociales del vecindario adulto, que se tornaba vivo y cotidiano en el «*mandado*» y en el «*trueque*». Muchas veces mi madre me envió a la casa de la abuela paterna y de otras familias a llevar algún presente, o a solicitar el préstamo de algo, que daba lugar al «*trueque*». Se trataba de la práctica del trueque, una costumbre antiquísima de economía solidaria, consistente en llevar maíz o yucas a las familias vecinas y retornar con fríjoles y plátanos. De aquella época, recuerdo lo tímido que fui para entrar a la casa de las familias, para hablar a las personas adultas, para encontrarme con las niñas de mí misma edad, para relacionarme con el entorno social y familiar del caserío.

Tenía siete años cumplidos cuando ingresé a la escuela primaria (1962). Mi primera profesora se llamaba María Trinidad Ríos. Entre el grupo de estudiantes de primero y segundo elemental había adolescentes y estudiantes llegando a los 18 años, por lo que mi madre y mi padre encargaron a un primo mayor (Jaime Cañaveral) para que me cuidara en la escuela. Para entonces no existían las jornadas mixtas, así que unos días estudiaban los niños y otros días las niñas. Muy pocas veces se encontraban en la escuela niños y niñas y jóvenes. Esto sucedía cuando había días de celebraciones patrias, la romería o el acto público de final de año.

Las celebraciones de la Navidad acontecieron en casa de los abuelos paternos. Cada año, sucedía el encuentro de la familia extendida, en medio de la fiesta, la pólvora, los villancicos y la abundancia de comida. Primos y primas, diversos o contemporáneos en edades se daban cita en la casa de balcón. La novena al Niño Dios, el alumbrado, los voladores, los globos, los disfrazados que entraban a la media noche a robarse el Niño del pesebre y lo escondían, y los regalos que esa noche traía el Niño Dios, hacían parte de estas vivencias infantiles.

Cada año, el párroco encomendaba la misión de «*aguinalderos*», que consistía en ir por todos los caseríos del municipio, cantando villancicos y recibiendo una ofrenda económica para la parroquia. Mi padre era músico y muchos años hizo parte de esta misión musical de Navidad. Salía antes del dieciséis de diciembre y retornaba el veinticuatro hacía el medio día. Aquella vez, un vecino problemático, uno de aquellos que casi no faltan en cualquier lugar del mundo, los acusó ante el párroco, como impostores, es decir, falsos «*aguinalderos*». El sacerdote se creyó el cuento, algo también recurrente por el mundo, y los hizo meter a la cárcel por varios días, hasta que se dio cuenta de que eran los que siempre contrataba de años atrás. Inmediatamente

retiró la denuncia y fueron puestos en libertad. Mi madre dio a luz el veintiséis de diciembre a mi hermano Rodrigo (1958), el mismo día que se llevaron preso a mi padre. Mi hermana Oliva María da testimonio de que mi madre Otilia de Jesús le contó años más tarde que ese 26 de diciembre mi padre, antes de que la policía se lo llevara, encargó a sus padres de estar pendientes de ella en el parto, pues ya en ese momento le habían venido los dolores, mientras era asistida por la señora Genoveva Bedoya.

Los miedos tempranos y los prejuicios paralizantes

Por más que me esforzara en recordar la infancia vivida, no alcancé a ir más antes de los cinco años. Había sido el segundo hijo en la familia, después que el primero, de nombre Juan, muriera pequeñito a consecuencia de un nacimiento prematuro. Mi madre y mi padre habían experimentado la pérdida de su primer hijo, mientras yo pasaba a ocupar el lugar del hijo mayor. ¿Qué significaba quedar siendo el primogénito en la familia? Muchas cosas vendrían a desencadenarse en los años siguientes. ¿Qué recordaba de los cinco años? Bueno, para ser claro, un miedo pavoroso a montar a caballo o en mula. Ese era el primer recuerdo que aleteaba en mi memoria, el cual provino del día que el abuelo paterno me subió al caballo que montaba y me llevó al pueblo para la confirmación.

Tenía entonces cinco años, la edad de uno de los primeros miedos, expresado en un llanto infantil de todo el camino que separaba la vereda San Antonio del pueblo más cercano: Santa Bárbara. Era un llanto incomprendido por el mundo adulto, poblado de un imaginario religioso, ritual y sacramental, que me llevaba al encuentro con un sacramento desconocido. «*Chillaba*», lloraba

y gritaba por las veras de aquel camino de herradura, por donde me llevaron a recibir la confirmación en el templo católico. Tras quedar confirmado, quedaba también registrada la experiencia del miedo y el estigma de niño «*chillón*» y «*llorón*». De la ceremonia sacramental no recuerdo nada, pues quizá la vivencia del miedo había sido más fuerte y había ido a instalarse en lo profundo de mi ser.

Desde entonces sentí un miedo a montar a caballo. Muchas veces, siendo aún niño, mi padre me enviaba a buscar las mulas, sin saber del trauma que llevaba adentro. Mis hermanos menores las correteaban, las enlazaban y galopaban sobre sus lomos, mientras yo me resistía a hacerlo y les seguía de a pie. Por eso, años más tarde, no aprendí el trabajo de la arriería, propio todavía de los jóvenes de mi edad; tampoco aprendí los trabajos fuertes del campo, ni desarrollé la fuerza física del común de los hombres campesinos, lo cual representó otro estigma social, que marcó mi vida de adolescente y adulto: hombre «*flojo*» y «*apocado*», fue un calificativo que mis oídos en declive escucharon muchas veces.

El cristianismo católico nos llegó a caballo

Por la época de 1954, hacía pocos años que un padre de nombre Antonio Hernández había bautizado el caserío (vereda), con el nombre de San Antonio. Desde su llegada, pasó por alto los nombres que ya tenían los sectores (su diversidad) y los unificó con el nombre de San Antonio de Padua. Este santo, desconocido para la historia del caserío, de la noche a la mañana pasaba a ser el patrono de la vereda. En verdad, desde la conquista española, la fundación de ciudades en el nuevo mundo llevó muchas

veces el nombre de santos y santas de la Iglesia Católica. Así se experimentó la llegada del catolicismo a la vereda donde nací. Seguramente esto fue diferente para mí a como lo habían experimentado los abuelos y abuelas, quienes hacían largas jornadas hasta los pueblos para asistir a las festividades religiosas. Su llegada no pudo ser menos pomposa desde que el primer sacerdote hizo su arribo al caserío de San Antonio. En adelante, aquel puñado de casas y de familias llevaría el nombre de un santo, y la venida de un ministro de Dios se institucionalizaría como la «*romería*», la fiesta religiosa, por excelencia.

Un viernes, casi siempre de noviembre, mes en que se vendía la cosecha de café, cada año, acontecía la «*romería*». El párroco llegaba a la vereda, vestido con una sotana negra, montado en un caballo sudoroso, que resoplaba al compás de sus pisadas sobre los polvorientos caminos, cargando sobre sus lomos uno de los símbolos más importantes de la Iglesia Católica. La profesora ordenaba salir al encuentro del padre, ondeando banderitas de bienvenida, en medio de una expectativa desbordante por ver aparecer al sacerdote. Él era una figura simbólica, casi divina, salida de lo común, vestida de negro, ante la que los niños y las niñas no sabíamos si lo que sentíamos era curiosidad, asombro o temor.

En la «*romería*» estaban implicadas muchas dimensiones de la vida de este pequeño caserío, a simple vista, sin importancia, pero que, vistas de una manera crítica, podrían dar bastantes luces para una comprensión posterior de la Iglesia Católica Campesina. Allí se anudaban lo económico, lo social, lo simbólico, lo político, lo religioso, lo psicológico y lo cultural. Por ejemplo: ¿por qué la «*romería*» tenía que ser en un mes de noviembre? Esto estaba unido a que en este tiempo los campesinos agricultores vendían su cosecha de café y, de cierta manera, había bonanza económica. Una «*romería*», no se llegaba a realizar en otro mes del año, pues perdía todo interés. Socialmente era el encuentro

de muchas familias cercanas y lejanas, en edades, en afectos, en intereses, en sueños, en expectativas y creencias. La comida, el vestido y la presencia cobraban singular importancia, una vez, cada año. Religiosamente, las familias más influyentes de la vereda recibían al padre y contrataban la misa para un familiar fallecido. Cada año se tenía la Eucaristía en la vereda.

Como niño, desapercibido y provisto de la ingenuidad infantil, pues la conciencia crítica estaría por ahí como un germen en potencia, a la espera de acontecimientos que vendrían años después, iba guardando en mi memoria los detalles de lo que allí se vivía y se movía. Semanas antes, las personas interesadas en la «*romería*», enviaban a cada familia una tarjeta de invitación, solicitándole llevar una gallina «*sudada*» (arreglada), para contribuir generosamente a la parroquia. Entonces, en la «*romería*» tendríamos la competencia de las gallinas «*sudadas*», que era ni más ni menos, la competencia del tener más y el tener menos.

Una señora, de abundantes palabras, acento fuerte y capacidad de animar a la competencia, ejercía el servicio del remate. Era su ministerio en la «*romería*». No conocíamos las propagandas de la competencia, pero allí ya estaba un espíritu y una práctica de las mismas. «*Dan un peso por la rabadilla*» –decía-, «¿quién da más?». «*Yo doy peso y medio*», exclamaba un campesino. «*Póngale dos*», le respondía otro. La señora, emocionada por el contrapeso, decía: «*A la voz de uno, a la voz de dos y...*», cuando dijera tres, había terminado la competencia. Los «*y*» eran la prolongación, porque la competencia iba en aumento. Ahora, otro «*platudo*» había dicho que le pusieran el doble al plato, es decir, los cuatro pesos, con lo que había dejado fuera de competencia al de los dos pesos. Pero otro, que no quería sentirse inferior, gritó fuerte: «*Súbale a cinco*», y los dos se trenzaron en la competencia que pasó por seis, siete, ocho, nueve..., dejando

por fuera a los que podían tener más hambre, pero menos plata. Y, finalmente, uno paró los «*y*» de la señora en diez pesos y se fue a saborear el delicioso plato, que había alcanzado a valer más del total de la gallina. ¡Qué individualismo y qué competencia!, después que el padre había celebrado la Eucaristía.

Esto era lo más normal del mundo, quizá un elemento cultural profundamente arraigado en el campesinado, por lo que no se reparaba en la práctica de competencias injustas, como aquella del remate; ni en las manifestaciones de poderío económico que salían a relucir en la «*romería*»; ni en los alimentos encarecidos por la competencia que dejaban al margen a las familias más pobres de la vereda. No obstante, los sábados, nuestra abuelita Etelvina nos llevaba a desayunar en la «*romería*». También ahí había un elemento religioso de por medio, que representó la postergación de estas prácticas para los años venideros en lo que se llamó las peregrinaciones de la Virgen María. Los alumbrados a la Virgen María significaban ingentes esfuerzos económicos de las familias pobres para no quedarse atrás en relación a las más pudientes. La expectativa rondaba la peregrinación de la imagen de la Virgen por cada una de las casas de familia, acerca de cuál superaba a las demás en términos económicos.

Volviendo a la «*romería*», aquel era el primer fruto cristiano que había seguido a la celebración eucarística, pero que no desvelaba al sacerdote, ni a los promotores de la «*romería*», porque al otro día, el sacerdote echaría en su carriel aquel manojo grueso de billetes, fruto de la especulación de gallinas, vendidas a precios desorbitados, de competencias injustas, de manifestaciones de poderío económico, de comestibles encarecidos por la competencia, aunque en esos tiempos no se hablara el lenguaje de ahora, pero allí estaba el espíritu que movía esto. El padre se llevaría este capital para su parroquia, pondría muy bonito el templo, arreglaría su casa, sin dejar ni un

peso para las necesidades de la vereda. Así, en muchos casos, surgieron los grandes templos de poblaciones pequeñas y las grandes catedrales de las ciudades, gracias a ingentes esfuerzos de las familias y personas creyentes que se comprometían voluntariamente en hacer empanadas, promover rifas, basares y festivales.

Las «*romerías*» tenían, además, de escurrirle económicamente el bolsillo a la gente, cosas y anécdotas moralistas, mágicas y hasta graciosas. En la tarde y la noche del viernes, el padre confesaba a la gente. Los niños de la escuela hacíamos la fila ante el confesionario, improvisado, que le habían preparado al sacerdote, no faltando quien ocasionara «*desorden*». Entonces, el padre interrumpía su labor y de un empujón estremecía la fila de la cabeza a la cola, alcanzando al último feligrés escolar que había llegado para saldar su última cuenta de «*pecados mortales*». Pasado el incidente, el padre volvía a perderse por entre una sábana que le servía de velo para atender en confesión a la fila de mujeres y niñas estudiantes, sin poder ocultar su rostro descompuesto por la ira, que unos jóvenes de la fila le habían ocasionado. Al otro día, la homilía sería dirigida de manera indirecta a censurar y regañar a los presuntos faltones del buen vivir cristiano. La verdad es que varios de los niños le teníamos miedo, porque era costumbre que sacudiera fuertemente a los menores y jóvenes, que les jalara las orejas y los regañara. Pero teníamos que llegar hasta él, porque nuestros padres y madres nos mandaban a confesarnos sagradamente. Eran las manifestaciones del tradicionalismo religioso, católico y campesino.

En la misa del sábado, los contornos del altar se llenaban de medias, frascos y botellas de agua, para que el padre bendijera el agua. Y varias personas llegaban a pedirle al padre que conjurara las comadrejas, los lobos y los tigres que se estaban comiendo las gallinas del vecindario. La fe de la gente daba luego testimonio

de cómo las comadrejas y los lobos jugaban con las gallinas en los patios de las casas, sin hacerles ningún daño. Lo curioso era que en la mentalidad religiosa de la gente el conjuro no iba para la «*romería*» que también comía gallinas cada año.

Al hablar de un cristianismo católico, que llegaba a caballo, parecía también recordar el cristianismo que llegó en las carabelas a América y violentó las milenarias manifestaciones de Dios que se daban en las civilizaciones indígenas. La «*romería*» evidenciaba un poco de aquello, pues por las venas del vecindario corría sangre indígena. Era claro que el campo tenía otra espiritualidad, tan cotidiana como la salida y la puesta del sol, como aquella agua guardada en las botellas o los valores de la gente que no contaba en el movimiento económico de la «*romería»*, o que simplemente había guardado su gallina para otra ocasión, que no la había pelado y llevado al remate especulativo y mejor buscaba que fuera alimento en la familia.

La «Alianza para el Progreso» vino en la leche y los gusanos

La niñez (infancia) aún no podía leer e interpretar las coyunturas históricas de las décadas de los 50s y los 60s del siglo pasado. El caserío campesino todavía no había conocido un radio de transistores. El día que llegó el primero, fue todo un acontecimiento en la casa de los abuelos paternos. Un radio, ¡quién lo creyera!, revolucionaría la vida y las costumbres de nuestras familias. Esa revolución tecnológica, la primera que recuerdo haber vivido, nos llegó por iniciativa del abuelo paterno Juan Bautista Cañaveral, años atrás inspector de educación en el caserío. Un tiempo después no faltó quien se lo robara.

El amanecer de la década de los años 60, coincidió con *Los sueños y los pies caminantes* por la escuela rural (1962). Andábamos descalzos, en contacto directo con la Madre Tierra. Los zapatos solamente hacían parte del vestuario cuando íbamos a salir para el pueblo. Podríamos decir que nuestra cotidianidad del campo y de la escuela era descalza. Por las plantas de los pies entraba la energía saludable de la Tierra. Años después escucharía decir que el invento de las suelas sintéticas de los zapatos cortó el contacto directo y saludable con la Madre Tierra.

Las mulas trajeron sobre sus lomos los sacos de leche y harina para que las niñas y los niños nos alimentáramos mejor. Por entonces, decían que los regalaba «*Cáritas*», pero ni siquiera los niños y niñas sabíamos quién era «*Cáritas*» y dónde vivía. ¿Acaso sería una señora muy bondadosa y caritativa? Leche y sopas de harina inundaron los comedores de las escuelas rurales del país. Los niños y niñas, en algunos casos, nos enfermábamos porque aquellas bolsas de leche o de harina llegaban hirviendo de gusanos. Más tarde, uno pudo comprender que aquello era el paternalismo y asistencialismo de Estados Unidos. En la leche y los gusanos nos comíamos la ideología de la «*Alianza para el Progreso*». Como dice el dicho: «*Se metió hasta en el plato de la sopa*».

Transcurría, pues, la infancia escolar cuando la «*Alianza para el Progreso*» arropaba la América Latina, queriendo vacunarla e inmunizarla contra el «*virus*» revolucionario de una isla del Caribe, llamada Cuba. Desde entonces, muchas generaciones nacimos y crecimos, oyendo hablar de que el capitalismo era un dios y el comunismo un demonio. Eran los tiempos de la Guerra Fría. Y esto sería sembrado en muchas conciencias ingenuas por prédicas de varios sacerdotes desde lo alto de los púlpitos católicos. América Latina, como más tarde leyera en un libro de Eduardo Galeano, «*tendría que ser como ellos*», mejor pronunciado todavía: tendría que ser de ellos. Hasta pecado

llegó ser parecerse a Cuba, levantarse contra la dominación y gritar que viniera la libertad.

Años después galoparían por América Latina los dólares y las armas para afirmar la dependencia y silenciar la libertad. Por los unos, América Latina se endeudó eternamente y quedó dependiendo de los países más desarrollados, del capital extranjero y de las transnacionales. Por las otras, se implantaron las dictaduras militares y los gobiernos de la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional, que inundaron de violencia represiva los campos y ciudades latinoamericanas.

Un niño campesino en la ciudad

Aquel día vestía un pantalón largo, pues la ocasión lo exigía, cinco años después de que por primera vez me vistiese de pantalón y camisa de manga larga, con motivo de la primera comunión. La fecha del primer viaje a la ciudad se aproximaba velozmente y aunque me reconocía un niño miedoso y tímido, esto no logró paralizar los ímpetus por correr tras lo desconocido. La meta era llegar a la escuela de la ciudad, llamada por aquella época: la ciudad de la «*Eterna Primavera*». Tenía entonces 12 años cumplidos.

La despedida de mi madre, de mi abuela materna y de mis hermanos menores había sido dolorosa, lo mismo que de todo aquel entorno en el que habían pasado los años de la infancia. Mi padre me acompañaba en esos primeros pasos hacia el mundo desconocido de la ciudad.

En el viaje, junto al equipaje, cargaba las ilusiones y los sueños de un horizonte de estudios. Mi ser ardía por el conocimiento y el saber que vendría de la experiencia, los libros, la escuela,

el colegio y la universidad. Pero entonces, aquel ayer, en cuyo calendario hacía presente el año de 1967, era tristemente excluyente para las niñas y los niños del campo.

Se trataba de la primera experiencia de migración del campo a la ciudad por razones de estudio. Por primera vez, subí a un carro, el cual me iba alejando físicamente de la vereda campesina, del «*Hueco del Molino*» donde había nacido, del pueblo que conocía y del universo pequeño que mis ojos contemplaban cotidianamente. Mi padre no olvidaba el gesto que tuve al subir al primer bus. Era una actitud de resistencia, como de susto y miedo al primer contacto con un medio de transporte que no había llegado a usar. En compañía del esposo de la profesora que me había enseñado en la destartalada escuela rural, de nombre Aníbal Romero, me llevaban a la ciudad de Medellín. Allí descendería del bus y estaría en un mundo desconocido, sin saber qué traería el mañana para mi frágil personalidad campesina. Había resuelto enfrentar el riesgo y el temor a lo desconocido, por correr tras el alcance del saber. Solo sabía que en uno de los barrios periféricos de la ciudad vivía la familia que esperaba mi llegada.

La profesora, Ana Josefa Bermúdez, había logrado convencer a mi padre y a mi madre para que me enviaran a la ciudad a terminar la primaria. En el campo, por aquella época era un acontecimiento que alguien lograra realizar el ciclo de enseñanza primaria. Una mayoría nos quedábamos con el primero o segundo elemental. No teníamos más posibilidades. Yo había completado cinco años de escuela, repitiendo los dos primeros grados, hasta que la maestra no quiso recibirme más.

Llegamos a la ciudad en los primeros días de febrero de 1967. Todo era sorpresa sobre sorpresa. Las amplias avenidas, llenas de buses; los pitos agudos y sonoros de los carros; los almacenes y las gentes en las calles; los grandes avisos comerciales, símbolo

de la sociedad de consumo, representaban un contraste enorme con la realidad campesina de donde provenía. Todavía recuerdo el lugar y la esquina de la cafetería donde nos sentamos un rato, mientras íbamos a buscar el bus urbano que nos llevaría a casa de la familia de Alberto Cardona, María Cañaveral (mi tía) y su niña Marleny. Aquel lugar, estaba en una esquina de la Avenida Carabobo con la calle San Juan, frente a la estación del ferrocarril de Antioquia. (Cuando estoy terminando de escribir este relato autobiográfico, miércoles santo de 2023, dirijo mis pasos a esta «*esquina*», transformada en un negocio de mazamorras de Urabá, en busca de saborear una mazamorra con panela).

Con doce años, recorría las calles de aquel barrio que llevaba el nombre de Villa de Guadalupe. Allí presencié, por primera vez, los conflictos por el agua, pues la cargábamos de una llave común para aquel caserío que todavía estaba en la informalidad, sin alcantarillado y sin agua en las casas. No faltaban allí los niños y jóvenes agresivos que no nos dejaban sacar el agua a Marleny y a mí. Entonces tenían que llegar los mayores a defender el derecho al agua y a defendernos de aquellos muchachos para poder recoger el agua para bañarnos. Un día, sin que se dieran cuenta en casa, primo y prima se fueron a conocer más allá de las fronteras del barrio, por una de las vías más concurridas que comunicaban el centro con la periferia. Recorrimos un tramo de carretera por el barrio Aranjuez y nos alejamos mucho y pudimos habernos perdido, pero logramos volver a casa, quizás era ese espíritu de ir en busca de lo desconocido.

En un barrio vecino, de nombre La Salle, estaba ubicada la escuela donde me iban a matricular para continuar los estudios de primaria, pero esta no pudo abrirme las puertas. Día tras día llegaba a preguntar: *«¿Ya hay un cupo?»*. La respuesta del director siempre era la misma: «*No hay. Vuelva mañana*». –«*Mañana*»– entonces era la réplica de mañanas sin fin, de

exclusiones eternas que iban frustrando los horizontes de los pobres, de los excluidos, de los que no teníamos recursos económicos. Recuerdo que perseveré tercamente uno y otro día, hasta que se desvanecieron las ilusiones y retorné de nuevo al campo de donde había salido. Mi padre le pidió el favor a don Silverio Villada para que se encargara de acompañarme en el regreso al campo.

CAPÍTULO II

LA HUMANIDAD VECINAL, POLÍTICA, ECONÓMICA, SOCIAL Y CULTURAL

La adolescencia tuvo la escuela del vecindario, que comprendió observar, contemplar y aprender del liderazgo de mi familia y de las familias vecinas, mediante el cual se forjó mi compromiso con causas educativas,comunitarias, sociales, políticas, culturales y religiosas.

Testimonios impactantes

Mi padre y mi madre han representado, de modo distinto, dos referentes testimoniales importantes en mi vida. Mi padre fue líder comunal, impulsor de la construcción de la segunda escuela en la vereda San Antonio. Siempre tuve su poyo en el caminar religioso, alentando el sueño y la esperanza de que algún día fuera un sacerdote, pero Dios me tenía destinado a otra vocación: la laical. Mi padre era practicante del rito de la Eucaristía Católica. Cada domingo iba al templo y en la casa seguía por radio el Rosario. Casi siempre ocupaba el mismo lugar en el templo y todavía me parece verlo allí. Sorprendentemente, en los últimos años cambió en sus convicciones religiosas. Mi madre guardó más sus secretos religiosos. De ella percibí su religiosidad diferente a la de mi padre. De vez en cuando salía al pueblo e iba al templo a la misa católica. Sin embargo, cada vez que salíamos se hizo rito pedirle la bendición, tanto a mi padre como a mi madre. Mi hermana Oliva María me contaba que, cuando se daba cuenta de un viaje mío, prendía velas a la Virgen María y a los santos, para que protegieran al hijo viajero.

María del Carmen Acevedo, la bisabuela materna por la familia de mi padre, había sido la primera maestra en el caserío de San Antonio y de la que provino, sin duda alguna, mi liderazgo más tarde por la educación. Esta veta la cultivé desde los primeros años de primaria en la escuela rural cuando era un niño repitente y asumía el rol de enseñar a otros niños menores que llegaban a la escuela. «*La Playa*» fue el terreno donde existió el primer rancho escolar del caserío donde enseñó la abuela materna de mi padre.

Genoveva Bedoya fue una vecina ejemplar, cabeza de hogar, que asistió a la muerte temprana de varios de sus hijos, víctimas

de cáncer. Su servicio de partera la llevó a cuidar de la vida naciente de niñas y niños del vecindario, mientras sus propias hijas e hijos iban muriendo en la primavera de sus vidas (Jairo y Luz Nelly); después Israel y Bernardo y luego ella misma). Se trataba de una lógica misteriosa de la vida. Su hijo Marco Tulio, heredó el liderazgo de ella, siendo el primer secretario que tuvo la Junta de Acción Comunal y animador de muchos programas después, hasta perder la vida en el conflicto armado (2002). Enferma de cáncer luchó y creyó hasta los últimos instantes de su vida en el poder de la organización comunitaria. Este fue un testimonio que me impactó profundamente.

Herminia Bermúdez, era hermana de Genoveva y sobrina de la abuela Etelvina, siendo la vecina ejemplar que ayudaba a mi madre en los oficios de la casa y nos cuidaba con los alimentos en las dietas y las salidas que hacia nuestra madre. Un día, al parecer, sufrió un derrame cerebral en la cocina de nuestra casa y quedó paralizada, sin poder volver a caminar.

Luis Ángel Cañaveral, hermano de mi papá, fue el primer presidente de la Junta de Acción Comunal y quien me introdujo en la organización sindical campesina y por su intermedio pude conocer las primeras noticias sobre el socialismo y el comunismo. Yo las rechazaba y me resistía a caminar hacia ese horizonte. Adentro llevaba bien sembradas las prédicas de sacerdotes católicos que hablaban muy mal del comunismo. Vivíamos el tiempo en que la Iglesia Católica veía en el comunismo un demonio amenazante, y en el capitalismo, un ángel y un aliado a sus intereses de afirmación en el derecho a la propiedad privada. Debido a este gesto del tío Luis Ángel, pude conocer de la masacre de obreros de Cementos El Cairo que el ejército colombiano perpetró en Santa Bárbara, Antioquia, el 23 de febrero de 1963. Allí fue asesinada María Edilma Zapata, una niña de 10 años, estudiante de primaria y que era mayor 2 años que yo. La niña fue la única mujer

asesinada en aquella acción represiva del Estado colombiano, donde murieron otras 11 personas, después de la masacre de las Bananeras en el departamento del Magdalena en 1928. El tío Luis Ángel había heredado la tradición del liderazgo del abuelo paterno (Juan Bautista), que se había constituido años atrás en el primer Inspector de educación de la vereda, servicio que luego prestó el tío en mención. Gracias a su liderazgo, la vereda y la comunidad tuvieron el primer y único acueducto de agua que todavía beneficia a las familias. Y fue un referente decisivo en mi formación autodidacta en la Acción Cultural Popular.

Anatilde Orozco, era la hermana mayor de mi mamá. Ella poseía una capacidad de expresión y de escribir que mi mamá no tenía. Eran diferentes, y en la vida tomaron caminos distintos. Ella fue tesorera de la Junta de Acción Comunal de la vereda. Tanto mi tío (Luis Ángel) como mi tía (Anatilde), ejercieron liderazgos distintos en la vereda, lo mismo que opciones políticas diferentes. De una parte, había una visión más crítica frente a la realidad, de la otra, la visión lo era menos. Esos dos referentes fueron muy importantes para mí en la etapa de afirmación de mi liderazgo juvenil.

Javier Bedoya fue otro de los líderes importantes en la vereda en la parte social y cultural y que sobresalió en la comunidad veredal en los gestos de solidaridad. No se me olvida que cuando mi madre fue intervenida en una cirugía, don Javier y doña Carmen Álvarez y su familia la acogieron en su casa durante un mes y cuidaron de su salud. Asimismo, cuando reconstruimos nuestra casa, su solidaridad se hizo presente al hacerse cargo de la alimentación del oficial que la construyó.

Silverio Villada fue como un hermano de mi papá, pues siempre se acompañaban para salir los domingos al pueblo. Estaba casado con la tía Mercedes, de quien guardo una profunda

gratitud, pues muchas veces iba a visitarles y conversábamos horas y horas. En su compañía regresé al campo cuando tenía doce años y no había conseguido un cupo para estudiar en una escuela de la ciudad de Medellín. Fue también uno de los líderes comunitarios que tuve como referente años más tarde, cuando lideró el arribo de la luz eléctrica al caserío de San Antonio, otra de las revoluciones tecnológicas en el caserío.

María Raquel Castañeda, empíricamente se había preparado en salud. A ella acudíamos en los casos de accidentes y de enfermedades. Líder comunitaria, consagrada a su hogar y a las actividades comunitarias, nos compartió muchas enseñanzas a través de su vida. Su espiritualidad de servicio, de alegría, de fiesta y de baile nos impactó muchas veces. Ella, el tío Luis Ángel, la tía Mercedes y don Silverio, con sus hijos e hijas, se convirtieron en puntos vitales de referencia para compartir cuando regresaba a casa de mi familia después de los viajes por la geografía colombiana y latinoamericana.

Jaime Cañaveral se desempeñó como presidente de la Junta de Acción Comunal y líder comunitario antes y después de mi liderazgo. Éramos primos hermanos, primogénitos en nuestras familias y herederos de los liderazgos de nuestros padres. Que recuerde, fue el primero en la vereda en salir a estudiar al pueblo y obtener su certificado de 5º. de primaria, algo de mucho renombre en la época. Su liderazgo se proyectó en el servicio de fontanero del acueducto, impulsor de la construcción de la caseta comunal, animador en las navidades y se extendió a ser un catequista de niños, niñas y jóvenes para los sacramentos de la Primera Comunión y la Confirmación. Además, fue impulsor de la escuela radiofónica, del Comité Pro-desarrollo Cultural de la vereda. En mi estadía en el campo, su casa fue uno de los lugares donde su familia me acogió muchas veces en el compartir sobre muchas problemáticas de la vereda.

Hernando Antonio Cañaveral, mi hermano, me sucedió en el liderazgo de la organización comunal, luego de mi salida forzada del campo. Ambos habíamos tomado el legado de nuestro padre Jesús Antonio y su desempeño estuvo enfocado a la reforma del acueducto veredal, la terminación de la caseta comunal y de la escuela más moderna que ha tenido la vereda hasta la actualidad. Fue quien más períodos ocupó como presidente de la acción comunal. Se caracterizó por ser un agricultor de cultivos ecológicos, técnico de radios y televisores y apicultor. Sus estudios de electrónica los adquirió por correspondencia en una escuela de Estados Unidos.

Flor María Castañeda fue la primera promotora de salud que tuvo la vereda y que siguió el legado de las señoras Genoveva y María Raquel, sirviendo en el campo de la salud y en el cuidado de las personas enfermas. Cuando mi padre enfermó gravemente, fue quien estuvo al cuidado de la salud junto con mi hermano Hernando y sus dos hijos.

Álvaro Vélez Cañaveral, representó el liderazgo veredal en el deporte del fútbol por muchos años y fuimos compañeros en el curso que nos ofreció la Acción Cultural Popular en 1973, en Caldas (Antioquia). Aquella actividad ocupó mucho de mi tiempo y se constituyó en el pilar de las relaciones con los primos y las primas que nos acompañaban a los partidos de fútbol y en la relación con los jóvenes de la vereda.

También referiré el testimonio de mi hermano menor Eduardo Antonio Cañaveral, quien se destacó en un liderazgo polifacético (presidente de la acción comunal, deportista, político y religioso). Luchó por muchas causas (la terminación de la escuela, la organización del deporte infantil y juvenil, la catequesis y el compromiso político partidista). Hasta la víspera de su muerte (un día antes) estuvo en la lucha por los derechos de viviendas en el programa de Restitución de Tierras.

Finalmente, resalto el liderazgo de la profesora Lucelly Tobón y su esposo Abel Bermúdez, quienes se comprometieron con causas de la vereda y de la comunidad, como referentes activos del Comité Pro-desarrollo Cultural.

Un joven en búsquedas de organización

Tempranamente, *Los sueños y los pies caminantes* se enrolaron por los senderos y cauces de las organizaciones campesinas, asumiendo mi identidad de joven en un mundo organizativo de adultos. Para aquel entonces, era el menor, el niño de la organización, que le gustaba ir a las reuniones, escuchar las discusiones, conocer de los problemas que había en la vereda y terminar a la media noche oyendo hablar de espantos, leyendas, cuentos e historias de los mayores.

A los dieciséis años estaba ingresando al nivel básico en la que he llamado la «*Universidad de la Vida*», la organización comunitaria de la vereda, del caserío donde vivíamos, vale decir, la humanidad política, económica, social y cultural. Sus antecedentes se remontan a las llamadas «*inspectorías de educación*». Juan Bautista Cañaveral (mi abuelo paterno) fue el primer inspector de educación, seguido por Antonio Arenas, José María Murillo, Manuel Murillo y Luis Ángel Cañaveral. La historia de la organización comunitaria comenzó con un Comité o Junta Veredal, cuyo primer presidente fue José de Jesús Arias. El 6 de octubre de 1971 se le concedió personería jurídica y pasó a llamarse Junta de Acción Comunal. Su primera junta directiva la constituyeron: Luis Ángel Cañaveral (presidente), José J. Vélez (tesorero), Marco Tulio Bedoya (secretario) y Luis Alfonso Bermúdez (fiscal). Estos fueron referentes de liderazgos

muy importantes para mí en aquellos tiempos. Mi padre, Jesús Antonio, me introdujo en ese mundo del diálogo, la discusión, el debate, la confrontación y el compromiso con la solución de los problemas comunes que padecíamos.

La Acción Comunal como escuela del liderazgo comunitario

La organización era la Acción Comunal, un invento del gobierno de Carlos Lleras Restrepo, que había creado poco después de que la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) se le saliera de las manos al sistema del Frente Nacional y buscara caminos de independencia y autonomía. A la Acción Comunal la asimiló el Estado y el gobierno a través de un estatuto jurídico que determinaba sus fines, sus objetivos, sus pautas y su filosofía, más tarde convertida en un aparato de la politiquería, con la misma estructura de elecciones de la llamada «*democracia colombiana».* Distinto había acontecido con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, que había tomado rumbos diferentes, aires de autonomía, de organización campesina, y que el mismo gobierno se encargaría de debilitar, sembrando la división a su interior y ejerciendo represión contra sus liderazgos más críticos.

La Acción Comunal sería la futura organización de la politiquería, del gamonalismo y el caudillismo liberal y conservador, así como la que cargaría sobre sus hombros con la fuerza de trabajo e infraestructura rural y urbana del país, en lugar del Estado. Sería también la organización para acoger las bases políticas de una nueva reestructuración de la sociedad colombiana para someter y oprimir al campesinado colombiano, haciéndolo dependiente de la voluntad y los intereses ajenos.

Las acciones comunales se convirtieron en el trampolín, en repetidas ocasiones, de los politiqueros que querían acomodarse en los puestos públicos y políticos de gobierno local, regional y nacional. Tales organizaciones, si bien lograron la realización de obras de infraestructura social, tantas veces a cambio de votos y favores al sistema electorero, asfixiaron, ahogaron y esterilizaron los brotes de conciencia crítica frente a la realidad de explotación, marginación y exclusión del campesinado colombiano. Ellas fueron el vivero y el semillero de muchos líderes campesinos, asimilados, absorbidos y enganchados dentro del sistema, sin conciencia crítica, vislumbrados y chiflados por las promesas, los halagos y las palmaditas de los politiqueros de turno.

Las décadas del 70 y del 80 fueron de un auge grande en levantar infraestructura educativa (escuelas y colegios), de salud (puestos de salud, boticas, farmacias comunales, campañas de salubridad), de vías de comunicación (caminos, puentes, carreteras), de recreación (canchas, placas deportivas, festivales, reinados, basares, torneos deportivos...), de servicios (electrificación, acueductos, telefonía rural...), entre otros.

Sobre este liderazgo comunitario escribí una vez: "Puedo decir que milité en la Acción Comunal quince años, largos y duros quince años, porque allí también me hice adulto, maduré y descubrí que la filosofía de esa organización no respondía a los ideales de vida y esperanza del campesinado colombiano". La organización sería aprovechada por el Estado colombiano para aplicar paños de agua tibia a una realidad de negación y exclusión de los Derechos Humanos más fundamentales.

Estando en esta institución desarrollé la capacidad de escribir, pues ese fue como mi ministerio social, artístico y cultural, vivido con pasión. Era el que escribía las actas de las reuniones y asambleas. Redactaba los oficios, memoriales y documentos que enviábamos a diversas instancias. Este servicio se compaginó

con el del trabajo comunitario que siempre me atrajo y me cautivó. Trabajé en la construcción del acueducto, la escuela, los servicios sanitarios, los arreglos de los caminos, la construcción de un puente, el arreglo de viviendas, la construcción de un local para una tienda comunal y la caseta de la Junta de Acción Comunal. No tenía entonces conciencia crítica de esto, y me parecía que era lo mejor que hacíamos.

No obstante, esta dinámica comunitaria, también hubo conflictos y contradicciones al interior de dicha organización. Desde los primeros años me opuse a que la organización impulsara la venta y el consumo de licores como fuente de ingreso de recursos. Ahora, yo mismo nadaba en una contradicción, al ser el administrador de los festivales y el que vendía los licores, aunque motivaba a los más amigos a que no compraran aquellos licores porque su dinero lo podían necesitar para otras necesidades. Entonces, y hasta los tiempos de hoy, no conozco lo que es una «*borrachera*».

Otro de los asuntos difíciles fue la actitud frente a los políticos. Nunca busqué halagos y reconocimientos de estos oportunistas y aprovechadores de la necesidad de las personas más vulnerables. La política partidista era la politiquería, aquella que alienaba y mataba la conciencia, que extirpaba la dignidad de las personas, que dividía y levantaba la enemistad entre el mismo campesinado. Al contrario, defendí, con ahínco, aquel valor de dignidad campesina, atropellado en la compra y venta de votos en elecciones, bajo el montón de promesas incumplidas y de prácticas indignas que realizaban los politiqueros.

El balance personal acerca de esta organización, es que difícilmente ha podido generar liderazgo campesino con conciencia crítica y madurez autónoma, frente al sistema social y político colombiano. Son pocas las personas que, después de pasar por esta organización, han seguido siendo fieles a

la causa alternativa, a una organización campesina propia, a la búsqueda de algo diferente. Así, la mayoría de personas dirigentes que proceden del campo de las acciones comunales, en su mayoría, se han colgado del coche de los politiqueros de turno, han colaborado para que el sistema se mantenga y hasta han cambiado sus vestidos y sus maneras de ser y de hablar. Entonces, el panorama organizativo del campo es desolador en unas regiones y desarticulado en otras, pero esperanzador también en los lugares donde la lucha por la resistencia y la sobrevivencia no han sido acalladas por las múltiples formas de violencia y represión del Estado y las fuerzas insurgentes.

La travesía de la juventud transcurrió entre el trabajo, el estudio y la participación en organizaciones comunitarias. Puede decirse que corrí tras de estos ideales que fueron forjando una conciencia comunitaria, una dimensión servidora de causas menos individuales y personalistas, un sentido y un espíritu que alentó siempre *Los sueños y los pies caminantes*, en medio de grandes contradicciones, como talar los árboles y montes, aplicar los fertilizantes químicos y echarme a la espalda una fumigadora para regar los venenos tóxicos. Creo que fui un joven en camino, con aciertos y errores, luchando día a día por hacerme más persona, más humano, en relación con los demás.

La enfermedad crónica de los colores

En sí los colores eran hermosos, pero en Colombia empezamos a vivir una guerra violenta, llamada: «*La violencia política*», vale decir, la guerra o la violencia de los colores. Es triste y paradójico que esto ocurriera. Cuando nací, esta violencia llevaba ya muchos años, acrecentada a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948.

Los colores eran: azul y rojo. Azul = conservador y rojo = liberal. Lo uno o lo otro eran la vida o la muerte. El cáncer de la violencia colombiana tiene una de sus raíces en aquella coloración ideológica que dividió en lo más hondo el alma colombiana, urbana, campesina, indígena, negra y mestiza. Nuestros ideales se midieron y redujeron a engañosas definiciones de colores, a una pertenencia a cualquiera de los dos partidos: liberal o conservador. Eduardo Santos dijo en 1960 que en «*Colombia se nace liberal o conservador*».

En muchas regiones de Colombia, ¡cuántos! miles de muertos produjo esta violencia política. En seis años, los campos colombianos se habían ensangrentado por esta guerra de los colores.

Los colores, en la niñez de la escuela ya caracterizaban a la familia conservadora y liberal. Allí, en lo micro y lo pequeño, estaba marcada la zanja entre el rojo y el azul, entre liberales y conservadores, entre el naciente gamonalismo veredal, municipal, regional y nacional. Eduardo Caballero Calderón lo describe magistralmente en su novela *El Cristo de espaldas*.

Durante el Frente Nacional, los colores unieron a las élites tradicionales y dividieron al pueblo. En la pirámide de la estructura social colombiana, los colores se movían como cartas de naipe de un lado al otro y viceversa. El poder se jugaba en esa ruleta diabólica que ponía a unos a ganar (los políticos) y a otros a perder (el pueblo). Los que ganaban podían vivir a todas anchas, a costa de una mayoría hambrienta y harapienta. Los que perdían, pasaban a morir lenta o rápidamente por la injusticia y la explotación, por una fiebre de falso patriotismo y una farsa de democracia. Arriba, era «*la misma perra*» con una guasca azul y otra roja, amalgamadas (la dirigencia del Frente Nacional). Abajo, en el pueblo, eran dos perras distintas y enemigas, enlazadas con guascas de azul y rojo.

Los primeros años de escuela primaria, pasaron por los tiempos en que mandaba el Frente Nacional, aquel pacto político que dos jefes (Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo) habían convenido en España. Se repartirían por dieciséis años, como un plato de sancocho o fríjoles (comida típica de Antioquia), alternadamente el poder en el gobierno. Cuatro años un liberal y cuatro años un conservador, fue la fórmula de un bipartidismo que todavía se conserva en la disputa del poder, aunque agonizante. Según este esquema, ser liberal o ser conservador, pasó a ser un honor, un orgullo y una dignidad, aunque no se entendiera que arriba, en las clases dirigentes del país, eran «*los mismos con las mismas*», salvo excepciones en que se produjera una que otra fisura para formar rancho aparte, práctica que se fue imponiendo en la política colombiana.

Repetidas veces escuché las palabras apasionadas de los abuelos, a veces hasta acaloradas por defender aquello de que *«éramos liberales o conservadores»*. En el caserío micro estaba dada la división, aquella misma que se estiraba a nivel nacional. Tristemente éramos un país dividido ideológicamente por los colores. La población colombiana, pobre y marginada, víctima de este «*virus azul y rojo*», cavaba zanjas cada vez más profundas en una división que favorecería por años y años a aquella clase política y corrupta.

Era común oír contar historias y noticias acerca de campesinos que, por los colores, se despedazaban sus cuerpos a machetazos; familias que no volvían a hablarse, por triunfos rojos o azules; relaciones antagónicas entre liderazgos veredales que no se podían encontrar; mezquindades e intrigas entre vecinos y vecinas, porque por una pizca (un voto) los unos perdían las elecciones con los otros.

Cuando me fui haciendo joven, la verdad es que esto no me desveló. En mi visión, la política parecía ser mucho más que

estos partidos. Hasta me daba tristeza las contiendas inútiles de politiquería barata, aquella práctica duradera que han tenido los partidos tradicionales (liberal y conservador) en la historia de Colombia, reforzada con la de la corrupción y el cultivo de la violencia en todas sus formas. No hablaba de otros partidos u organizaciones guerrilleras, porque en la vida de joven y en el caserío veredal no los conocía todavía.

Años más tarde, cuando asumí el liderazgo en la organización de la comunidad, correspondió afirmar la que llamaría: «*convicción de inmunidad*» ante el «*virus*» de la politiquería**.** Veía entonces cómo muchos dirigentes campesinos se iban transformando en pequeños gamonales y politiqueros, manipuladores de las personas en sus veredas, sirvientes incondicionales de los otros gamonales y politiqueros que vivían en el pueblo. En muchos casos, los gamonales políticos iban apadrinando religiosamente a los hijos e hijas de sus mayordomos (agregados) y jornaleros. Aquellas alianzas azules y rojas, echaron profundas raíces culturales en las veredas y las familias.

El gamonalismo en pequeño negociaba y compraba la conciencia ciudadana del campesinado, se aprovechaba de la necesidad de la gente, haciendo válido aquel refrán popular de que «*la necesidad tiene cara de perro*». Las promesas de un saco de cemento, unas tejas, unos ladrillos, un mercado, un abrazo hipócrita y hasta un almuerzo, eran la contrapartida de votos en las elecciones. Más tarde, los líderes que se vendieron a estas prácticas indignas, aprendieron a transarse con los políticos de turno más altos, cuotas de poder para sus familiares y sumas de dinero para comprar conciencias campesinas.

La sobrevivencia económica

Sobrevivir económicamente es lo que más recuerdo de la infancia y la juventud. Éramos una familia de padre jornalero. A veces, cuando llegaba un sábado o un domingo no teníamos qué almorzar. La esperanza era encontrarle los huevos a una gallina que los había escondido en el monte o ir a los iracales a arrancar los cogollos tiernos, para freírlos y almorzar.

El vecindario, hasta donde podía, era solidario en el intercambio de productos. La economía estaba basada en los cultivos tradicionales (maíz, yuca, plátano, fríjol, caña, entre otros) y la caficultura tradicional. Se vendía la panela y el café para proveer varias necesidades (alimentos, salud y vestido). La cosecha de café era la oportunidad de alquilarse y ganar algunos pesos de más. Nuestra economía era familiar, no teníamos nada propio, trabajábamos para sostener la familia en común.

Crecimos, entonces, con una valoración diferente frente al dinero. No nos movía la avaricia por el dinero, por conseguir bienes o por acumular riqueza. Nuestra vida fue sencilla. Unos días trabajábamos en los lotes de Tierra de la familia, y otros nos contrataban como jornaleros. Cortábamos caña para las moliendas, la cargábamos a distancias largas, arrancábamos las malezas y cogíamos café.

Nuestro padre y nuestra madre se esforzaron y sacrificaron por darnos alimentos y vestidos, porque tuviéramos un hogar donde vivir, porque pudiéramos aprovechar las oportunidades alternativas de estudiar. Nos enseñaron a enfrentar la vida con sentido de dignidad, con convicción de salir adelante, con valores cristianos y humanos frente al ser y frente al tener.

Nos enseñaron a disfrutar de la gratuidad y la sacramentalidad de los frutos de la Madre Tierra, a valorar y dar gracias a Dios por el alimento que bondadosamente nos dispensaba la Tierra. Nuestra economía y nuestra sobrevivencia, ciertamente fue más de escasez que de sobreabundancia, pero así asumimos la vida, cultivando valores de solidaridad, de compartir, de intercambiar los productos.

La experiencia de escarbar, sembrar, cuidar y cosechar

Creo que estas fueron otras de las materias (asignaturas) de la escuela y la universidad de la vida. Escarbar la Tierra con las manos fue un largo proceso de aprendizaje y concientización. Al principio nos enseñaron a usar el azadón, con lo que erosionamos las tierras más pendientes. Después nos enseñaron los técnicos de las instituciones los usos de los agrotóxicos y venenos, lo mismo que el manejo de las fumigadoras. Nos hicimos expertos y después adictos a estas prácticas nocivas que nos iban empobreciendo y autodestruyendo, lo mismo que a la Tierra.

Desde que comenzamos a sentir que untarnos de Tierra las manos no era ensuciarnos, sino más bien sensibilizarnos para cuidar la Madre Tierra, nos apropiamos del escarbar. Por ello tengo la imagen de sembrar y escarbar desde niño. Mi padre me enseñó a sembrar el maíz, el fríjol, el plátano, la yuca y el café, que luego empezamos a cuidar. Se trataba de cuidar y ayudar a los cultivos para que crecieran fértiles y sanos, al tiempo que ellos nos ayudaban a crecer. Y, por último, aprendí a cosechar, algo que inundaba todo nuestro ser de un placer indescriptible.

Cosechar el café, el fríjol y la yuca era mi principal atracción y placer en las labores agrícolas.

Nuestro escarbar campesino se dio en la pequeña parcela que cultivábamos en la familia y en las tierras ajenas que nos entregaban a la tercia. Esta práctica tenía sus orígenes en las formas de producción traídas de España por los conquistadores y que todavía se mantienen. Orlando Fals Borda las describía así:

> Por ejemplo, en el Cauca y en Nariño hay «apegados» que pagan al terrateniente con una parte de la producción a cambio del pedazo de tierra que reciben. En Boyacá y Cundinamarca los «concertados» se obligan con el patrón a trabajarle un cierto número de días al mes o al año en su hacienda. En la Costa Atlántica los campesinos entregan una porción de sus productos como terraje a quien se dice dueño de la tierra. En otras secciones del país aparecen vivientes, arrendatarios, aparceros, poramberos y otros, cuyas relaciones sociales de producción son de un tipo de explotación muy antiguo, tanto que sus orígenes se remontan a la patria de quienes vinieron a conquistar estos dominios en el siglo 16.

Esta fue, en buena parte, mi experiencia de agricultor en mi época de joven y también la del jornal, originaria del sistema de producción español. Nuevamente, Fals Borda documentaba este elemento de la producción agraria en Colombia:

> Había jornaleros a sueldo en la España de esa época, como lo documenta también «El Becerro». Estos eran peones que trabajaban por la comida, el vestido y el alojamiento por un jornal en dinero… Los jornaleros contaban con estatutos antiguos que les protegían (el primero data de 1351), aunque éstos especifican un salario máximo, no un mínimo, y por jornada de sol a sol.

Trabajábamos al jornal en una finca de caña y en las cosechas de café, principalmente. Pero también cultivábamos la caña en el terreno familiar para el sustento de la familia. Recuerdo entonces que no había estancia de caña, grande o pequeña, que no tuviera una historia de accidentes en que los campesinos perdían sus extremidades inferiores o superiores o sufrían espantosas quemaduras.

La caficultura entró el paquete crediticio y tecnológico en nuestros campos, ocasionando el monocultivo comercial del café, el endeudamiento campesino y la práctica de una agricultura química (fertilizantes, fungicidas e insecticidas químicos y tóxicos), que destruyeron la naturaleza, envenenaron, esterilizaron y mataron la Tierra. La economía cafetera engordó las arcas de la clase alta y media del país y empobreció suelos, familias y personas campesinas. Embuchó también la industria empresarial y alimentó económicamente la guerra y la violencia, paradójicamente, volviéndose contra el mismo campesinado productor y cultivador del café.

A los campos volaron los técnicos de las instituciones locales, departamentales y nacionales que, de una u otra manera, estaban enganchados con los bancos, con las fábricas de agrotóxicos y con el comercio de los pueblos. Los bancos vomitaron el capital de una manera engañosa y usurera sobre las familias campesinas, asegurándose la propiedad de la Tierra como prenda hipotecada para que, en el caso de no ser cumplidas las obligaciones crediticias, pudieran ser expropiadas las tierras. Las instituciones se abalanzaron sobre los campos con un ejército de funcionarios para cambiar las formas tradicionales de cultivar, pregonando los milagros de la tecnificación, conseguidos sobre la base de la destrucción y contaminación ambiental. Las fábricas y los almacenes vaciaron sobre las propiedades rurales toda aquella avalancha de muerte y destrucción. El comercio era uno de los eslabones en esta cadena de la muerte.

La universidad de la vida en los periódicos

Se trata del compartir un hilo de la superación personal, estrechamente unido al entorno campesino y vinculado a las organizaciones, instituciones y procesos por donde he venido caminado. Desde niño y joven me dejé enseñar por la naturaleza. Muchas veces había visto lo que los animales hacían para vivir y desde allí provienen conocimientos que he redescubierto con el paso de los años.

Cuando retorné al campo, cargando la frustración del saber formal clausurado en la ciudad, no me sentí derrotado. Al contrario, busqué el saber por otros caminos. La escuela, el colegio y la universidad, la vía por donde se accedía al saber académico y científico, mediante ciertos privilegios, parecía haber cerrado sus puertas. Pero la escuela y la universidad de la vida me acogieron en otra manifestación de aulas, entre ellas, la lectura y el aprendizaje en los periódicos. Allí estaban también *Los sueños y los pies caminantes*.

Mientras transcurría mi vida en el campo iba recogiendo los periódicos que botaban como basura. A veces sucios, manchados, rotos, rasgados e incompletos, pero de un valor incalculable para mi formación, que los disfrutaba con un placer indescriptible mediante la lectura. No había noticia o artículo que no leyera, con lo cual comenzaría a tener una visión más amplia y universal de la realidad histórica de Colombia y del mundo. La huerta, la cocina, el sembrado y el camino eran como el salón de aprendizajes; los periódicos, como los textos de estudio; y la Tierra, como el lugar de asiento, porque sentado sobre la hierba del campo, iba leyendo los pedacitos de periódico.

Al caer la noche, los domingos, cuando mi padre llegaba del pueblo trayendo la remesa (mercado, provisiones), comenzaba una jornada de estudio. La primera acción era desenvolver los víveres, aquellos que venían envueltos en papel periódico. Luego, a la luz de la vela o de la lámpara de petróleo, iniciaba la lectura de las crónicas judiciales, las noticias económicas, las deportivas, las tiras cómicas, los suplementos dominicales y las noticias internacionales. Más tarde, mi padre empezó a traer el periódico los domingos, lo cual alimentó mucho más las ansias de saber y de leer. Esta fue la primera práctica de estudio personal que marcó profundamente mi vida.

Crecí, entonces, leyendo y valorando los periódicos que la gratuidad de la vida iba poniendo en los caminos, en los basureros y en las envolturas artificiales de los alimentos. Allí estuvieron los espacios de formación. Mientras mucha parte de la generación que hoy gobierna el país iba a las aulas de los colegios y universidades, yo asistí a la escuela y a la universidad de la vida, donde me pude encontrar y abrazar con otras fuentes del saber.

La sacramentalidad de la formación: la radio, la lámpara, la vela y la distancia

La Acción Cultural Popular (ACPO) llegó a nuestros oídos a comienzos de la década de los setenta, cuando hicieron su arribo los primeros radios de transistores a la vereda. Un tío de la familia, Luis Ángel Cañaveral, que era líder comunal por aquella época, trajo la noticia de una institución que transmitía clases por una emisora llamada Radio Sutatenza y

distribuía cartillas de estudio en las cabeceras municipales del país. (Cuando reviso este escrito para su publicación, recién ha fallecido el señor Fabio León Ríos, el líder de la Acción Cultural Popular en Montebello, la persona que distribuía las cartillas de estudio que recibí). Aquella era para mí la noticia del año, porque se reabría una nueva senda para acceder al saber que buscaba. Estudiaría por radio, a la luz de la vela o de la lámpara, en las noches o en las madrugadas, a veces agobiado por el cansancio del trabajo diario. Iniciamos clases en el corredor de la casa del tío Luis Ángel, en una minga educativa de primos y primas. La alegría y el entusiasmo eran grandes y desbordantes, pues llegábamos puntualmente a la clase, después de una ardua jornada de trabajo en el campo. Sudorosos y untados de Tierra las manos, acudíamos a la única posibilidad que teníamos para estudiar. Luego nos trasladamos a la casa de la tía Judith Cañaveral, la casa de balcón de los abuelos paternos y allí las paredes fueron nuestros tableros y los carbones de leña nuestras tizas para escribir.

Esto motivó a que mi padre comprara el primer radio y la familia recibiera las cartillas de Acción Cultural Popular. Fue un consagrarse a esta forma de estudio, que no aseguraba ni garantizaba títulos o certificados. Sencillamente permitía adquirir conocimientos básicos, ampliados por el semanario «*El Campesino*», un periódico que mi padre empezó a traer cada ocho días. Un grupo de profesoras y profesores enseñaban a distancia, utilizando la radio, la cual llegaba a los espacios más cotidianos. Recuerdo a la profesora Lourdes Torres, que años después pude conocer en Bogotá. Las condiciones eran difíciles. A punta de velas y lámparas, iluminábamos los textos, las cartillas y los cuadernos, envueltos en una magia de entusiasmo por lo nuevo que íbamos aprendiendo. Allí hubo una persistencia y una espiritualidad que nos movió a la lectura, a la escritura y al deseo de aprender algo valioso para nuestras vidas.

Para profundizar en los estudios de la primaria, dado que no había posibilidades de avanzar, construimos una caseta educativa en predios cercanos a la casa de la señora Genoveva Bedoya y allí estudiábamos, primas y primos, lo mismo que otros jóvenes vecinos, los lunes y los sábados. En verdad que era un empeño por aprender conocimientos nuevos y no dejar olvidar los recibidos en la escuela rural. Aquella escuela nos movilizó a conseguir nuestro primer tablero y a proveernos de las primeras bancas o pupitres. Es importante recordar nombres de quienes tomábamos parte de esta minga educativa: Jaime Cañaveral, Flor María Cañaveral, Álvaro Vélez, Elkin Cañaveral, Luz Esneda Vélez, Luz Enith Arias, Magdalena Arias, Lucelly Cañaveral, Consuelo Arias, Hernando Cañaveral, Rocío Cañaveral, Humberto Villada, Gildardo Villada, Fanny Villada y otras personas que no recuerdo.

Así que la radio nos ayudó a capacitarnos, mientras la práctica de encuentros nos iba formando. Todavía no había entrado la radio comercial a nuestros oídos, porque la emisora Sutatenza era cultural. Pocos años después, las novelas de Calimán, Arandú, Los Cuervos y otras más, entraron a ocupar las tardes y las noches en las familias. La radio comercial inundó los días y las noches de radionovelas y propagandas, como después lo hiciera la televisión. No obstante, por muchos años, persistimos en usar la radio para el estudio.

El saber autodidacta en la organización

La Acción Comunal, la organización del Estado colombiano, me posibilitó el crecimiento en el liderazgo social y comunitario. Allí

fui promovido al primer cargo que desempeñé: presidente del Comité de Educación. Entonces, emprendí el compromiso con la causa de la educación, motivando a los jóvenes de mi edad a estudiar por radio, mientras ponía las bases para la fundación de una escuela radiofónica. Juntos organizamos jornadas de estudio los sábados y los lunes, con el fin de mantenernos activos hasta cuando pudiéramos tener la oportunidad de realizar la primaria completa en el caserío. Soñábamos con ver llegar el día en que nadie, que anhelara estudiar y prepararse en la vida, quedara excluido de acceder al conocimiento. Mientras esto acontecía, mi padre era el presidente de la Acción Comunal, empeñada en esos tiempos en la construcción de una nueva escuela.

Pocos años después fui nombrado secretario de la Junta de Acción Comunal, lo cual significó un mayor ejercicio y esfuerzo por aprender a escribir y a leer. Estando en esta institución desarrollé la capacidad de escribir, pues ese fue como uno de mis ministerios sobresalientes, vivido con ardor y pasión. A base de constancia, me gané este liderazgo en la organización, al punto de que todo escrito y memorial que se requería, ahí estaba en la mejor disposición, para ayudar a pensarlo y escribirlo. Gané destreza, capacidad, imaginación, creatividad y carácter para ser responsable con que los escritos tuvieran mejor redacción y ortografía. Los funcionarios de dependencias gubernamentales admiraban y valoraban la presentación de los escritos y la caligrafía de la letra hecha a mano.

La escuela de la organización comunitaria fue despertando en mí la búsqueda del sentido de la justicia y del derecho. Me apasionaba el estudio de los temas jurídicos, legales y estatutarios de la legislación comunal. Los oficios y memorandos que dirigíamos a las entidades públicas y privadas, iban bien sustentados en lo jurídico. Soñaba entonces con estudiar derecho, con ser abogado y un orador político. Por aquellos

días había asistido a la manifestación política de Carlos Holmes Trujillo, un político del Partido Liberal oficialista, en la plaza del pueblo, y por primera vez escuchaba hablar del derecho romano, en tanto que leía una columna, de una plana completa del periódico, del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger, sobre el derecho internacional marítimo de las 200 millas. Desconocía que era el político norteamericano, abanderado de la época de la Guerra Fría. Buscaba los edictos y las sentencias judiciales que se publicaban en los periódicos, coleccionaba la columna jurídica que escribía un abogado en el periódico «*El Campesino*» y cuando pasaba por la ciudad de Medellín, buscaba las vitrinas de las librerías jurídicas para conocer los títulos de las obras de derecho. En estas andanzas, entablé amistad con un estudiante de derecho de la Universidad de Antioquia, de nombre Gilberto Roldán, quien me prestaba fotocopias de los textos que estudiaba y me regaló el Código Civil. Pude conocer un poco de las fuentes del derecho, afincadas en el derecho romano.

Participé en litigios y pleitos que me llevaron a un permanente contacto con autoridades y abogados, ante lo cual era una exigencia estar versado en normas de leyes y reglamentos. Repetidas veces hubo conflictos con las autoridades policiales, para lo que fue necesario adquirir el Código Nacional de Policía. Cuando tuvimos conflictos por servidumbres de caminos y problemas de sucesiones, me ayudaba con el Código Civil. En los conflictos de nacimientos y fuentes de agua, apelé a la legislación sobre derecho de merced de aguas. Ante conflictos internos que requerían conocer sobre los Estatutos, me trasnochaba leyendo y tratando de entender el espíritu de los capítulos, los artículos, los incisos y los parágrafos. En el fondo, me acompañaba un sentido profundo de búsqueda de la justicia. Sentía un vivo deseo por la defensa de la vida, relacionada de una u otra manera con las leyes y los códigos.

En las siguientes líneas comparto vivencias de superación mientras pasé prestando este servicio de líder comunal. Implicaba las relaciones con el mundo urbano del pueblo y de la ciudad. Semanalmente había que desplazarse al pueblo a reuniones con el Concejo Municipal, con los presidentes de Acción Comunal, para trámites de los auxilios que llegaban a la comunidad, lo cual representaba una situación difícil al interior de la familia, pues parte de mis hermanos y mi mamá no estaban de acuerdo con esta «*perdedera de tiempo*», decían. Semanalmente iba a los convites comunitarios, una ocasión de compartir la vida entre vecinas y vecinos, en tanto, arreglábamos los caminos, mejorábamos las viviendas y trabajábamos por un mejor bienestar de la comunidad.

La influencia de la Acción Cultural Popular

La Acción Cultural Popular había nacido por allá por el año de 1947, en una población pequeña, llamada Sutatenza, ubicada en la cordillera Oriental, perteneciente al departamento de Boyacá, a raíz de la llegada del padre José Joaquín Salcedo a la parroquia de aquel poblado, prendido en las laderas de los Andes colombianos.

La experiencia bien vale la pena resaltarla, por lo que llegó a significar para un país que vivía el fenómeno intenso de la urbanización, aunque seguía siendo un país con una importante población campesina. Pero también era evidente el estado de analfabetismo que envolvía los campos colombianos, donde las escuelas rurales alcanzaban a llegar a un segundo de primaria. De ahí en adelante, las niñas y los niños, las jóvenes y los jóvenes no tenían más posibilidad de estudiar. Terminar el 5º.

de primaria era un privilegio y una hazaña. Ello explicaba las limitadas posibilidades que tenía el campesinado para acceder a niveles superiores de educación. Acción Cultural Popular surgió como una alternativa a esta necesidad educativa, apoyada ampliamente por la Iglesia Católica, lo cual representaba el tener un grado de mucha aceptación y credibilidad, tanto por la Iglesia como por el Estado. Mucha parte del campesinado, marginado de la escuela formal, encontramos en Acción Cultural Popular el medio para educarnos, capacitarnos y formarnos en el liderazgo campesino y comunitario.

Mientras estudiábamos en la radio, supimos que ACPO era mucho más que una emisora que enseñaba. Tenía también dos institutos campesinos donde formaba dirigentes y líderes, contaba con un semanario llamado «*El Campesino*» y una biblioteca. A través de estos medios propiciaba la formación a través de una red nacional, interconectada con cinco emisoras en las ciudades más importantes de Colombia; con la articulación de los líderes campesinos en las parroquias rurales y las escuelas radiofónicas veredales, que eran impulsadas por quienes hacían los cursos de dirigentes. Motivado por el estudio, llegué al punto más cercano de esta articulación nacional e ingresé a hacer el curso de dirigente campesino en el segundo semestre de 1973. Era la segunda salida del campo.

Mis pasos por el curso no pasaron de lo común y corriente que podía suceder con un campesino de 18 años. De entrada, nos encontramos con la disciplina de la comunidad religiosa de los Hermanos de La Salle, quienes por algún convenio con las directivas de ACPO dirigían el instituto. No había terminado el primer día cuando ya estábamos enterados de lo permitido y lo prohibido. La autoridad, en ese momento, parecía ser del temor, al estilo conventual, pasando por alto que los estudiantes éramos laicos campesinos. Prohibido contradecir la autoridad

del Director, quien ante cualquier falta se reservaba el derecho de expulsar. Prohibido enamorarse de las lindas muchachas que prestaban servicio en la cocina y la lavandería. Prohibido mirarlas o dialogar con ellas. Prohibido llegar al Instituto con amigas o a destiempo. Los domingos, era obligatorio ir a la misa de 6 de la mañana y volverse rápido a casa, al mejor estilo de un seminario o convento tradicional.

Lo valioso de esta experiencia, a pesar de las prohibiciones ya referidas, era que formaba en dimensiones muy concretas y humanas como la vida comunitaria, las labores agropecuarias y una espiritualidad religiosa, fundamentada en la Biblia, el Concilio Vaticano II y las encíclicas de los pontífices de la Iglesia. Valioso era también el encuentro de diversas culturas, dimensión que Acción Cultural Popular potenció en sus institutos de Sutatenza (Boyacá) y Caldas (Antioquia). Allí alimenté la opción de vida comunitaria, principalmente, para ejercer una experiencia de liderazgo campesino. La formación agropecuaria no me llegó en la misma medida, dado que los sueños estaban inspirados por un deseo de conocer más, de estudiar, de volar mundos más amplios y universales. Esto sí me apasionaba y mi ser vibraba desde que se tratara de vivir en razón de servir a los demás, en comunidad, en organización, en minga, en convite, en solidaridad. Las ciencias prácticas de los cultivos y el manejo de los animales generaron resistencias, aunque no me negaba a aceptarlas y valorarlas, así tuviera que ocupar los últimos puestos, forma de sacarle el cuerpo a cualquier práctica que ordenara el instructor.

Los sueños y los pies caminantes anduvieron por el Instituto Campesino cuando en América Latina habían sucedido acontecimientos eclesiales, políticos y populares de singular importancia, como la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM), realizada en Medellín, Colombia

(1968). Las distancias temporales y geográficas eran mínimas, pero las de la conciencia, del compromiso, de la caridad, del amor político y la opción preferencial por los más pobres parecían estar a años luz. Muy poco de esto se podía observar en el horizonte programático del curso que coordinaban los Hermanos de la Salle, no obstante estar expresado en el horizonte ideológico de Acción Cultural Popular, cuyos postulados formativos y orientadores se sintetizaban en dos párrafos que leímos más de una vez:

> *Sabemos de sus preocupaciones y conocemos sus necesidades. Usted necesita vivienda cómoda, mejor alimentación, vestido adecuado, tierra, créditos, mejores condiciones de trabajo. Necesita educación, salud, recreación, respeto. Necesita información cierta; y libertad para buscar la verdad, y manifestar y defender sus ideas; necesita igualdad ante la ley, y participación activa en las decisiones de gobierno.*
>
> *Sabemos que a usted lo engañan personas interesadas en frenar su propio desarrollo. Hay dominadores que por años lo han acostumbrado a depender de alguien. No quieren que usted conozca la verdad, ni que salga de la miseria intelectual y económica en que ha permanecido durante muchos años.* (Tomado de una cartilla de ACPO).

El estudiantado campesino no tenía indicios del movimiento eclesial liberador que había desencadenado Medellín (1968) en otros países. Estábamos geográficamente muy cerca de donde había acontecido esta reunión histórica para la Iglesia Latinoamericana, pero ninguna palabra se ventilaba al respecto en las frías paredes y corredores del centro educativo. No se sabía nada de la Iglesia de los Pobres, de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), de la Teología de la Liberación, de

la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia y de la Educación Popular de Paulo Freire. Los referentes que teníamos eran las encíclicas papales, la Biblia, el Concilio Vaticano II, la Doctrina Social de la Iglesia y la «*Alianza para el Progreso».*

El contexto latinoamericano de ese momento, visto de manera crítica y real, no estaba contemplado en los programas educativos que Acción Cultural Popular tenía en su instituto de Caldas. Políticamente, la visión no alcanzaba a tener una mirada crítica de lo que acontecía en Colombia, mucho menos a tenerla en perspectiva latinoamericana. Hechos como la Revolución Cubana, el socialismo y la caída de Salvador Allende, en Chile, en ese año de 1973, no pasaban de ser noticias de radio, aisladas de los contextos micros que manejábamos. Mientras Víctor Jara, Violeta Parra, Mercedes Sosa y otras voces cantaban la historia y la memoria de la libertad en América Latina, perseguida y silenciada, nosotros cantábamos «*un beso y una flor»,* de Nino Bravo, la canción himno del momento y las canciones religiosas tradicionales.

Cuatro meses permanecí allí, formándome como dirigente campesino, en medio de la disciplina de la comunidad de los Hnos. de la Salle. Sin dejar de valorar las contribuciones positivas que ya había anotado, es importante reconocer que fue una formación descontextualizada de la realidad que Colombia vivía en el último período del Frente Nacional, cuando era presidente Misael Pastrana Borrero. Tres años antes el país había vivido un ambiente de inconformidad por un presunto fraude electoral, acerca de lo cual se rumoraba que el gobierno de Carlos Lleras Restrepo le había robado la presidencia al general Gustavo Rojas Pinilla, candidato de la oposición (ANAPO), para proclamar como triunfador al candidato del partido conservador Misael Pastrana Borrero. Es más, se decía que la noche de los escrutinios electorales, cuando la votación del general Rojas se había puesto por encima, el presidente había mandado apagar

las estaciones radiales y suspender los boletines oficiales de la Registraduría Nacional. De modo que al día siguiente el país había amanecido con el último presidente del llamado Frente Nacional.

Este último período (1970-1974) fue históricamente decisivo para el campesinado colombiano, toda vez que continuó con el fortalecimiento de la organización campesina al constituirse formalmente la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC), por decreto del gobierno de Carlos Lleras Restrepo, con presencia activa en 22 departamentos y 2 intendencias y con la movilización nacional campesina a partir del 21 de febrero de 1971, que permitió la recuperación de 1.250 haciendas y latifundios, a la vez que resistir a una declarada represión del gobierno a los campesinos. Este convulsionado contexto campesino no tenía lugar en la propuesta de Acción Cultural Popular, el gran movimiento que tenía tanta o más presencia en los departamentos e intendencias que la ANUC. ¿Cómo lo iba a tener si a nivel nacional el mismo presidente, Misael Pastrana Borrero, hacia parte de la Junta Directiva Nacional de Acción Cultural Popular?

La Iglesia Católica le había apostado a la propuesta educativa de Acción Cultural Popular y dio su reconocimiento y orientación, lo cual explicaba que, dada la distancia con el contemporáneo movimiento eclesial latinoamericano, ACPO tuviera en muchas parroquias y diócesis, al lado de las pastorales, un espacio y un líder de Acción Cultural Popular. Por su parte, el instituto recibía mensualmente la visita del P. José Ortiz, delegado episcopal por la Arquidiócesis de Medellín. Así que una relectura posterior daba luces para entender por qué la Iglesia Católica apoyó frontalmente esta propuesta educativa en los campos colombianos. De una parte, no había la posibilidad de hacer una lectura crítica de la realidad y la coyuntura nacional. De la otra,

mucho menos proyectar una mirada crítica al acontecer político, económico y social que envolvía a América Latina.

Religiosamente, tampoco tuvo ojos para mirar las nuevas eclesialidades que surgían en América Latina. Esta perspectiva educativa no tenía un horizonte claro de denuncia y de compromiso frente a las injusticias y opresiones que se daban en toda América Latina. Su horizonte estaba afianzado más bien en la Doctrina Social de la Iglesia y la «*Alianza para el Progreso*». La primera contaba ya con un manual antisocialista, iluminador de una Reforma Agraria que no tocara el derecho natural a la propiedad privada, importado desde Brasil, producido por el ala de la Iglesia que defendía los derechos de los ricos hacendados. Su lema era: "*Combatir la «Reforma Agraria» Socialista y Confiscatoria es un derecho y un deber*", como respuesta a la Reforma Agraria de 1961 en Colombia. La segunda se había implantado durante el Frente Nacional. De ese modo, seguíamos comiendo el pan y tomando la sopa de la ideología de la «*Alianza para el Progreso*».

El desarrollo y el progreso del desprogreso

Comencemos con esta expresión: «*El desarrollo es un viaje con más náufragos que navegantes*», escribía Eduardo Galeano a finales de 1970. El presente apartado está dedicado a un análisis de lo que unos llamaron «*progreso»* y *«desarrollo*» y otros asistimos a la «*muerte temprana*» de pueblos, costumbres y culturas.

La «*Alianza para el Progreso*» había henchido de paternalismo y asistencialismo las conciencias de América Latina que creían en las bondades de los milagros norteamericanos. La epidemia

mental de soñar ser como los Estados Unidos en su poderío, de parecerse efímeramente a ellos, hundiría a Latinoamérica en el océano de la deuda externa. Solamente las élites nacionales sacarían provecho de esta tragedia continental, porque vendieron su cabeza, su conciencia y su barriga al imperio del Norte.

Un lema político, económico y religioso abrió sus alas a finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta: «*El desarrollo es el nuevo nombre de la paz*». La Iglesia Católica estaba en el pontificado de Pablo VI y en el fervor de su encíclica social «*Populorum Progressio*» (El Progreso de los Pueblos).

En lo pequeño, en lo micro, allí en la vereda donde irrumpían *Los sueños y los pies caminantes*, podía apreciarse la entrada del llamado «*desarrollo*», expresado en los cambios de condiciones que eran normales, a otras que llegaron con la etiqueta del llamado «*progreso*». Sus portadores venían de fuera, como había ocurrido 500 años atrás, queriendo decir que no era buena la forma como vivía el campesinado, que tenía que ser de otra manera. A las veredas se las llamó pobres y atrasadas, como a nivel continental se llamaba pobres y subdesarrollados a los países.

No es que quiera proyectar una imagen meramente negativa acerca del *«progreso»* que se vino atropelladamente sobre la vida de las familias campesinas, sino sentar una postura crítica sobre la visión desarrollista y progresista que fue penetrando en los campos, transformando costumbres y maneras de ser culturales. Un tropel de instituciones de orden social, político, económico, religioso y cultural empezó a llegar al campo a arrancar lo propio y a sembrar lo de afuera, muchas veces violentando el alma del ser campesino. Sin embargo, en algunos casos, el campesinado era tremendamente ingenuo, pues se comía la «*carreta*» (discurso de palabras) de los que llegaban

de fuera a mostrar los milagros y prodigios del «*desarrollo*», sin mediar un diálogo sobre las bondades y perjuicios que ello traía.

Dijeron que había que cambiar la forma de las viviendas y hacerlas con materiales que llegaron del pueblo y la ciudad, cuando antes se construía con los mismos materiales del campo. La tapia y el bahareque se cambiaron por el ladrillo y el cemento. Los techos de paja de iraca y de hoja de caña dieron lugar a los de teja de barro, eternit y zinc. Los pisos, patios y corredores de Tierra, se cubrieron de cemento, porque esto era señal de insalubridad. Así se iba urbanizando el mundo rural, en medio de un rechazo y desprecio por lo propio.

El agua fresca y cristalina, que corría por los arroyos, se introdujo en los tubos galvanizados y plásticos, reemplazando las canoas de la guadua, lo cual exigía construir tanques de cemento en los mismos nacimientos de agua. Más tarde, las fuentes de agua quedaron a la vista de los intereses externos que buscaron legalizarlas (privatizarlas) para apropiarse de ellas. Los colchones del comercio, pusieron fin a las esteras de iraca y plátano. Las camas de madera, dieron paso a los catres metálicos que llegaban con las pinturas del comercio. Las totumas y vasijas de barro, donde se cocinaban, se tomaban y se comían los alimentos fueron reemplazadas por las tazas de loza y porcelana, y las ollas de aluminio. Allí se estaban sentando las bases del futuro consumismo campesino.

El «*progreso*» entró en el imaginario campesino, imponiendo un cambio en su agricultura tradicional y de «*pan coger*». De una agricultura variada se pasó a los monocultivos de corte comercial, que atrajeron un tropel de profesionales y técnicos sobre los campos colombianos, cuyos objetivos reales eran destruir por completo la Madre Tierra, forzarla a producir para los mercados, desocupar las fábricas y almacenes agrícolas

(agro-tóxicos, fertilizantes y maquinaria) en las parcelas y fincas de las familias campesinas, y ayudar a que la Caja Agraria y los bancos cogieran del pescuezo a los campesinos con los préstamos (la deuda).

La prédica de estos profesionales y científicos del «*progreso*» técnico era pintarle al campesinado un paraíso del «*desarrollo*» y el «*progreso*» en sus familias, a punta de visitas, paquetes químicos y ofertas crediticias de los bancos, con lo cual lo hacían dependiente y le enajenaban su capacidad de pensar por sí mismo. Los técnicos pensaban por él, envolviéndolo en los falsos espejismos de un «*progreso*» impuesto de arriba para abajo. El llamado «*progreso*» se convirtió en la más abrumadora tragedia de la Tierra y del campesinado.

El «*desarrollo*» abrió vías de comunicación, rompió violentamente la piel de la Tierra, extendiendo carreteras por las laderas, con el fin de transformar la vida de regiones, llamadas «*aisladas*» y «*atrasadas*». Las carreteras hirieron de muerte los antiguos caminos de herradura, ocasionaron los derrumbes sin medida, taparon los nacimientos de agua, erosionaron los suelos, produjeron cambios en la cotidianidad de la vida campesina.

Los carros que por allí empezaron a transitar revolucionaron la vida del campo, desplazaron a las mulas y los caballos, entraron a gran escala la sociedad de consumo a las veredas, constituyeron otros referentes en la ubicación de los caseríos, propiciaron las tiendas y cantinas para que entraran con más facilidad las gaseosas, las cervezas, los licores y toda la comida transnacional. Y también facilitaron la entrada de personas extrañas y grupos armados que terminaron haciendo masacres de campesinos y campesinas, pintando mensajes macabros como: «*Bienvenidos al sabor de la guerra*», en las paredes de las casas y negocios que se levantaron al lado de tales carreteras.

Era la declaración de la guerra y la muerte al campesinado. ¿Quién podía ser bienvenido a la guerra? Esa era la doctrina y la ideología de la Seguridad Democrática que ha bañado de sangre los campos colombianos y que ha justificado la existencia del conflicto armado en Colombia.

El progreso se evidenció en la llegada de la energía eléctrica, que tras la entrada y extendida de sus redes derribó árboles y vino a encarecer el costo de vida en el campo, llenando de millonarias ganancias las arcas de las empresas de energía. Los embalses de las hidroeléctricas sepultaron tierras, árboles, pueblos e historias familiares bajo las aguas, ocasionando el desplazamiento y desarraigo de poblaciones y animales. El fogón de leña fue reemplazado por el de energía. La vela y la lámpara de petróleo, dio paso a un gran alumbrado eléctrico de la casa. Y cuando esto transformó la apariencia y el aspecto de la vivienda, entonces subió el impuesto predial y el estrato de la casa, porque con el llamado «*progreso*» se había valorizado la propiedad.

Los subsidios de salud, cuando años más tarde vinieron a realizar los censos, se alejaron, porque la vivienda la habían clasificado en estrato tres y cuatro, por tener un sanitario, un televisor, una nevera, unos pisos de cemento y unas paredes de ladrillo. El consumismo, fue el indicador para espantar el subsidio del Estado a la salud. El «*progreso*» se convertía en motivo de exclusión a otros servicios del Estado.

Al llegar la energía, en las familias campesinas se produjo un cambio radical en las culturas, pues llegaron unos señores electrónicos a adueñarse del lugar principal en la familia. Ellos fueron los televisores, que ocuparon el centro de atención, se posesionaron del hogar, desplazaron en valor y dignidad a las personas, ocuparon el tiempo de trabajo, diálogo y descanso de la familia. Tanto el padre como la madre, tuvieron un intruso

bonito que entró a reemplazarles en su responsabilidad de formación, orientación y educación de las hijas y los hijos. El señor televisor robó para sí los afectos, el cariño, la atención y la importancia de las personas. Sus imágenes de ensueño prendieron como un imán los ojos, los cuerpos, los corazones y las mentes familiares, haciendo olvidar y quitar hasta el hambre física. El estómago podía quedarse vacío ante la atracción desmedida de la pantalla chica.

Años más tarde, entrado el siglo XXI, las ciudades y los pueblos se atestaron de motos que alcanzaron a extenderse hasta los campos colombianos, constituyéndose en la única forma de movilizarse cuando el invierno pobló de derrumbes las carreteras campesinas y los carros quedaron atascados de pantano en tenebrosas trochas, que enfermaron gravemente sus estructuras metálicas y alcanzaron a salir rumbo a los talleres mecánicos, golpeando el bolsillo de sus propietarios.

Vivimos la era y la época de los teléfonos celulares que revolucionaron la vida y las culturas de ciudades, pueblos y caseríos donde llega el internet y la energía. La vida se individualizó y virtualizó en grupos de WhatsApp, redes sociales y videos que llegan hasta la degradación y trivialización de la vida, reventando violentamente las relaciones familiares, amistosas, vecinales y cercanas y convirtió el mundo en una aldea global, poblada de soledad y depresión como escribe Noreena Herzt en el *Siglo de la soledad* (2021). Apenas ayer, 26 de diciembre de 2022, Ofelia Bedoya me cuenta que, en la vereda de Las Mercedes, impacta la situación de personas ancianas y solas, personas enfermas de depresión y de soledad, hasta relegadas en sus propias familias.

Esta dinámica del «*desarrollo*» tecnológico enmarcó la urbanización del campo colombiano y latinoamericano. De una sociedad rural y agraria pasamos a una sociedad agroindustrial,

urbana y globalizada. Se trata de la modernización y globalización de los campos, aquella que sembraría desde antes en la mentalidad campesina los sueños de buscar y vivir en la ciudad, porque el campo era signo de estancamiento, de atraso, de no futuro. En la ciudad estaba el verdadero porvenir, y los padres de familia buscarían que sus hijos e hijas se fueran a estudiar al pueblo y a la ciudad, para no ser como ellos, para no llevar la misma vida dura y sacrificada que habían vivido.

Sin embargo, hay que reiterar también que no sería justo cargar negativamente este desenlace progresista en los campos colombianos, porque con él llegó la ciencia y la tecnología, que en sí no eran malas, porque eran el fruto de un proceso ascendente y creativo de la humanidad. También yo, cuando pude, salí al encuentro de los avances tecnológicos. El problema radicó, a mi modo de ver, en lo siguiente: cuando este avance científico y tecnológico se concentró en un pequeño grupo, que se adueñó del mismo, excluyó a la mayoría. Entonces fue un instrumento de dominación, de colonización, de usura, de explotación, de empobrecimiento y de muerte para el campesinado.

Es desde allí que se puede hablar críticamente del «*progreso*», que años más tarde viniera a hundir en una profunda crisis al campesinado, donde los costos asumidos son más inclinados al lado de la muerte, y cada vez menos del lado de la vida. El llamado «*progreso*» y «*desarrollo*» no se dio en términos de igualdad, de fraternidad, de justicia, de vida y de solidaridad. Se impuso más bien en condiciones de irrespeto, de agresión, de injusticia, de exclusión, de arrasamiento cultural e ideológico. No hubo un diálogo y una relación recíproca entre las antiguas formas de vida y las nuevas que venían de la mano de esta visión científica y tecnológica del «*progreso*».

«El día del campesino»: Historia de una alienación

La imagen era grotesca, como para revolverse las más profundas entrañas. Un alcalde se había encaramado a un tablado que habían levantado en la plaza de un pueblo colombiano y lanzaba carne a una multitud de campesinos y campesinas que se peleaba por agarrar pedazos de pezuña de cerdo y costillares de res.

Con esta imagen indigna prosigo la narración de apartes de los contextos por donde encaminé *Los sueños y los pies caminantes* por las afueras del mundo campesino, en los tiempos en que representaba la Acción Comunal y me tocaba ir a las oficinas de los gobiernos locales y regionales, entrevistarme con autoridades políticas y de gobierno (alcaldes, concejales, secretarios de gobierno, funcionarios del Estado). Tales instancias, en muchos casos, engañaron, irrespetaron y ultrajaron al campesinado. Tristemente, muchos campesinos asumieron un papel de sumisión, de inferioridad y de limosneros. Al entrar a las oficinas públicas, ante funcionarios, muchas veces descorteses y arrogantes, se quitaban el sombrero e inclinaban la cabeza. Esto no me parecía bien, pues simbolizaba una pérdida de autoestima, una desvaloración del ser campesino, o cuando menos, una rendición de pleitesía a los funcionarios. También, a veces, una confusión de valores. La verdad es que no me gustó llevar sombrero cuando salía al pueblo y solamente lo usaba en las labores agrícolas.

Personalmente, había creído que mucha parte del campesinado, más allá de sus valores, padecía una fragilidad en su autoestima que le llevaba a creer ciegamente en las promesas de los

politiqueros, quienes sabían explotar bien el aspecto afectivo y emocional del campesinado, la falta de valoración propia. Por ello, un saludo, una mirada, un abrazo, un beso, un apretón de manos del politiquero o funcionario de turno, conseguía más fácil un voto, que muchos años de formación para una conciencia crítica. Más todavía, si le llevaba a almorzar a un restaurante, si le compraba ese día el mercado para su familia, si le prometía la beca de estudio para sus hijos e hijas, si le ofrecía un empleo y si le metía unos cuantos billetes en el bolsillo.

Las fiestas con el campesino terminaron por no entrar en mi cabeza. El pueblo colombiano del que hablé antes era mi pueblo de nacimiento: Montebello. Un día, las autoridades municipales celebraban la llamada «*Fiesta del campesino*» con un grupo de campesinos que se habían creído el cuento de que era su fiesta. El cuadro era indigno, porque el alcalde parecía lanzarle carne a un grupo de perros, que se apretujaban y peleaban por agarrar aquellas migajas de carne.

La rabia y la indignación hicieron presa de mi ser campesino, que una vez estuve en casa, redacté un comunicado para publicar en la emisora de la región y con copia a la gobernación de Antioquia, denunciando que, el alcalde, en un acto grotesco, había lanzado carne a un grupo de campesinos en la plaza del pueblo, lo cual era una burla, una ofensa y un irrespeto al campesinado. Aquel comunicado fue presentado en varias instancias. Pocas semanas después tal funcionario dejaba la alcaldía y se marchaba.

Las fiestas del campesino no eran más que el oportunismo de las autoridades municipales para quedarse con buena parte de los premios y regalos que les llegaban del departamento y la nación con destinación al «*Día del campesino*». En los poblados municipales, casi siempre, las autoridades provenían de los sectores comerciales y agropecuarios, donde los finqueros, aliados con los politiqueros de turno, se guardaban los mejores

regalos para los agregados de sus fincas. Lo demás, era un espectáculo para el pueblo, un desfilar de los campesinos por las calles ante la mirada de las familias urbanas en las puertas, balcones y ventanas de las casas. Era más bien la fiesta de los del pueblo con el campesino, a costa del campesinado. Ese día, las autoridades se subían a los tablados a decir «*babosadas*», como diría un campesino crítico que no le comía cuento a nadie. Saludos, abrazos, proclamas, comidas y cualquier otra cantidad de cosas, no pasaban de ser apariencia, cosas vacías, porque el resto del año, el campesinado era ignorado, salvo cuando por ahí se venían las campañas de elecciones.

CAPÍTULO III

LA HUMANIDAD MISIONERA, LAICAL Y TEOLÓGICA

La naciente sistematización de la Teología de la Liberación cautivaba las inquietas inteligencias latinoamericanas, ávidas de encontrar razones para una fe comprometida con la vida amenazada y eliminada de las poblaciones más pobres,por los regímenes de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Gustavo Gutiérrez aparecía como el padre de este movimiento eclesial, en el mundo católico, con su libro Teología de la Liberación. Perspectivas, publicado en 1972.

El contexto sociohistórico de la década del 80

La reflexión teológica no acontece en las nubes, ni sus fibras más profundas caen echas del cielo o de la academia. A la base hay un contexto desde donde se enraíza, y el contexto es micro y global. Es local, nacional e internacional. Así, en el contexto internacional, Reagan mandaba en Estados Unidos, en cuya era fueron promulgados los documentos Santa Fe I y II, que pusieron en la mira política del imperio el proceso de la Teología de la Liberación y la Iglesia de los Pobres.

En tanto, América Latina, cargaba con el peso de la abrumadora deuda externa, condenada a pagar los intereses durante toda una década (los años 80), sacrificando la vida, la autonomía y la soberanía de sus pueblos. Los gobiernos, vendidos al poder y a la ideología de Estados Unidos, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), implementaron las políticas represivas para cortar de raíz cualquier levantamiento reivindicativo en pro de los Derechos Humanos. Sus llamadas «*democracias*», se caracterizaron por gobiernos antidemocráticos, corruptos y de corte militar. La corrupción y la impunidad galoparon campantemente por el continente, ensombreciendo el panorama de la justicia, la igualdad, la paz y la convivencia social.

Para la época, Colombia estrenaba en sus gobiernos los más represivos instrumentos y métodos de supuesta legalidad, para reprimir a las organizaciones populares que clamaban por el respeto a sus más fundamentales derechos, apelando a

la persecución sistemática de líderes y activistas políticos, sociales y religiosos. Fue una década sangrienta donde murió mucha gente, tanto en los campos como en las ciudades, que había intentado levantar la bandera de un Proyecto de Vida más digna. Nacieron y se multiplicaron las organizaciones de la muerte, muchas veces al amparo de los organismos institucionales del Estado, repetidas veces denunciados por la comunidad internacional, representada en sus organismos judiciales y penales. Los gobiernos desmintieron, casi siempre, que sus organismos estuviesen vinculados y comprometidos con las masacres, desapariciones y violaciones a los Derechos Humanos, bien por acción directa u omisión, como se recuerda de la masacre de los Catequistas de Cocorná en 1982, en Antioquia. Así, los grupos o escuadrones de la muerte, actuaron bajo un status de sospechosa connivencia e impunidad con las Fuerzas Militares, según las denuncias de los organismos y organizaciones no gubernamentales. En mitad de la década de los ochenta (1985), se produjo la toma del Palacio de Justicia en Bogotá por la organización subversiva M-19 y la retoma por parte de las fuerzas militares, hechos que dejaron muchas muertes y desapariciones, entre ellas, la muerte de un grupo de magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Esto aconteció en el gobierno de Belisario Betancur Cuartas, quien cargaba a su cuenta con parte de la responsabilidad en la masacre de Santa Bárbara, Antioquia, en 1963, cuando se desempeñaba como Ministro de Trabajo, donde fueron asesinadas 12 personas, entre ellas una niña de 10 años. En la década de los años 80s se actuaba en el marco del Estado de Sitio.

Los campos y las ciudades colombianas asistieron a la agudización del conflicto armado del Estado con las organizaciones guerrilleras, tampoco exentas de haber cometido violaciones de Derechos Humanos con la población civil y

haber atentado contra la infraestructura de servicios públicos del país. La ineficacia de la Fuerza Pública del Estado en esta confrontación, según la lectura crítica de las ciencias sociales, llevó a las alianzas con las fuerzas paraestatales, encargadas de secarle la base social a los movimientos guerrilleros. El campesinado quedó en medio de fuegos cruzados y a la intemperie en medio de la guerra, poniendo casi siempre los muertos, en su mayoría, por incursiones de los llamados grupos de autodefensas. En tanto, el conflicto llegaba a las ciudades, tomaba asiento en las periferias urbanas, donde la represión sistemática y social cobraba centenares de víctimas.

También la década de los 80 fue marcada por el auge del narcotráfico, filtrado hasta los tuétanos en la sociedad colombiana, generador de una cultura que se extendió a las instituciones del Estado (poder legislativo, poder ejecutivo, poder judicial, poder policial y poder militar). Se propagó por las estructuras económicas del país en alianzas con los grupos paraestatales para eliminar toda alternativa democrática que surgiese al sistema vigente. Entró a ser sostén financiero de las organizaciones guerrilleras y de autodefensas, ante lo cual resulta muy complejo hacer una lectura crítica de lo que sucede en nuestro país. Ello, más tarde llevaría a lograr una para-reforma agraria a fuego y sangre, como dijera un periodista, de los pocos que quedan con el valor de leer críticamente los acontecimientos nacionales.

La Iglesia Católica colombiana ha sido actor importante en el largo proceso histórico del país, como quiera que importantes sectores católicos han hecho alianzas con los sectores económicos y pudientes de la sociedad, incluso, guardando silencio ante los desarrollos inhumanos de las políticas neoliberales que han sumido en la pobreza y la miseria a grandes mayorías de la

población. Costaba creer que pastores y obispos se prestaran para una bendición de armas, destinadas a interrumpir violentamente la vida de personas inocentes, cuando en sus prédicas hablaban del derecho divino de Dios sobre la vida. No podía entender, cómo la Iglesia Católica creaba una Diócesis castrense para las fuerzas militares, entrenadas para el uso de las armas, mientras el pueblo moría de hambre. Esas alianzas del poder religioso con el sistema dominante, le quitaban talante profético y evangélico a la Iglesia. No puede desconocerse la contribución que desempeñó la Jerarquía de la Iglesia Católica con el asesinato de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, al perseguirles por su compromiso con la Teología de la Liberación y exponerles a los asesinatos de que fueron víctimas, sin sentar ninguna voz de denuncia ante estos hechos. En varios de sus pastores fue cómplice, sorda y muda ante el actuar paramilitar y estatal que cobró la vida de sus propios hijos e hijas.

Pero también, desde su interior, la Iglesia Católica ha irrumpido proféticamente en Colombia y en el continente, denunciando los abusos de los poderes dominantes, y ese grito incómodo, como el de los profetas de Israel, ha sido silenciado violentamente. Sectores de la Iglesia, sensibles a la situación infrahumana del pueblo, han hecho su opción de vida por un servicio de acompañamiento y entrega a las personas más necesitadas y excluidas de la sociedad, al estilo de Jesús, quien es el referente por excelencia para toda acción profética, servidora y anunciadora. Laicas, laicos, religiosas, religiosos, sacerdotes y obispos han entregado sus vidas y su sangre por la causa del Evangelio. Así, la Iglesia colombiana y latinoamericana es una Iglesia mártir, portadora de semillas del Reino de Dios como muchas otras iglesias hermanas y consagradas al servicio de los más pobres.

El Campamento Misión

Agonizaba la década de los años 70, sin asomos claros de una perspectiva liberadora en la jerarquía de la Iglesia Católica de Colombia, empeñada en las prácticas rituales, sacramentales y dogmáticas. Habían pasado diez años de la histórica Conferencia de Medellín, sin embargo, la iglesia institucional se había blindado contra aquella corriente del Espíritu. Por entonces, habían llegado a la parroquia Nuestra Señora de las Mercedes en Montebello, los padres Jaime González y Manuel Llano, pertenecientes al Grupo de Sacerdotes del Nus, muy sintonizado con las líneas conciliares del Vaticano II, las conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979) y la Teología Latinoamericana de la Liberación. En mi condición campesina, andaba en el universo pequeño de la vereda San Antonio y los pueblos de Montebello y Santa Bárbara. *Los sueños y los pies caminantes* iban cotidianamente en dirección a los campos que cultivábamos, a los llamativos lugares organizativos donde se daba el trabajo comunitario, a las aulas nocturnas de la escuela radiofónica y tras el seguimiento de un balón de fútbol, pues allí había acampado también mi liderazgo campesino.

Lejos, muy aparentemente lejos, parecían estar los horizontes laicales, eclesiales y teológicos, al despedirse aquella década de los años 70. Ni la Teología, ni la Biblia, ni la Educación Popular habían aparecido de forma decisiva en mi vida. No obstante, la Providencia Divina se aproximaba a un caserío rural, en *Los sueños y los pies caminantes* de jóvenes universitarios de Medellín, quienes conformaban el grupo Campamento Misión. Para entonces, vivía lo común y corriente de un campesino,

enraizado en las laderas antioqueñas: cultivar la Tierra, aunque de modo diferente, leía y escribía sobre la vida del campo y asumía un liderazgo comunitario.

La década de los años 70 fue de un auge grande en la experiencia de los campamentos misión. Ellos se extendieron por muchas regiones del país. A mi vereda llegaron en los últimos días de 1979, cuando vivía una experiencia en las fiestas de fin de año, en el pueblo cercano.

La despedida del año, celebrada en el ambiente fiestero y parrandero de los pueblos antioqueños, me sorprendió con un hecho inesperado en la calle, momentos antes de expirar 1979. En una contienda callejera resultó muerto un hombre, mientras el pueblo rebosaba de fiesta y alegría por el recibimiento de un nuevo año. Esto me estremeció profundamente y fue un constante motivo de reflexión durante la celebración de la Eucaristía de la media noche y de los primeros instantes de 1980.

Los inicios del nuevo decenio los viví caminando del pueblo a la vereda, después que había asistido a las fiestas de fin de año. Era corriente que las personas campesinas fueran atraídas por este tipo de celebraciones, en las cuales, casi siempre, por los excesos de licor perdían la vida muchas personas, como aquella que asesinaron en las afueras del «*Café Risaralda*», un establecimiento de billares y venta de licores. La sociedad colombiana vivía dentro de un Estado cantinero que, paradójicamente, atendía la salud y la educación, emborrachando y dividiendo a la gente. Fue aquel primer día que llegaron los jóvenes universitarios a la cancha de la vereda. Un partido de fútbol, ¡quién lo creyera!, representó el primer contacto y encuentro con el Grupo Campamento Misión. Le acompañaba el P. Carlos Alberto Calderón Álvarez, y venía con el objetivo de prestar servicios a la salud y a compartir experiencias de vida.

Impactado por esta experiencia acudí a la Eucaristía que presidió Carlos Alberto Calderón el 5 de enero de 1980, cuando el caserío vivía una prolongada división desde años atrás. Los caminos fueron el escenario de un peregrinaje, adornado de pancartas que invitaban a la unidad de las familias y al abrazo de vecinas y vecinos, a la reconciliación y al perdón de hermanos y hermanas que habíamos cavado abismales zanjas de desencuentros.

La mente y el corazón guardaban los lejanos recuerdos de la niñez, cuando los padres celebraban las misas en latín y de espaldas al pueblo. Luego, por medio del Concilio Vaticano II, habían acontecido nuevas reformas en la liturgia, que hacían más comprensible la Eucaristía, aunque seguía siendo una práctica religiosa muy personal, intimista y desconectada de las situaciones reales que vivían a diario las personas campesinas.

Esta Eucaristía fue distinta, impactante, novedosa, como nunca antes había vivido otra. Tenía vivo el recuerdo de innumerables eucaristías masivas y vacías, como aquella del 31 de diciembre, antecedida por ese hecho de muerte violenta en la calle. Esta, en cambio, tenía un encanto especial, un dulce sabor comunitario, una belleza en las canciones nicaragüenses y salvadoreñas, una novedad en la dimensión participativa de la Palabra y algo indescriptible en la vivencia de los abrazos (por coincidencia, nuestra última despedida con Carlos Alberto, vísperas de su viaje a África, aconteció también en una Eucaristía, en Bogotá). Fue a partir de aquel día que *Los sueños y los pies caminantes* se encausaron por caminos laicos, eclesiales, pastorales, bíblicos y teológicos.

En memoria y gratitud de este grupo de jóvenes universitarios, mediante el cual se dio este cambio de perspectiva de vida, registro sus nombres: por la familia Jaramillo Carvajal (Luz Marina, Luis Fernando, Jhon Jairo y Martha Cecilia), Escobar Vasco (José Pablo y Santiago Andrés), Restrepo Villa (Osvaldo

y Orlando); Patricia Arbeláez Montoya, Francisco Eduardo Morales Mira (Pacho), Gilbert Roldán Ortega, María del Carmen Holguín Ramírez (Carmenza), Victoria Arango, Jaime Alberto Saldarriaga Vélez y Gloria Sofía Morales Morales. A través de estos contactos pude relacionarme con Brigitte Morgenthaler, Mónika Germann y Ángela Steiner de Suiza, María Helena Van Roi de Bélgica y Gudrum Semman de Alemania.

Para la vereda fue también algo novedoso y la gente acudió numerosamente en los primeros tiempos, pues los servicios médicos de estos jóvenes universitarios eran ofrecidos gratuitamente. Muchas de las familias vivían un deterioro muy grande de la salud, pues la enfermedad había acampado primero en los caseríos. Después, cuando se fue vislumbrando una propuesta de vida más comprometida, que tomaba en serio el seguimiento de Jesús, en opción con los más pobres y excluidos, la mayoría de la gente se fue yendo en desbandada, asumiendo, en muchos casos, una actitud de oposición, crítica y rechazo.

En aquel tiempo escribíamos la siguiente nota de agradecimiento al grupo Campamento Misión:

> *Sabemos que es mucho lo que han hecho aquí en San Antonio por todos nosotros, que no habría manera alguna de retribuir todos los servicios que nos han prestado. Servicios como la atención a la salud, sólo en nuestro sector se ha visto venir de personas como Pablo y Patricia, que con su testimonio evangélico llegan a las personas más pobres a ofrecerles sus servicios.*
>
> *Fernando, Oswaldo, Marina y Francisco han hecho lo humanamente posible para que nuestra vereda supere todas las barreras que la separan del amor, la amistad, la comprensión y muchos otros valores que se han desechado. Por eso consideramos que sus ingentes esfuerzos por*

> *llegar a cada uno de nosotros, parten de un auténtico compromiso cristiano, pero que nuestra vereda no sabe corresponder.*
>
> *Nosotros, los que integramos el grupo, y otras personas muy allegadas al mismo, estamos convencidos –que si no es por la presencia de ustedes entre nosotros– no estaríamos en este compromiso de vivir el Evangelio en medio de nuestros problemas. Su paso por nuestras veredas continúa siendo una ayuda permanente que nos anima y nos fortalece en las muchas adversidades que se nos presentan. Además, el grupo de nosotros ha aprendido mucho de ustedes y seguirá haciéndolo.*

La experiencia con el Campamento Misión fue muy hermosa en los primeros años. Venían en la Navidad, en Semana Santa y en las vacaciones de mitad de año. Esta experiencia influyó mucho en mis futuros pasos, dado que fue naciendo una amistad muy profunda con aquellas personas jóvenes del mundo universitario. También con el P. Carlos Alberto Calderón nació una amistad muy grande, la cual fue puente para mi encuentro con el mundo urbano. A través de ella pude tener contacto con algunas personas de Equipos Universitarios, donde conocí también al P. Ignacio Álvarez, acompañante de la pastoral universitaria en Medellín y a Magdalena Toro de Velásquez, una mujer de un testimonio de vida admirable.

Mediante este vínculo afectivo y fraterno, fui a parar a las calles de los barrios Campo Valdés y El Corazón, en Medellín, como también a las casas de las familias de Pablo y Andrés Escobar, Patricia Arbeláez, en la avenida «*La Playa*», en pleno centro de Medellín y a la casa de la familia Jaramillo Carvajal, que tenía cuatro personas pertenecientes al Campamento Misión (Fernando, Jhon Jairo, Marina y Martha), y que me acogieron solidariamente muchas veces cuando iba a Medellín por motivos de un tratamiento de salud. Mucho me recuerdo de su

madre Alicia Carvajal, por su calurosa acogida. No olvidaré la biblioteca de Jhon Jairo Jaramillo donde empecé a leer un libro de los científicos sociales de América Latina y el libro *Entrevista con la historia* de la escritora italiana Oriana Fallaci. Creo que allí leí con profunda admiración la entrevista a don Hélder Cámara, considerado el «*Obispo Rojo*» de Brasil. En el segundo, un sector popular de la ciudad, al que había llegado Carlos Alberto, empecé a frecuentar su casa, por la manifestación de acogida, sencillez, solidaridad y fraternidad. En su biblioteca, conocí también el libro *Eclesiogénesis* de Leonardo Boff.

Fue por los tiempos del Campamento Misión que nació mi primera reflexión escrita, con sabor a teología. Carlos Alberto me expresó su alegría, admiración y animación por las capacidades que tenía para escribir. Eran los tiempos en que estaba en auge el movimiento de la Teología de la Liberación en Colombia. Tardíamente ocurría este despertar en el país del Sagrado Corazón de Jesús, en comparación con otros países del continente, donde ya llevaban muchos años de camino.

Bien frescos y provocativos llegaron los documentos de Puebla a mis manos, llenos de rostros y colores, como haciendo eco al encuentro de los diversos cuerpos sufrientes de América Latina, en los que se debería ver, reconocer y sentir el rostro sufriente de Cristo Jesús. Estos bellos libros los disfruté gracias a un gesto de gratuidad de Carlos Alberto, inspirándome un encanto indescriptible hacia lo novedoso del acontecer teológico.

Así recibí las primeras noticias de la Teología de la Liberación, a través de las cuales conocí de nombre a los primeros teólogos que organizaban ordenadamente estas reflexiones. En una ocasión, Carlos Alberto me animó a escribir una reflexión acerca de la experiencia y de la situación de los pobres, al tiempo que puso en mis manos el libro clásico que había escrito Gustavo Gutiérrez en el Perú (*Teología de la Liberación. Perspectivas*).

Nuevamente mi ser ardía de emoción por el saber teológico, cuyos representantes más significativos se habían hecho presentes en Puebla, sorteando cualquier cantidad de obstáculos que la línea conservadora de la Iglesia había interpuesto al ministerio progresista de la Teología de la Liberación. *Gustavo Gutiérrez, Segundo Galilea, Jon Sobrino, Joao Batista Libanio, Leonardo Boff, Luis Alberto Christo, Clodovis Boff y Ronaldo Muñoz*, conformaban la constelación de teólogos que fui leyendo en los estudios sobre Puebla.

Más allá y más acá de Puebla, como Pueblo de Dios, las comunidades asistían cotidianamente a la negación de la vida, al empobrecimiento escandaloso, a la «*brecha entre ricos y pobres*», a la acumulación de riquezas en pocas manos, a la violencia institucionalizada de los Estados, a la confrontación Este - Oeste (Guerra Fría), al endeudamiento externo, a la represión sistemática y a una situación de injusticia generalizada e institucionalizada.

Desde allí comenzarían en forma *Los sueños y los pies caminantes* por la reflexión y la escritura teológica, eclesial y bíblica. Nueve meses después, daría a luz mi primer escrito, titulado: *La Iglesia que queremos los pobres*. Ese fruto teológico lo saboreamos y celebramos intensamente, Carlos Alberto y yo, luego de un arduo trabajo de revisión y compartir en las noches y hasta en las madrugadas.

Gracias a la experiencia del Campamento Misión, despuntó el horizonte de la universalidad y el ecumenismo en el amanecer campesino de las veredas más pobres de la región donde vivía. Su fragante esencia nos llegó a través de la vida de una joven suiza de nombre Brigitte, cuyo testimonio me impactó desde el primer momento, por su belleza, su alegría, sus canciones y su sensibilidad al encuentro con lo diferente. Ella era protestante, lo supe después, pero en su estadía entre las gentes

campesinas ese hecho pasó desapercibido. Era también una mujer comprometida y solidaria con los países del llamado Tercer Mundo. Su testimonio tuvo una marca muy honda en mi vida, lo mismo que sus canciones. Especialmente recuerdo una, cuyo coro decía: «*Si hay niños como Luchín, que comen tierra y gusanos*».

La mística y la espiritualidad que nos acompañó

Los pasos en los primeros años de la década del ochenta estuvieron acompañados de una mística espiritual imborrable.

Creo que vibrábamos por la animación y la evangelización, a tal extremo que no nos detenían las dificultades y las críticas a nuestros trabajos. Durante la semana cultivábamos la Tierra, a la par que planeábamos en el sembrado la reunión de estudio y reflexión del Evangelio que se iba rotando semanalmente en las familias. Aquellas primeras reuniones tenían el sabor de lo nuevo, pero contaban también con las oleadas de críticas que venían de quienes no les gustaba que los laicos resultaran leyendo la Biblia, reflexionando sobre ella y cantando canciones con mensajes novedosos.

Durante tres años participamos y animamos un trabajo parroquial de animadores, apoyado por el padre Darío Meneses. Lloviera, tronara o hiciera calor, sagradamente, salíamos un sábado al mes para el pueblo, a pie (porque todavía no había carretera) para reunirnos, compartir experiencias y estudiar algún tema relacionado con la realidad. A veces, en nuestras familias nos reclamaban, porque nos íbamos a «*perder tiempo*», dejando de lado los trabajos en las fincas y parcelas. Y había gente que

nos preguntaba por el monto de dinero que nos pagaban en esas reuniones. Pero algo ardía por dentro en nuestros corazones que no nos hacía detener y echar para atrás. Ese algo lo llamábamos de una manera muy especial: *apasionamiento, enamoramiento, mística y espiritualidad*. Se trataba de un estilo de vivir, de una manera de asumir nuestra vida en el campo, en la casa, la familia, el vecindario, la Iglesia y el entorno social.

Ese trabajo parroquial representó una articulación con la continuidad del Grupo Campamento Misión y con la Pastoral Rural Campesina en la Arquidiócesis de Medellín, lo cual posibilitó orientar *Los sueños y los pies caminantes* por otros espacios parroquiales como Cisneros, San Roque, Santo Domingo, Cristales, San José del Nus, Maceo, Yolombó, Santiago, Hatillo, Santa Bárbara, Montebello, Armenia, Venecia y Damasco. A las parroquias de estos pueblos llegamos a reuniones y encuentros con los párrocos, los catequistas, las personas animadoras y líderes comunitarios. Para entonces, el P. Álvaro Ramos Domínguez conformó un equipo animador con cuatro campesinos del Nordeste y el Suroeste de Antioquia: Humberto (Cristales), Ovidio (Cisneros), Marcos (Armenia) y Aníbal (Montebello).

Huellas laicales y misioneras

El calendario (almanaque), en campesino, que le había regalado el tendero del pueblo a mi padre, colgaba de un clavo en la pared de la casa. 1980, mes de agosto, era el registro cronológico del tiempo. Una semana antes había llegado el padre Manuel Llano hasta nuestra casa, para informarme de un encuentro de campesinos que se realizaría en Medellín. La parroquia quería enviar a tres representantes laicos, y entre ellos estaba yo,

un gesto digno de admirar en la Iglesia Católica que, en la mayoría de las veces, mostraba muy poco interés por la promoción y formación del laicado. Los padres estaban recién llegados al pueblo de Montebello y provenían de la corriente liberadora de la Iglesia de los Pobres, razón por la que se podía explicar su interés por la formación laical campesina. Acepté la invitación y los días que siguieron fueron de preparación y expectativa frente a este primer encuentro cristiano al que asistiría, después que ese año me hubiera motivado en la misión de enero y de mitad de año que había realizado el Grupo Campamento Misión.

Cuando llegamos a Medellín, pues me acompañaba Edelmira Ríos, una prima hermana, hija de Bernardo Ríos y la tía Bárbara Cañaveral, que también había sido invitada y que vivían en la vereda de Sierra Morena, y Javier Ramírez (a quien todavía no conocíamos), residente en la vereda La Granja. Dimos vueltas por las instalaciones de la Curia Episcopal, buscando a gente que tuviera cara campesina en la ciudad y que pudiéramos intuir que también iba para el mismo destino. Únicamente teníamos el nombre del P. Álvaro Ramos, sacerdote encargado de la dirección del encuentro campesino, pero no le conocíamos. ¡Quién creyera!, que años más tarde, estas instalaciones religiosas se convirtieran en un refinado Centro Comercial llamado «*Villanueva*». Ello abrió paso para una reflexión acerca de esta dinámica comercial de los bienes y servicios religiosos. Encontraba que nada de extraño había en que también las instalaciones parroquiales de la ciudad y de los pueblos campesinos entraran en la era de los negocios comerciales, en el mercado de bienes religiosos y en el consumismo de los mismos.

Junto al templo «*la Casa de Dios*» se pegaba el almacén, la heladería, la taberna, la cafetería, la fuente de soda, el restaurante, y más tarde la sala de belleza, la sucursal bancaria y una sala de maquinitas. Así, era normal que una misa se vendiera como se

vende una cerveza, un paquete de cigarrillo extranjero, un tinto o un vestido. Venta y compra de sacramentos, podría ser un aviso en el marco de la puerta del despacho parroquial, que se omitía poner por algún escrúpulo moralista, que no identificara al despacho en la misma categoría de los negocios comerciales. Pero en el fondo era también un mercado que, por separado, se lucraba de los arriendos que pagaban los locales comerciales. Se vendían las misas y los sacramentos los domingos como los campesinos vendían los mangos, las naranjas, los aguacates, entre otros, y se recibían los mismos billetes. Era la comercialización de los bienes religiosos. Un ministro de Dios podría caer en la rutina dominguera de celebrar 6 o 7 eucaristías, como un peluquero haría 8 o 10 cortes de cabello en el día, o la sucursal bancaria realizaría 50 transacciones. Todas estas actividades tenían en común: un valor económico y estaban dentro de la lógica de mercado, llegando hasta el extremo del consumismo. Entonces, al ministerio del orden se le apareció una nueva perspectiva: la preparación administrativa, tan urgente y necesaria en una economía de libre mercado que empezaba a despuntar. Las iglesias y las parroquias del futuro requerirían cada vez más, sacerdotes con elevadas dotes de administradores, ecónomos, versados en la tarea de administrar las rentas económicas y, al mismo tiempo, guiar la Iglesia, en buena parte, mediante criterios funcionales, en detrimento de los criterios pastorales y evangelizadores.

No obstante, se podía establecer una distinción entre el mercado de la plaza y el mercado de los bienes religiosos. En la plaza, el asunto era vital, de vida o muerte, porque de la buena venta de los productos dependía el sustento vital de las familias, pero los comerciantes e intermediarios imponían los bajos precios, en una lógica de regateo, para terminar, engañando al campesinado. En el despacho parroquial y en las tiendas y almacenes de productos religiosos, observaba que las misas,

los sacramentos, las imágenes, los escapularios, las novenas, los cirios y las medallas tenían precios fijos. En la religiosidad popular del pueblo había un «*algo*» muy profundo que le impulsaba a pagar el bien religioso y si este no tenía un valor económico no satisfacía la conciencia religiosa de la gente. Allí se iba a pagarlo como fuera, descartada estaba la petición de: «*regáleme o rebájeme*» una misa, un matrimonio, una bóveda en un cementerio. No se me olvida la madrugada que se echaban las familias haciendo una fila desde las cuatro o cinco de la mañana, ante la puerta del despacho parroquial para comprar las misas del mes por las almas del purgatorio o los aniversarios y celebraciones importantes de sus familiares.

Al caer la tarde en la ciudad de la «*Eterna Primavera*», todavía no habíamos dado con la primera persona que nos orientara sobre el lugar del encuentro. A las cuatro de la tarde nos internamos dentro de la Curia y pudimos encontrar por fin al P. Álvaro Ramos, que nos enteró de la equivocación que nos había tenido todo un día dando vueltas y vueltas por los contornos. Entonces viajamos hacia las afueras de Medellín, donde pudimos encontrarnos con un grupo numeroso de campesinos, venidos de diversos pueblos de Antioquia.

Proseguir la experiencia laical era tarea difícil y desafiante dentro de la tradición religiosa católica, que consideraba al laicado como dependiente y menor de edad. Mucha parte de la feligresía no creía en los laicos, porque el clero reclamaba para sí toda la credibilidad acerca de las cosas de Dios. Sin embargo, no había que generalizar esta valoración crítica, porque también dentro de la misma Iglesia, se encontraban sacerdotes, comunidades y parroquias donde las personas laicas eran tenidas en cuenta. El padre Álvaro era uno de esos sacerdotes que creyó en nuestros valores y capacidades, y que nos fue abriendo espacios para el accionar como laicos.

Era evidente que la mayoría del clero diocesano y religioso, nos miraba desde lugares distintos. Una pregunta se fue haciendo cada vez más notoria en nuestros encuentros con este mundo pastoral: *«¿Usted es sacerdote o seminarista?»*. Si la persona respondía que lo era, entonces la rodeaban de saludos, confianza, acogida y atenciones. Pero nosotros, que teníamos que decir que éramos laicos, era como espantar a los agentes de pastoral, que por el hecho de saber que éramos laicos y no sacerdotes y seminaristas, en muchos casos, no nos volvían a dirigir la palabra, nos aislaban, nos excluían y nos sacaban el cuerpo.

Nuestra experiencia laical y misionera tomó nuevos rumbos a través del acompañamiento del padre Álvaro Ramos Domínguez, nombrado por ese tiempo para promover la pastoral social campesina.

Con el correr del tiempo se fueron juntando las críticas y dificultades, provenientes de parte de la estructura eclesial que no creía ni confiaba en la capacidad laical campesina. El trabajo que hacíamos fue puesto bajo sospecha y desconfianza, al punto que se desarrolló la estrategia de cambiar los sacerdotes que apoyaban trabajos de comunidades por otros, con visiones pastorales diferentes, para que los obstaculizaran. Entonces, nuestro quehacer misionero entraba en la lógica de tener que estar comenzando siempre, como más tarde dijera un sacerdote: «*las comunidades nacían y morían, nacían y morían*». Era casi imposible consolidar un proceso, hasta el punto de que, para poder sobrevivir como laicos, tuvimos que entrar en la clandestinidad y el desarraigo de nuestros lugares de origen. Esa clandestinidad la guardamos durante tres años hasta que un arzobispo la descubrió. Era monseñor Alfonso López Trujillo.

Ocurrió que en el primer semestre de 1984 se preparaba un grupo de campesinos para tener su primer taller sobre Teología

Latinoamericana de la Liberación en el segundo semestre de ese año. Vendría a orientarlo el padre Jaime León Restrepo, recién llegado de Roma, a donde había sido enviado a estudiar, para que se olvidara de compromisos con los pobres, y se dedicara al servicio de la enseñanza de la teología en la universidad y en el seminario. No obstante, el padre Jaime siguió con su servicio y fidelidad a los más pobres, alternando su ministerio profético con las clases en la universidad.

La mañana de un sábado del mes de agosto de 1984, fuimos llegando las personas campesinas al taller sobre teología. No sabíamos de los vientos que soplaban por adentro de las estructuras eclesiales de la Iglesia. Nos saludamos efusivamente con los demás compañeros y compañeras y fuimos convidados, de manera preocupante, por el padre Álvaro Ramos, para uno de los cuartos de la parroquia. Allí nos contó lo que estaba pasando y de la visita del obispo auxiliar, Roberto López Londoño, al que ya conocíamos.

Serían las dos de la tarde cuando el señor obispo hizo su entrada al salón donde estábamos reunidos. Le acompañaba un padre, vestido de negro, al que no conocíamos. Monseñor nos saludó a todos, nos felicitó por estar reunidos, pero luego dijo: "*Lo que con toda franqueza les voy a decir, es que no me gusta que se hayan venido reuniendo sin el conocimiento de nosotros los obispos. ¡Cuántas veces me he encontrado con ustedes en las parroquias y no me habían informado de estas reuniones, que se hacen como al escondido!*".

Así fue el comienzo de este regaño episcopal, que continuó en un desahogo del señor obispo, mientras los campesinos guardábamos la calma debida y elaborábamos mentalmente las respuestas posteriores. No le interrumpimos para nada, aunque había llevado la intervención por caminos que conocíamos

bien y que no aceptábamos de «*buenas a primeras*». Pacientes, esperamos a que terminara, pero estábamos firmes en que aquella sería la oportunidad de decirle a un obispo lo que sentíamos.

Monseñor había ido a caer en un terreno movedizo, al hablarnos de unas estadísticas de un prestigioso economista, de nombre Joaquín Vallejo Arbeláez, cuyo planteamiento era: "Q*ue, si los ricos de este país se desprendían de 50.000 pesos cada uno, para dárselos a los pobres, la situación de injusticia se solucionaba*". Las cifras estaban bañadas de una ingenuidad tal, que era como creer que las desigualdades en la sociedad colombiana se resolverían a punta de limosnas, de sobras que darían los acomodados a los pobres. Pero de lo que sí se desprenderían los ricos sería de 50.000 pesos y mucho más para crear y pagar los grupos de autodefensas, para exterminar en nombre del conflicto con las guerrillas al campesinado y agrandar sus haciendas.

Todavía Monseñor se quiso afianzar más en ese terreno, diciendo: "*que muchos campesinos estaban pobres por una enfermedad que tenían, llamada perecitis (pereza), porque no trabajaban"*. Y empezó a decir: "*Que una familia campesina podía vivir muy bien de una cuadra de tierra, o de una hectárea, si la sabía trabajar"*. Entonces nos soltó el ejemplo de una vaca lechera, un cuento que nosotros no tragamos, porque las cuentas eran que, con una vaca lechera, de raza, de esas que le sacaban 20 litros de leche al día, una familia podía vivir tranquilamente de las ventas que hiciera en leche y quesos. Y nos habló también de los cultivos hidropónicos que se podían hacer en las terrazas y solares de las casas.

Cuando Monseñor terminó, preguntó: "¿Qué *quién quería opinar acerca de sus propuestas*?". Como si el grupo hubiera intuido un mismo pensamiento, el primer campesino le respondió a la propuesta de la vaca lechera. "*Es una cosa imposible Monseñor,*

porque ¿dónde va a poner el campesino la vaca a pastar, si no tiene tierra? Y ¿cómo la va a comprar, si tampoco tiene dinero"? La pregunta se quedó sin otra respuesta, porque esa era la realidad del campesinado: no tenía Tierra, y para peor, vivía endeudado. Del asunto de la vaca lechera, los demás campesinos saltaron para los predios eclesiales, como quien se brinca una cerca prohibida, y dijeron a Monseñor: "*Que la Iglesia tenía la política de cambiar los sacerdotes que apoyaban el trabajo de las organizaciones y comunidades, y enviaba a otros sacerdotes a destruir y a acabar con las comunidades. Que, ante eso, habían optado por reunirse clandestinamente, como él decía, sin permiso de la Jerarquía"*. Y hubo uno más osado en su respuesta, que manifestó: "Q*ue los seguidores de Jesús, los laicos auténticos, no tenían que pedirle permiso al sacerdote ni al obispo para reunirse"*.

Esta reacción unánime del grupo exasperó al obispo, quien, disgustado y contrariado por la posición del grupo, dijo que se iba, porque tenía un compromiso en otra parroquia, pero que ahí nos dejaba a monseñor (el padre desconocido), quien hasta el momento no había pronunciado una palabra.

Tanto Jaime como Álvaro, los sacerdotes que estaban ahí apoyándonos, de seguro que se sintieron orgullosos de aquella acción laical frente a la Jerarquía, pero guardaron silencio. Una vez que se despidió, secamente, el obispo, el padre Jaime dio inicio al taller de Teología Latinoamericana de la Liberación. El padre que nos había dejado el señor obispo se aprestó a sacar una libreta para tomar apuntes, pero el padre Jaime escondió el lenguaje que podría interesar al padre, y nos planteó iniciar a hablar de las experiencias de Dios en nuestras vidas y en el grupo. A la hora de taller, ya el padre forastero había entrado en una larga siesta, de la que despertó cuando nos alistamos a salir a un descanso. Se despidió y se fue con su libreta en blanco.

El difícil camino del laicado

Después de tener la confrontación con el obispo acerca de nuestra condición laical en la clandestinidad eclesial durante tres años, nos encontramos a mediados de 1986 en otro escenario, el de los agentes de pastoral que coordinaban el movimiento de las Comunidades Cristianas Campesinas.

Era el mes de junio de 1986 cuando Marcos Laverde y yo dirigimos *Los sueños y los pies caminantes* hacia la capital del país (Bogotá). Era mi primera salida fuera de Medellín. Por fin, las experiencias de Antioquia, habían logrado conseguir animarme para salir a representarlas a nivel nacional. Marcos Laverde era el delegado principal y yo el suplente. Ambos éramos campesinos de pura «*cepa*». Allí impulsamos una de las grandes búsquedas de «*autonomía*» frente al mundo pastoral, que venía coordinando desde 1980 el Movimiento de Comunidades Cristianas Campesinas. La coyuntura se había puesto «*caliente*», luego que el Episcopado Colombiano diera a conocer un documento, en el cual censuraba abiertamente a las Comunidades Eclesiales de Base que no estaban coordinadas por los obispos y que tenían otros centros de coordinación, formando una «*Iglesia Paralela*» o «*popular*».

Para entonces sucedía que la sede de las Comunidades Cristianas Campesinas estaba dentro del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), cuyo director era también el asesor nacional de las CCC, perteneciente a la Compañía de Jesús. El padre Manuel Uribe y Ana Mercedes Pereira, llevaban esta representación de la coordinación nacional. Por ello tuvimos una especial acogida al llegar a sus instalaciones y por ello también

las CCC se convertían en una «*papa caliente*» en el contexto del documento de los obispos colombianos. La promulgación del documento ya había permitido que la asesoría y la coordinación nacional, hubiesen adelantado propuestas y salidas que en esta reunión iríamos a conocer y discutir.

En consecuencia, nos reunimos la base laical campesina con los agentes de pastoral que llevaban la coordinación nacional, en un ambiente de búsquedas y preocupaciones por encontrar una salida a la difícil coyuntura eclesial que se avecinaba a raíz del documento promulgado recientemente. Parte de los campesinos respirábamos aires de «*autonomía*», mientras otra parte se asfixiaba por los nubarrones de dependencia pastoral. En tal contexto, fue anunciada la propuesta de los agentes de pastoral, que nos cayó como un baldado de agua fría, ya que, por querer evitar cualquier conflicto con la Jerarquía Católica, se deshacía la coordinación nacional y los encuentros nacionales de Comunidades Cristianas Campesinas; se suspendía la edición del boletín «*Evangelio y Azadón*» y los recursos económicos se transferían a una institución. A juicio de los campesinos más conscientes, esto equivalía a desvertebrar la experiencia. Pero la propuesta fue recibida con una contrapropuesta que los campesinos llamamos de la «*Autonomía*». Ahí se generó la discusión abierta, porque la propuesta de la «*Autonomía*» buscaba que la coordinación fuera asumida por los mismos campesinos, que los encuentros nacionales seguían vigentes, lo mismo que el boletín «*Evangelio y Azadón*». En cuanto a los recursos económicos, los mismos campesinos asumíamos su manejo.

Al final de la reunión no se llegó a acuerdos definitivos, pues se tenían puntos de vista diferentes, por lo que se abrió un compás de tiempo para dar a conocer y madurar las decisiones en torno a la propuesta de la «*Autonomía*» y la de los agentes de

pastoral que coordinaban el movimiento de CCC. Entonces, nos lanzamos a una misión nacional de una semana, que consistió en visitar las experiencias y procesos para dar a conocer y discutir la propuesta de la «*Autonomía*» con los hermanos y hermanas que vivían en pueblos y veredas de Santander, Boyacá, Cundinamarca, Nariño, Córdoba y Antioquia. Al final, aquel proceso de búsqueda de la «*Autonomía*» fue reconocido en una Asamblea Nacional de las Comunidades Cristianas Campesinas, realizada en el Instituto Mayor Campesino de Buga en noviembre de 1986, donde quedaron sentadas las bases para el nombramiento de una coordinación campesina, de la que formé parte por tres años. Aquella Asamblea decisoria fue realizada en Tocaima, Cundinamarca, en los primeros días de enero de 1987, donde fuimos nombrados Guillermo Valero y yo como responsables del equipo de animación nacional de las CCC, acompañados por el P. Alfredo Ferro Medina, como asesor nacional, quien nos acompañó por muchos lugares de Colombia en 1987. Luego vino su renuncia por motivos de viaje a Brasil y la asesoría nacional fue asumida por el P. Álvaro Ramos.

La Asamblea Nacional dio luz verde a la propuesta de la «*Autonomía*», aunque se interpusieron resistencias por una parte del mundo pastoral. Al principio hubo mucho entusiasmo, pero después las cosas fueron aterrizando en la realidad. Recuerdo que en la «*fiebre*» del entusiasmo se llegó a invitar a Monseñor Juan Francisco Sarasti, obispo de la Diócesis de Barrancabermeja a una reunión en San Vicente de Chucurí, buscando un acercamiento de las CCC a los obispos y reconocimiento por parte de ellos, dado su apoyo al proceso de comunidades cristianas campesinas en San Vicente de Chucurí. Elvia Vallejo fue quien intermedió para esta reunión. Su postura fue clara: "*Mi presencia acá es a título personal y no compromete al conjunto de los obispos de la Conferencia Episcopal. Cuenten con mi apoyo y mi intermediación con otros*

obispos, pero a título personal". Aquella cercanía no fue más allá. De haberlo logrado, probablemente el Movimiento de las Comunidades Cristianas Campesinas hubiese terminado siendo un departamento de Comunidades Eclesiales de Base de la Conferencia Episcopal, cooptado y asimilado por la misma.

Desde luego que no era nada sencillo consolidar una experiencia autónoma de laicos, cuando la Iglesia Católica contaba con unas estructuras eclesiales bastante cerradas a la participación amplia de los laicos campesinos. Tropezamos con un cristianismo muy individualista y dependiente de los sacerdotes. También nos fuimos quedando dentro de la esfera de lo religioso y eclesial, sin lograr superar sus fronteras, lo cual nos llevó a un ahogamiento de causas más vitales y políticas.

No pasarían muchos años para que el proceso de laicos entrara en una profunda crisis de sentido, de desarraigo y de horizontes. Una parte del mundo pastoral y clerical no nos reconocía como protagonistas y artífices de nuestro propio proceso. Vivíamos una crisis de identidad que nos desafió a reflexionar sobre la identidad religiosa y cultural. El proceso llevaba el nombre de Comunidades Cristianas Campesinas, pero empezamos a caer en la cuenta de que antes de ser cristianos, por el bautismo, éramos campesinos de nacimiento. Pasamos entonces a llamarnos Comunidades Campesinas Cristianas. A simple vista, este cambio parecía no tener importancia, pero en el fondo se estaba abriendo una puerta importante para la transformación en el proceso de CCC.

El mundo pastoral y religioso nos había promovido, afirmando por encima de cualquier otra dimensión, la identidad eclesial, religiosa y católica, por lo que ya se había transformado nuestro lenguaje campesino en un lenguaje eclesial y pastoral. Entonces nos quedamos mirando la realidad del mundo de la Iglesia,

mientras nos sobrevenía la miopía para mirar nuestro propio mundo campesino. Cuando hacíamos los análisis de coyuntura, era sintomático que no aparecía nuestra vida campesina, ni la vida de la Madre Tierra, ni la destrucción eco-ambiental en sus campos.

Este cambio de perspectiva abrió las puertas a la reflexión teológica campesina y laical, enriquecida con la Lectura Campesina de la Biblia, la práctica de la agro-ecología y la organización en base a la familia. Estas cuatro dimensiones echaron a andar juntas, para aclarar el horizonte de la integralidad campesina.

Un soñador caminante en las Comunidades Cristianas Campesinas

Cuando me insistieron que me apoyaban para que fuera al Encuentro Nacional de Comunidades Cristianas Campesinas, a realizarse en Buga (Valle), en 1984, apelé a los argumentos que fueran necesarios con tal de sacarle el cuerpo al viaje. Manifesté, entonces, que teníamos cosecha de café y que no podía viajar. Las personas amigas hasta me facilitaron pagar un trabajador para la recolección del café, mientras viajaba al encuentro. Nada me convenció. Realmente era la resistencia a salir más allá de las fronteras de Antioquia.

Hacer un acercamiento a la eclesialidad liberadora en Colombia, precisa de aproximarnos a dos experiencias muy valiosas que surgieron como movimientos nacionales a finales de la década del 70. Requerimos de la información sobre sus antecedentes, sus fuentes y raíces que las originaron. Se trata del Movimiento

de las Comunidades Eclesiales de Base, formado en 1979, y del Movimiento de las Comunidades Cristianas Campesinas, surgido en 1980. El primero con rasgos más urbanos y el segundo con características más rurales.

Las Comunidades Cristianas Campesinas (CCC) se constituyeron como movimiento nacional en 1980, en un encuentro realizado en «*Los Pomos*», Medellín. Desde 1980 hasta 1986 fueron coordinadas por agentes de pastoral (Elvia Vallejo, Ovidio Mesa y Ana Mercedes Pereira), pero a partir de allí dieron un viraje importante, afirmando su identidad laical, campesina, espiritual e integral. A estos pasos va dirigido este apartado que intenta hacer una lectura teológica de la eclesialidad de las Comunidades Campesinas Cristianas en Colombia.

Cuando llegué al proceso de las Comunidades Cristianas Campesinas, me acompañaba el interés por conocer sus orígenes, sus motivaciones más profundas y sus horizontes futuros. Indagando por sus historias, supe que, a mediados de los años 70, se había desarrollado un intenso trabajo de agentes de pastoral, tanto en las ciudades como en los campos, inspirados en el espíritu del Concilio Vaticano II, la Conferencia de Medellín (1968), la Teología Latinoamericana de la Liberación, las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), la Lectura Popular de la Biblia y la Educación Popular de Paulo Freire. Sus horizontes latinoamericanos y universales se habían forjado en diálogo con los acontecimientos políticos y sociales del continente, sentando una clara diferencia con prácticas religiosas conservadoras y espiritualistas en el cristianismo de América Latina y el Caribe.

Sus referentes pastorales, eclesiales y teológicos hacían parte del ambiente que se respiraba en el continente desde la década del 60, caracterizada por el surgimiento de movimientos y expresiones como la Acción Católica, la Juventud Obrera

Católica (JOC), Organizaciones Religiosas de América Latina (ORAL), los «*Cursillos de Cristiandad*», Cristianos por el Socialismo, Sacerdotes para América Latina (SAL), Sacerdotes para el Pueblo (México), Grupo de Golconda (Colombia), Grupo del Nus (Medellín-Antioquia), entre otros. En tanto, nuestros referentes eran más locales y nacionales. Muchas personas veníamos de Acción Cultural Popular, de la Acción Comunal, de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), de los sindicatos, de las cooperativas, de los campamentos misión, de la Universidad Campesina de Buga, de las misiones diocesanas y parroquiales.

Esa fue la base social y humana que empujó el proceso de las Comunidades Cristianas Campesinas, al principio, liderado por agentes de pastoral y luego por campesinos, acompañados por los agentes de pastoral. Entonces, aquí caminé por varios años como servidor en el Equipo de Animación Nacional. Por espacio de tres años tuve la oportunidad de animar comunidades cristianas en diversas regiones del país (Córdoba, Cundinamarca, Boyacá, Santander, Caquetá, Nariño y Antioquia), que se reunían en medio de grandes dificultades para dar razón de su fe y de su esperanza. Esto lo podían hacer –pensaba– gracias a la protección de Dios, pues vivíamos en el contexto que compartí al iniciar este capítulo.

Durante este tiempo pude experimentar el transporte en buses, en «*chiveros*», en chalupa, a caballo, en canoas, en tren y en avión, a veces en jornadas extenuantes hasta de 24 horas. Tuve la oportunidad de conocer lugares, ciudades, pueblos, veredas y paisajes, al igual que personas, familias, procesos, movimientos, instituciones y organizaciones. Tuve, sobre todo, la oportunidad de crecer y hacerme más humano a través de la vida compartida con hermanas y hermanos de camino. Mi vida se enriqueció de esta diversidad de realidades culturales, por lo que me nace

expresar un profundo agradecimiento a las personas amigas, a la vida y a Dios.

Muchas vivencias y contradicciones envolvían la cotidianidad de las Comunidades Cristianas Campesinas. Construir comunidad era una ardua tarea dentro de la Iglesia colombiana, habituada a la promoción de un cristianismo de masas, tradicionalista, espiritualista e individualista. La pequeña comunidad eclesial de base rural, era un fermento, mantenido a base de mística y de espiritualidad. Incluso, estaba expuesta al vaivén de los cambios eclesiales. Era difícil consolidar un proceso por más de cinco años. Se podría decir que estos procesos comunitarios se mantenían más por una acción del Espíritu, que por los aportes humanos que hacíamos las personas animadoras.

Pasaban por crisis diversas, fruto del contexto que las rodeaba y de sus fragilidades humanas. Las condiciones económicas extremas, o las acciones violentas del conflicto armado desbarataban las comunidades. Cuando no eran los celos por liderazgos indebidamente disputados en competencias desleales, eran las divisiones que sembraban los políticos, interesados en dividir la comunidad. El sistema electorero conseguía doblegar la conciencia crítica que se había tejido por muchos años. La animación cambiaba de perspectiva y la comunidad se debilitaba. Otras veces, las crisis les venían por la parte afectiva, que desnudaba en lo más hondo la existencia de realidades no resueltas desde la infancia. Tales crisis daban al traste con procesos articulados, que tampoco resistían a las lógicas de la razón, cuando el corazón era alcanzado por sentimientos encontrados.

En medio de estas situaciones acontecía el milagro de la vida, el compartir, el servicio, la animación cristiana, el sueño por la construcción del Reino de Dios. Las CCC eran de carne y hueso, vulnerables a los vientos que les llegaban, frágiles como las

flores del campo, pero en su pequeñez se guardaba una fortaleza para mantenerse en pie en un país donde despertarse con vida, era ya un milagro.

Las CCC inauguraron una nueva eclesiología para los campos colombianos y latinoamericanos, cuya novedad primordial se dibujaba en la autonomía de personas y familias laicas que asumían el compromiso de seguir a Jesús, desde una perspectiva campesina. Buscaban construir una manera de ser Iglesia Campesina en comunión con toda la Creación, más integral y fraterna. Una eclesiología donde el sacerdote no generaba más dependencia, sino que era un animador y acompañante del proceso. Las familias campesinas, los cultivos, las plantas medicinales, los alimentos sanos, los abonos orgánicos, los saberes ancestrales, las prácticas religiosas, las sanaciones de enfermedades y dolencias, la economía solidaria, la fe campesina y la relectura de la Biblia, fueron las bases para su nueva eclesiología.

Por último, vale la pena reconocer que esta experiencia comunitaria posibilitó tener una refrescante teología campesina y laica, que daba razón de Dios, no ya en las nubes o en el cielo lejano, sino en la cotidianidad del sembrado, libre de químicos; en la huerta casera agro-ecológica, en las relaciones de cuidado y respeto con nuestra Madre Tierra, en los trabajos comunitarios, en la organización campesina, en las celebraciones simbólicas de la fe y la vida. Las oraciones, plegarias, canciones y salmos al Dios Campesino; experimentado como hermano, cercano, caminante, amigo, compañero, comunitario, solidario, inclusivo, compasivo, alegre y fiestero. Entonces estábamos ante un cambio en la perspectiva teológica. Su centro radicó en la eclesiología y la teología de la hermandad, cuyo referente bíblico fue la Carta de San Pablo a Filemón, un estudio que abordó la Lectura Campesina de la Biblia, publicado en 1995.

Vivencias en las cercanías y lejanías de las CCC

Al Sur del país, en La Cruz y San Pablo (Nariño), teníamos contacto con la Hna. Agnela Villarreal y los padres Antonio Realpe y Alberto López. Y visitábamos dos grupos: uno en el Chilcal, adscrito a la parroquia de San Pablo y el otro en el corregimiento de Tajumbina, perteneciente a La Cruz, donde su animador principal era Evergisto Bolaños. Allí, al trabajo le costaba ganar en autonomía, porque dependía de los agentes de pastoral. Incluso, llegamos hasta realizar una reunión de Animación Nacional en el municipio de La Cruz, con el fin de brindar un apoyo al proceso. Y allí tuvimos contacto con animadores y animadoras como Evergisto, Adalberto Muñoz, Iván Molina, Isabel Muñoz, Benito Bolaños, Benjamín Realpe, Jaime Ledesma, Nuvia Bolaños, Adonis Muñoz, Dimas Bravo, Gloria Bravo, Miro Gómez, Guido Gallardo, Juan Bautista Ordoñez, Aleyda Muñoz, Mercy Bolaños, Socorro Ledesma y Graciela Realpe. Ello dio lugar a la participación de una delegación nariñense en un encuentro que se realizó en Cisneros, Antioquia, en la casa cural donde estaba como párroco el P. Jaime González. Los viajes a Nariño eran larguísimos, pues los hacíamos desde Cisneros, Antioquia, pasando por Medellín, Riosucio, Cali, Popayán, El Bordo y Mercaderes. Llegábamos extenuados por el viaje, pero éramos acogidos de maravilla por las personas que nos esperaban.

En el Caquetá, concretamente con la Fundación Ángelo Cuniberti (FUNAC), teníamos también contacto con personas que representaban procesos de la Fundación, del Movimiento de Cooperadores Laicos y de la Vicaría del Sur con las Hermanas

Bethelemitas. Los referentes principales eran el P. Arnulfo Trujillo, la Hna. Clara María Loaiza y Graciela Uribe. El proceso de Cooperadores había sido golpeado por la represión del Estado en 1981, cuando fueron asesinados los catequistas Misael Ramírez y Humberto Jiménez. Un *«modus operandi»* se fue configurando hacia los años venideros al reportar aquellos asesinatos como guerrilleros muertos en combate (los futuros *«falsos positivos»*). Muchas veces, *Los sueños y los pies caminantes* recorrieron aquella región, especialmente con el propósito de ayudar en un Plan de Formación para el Movimiento de Cooperadores Laicos de la Diócesis de Florencia. Tenía una cercanía muy estrecha con las animadoras Luz Mila Rojas y su hermana Alicia. Allí conocí también a Rúbert Trujillo, Héctor Urrego, Misael Carvajal, Concepción Moreno, Graciela Méndez, Agripino Lara, Gilberto Méndez, Garetty Silva, Crisanta Buitrago, Eurípides Vargas, Lucila Díaz, Germán Cubillos, Nelly Casas, Rafael Olarte, Chiquinquirá Sosa, Livia Guzmán Sosa, entre otros y otras. En uno de esos viajes, de 23 horas en bus, si todo era normal, recuerdo una varada en carretera, donde irresponsablemente los conductores de un bus de Rápido Tolima nos dejaron votados y tuvimos que subirnos en un camión (usado para transportar ganado) y terminar de llegar a Florencia.

Las calientes tierras de Tocaima, cerca al puerto de Girardot (Cundinamarca), fueron visitadas en octubre de 1986 por Marcos Laverde y mi persona. Llevábamos la referencia de la vereda *«La Colorada»*, donde existía una tienda comunitaria, llamada *«Guailamá»*. Estábamos en la Tierra del proyecto Asociación para la Promoción Integral de las Comunidades Rurales (ASOPRICOR), una experiencia de campesinos que había surgido, inicialmente como un proyecto dependiente de la Diócesis de Girardot, de la mano de los padres misioneros de La Consolata, con una cobertura de varios municipios (Tocaima, Jerusalén, Agua de Dios, Guataquí, Nariño, Ricaurte, Nilo,

Apulo, Viotá y La Mesa). El padre Antonio Bonanomi era el alma de aquel proceso.

Entonces nos recibieron en la tienda comunitaria, donde lo primero que observé fue los toldillos para protegerse en la noche de las picaduras de los zancudos. Íbamos a concretar y perfilar la propuesta de la «*Autonomía*» en el Movimiento de las Comunidades Cristianas Campesinas. La experiencia de Tocaima había marcado la pauta, pues llevaban ya unos ocho años de camino y habían pasado por difíciles senderos en la relación con el mundo pastoral de las estructuras eclesiales y construido su proyecto de «*autonomía*». Sus referentes eran también la Acción Cultural Popular (ACPO), de la que provenían varios de sus promotores, el Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla, la Teología de la Liberación y la Biblia.

Su práctica tenía en el horizonte latinoamericano los referentes testimoniales de las iglesias de Nicaragua, El Salvador y Brasil, comprometidas con los pobres y desheredados del continente en testimonios personales como los de monseñor Oscar Arnulfo Romero, Pedro Casaldáliga y Hélder Cámara. Nacionalmente estaban las CEBs y las CCC, como también las experiencias de los Agricultores de Sumapaz, la Fundación San Isidro (Duitama), los proyectos comunitarios de la Diócesis de San Gil, el Instituto Mayor Campesino (Buga) y los Cooperadores Laicos de la Diócesis de Florencia. Además, les inspiraba el Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural Católica (MIJARC), del que hacía parte Agustín Reyes.

La reunión fue en la sede de ASOPRICOR, en medio de un calor impresionante y pudimos volver a ver a Agustín Reyes y a Yersi Campos, delegados por Cundinamarca a la Coordinación Nacional de CCC y con quienes habíamos iniciado la búsqueda de la «*autonomía*» nacional en las Comunidades Cristianas Campesinas. También conocimos a Jairo Lancheros, Narciso

Villalobos, Luz Dary Rodríguez, Eva Bergaño Herrera, Cipriano Cristancho, Gilma Reyes, Guillermo Valero, Agripino Lara (había hecho parte del proceso y había viajado al Caquetá) y Joaquín Ortiz Doncel.

Nos unía un espíritu de «*autonomía*» laical nacional, pero nuestras realidades locales y personales eran bien diferentes. Los animadores campesinos de ASOPRICOR tenían su propio proyecto de las tiendas comunitarias, con las cuales podían subsistir con sus familias. Nosotros, en Antioquia, no teníamos nada en ese sentido, éramos misioneros que dependíamos, al estilo de Pablo, de lo que pudiéramos ganar con nuestro trabajo. Tal era el caso que, para hacer esta gira nacional, habíamos recibido el respaldo económico de los agentes pastorales de Antioquia, entregado a Marcos Laverde para los gastos de alimentación y hospedaje y a Aníbal Cañaveral para los transportes, según testimonio reciente de Marcos. Y éramos nosotros los que habíamos ido a buscar a los de Cundinamarca, quienes, por su mejor condición económica, podían haber hecho ellos la gira nacional.

Mi caso era particular. Hacía pocos días había salido de mi Tierra natal por razones de seguridad. Había llegado a un pueblo a buscar jornal para sobrevivir. Marcos Laverde era un oficial de construcción de casas y yo un desarraigado y desplazado de mi Tierra natal. Esos eran los campesinos que enfrentaban la causa laical de la «*autonomía*». ASOPRICOR aportó para el proceso de la Animación Nacional a Guillermo Valero y a Narciso Villalobos, al tiempo que nos ofreció la acogida y el alojamiento en la sede de Tocaima.

De las calientes tierras de Tocaima salimos hacia Duitama, Boyacá, con el propósito de visitar a las personas animadoras de la Fundación San Isidro, quienes eran acompañadas por la Hna. Teresa Segura, una exreligiosa que no sentíamos cercana a

la causa de la «*autonomía*» y que, no obstante, esta percepción, consideramos importante darle a conocer a los animadores campesinos en qué consistía nuestra propuesta. Allí trabajaba Ovidio Mesa, quien había sido uno de los primeros coordinadores nacionales de las Comunidades Cristianas Campesinas. Una noche nos reunimos y expusimos los puntos concretos de la propuesta.

Cuando pisé, por primera vez, tierras santandereanas iba acompañado de Marcos Laverde. Habíamos hecho una larga travesía de Duitama (Boyacá) a Bucaramanga, pasando por el Socorro y San Gil, tierras bañadas con la sangre de los catequistas campesinos Misael Quitian y Francisco Pinilla en 1979, asesinados por el ejército colombiano. El viaje durante el día nos permitió contemplar la belleza impresionante de la región del Cañón del Chicamocha y los impresionantes abismos de la carretera, lo cual daba escalofrío en los pies y ganas de no mirar los precipicios. Ya al anochecer llegamos a San Vicente de Chucurí y nos alojamos en el Instituto Cristiano de Promoción Campesina (IPROC), un centro de formación de animadores y animadoras. Allí trabajaba Elvia Vallejo, agente de pastoral, que había apoyado nuestro proceso de «*autonomía*». También contaban con el apoyo del padre Floresmiro López y un Equipo de Agentes de Pastoral que acompañaba el proceso de comunidades cristianas de San Vicente.

Al día siguiente nos reunimos y conocimos entonces a una de las animadoras delegadas por la Regional Santander: Ana de Dios Castro. También estaba allí Alberto Flórez, un campesino que habíamos conocido en mitad de año en la reunión de Coordinación Nacional realizada en Bogotá. Compartimos con Elvia Vallejo y con las personas animadoras la propuesta de la «*Autonomía*» y luego nos marchamos hacia Barrancabermeja, donde esperaríamos la salida de un tren, a las 2 de la mañana, rumbo a Medellín. El calor era insoportable en el puerto

petrolero. Alquilamos una pieza para dormir unas pocas horas, cuando a la madrugada nos llamaron para ir a la estación del ferrocarril. Era la primera vez que iba a montar en tren en el recorrido Barrancabermeja-Medellín.

Muchas veces volví a San Vicente de Chucurí, donde conocimos a muchas personas animadoras que aportaron en aquellos años lo mejor de sus vidas, entre ellas Héctor Martínez, Esperanza Gómez, Ismaya García, Gonzalo Jiménez, Arcenio Dueñas, Flor Amorocho, Irma Ferreira, Fanny Reyes, Richard Acosta, Helda Castro, Roberto Ortiz, Elsa Gómez, Carlos Mario Tobón, Adriana Gallo, Carlos Arturo Martínez, María Teresa Losada, Norberto Carreño, Sonia Mendoza, Martha Lucía Jiménez, Natalio Rodríguez y otras personas de cuyos nombres no me recuerdo. El trabajo de San Vicente de Chucurí era un referente nacional por su dinamismo y su estructura. El padre Floresmiro era como el alma de aquello, de su capacidad y visión organizativa dependía su sostenimiento económico. El IPROC promovía una articulación campesina e integral en su acompañamiento a las comunidades (salud, agronomía, veterinaria, evangelización, entre otros). Recuerdo, que alguna vez se llegó a rumorar que las Comunidades de San Vicente de Chucurí, en la visión del padre Floresmiro, eran una especie de laboratorio, de modelo en una zona de conflicto armado, donde los grupos paramilitares iniciaban el control de la región para desalojar a las organizaciones guerrilleras. En efecto, en el conflicto armado, perdieron la vida los animadores Vicente Cristancho y Alejandro Rey. No se me olvida el día que Alejandro me acogió en su casa para una reunión de la comunidad cristiana y de su carisma para el trabajo con los niños y niñas. Pocos meses después fue asesinado. A la larga, de aquel proceso surgieron para el Movimiento de las Comunidades Cristianas Campesinas, en su instancia de coordinación nacional, dos animadoras: Ana de Dios Castro y Martha Lucía Jiménez. La primera continúa

en las CCC, y la segunda retornó al proceso de San Vicente de Chucurí. También surgieron para el proceso la pareja de Helda Castro y Roberto Ortiz, quienes con su hijo Alejandro continúan en este caminar.

Campobello era un caserío del departamento de Córdoba. Allí había una comunidad cristiana campesina, acompañada por las hermanas de la Madre Laura. Era nuestro primer viaje en la animación campesina, luego que habíamos sido nombrados por la Asamblea de la Coordinación Nacional de CCC, realizada en Tocaima, en la sede de ASOPRICOR. Por esos compromisos más formales que otra cosa, habíamos convenido hacer un empalme y ser presentados en las comunidades por Ana Mercedes Pereira, anterior coordinadora nacional. Obviamente, a este punto se había llegado en medio de discusiones, tensiones y conflictos y aquel primer viaje evidenció un poco esa situación. El viaje lo hicimos desde Medellín en compañía de Ana Mercedes y la Hna. Magnolia Parra. Llegamos al caserío de Campobello, a la casa de las hermanas de la Madre Laura. Cuando inició la reunión con las personas animadoras de la comunidad, fuimos presentados por Ana Mercedes y luego permanecimos varios días allí. El proceso de Campobello se mantuvo por varios años. Animadoras como Martha Nuvia, Iris Méndez y algunos hombres como Óscar Cauzil, siguieron luchando por mantener aquel proceso, el cual se fue extinguiendo hasta desaparecer para el proceso nacional de las CCC.

Por su parte, en Antioquia, mantuvimos de tiempo atrás un proceso de animación de comunidades, acompañado por los sacerdotes del Grupo del Nus. Desde 1980 hasta 1986, habíamos andado la zona del Nordeste antioqueño y parte de la del Suroeste, animando personas que hacían parte de las pastorales parroquiales. La situación represiva estaba al «*rojo vivo*», toda vez que en 1982 habían sido asesinados los Catequistas de Cocorná (Carlos Augusto Buitrago Ramírez, Alirio Buitrago

Ramírez, Fabián Buitrago Zuluaga, Gildardo Ramírez y Marcos Marín), reportados como guerrilleros dados de baja en combate por las Fuerzas Armadas en alianza con los paramilitares, en Antioquia.

El primer referente de Antioquia era el corregimiento Cristales, perteneciente al municipio de San Roque, un caserío extendido a lo largo de una calle. Se trataba de una Tierra bañada por la sangre del P. Jaime Restrepo López (1988) y Teresita Ramírez (1989), religiosa de la Compañía de María, y mucho antes, por la muerte de un campesino llamado Antonio Ceballos. De allí provenían animadores de largo recorrido como Bernardo Toro, Humberto Jaramillo, Fabiola Castaño, Aurora Valencia, Inelda Giraldo, Victoria Moreno, Irma Londoño, Reina Giraldo, Humberto Ciro, Gerardo Salazar, Beatriz Jaramillo, Marina Mejía y Margarita Salazar, fruto del trabajo del P. Jaime Retrepo López. Allí había existido una finca de caña, cultivada comunitariamente, tanto que la llamaban «*La Comunitaria de Cristales*». Y años atrás, habían existido los famosos «*Estudios de Evangelio*», impulsados por el P. Jaime Restrepo López. De su muerte se responsabilizaba al arzobispo Alfonso López Trujillo, quien a sabiendas del peligro y de las amenazas que pesaban sobre su vida, lo envió a la parroquia de San José del Nus, donde a los pocos días de llegado fue asesinado.

Guillermo Valero y yo entramos un día a este caserío, dentro del cajón de una volqueta, a la vista de todo el mundo. Íbamos a una reunión de una comunidad y después nuestros planes eran llegar a la vereda San Antonio, donde estaba la finca «*La Comunitaria*» y nos hospedaríamos en la casa de Bernardo Toro. Alguien avisó a la base de carabineros, el centro de operaciones de los paramilitares, sobre nuestra llegada, quizás confundidos con dos guerrilleros, al punto que esa noche nos esperaron a la entrada de la casa donde habíamos llegado. Toda la noche estuvieron en vigilia, mientras nosotros habíamos alcanzado a llegar a la casa

de Bernardo. Al día siguiente fuimos avisados por unos niños del peligro que corríamos y regresamos al pueblo a la casa del párroco Marco Tulio Suárez, acompañados y protegidos por un grupo de mujeres de la comunidad. A las cinco de la mañana siguiente estábamos saliendo de aquel pueblo, sanos y salvos.

Cisneros, Antioquia, representaba otro lugar importante, donde echarían raíces fuertes sus animadores para integrarse al proceso nacional. El trabajo de la religiosa Nohora Zuleta y después el apoyo brindado a las CCC por el P. Jaime González (perteneciente al Grupo del Nus) y el P. Próspero Restrepo, al abrirle su parroquia a la sede nacional por espacio de dos años (1987-1988), representó el lugar desde donde despegó la animación campesina. A su apoyo contribuyeron personas animadoras de Cisneros como Conrado Valencia, Sergio Duque, Florentina Zuleta, Eucaris Tobón y otras. Nuestra estadía en la casa cural de Cisneros representó el despegue operativo y administrativo de la animación nacional, el cuidado de las señoras Rosario Granda y Adela Hernández y el apoyo de Amanda González, secretaria de la parroquia, quien me prestaba en las noches su máquina de escribir para adelantar muchas de las memorias que hacen parte de este relato autobiográfico.

Antes de llegar a Cisneros, se encontraba el poblado de Santiago, corregimiento de Santo Domingo, un pueblo pequeño en la región del Nordeste de Antioquia, donde la carretera era como una grande serpiente acostada en la pendiente del otrora pueblo floreciente en la época del ferrocarril, donde se encontraba la entrada del túnel de «*La Quiebra*», que terminaba con la vista hermosa del cañón del Nus, al otro lado. Allí estaba como párroco el P. Raúl Atehortúa, sacerdote perteneciente también al Grupo del Nus, quien nos acogió a Conrado Valencia y a mí en varias oportunidades que realizamos encuentros y talleres de Biblia, constituyéndose en un referente regional, pues allí llegaron también representaciones del Suroeste de Antioquia

(Ofelia Bedoya, Hernando Cañaveral, Marina Tangarife y Margarita Arenas).

El cuarto centro significativo del trabajo en Antioquia, lo constituyó Armenia «*Mantequilla*», donde el P. Mario Ospina, apoyó el proceso de las CCC. También pudimos contar con el aporte de Marcos Laverde, Heroína Peláez, Pablo Gallego, Carlos Palacio, Gloria Peláez, Raúl Posada y otras personas cuyos nombres se me escapan en estos momentos. Recientemente, escuché de Marcos Laverde el testimonio de que Carlos Palacio subía a lo más alto de la cúpula del templo de Armenia para pintarla, donde nadie más conseguía llegar. Muchas veces fuimos a reuniones en Armenia, donde conocí y vi por única vez al P. Bernardo López Arroyave, pocos meses antes de ser asesinado. Cerca de allí, pocos kilómetros antes, estaba Pueblito, donde también llevaban un proceso organizativo de mujeres jóvenes. Luz María Ramírez las animaba y su animadora más representativa era Beatriz Restrepo.

Santa Bárbara fue el pueblo de la infancia, la juventud y la edad adulta. Era el pueblo de los afectos, de las bellas memorias familiares. Desde niño guardaba los recuerdos de los domingos recorriendo la plaza de toldos, uno de los cuales era de mi padrino de confirmación, llamado Hernán López y donde mercaba mi padre. Recordaba el lugar donde cuidaba el mercado y hasta el recorrido para ir a traer las mulas de la pesebrera. La entrada principal al templo tenía una inscripción medieval: «*Cristo Reina, Cristo impera*». Allí había sido bautizado, confirmado, confesado y había hecho la primera comunión. Por la experiencia de la Pastoral Rural Campesina había conocido un animador campesino de nombre José Quintana, un hombre del silencio y de la sabiduría que nos dejaba atónitos en las reuniones y en los encuentros. También había conocido a Orlando Villada y a su padre Luis Villada y había llegado hasta su casa en una apartada vereda. A Orlando lo mató una piedra que rodó en el lugar donde

trabajaba. Las veredas de Las Mercedes, La Úrsula y El Vergel, fueron lugares donde viví experiencias de Navidad y de Semana Santa. Pude conocer y cultivar una entrañable amistad con Ofelia Bedoya, una líder comunitaria de Las Mercedes. Un poco menos con Gabriel Bedoya de La Úrsula, quien tomó distancia de las Comunidades Campesinas Cristianas para irse con el movimiento Carismático. También conocí a Ángel Horacio Gil, de la vereda El Vergel, quien fuera uno de los líderes campesinos de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Allí vivía también Emilio Cuervo, otro dirigente de la ANUC y quien fuera el líder de la Acción Cultural Popular que me había ayudado en el ingreso al Instituto Campesino de los Hnos. de la Salle en 1973.

Venecia representó ser la sede de la Animación Nacional de las CCC en 1989, acogida y apoyada por el P. José Ortiz, perteneciente al Grupo del Nus. Ana de Dios Castro y yo nos desplazábamos desde allí a las diversas regiones del país y participábamos de algunas actividades pastorales en la parroquia y en las veredas. Por aquel tiempo, conocí al joven seminarista Juan Carlos Osorio que llegaba los fines de semana a apoyar el trabajo pastoral del P. José. Entonces, entablábamos largas conversaciones y discusiones sobre la Teología Latinoamericana de la Liberación, las Comunidades Eclesiales de Base y la Iglesia de los pobres en Colombia.

Y un último sitio de referencia, era Montebello, lugar de la procedencia mía. Una alejada vereda, donde a partir de una misión a finales de 1979 y comienzos de 1980, había nacido al mundo de la animación cristiana, primeramente, apoyado por la familia y un grupo de reflexión del Evangelio y posteriormente, de manera solitaria, participando en los otros espacios, incluido uno de Medellín, la parroquia del P. Álvaro Ramos, donde se mantuvo por años, la que llamaríamos articulación regional de las Comunidades Cristianas Campesinas. Gracias a ese proceso

al que también concurrieron animadores de Santa Bárbara, Damasco, Amagá, Versalles y Montebello, se dio mi surgimiento para la coordinación nacional de las CCC. De los lados de Santa Bárbara y Montebello, surgieron animadoras y animadores como Ofelia Bedoya, Margarita Arenas, Gabriel Bedoya, José Quintana, Orlando Villada, Eduardo y Hernando Cañaveral, Marina Tangarife, Esperanza Ramírez y Leonel García. Años más tarde surgió allí la primera escuela de la Lectura Campesina de la Biblia.

El caminar cercano a las CEBs

El caminar de la Iglesia de los Pobres en Colombia y en el continente se inscribe en una amplia corriente del Espíritu, desencadenada por importantes acontecimientos eclesiales como el Concilio Ecuménico Vaticano II; la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín en 1968 y la Tercera Conferencia, que aconteció en Puebla (México) en 1979. Con Juan XXIII, el soplo del Espíritu tocó las más profundas estructuras de la Iglesia Católica y se definió ante el mundo de entonces, como servidora del Pueblo de Dios.

La primera mitad de la década de los años 80, a raíz del surgimiento de la articulación de los movimientos de CEBs urbanas y CEBs rurales, fueron de un dinamismo impresionante al punto que en 1985 ya aparecían los primeros brotes de realizar sistematizaciones. Luis Carlos Bernal y Elvia Vallejo elaboraron un trabajo de estos a nivel nacional, mostrando la caracterización de las CEBs en Colombia en ese momento, en prácticas de lectura de la Biblia, celebraciones de la fe, la oración personal y comunitaria y obras de solidaridad con las personas necesitadas. Las CEBs evidenciaban la dimensión social y política en compromisos con la búsqueda de una nueva

sociedad más conforme con los valores del Evangelio y del Reino de Dios.

A partir de estos acontecimientos tomó fuerza una nueva conciencia en América Latina, surgida en medio de intensas convulsiones sociales, económicas, políticas e ideológicas que llevaron a un despertar del compromiso social y al surgimiento de muchos movimientos, instituciones y organizaciones sociales, políticas, económicas, gremiales y eclesiales. Se vivía un fervor revolucionario, en medio del desarrollo atroz de las dictaduras militares. Los cristianos eran desafiados a testimoniar una fe de acuerdo con la realidad y un compromiso político, más allá de las prácticas tradicionales de las iglesias. Colombia tuvo en el padre Camilo Torres Restrepo un referente para el continente de compromiso político y cristiano que inspiró las prácticas y testimonios del amor eficaz y la causa revolucionaria. Asimismo, contó con el legado de monseñor Gerardo Valencia Cano y los grupos de Golconda (nivel nacional) y El Nus, en Antioquia y Medellín y muchas otras expresiones.

Comprometerse cristianamente a favor de las mayorías hambrientas, pobres y explotadas, significó asumir la cruz del martirio y la persecución. Esta será una clave desde la que haya que leer la historia de la Iglesia de los Pobres en Colombia. También es una clave para leer la historia de lucha y resistencia de los movimientos y organizaciones sociales, políticas, populares y alternativas al sistema.

Mientras prestaba el servicio de la animación nacional en las Comunidades Cristianas Campesinas entre los años de 1987-1997, tuve la oportunidad de participar en diversos eventos de las Comunidades Eclesiales de Base, principalmente en el espacio de la Revista Solidaridad, donde se publicó mi primer artículo en una revista. Fue también la ocasión de participar de reuniones de coordinación nacional y en asambleas nacionales,

a la vez que conocí muchas personas vinculadas con procesos hermanos. Me alcanzo a recordar de amistades entrañables con quienes sostenía comunicación escrita (María Victoria Hurtado, Bernarda Hernández, Neftalí Vélez, María Elena Corrales). Trataba con la mayor parte de la dirigencia de las CEBs a nivel nacional (Manuel Martínez, Iván Forero, Yesmina Vega, Fernando Quintero, Gladys Agudelo, Martha Cecilia Yepes, Héctor Torres, Francisco Reyes, Mario Guevara, Fernando Torres, Miguel Ángel Quintero, Aleyda Gómez, Amparo Beltrán, Héctor Guzmán, Olga Lucía Álvarez, María Ochoa, Yury Puello, Boris Polo, Avelino Arrieta, Omar Fernández, Carmiña Navia, Rubén Darío Jaramillo, Magdalena Toro, Felipe Flórez, Pablo Salazar, Betty Carrizales, Carlos Julio Rozo, Carlos Flórez, Rosalba Aguirre, Jorge Rincón, José García, Maritze Trigos, Elkin Agudelo, Antonio Sánchez, Gisela Clavijo, Bernardo Marín…). De tiempos más recientes (Martha Lesmes, Julia Cifuentes, Piedad Toro, Rubiela Hermosa, Martha Esquivel, Elías Chávez y Sol Ángela Hoyos). De muchas otras personas no me recuerdo, pero les expreso mi agradecimiento por todo lo que aprendí de ellas y de sus procesos.

En esta perspectiva de personas y movimientos eclesiales en Colombia, América Latina y el Caribe, 1987 marcó el primer esfuerzo de articulación nacional del movimiento de Iglesia de los Pobres en Colombia, al realizar el encuentro conjunto de Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) y Comunidades Cristianas Campesinas (CCC), en Duitama (Boyacá), con la asistencia de unas 200 personas de diferentes regiones y ciudades del país. El lema central fue el siguiente: «*Caminando juntos construimos Iglesia*», un ideario soñado intensamente por las comunidades urbanas y rurales, que anticipaban una futura relación campo-ciudad. El encuentro llevó el nombre de Bernardo López Arroyave, sacerdote antioqueño, asesinado ese año, en Sincé, Sucre. Este evento apuntó a definir las características de la Iglesia de los Pobres en Colombia.

Fue allí donde tuve la oportunidad, la iluminación y la capacidad de hacer una aplaudida síntesis teológica de la Iglesia de los Pobres en Colombia. Al terminar, los aplausos y felicitaciones se prolongaban en el escenario, porque había logrado recoger los elementos pilares para una eclesialidad de la Iglesia de los Pobres en Colombia. Tal síntesis, fue recogida para la historia:

- Una Iglesia, nacida de los pobres, pero sin excluir a los ricos, que se convierten mediante el servicio a los pobres.
- Una Iglesia de comunidad, donde todos nos sintamos hermanos, y con diversidad de servicios, orientados al bien de todos.
- Que ejerza la autoridad del servicio y del amor al estilo de Jesús.
- Comprometida y solidaria con las luchas de nosotros los pobres.
- Una Iglesia que dé testimonio de Jesús en los tiempos de hoy.
- Iglesia profética, que denuncie y revele la plenitud del Reino, presente ya entre nosotros, en los esfuerzos y luchas que libramos cada día.
- Iglesia que denuncia las injusticias y se pone de parte de los débiles y oprimidos.
- Iglesia de oración y reflexión permanente, que se reconoce débil, pero que busca alimentar y fortalecer la eficacia de su misión.
- Iglesia de íntima comunicación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, característica indispensable para ayudar en la construcción del proyecto de Dios en la historia.
- Finalmente, una Iglesia encarnada en la realidad del mundo, evangelizando y dejándose evangelizar, sin sentirse dueña de la verdad.

Lo valioso de esta experiencia se resume en que, por un momento histórico, vale decir, un instante, un parpadear, la Iglesia de los Pobres tuvo un horizonte claro para avanzar en los siguientes años. Por lo menos, ese fue el balance teórico y experiencial que dejó el encuentro de Duitama. Sin embargo, los aires de unidad y articulación no durarían mucho tiempo, pues para 1988 la dirigencia pastoral de las CEBs se empeñó en la realización del Encuentro de Cristianos por la Vida. Fue entonces cuando afloraron inconteniblemente los elementos que provocaron un cisma en la Iglesia de los Pobres en Colombia. Los gérmenes de la división venían preparándose desde años atrás, y el encuentro fue como el rebosamiento de la copa.

Sin duda alguna, donde hay el espíritu de búsqueda de poder, que no debe ser el camino del seguimiento de Jesús, también se asoma la tendencia de dividir, de expresar un poder excluyente de las diferencias. Ello, dolorosamente, antes que anticipar un fortalecimiento de la Iglesia de los Pobres en Colombia, desencadenó una división de proporciones irreconciliables hacia el futuro.

Mientras el sistema opresor y represivo fortalecía los aparatos y mecanismos de muerte, tristemente, la Iglesia de los Pobres se dividía por visiones ideológicas encontradas frente a la misión pastoral y al compromiso político de los cristianos. Para 1989 estaba dada la división, y los agentes de pastoral de una y otra corriente, estaban echando los cimientos de los nuevos procesos.

Con el paso de los años, las heridas no pudieron sanar, como tampoco el proceso de la Iglesia de los Pobres en Colombia pudo hacer una reflexión autocrítica y evaluativa de esta crisis de rupturas y divisiones, que posibilitara la elaboración de un duelo cristiano. Mucho dolor y sufrimiento lleva a cuestas esta experiencia de Iglesia de los Pobres en Colombia, incapaz en

su momento de haber hecho la reconciliación y la fraternidad entre hermanos y hermanas. Los aportes y esfuerzos de lecturas interpretativas que se han hecho, en mi opinión, y con todo respeto, no han conseguido mayores frutos de cara a la unidad, como tampoco han logrado librarse de ser parciales y poco esperanzadoras para superar las divisiones. El tiempo ha sido el encargado de ir alejando de la memoria los hechos que acontecieron. Una lectura evaluativa y sistematizadora, está aún pendiente de hacerse.

Por los años siguientes mantuve contacto y cercanía con los dos procesos o corrientes (CEBs a nivel nacional y Animación de Comunidades y Grupos Eclesiales - ACOGE) y participé en asambleas y encuentros que se realizaron en Ocaña (1990) y en Cali (1992), mientras se gestaba el nacimiento de un nuevo movimiento en Colombia a través de encuentros nacionales de experiencias bíblicas, articulado al Movimiento Bíblico Latinoamericano, lo que generó para muchos procesos eclesiales el despertar de un nuevo amanecer bíblico y teológico, narrado en el Capítulo IV de este relato autobiográfico.

Contactos y amistades teológicas, pastorales e institucionales

El Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), institución de los Jesuitas, fue un referente en la formación social y teológica de los años 80 muy significativo para mí y para muchos procesos que se alimentaron de sus enseñanzas y programas. A mediados de 1986, tuve la oportunidad de entrar y conocer sus instalaciones por primera vez, pues se realizaba una reunión de Coordinación Nacional de las Comunidades Cristianas Campesinas. Desde entonces, y por muchos años,

programaron cursos de formación pastoral en Bogotá, donde el análisis de realidad social fue uno de sus pilares fundamentales.

La relación con el CINEP nutrió de conocimientos mis búsquedas, toda vez que allí conocí al P. Neftalí Vélez Chaverra, sacerdote jesuita que impulsaba la Lectura Popular de la Biblia. También cultivé la amistad con Luis Guillermo Guerrero y César Marulanda, que para la época estaban a cargo de un departamento que tenía relación con los procesos campesinos y que, en asocio con la coordinación nacional de las Comunidades Campesinas Cristianas, la Fundación San Isidro y el Instituto Mayor Campesino de Buga, convinieron fundar una Escuela Taller de Agentes de Pastoral. Así mismo, de la imprenta del CINEP salió mi primera publicación que conoció la luz del día en teología, con un tiraje de 500 ejemplares, que se distribuyeron como «*pan caliente*». Su título era: «*La teología en la vida de los pobres*».

Después me encontré en Bogotá, con un espacio muy querido, que llevo en el corazón, el cual fue referente afectivo en muchos años. Se trata de Dimensión Educativa, que impulsó la educación y la teología popular. Esta institución me abrió sus puertas a lo que se llamó los encuentros y las semanas teológicas que congregaron a quienes vibrábamos por la educación popular y por la Teología Latinoamericana de la Liberación. Su librería y su centro de documentación constituyeron íconos de esta corriente de pensamiento educativo y teológico en tiempos de aridez y sequía social, humana y teológica.

Al calor de la amistad, la compañía y la acogida de Fernando Torres Millán, Mario Peresson, María Elena Céspedes, Lola Cendales, Alfonso Torres, Germán Mariño y Rosa Bernal, creció el diálogo de saberes, la minga educativa, la reflexión teológica y la producción de la Revista Práctica, que constituyó el canal por donde fluyó la creatividad y la producción teológica del

Equipo de Teología de Dimensión Educativa y sus encuentros. Allí tomó cuerpo la sistematización de experiencias eclesiales como Casitas Bíblicas de Bogotá, Escuela Meléndez en Cali, Funsarep en Cartagena y Escuela Bíblica en Caldas, Antioquia. En muchos de mis viajes a Bogotá, Dimensión Educativa era un referente infaltable para visitar y saborear las nuevas intuiciones teológicas y bíblicas que despuntaban en el horizonte.

Por todo esto, Dimensión Educativa se constituyó, por muchos años, en el referente central de la educación popular y de la teología popular. Cuando en la madrugada de este 26 de enero de 2012, desde una cafetería cercana, escribo estas líneas, recuerdo que en la entrada de la casa de Dimensión Educativa está prendido un aviso: «*Se vende*». Todavía entran y salen personas que apostaron muchos años por causas educativas, pedagógicas, bíblicas y teológicas. Sin duda alguna, fue un fruto que todavía hoy sigue teniendo vigencia, precedido de un dulce sabor teológico, no obstante, exista un aviso en las paredes, en estos tiempos de arriendos y compraventas de casas, fincas y apartamentos.

La Juventud Trabajadora Colombiana (JTC) nos abrió sus puertas por muchos años en la sede de Bogotá. Era como nuestra casa en la capital, en los tiempos en que estaba el P. Álvaro Ramos Domínguez como asesor nacional de este movimiento de juventudes y de las Comunidades Campesinas Cristianas. El padre Joaquín Pachón era el asesor general del movimiento. Allí conocimos a sus líderes juveniles Álvaro Efrén Córdoba, Yesid Ibarra, María Cristina Umbarila y éramos acogidos por la señora María Paulina Espíndola y su hija Gladys Manrique Espíndola. Allí realizábamos las reuniones de coordinación nacional de CCC y era nuestro referente de llegada.

El Instituto Mayor Campesino (IMCA) de Buga, Valle, me acogió en varias oportunidades, por lo que pude visitar

varias experiencias campesinas en el municipio de Restrepo y participar, por primera vez, de una invitación que me hiciera el padre Alfredo Ferro Medina, a orientar (juntos) dos seminarios de Teología de la Tierra en la Universidad Javeriana de Bogotá. El Instituto fue escenario de la realización de varios encuentros nacionales de las Comunidades Cristianas Campesinas y de reuniones de coordinación nacional de CCC, al tiempo que también hubo intercambios con las comunidades de Antioquia.

Desde mis primeros pasos en los trabajos de la Pastoral Social Rural en Antioquia, tuve contacto con las Hnas. de la Compañía de María por medio de la hermana Cecilia García, quien me invitó al colegio Santa Juana de Lestonnac del barrio El Pedregal, en Medellín, a compartir mi experiencia campesina a un grupo femenino de estudiantes. Después, en muchos momentos avivamos una estrecha cercanía en los procesos que acompañaban en Amagá y Concepción (Antioquia) y en el barrio Doce de Octubre en Medellín. En muchos momentos compartí con las hermanas Josefina Caviedes, Teresita Ramírez, Edith Munárriz, Martha Arango, Luz Eugenia Vallejo, Gloria Cecilia Londoño, Adriana Restrepo, María Rita Isaza, Yvette Angulo, Lucero Machado y Liliana Franco. En 2019 fui invitado a compartir una ponencia en un congreso nacional de educación que realizaban en Pereira y en recientes presentaciones en modo virtual.

Y en los tiempos más recientes, tuve la oportunidad de conocer el espacio de Pax Christi en Medellín, gracias a la invitación del padre Gabriel Díaz. Allí compartí con Leyla Betancur, Astrid Yarce, Luis Carlos Bernal, Elvia Vallejo, Martha Inés Romero, Olga Lucía Álvarez, Magdalena Vargas, Conrado Alberto Uribe, Hna. Clara Lagos, Nora Londoño y Patricia Patiño. Su inspiración se funda en el acompañamiento a comunidades de América Latina, la lucha por los Derechos Humanos, el cuidado de la Creación y la búsqueda de un mundo más justo e inclusivo.

Los sueños y los pasos en el Grupo del Nus

El Grupo del Nus era formado por sacerdotes, religiosas y laicos de la Arquidiócesis de Medellín, sensibles y abiertos al espíritu del Concilio Vaticano II, a la Conferencia de Medellín (1968), a la Conferencia de Puebla (1979), a la Doctrina Social de la Iglesia, a las encíclicas sociales (León XIII, Juan XXIII y Pablo VI), a la Teología Latinoamericana de la Liberación, a la Lectura Comunitaria de la Biblia, a los aportes de las ciencias sociales y los movimientos eclesiales y políticos en el continente.

Hizo parte, en su época, del ambiente y la dinámica eclesial y popular que se respiraba en América Latina. Ya desde antes, los sacerdotes y religiosas vinculados a esta experiencia, venían desde sus mundos pastorales y universitarios (parroquias, universidades y seminarios), animados por el fervor de movimientos como la Acción Católica, la Juventud Obrera Católica (JOC), la Juventud Estudiantil Católica (JEC), la Juventud Universitaria Católica (JUC) y otros. Muchos encuentros y movimientos animaron las despiertas conciencias de los sacerdotes del Grupo del Nus, las religiosas y los laicos para ubicarse en el corazón de la Arquidiócesis de Medellín, como una expresión eclesial en sintonía con los vientos liberadores y progresistas de la Iglesia de los Pobres en Colombia y el continente. Expresiones como el Instituto de Catequesis (Manizales), las «*Comunidades Eclesiales de Base*», «*Cristianos por el Socialismo*» (Chile), GOLCONDA (Colombia), ONIS (Perú), «*Sacerdotes para el Pueblo*» (México), Grupo SAL (Colombia), la CLAR…, hicieron parte de sus imaginarios sociales, eclesiales, teológicos y espirituales.

El Grupo del Nus lo empecé a conocer por medio de varios sacerdotes, laicos y religiosas que me acogieron y apoyaron muchas veces. Aquella instancia formó a muchas personas laicas campesinas que echaron a andar por diversas experiencias y movimientos. Más tarde, llegué a pertenecer a este Grupo, en el tiempo que entraba en la crisis, tras la que se dio su pronta desaparición.

Sin duda alguna, este proceso alimentó experiencias muy valiosas como el trabajo de una catequesis liberadora, que fue más allá de las fronteras de Antioquia. Se trató de un esfuerzo encomiable que ayudó a maestros y maestras, a agentes de pastoral a inculcar y aterrizar los contenidos evangélicos, cristianos y humanos en el ministerio de la catequesis parroquial y dominical para los sacramentos y la vida en comunidad. El P. Mario Ospina, el P. Álvaro Ramos, Luz María Ramírez y Luz Eugenia Vallejo fueron quienes impulsaron la catequesis liberadora. La experiencia de los estudios de Evangelio, que echaron profundas raíces en la vida eclesial de la Arquidiócesis de Medellín. La Hoja de Búsqueda, que se convirtió en un material de apoyo a la reflexión y la homilía de los sacerdotes. La formación a muchos laicos y laicas que crecieron, viendo en el Grupo del Nus, una constelación de maestros y maestras que nos enseñaban desde la vida y para la vida.

El atardecer del Grupo del Nus empezó a llegar cuando se crearon las dos nuevas diócesis, segregadas de la Arquidiócesis de Medellín (Diócesis de Girardota y Diócesis de Caldas) en 1988. Una lectura respetuosa de otras lecturas, es que en la medida en que los sacerdotes del Nus encontraron un reconocimiento en las nuevas diócesis e iban entrando en la estructura de responsabilidades que no habían tenido en la Arquidiócesis, la razón de ser del Grupo del Nus se fue diluyendo, pues era

otra coyuntura. El Grupo se había fortalecido en los tiempos de persecución del arzobispo Alfonso López Trujillo y ahora ya no soplaban más aires de persecución, como antes, en sus nuevas diócesis. Se trató de una desvertebración de la unidad del Grupo, pues sus integrantes quedaron en las diócesis de Girardota y Caldas y la Arquidiócesis de Medellín. Las nuevas dinámicas de nuevos ministerios y responsabilidades ocuparon sus tiempos, así como también se fue apagando la vida de muchos que empezaron a partir a la Casa de Dios.

La memoria de quien escribe estas líneas recuerda a Bernardo López Arroyave, nacido en Montebello y con quien pude dialogar en la parroquia de Armenia (Antioquia) a finales de 1986, pocos meses antes de ser asesinado en Sincé, Sucre. A Carlos Alberto Calderón, perteneciente a la Arquidiócesis de Medellín, amigo entrañable y quien me apoyó en el ejercicio de la escritura, fallecido en África. A Jaime Restrepo López, quien fuera uno de mis formadores en Teología Latinoamericana de la Liberación, asesinado en 1988, en el pueblo de Providencia por las fuerzas paramilitares que servían a los intereses de los terratenientes. A Álvaro Ramos Domínguez, uno de mis primeros maestros en Biblia, que me acogió en el proceso de la Pastoral Social Rural de la Arquidiócesis y después en las Comunidades Cristianas Campesinas, como asesor nacional de ese proceso. A Teresita Ramírez, religiosa de la Compañía de María, asesinada en Cristales en 1989, también por los paramilitares. A Rosa Elena Callejas y a Josefina Pavas, ambas religiosas de la Compañía de María, que vivieron y trabajaron varios años en Cristales donde permaneció mucho tiempo una comunidad de la misma Compañía formada por diferentes hermanas en diferentes épocas. A Jaime González, de quien recibí la primera invitación para el primer encuentro de Pastoral Campesina y quien acogió la Animación Nacional de CCC en la

parroquia de Cisneros en los años de 1987 y 1988. A Luz María Ramírez, exreligiosa de la Compañía de María y que era de las pocas mujeres que hacían parte del Grupo del Nus, impulsora de la catequesis liberadora. A Adulfo Salazar, sacerdote de la Diócesis de Girardota, impulsor y acompañante de la Lectura Campesina de la Biblia en Alejandría y en Barbosa. A Horacio Carrasquilla a quien conocí en el Grupo del Nus. A Gabriel Díaz, quien me acogió en la misión de Semana Santa en 1983 en las tierras de Damasco, corregimiento de Santa Bárbara y que alcanzó a llevar mi último libro de la relectura de la parábola de los talentos a los grupos de campesinos que acompañaba. Sergio Duque, un sacerdote que falleció a causa del Covid 19 y que también conocí en las reuniones del Grupo del Nus. Esta constelación de maestros y maestras se nos adelantaron al encuentro con el Dios de la Vida y dejaron huérfanos muchos procesos cristianos en Antioquia.

Y es importante recordar a quienes sobreviven en condiciones de edad avanzada y limitaciones de salud. Orlando Arango, quien muchas veces nos acogió y apoyó en los talleres bíblicos, así como en facilitar la negociación de la sede de CCC en Versalles. José Ortiz, quien es llamado cariñosamente «*Chepe*» y quien nos abrió sus puertas en Venecia en 1989, para prestar el servicio de la animación nacional de las Comunidades Cristianas Campesinas. Conservo una anécdota del padre José cuando tenía 18 años. Estudiaba en el instituto de los Hnos. de la Salle y una noche que jugaba una partida de ajedrez con un compañero, me llamó y me dijo: "*por qué en vez de estar jugando no le escribía mejor una carta a mi familia o leía un libro*". Mario Ospina, fue quien me acogió en la casa cural de Armenia en 1986, cuando me encontraba huyendo de mi casa. Cuando se desempeñaba como rector del Seminario de la Santa Cruz de la Diócesis de Caldas, nos acogió para la formación bíblica de las comunidades

en la Diócesis y de los seminaristas en el Seminario. Silvio Peña, fue otro de los sacerdotes que nos apoyó en Medellín, en el barrio Florencia. Raúl Atehortúa, acogió los cursos bíblicos que ofrecíamos en Santiago para la región del Nus, en el nordeste antioqueño. Gabriel Orrego, era de los sacerdotes más nuevos y discípulos de aquella constelación de sacerdotes que ofreció una visión liberadora del Evangelio de Jesús y de la Iglesia. Carlos Rendón, le conocí en las reuniones del Grupo y por su intermedio recibía las *Hojas de Búsqueda*, cuando trabajaba en una agencia de viajes donde gestionamos los pasajes aéreos para viajar a Brasil en 1990. Jorge Enrique Ramírez, a quien no tuve la oportunidad de conocer personalmente. Josefina Caviedes, compañera de la experiencia del Curso Intensivo de Biblia en Barranquilla y con quien he cultivado una amistad de muchos años. Luz Eugenia Vallejo, Marta Arango y Gloria Cecilia Londoño, acompañantes de comunidades cristianas en Antioquia y que hemos compartido en algunos otros espacios. Manuel Llanos, a quien conocí en mi vereda en 1980, cuando me llevó la invitación del P. Jaime González para que asistiera al primer encuentro de campesinos. Y Federico Carrasquilla, fue uno de los referentes en Medellín, con quien me encontré en muchos lugares, pero que no tengo memoria de haberlo visto vinculado de lleno al Grupo del Nus.

Las consultas teológicas de CETELA

El mundo de la teología volvía a aparecer en 1995, esta vez de la mano de CETELA y la animación de Amílcar Ulloa y Luz Dary Guerrero. Estábamos en las calientes tierras de San Jerónimo, Antioquia, en el valle del Río Cauca, y cerca de la población de Santa Fé de Antioquia. Se trataba de un encuentro de los

padres, los hijos y las hijas de la Teología Latinoamericana de la Liberación del mundo protestante y de las instituciones de educación teológica de América Latina, que se habían dado cita para reflexionar sobre el tema «*Teología en los albores del Siglo XXI*». Allí brillaba una constelación de figuras masculinas de la teología, atrayendo sobre sí la admiración. Era la primera generación, en la que se manifestaba la ausencia de las mujeres madres, por lo que podía intuirse que la característica era bastante masculina y patriarcal. Tuve el privilegio de contarme entre los hijos y, por primera vez, tenía ante mis ojos a Franz Hinkelammert, Richard Shaull, Hugo Asmann, José Míguez Bonino, José Duque, Nelio Scheneider, Rebeca Montemayor, Tãnia Mara Vieira Sampaio, Luz Mila Quezada Barreto, Violeta Rocha, Héctor Laporta, Bernardo Campos, Roberto E. Zwetsch y Débora García. Pero el diálogo de generaciones quedó en deuda, porque los padres no pudieron dialogar con los hijos y las hijas. Las distancias conceptuales eran abismales. No obstante, allí representé la voz de la Teología Campesina, bajo el lema: «*Teología a paso campesino*». –Recuerdo que el sitio era un hostal, alquilado a último momento, porque la jerarquía de la Iglesia Católica en Medellín, había prohibido realizar el encuentro en una casa de convivencias de una comunidad religiosa.

Cinco años después (2000), la cita teológica se convino para Qumbayá, Ecuador, luego de haberse reunido unos años antes en el Seminario Bautista de Matanzas, Cuba, el país de Fidel Castro. Sin embargo, no había podido conocer el pueblo de la más renombrada revolución del Siglo XX y de la que había escrito en la distancia. Pero ahora estábamos en Ecuador, con el propósito de reflexionar sobre el diálogo de saberes y las interacciones de las teologías en Abya-Yala. Nuevas representaciones de la diversidad teológica de América Latina y el Caribe compartíamos

y discutíamos sobre el rumbo de la Teología Latinoamericana de la Liberación. Las voces de la Teología Negra (afrodescendiente), Indígena, de Género, Campesina y Pentecostal interactuaron en aquella minga de los diversos saberes teológicos. Fue la oportunidad de conocer y estrechar la amistad con Juan José Tamayo (teólogo español) y Diego Irarrázaval, de quienes ya había leído algunos de sus libros.

Al pie de los cerros, cubiertos de nieve, en la ciudad del Alto, aterrizan los aviones que llegan a la ciudad de La Paz, Bolivia. Era 2003, y allí se daban cita las instituciones de formación teológica de América Latina y el Caribe, acogidas por el ISEAT (Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología), para una nueva reflexión en torno a las «*Teologías de Abya-Yala y su formación teológica, interacciones y desafíos*». De nuevo pude estar allí como representante de la Teología Campesina, gracias a la intermediación de José Duque con la Asociación de Teólogos y Teólogas del Tercer Mundo y en compañía de Agripino Lara, un campesino de la Vicaría del Sur de Caquetá, delegado por las Comunidades Campesinas Cristianas. Tenía el encargo de reaccionar a la ponencia del teólogo español Juan José Tamayo. Fue mi última participación en este espacio de reflexión y formación teológica, del que surgió el apoyo para la traducción en portugués de mi libro *El escarbar campesino en la Biblia* y su publicación en Brasil. CETELA acogió nuestra perspectiva de Teología Campesina y de Lectura Campesina de la Biblia, contribuyendo para la realización de un encuentro continental en Versalles, Antioquia (1997).

Los sueños y los pies caminantes en la Mesa Ecuménica por la Paz

Por 2013 fui delegado por el Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI) para participar en el proceso de Mesa Ecuménica por la Paz, dado que se preparaba el Foro «*De una ética para la Paz a una Paz con ética»*, los días 18 y 19 de mayo en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Por entonces vivía en la capital del país, gracias a la solidaridad de Olga Lucía Álvarez, quien me había facilitado una habitación en su apartamento en Bogotá para aportarle como contrapartida el pago de los servicios públicos, al tiempo que recibí también un apoyo económico por parte del CEDEBI para contribuir a este sostenimiento en el barrio Chapinero de Bogotá. Entonces me trasladaba a pie hasta la sede del Colectivo Ecuménico de Biblistas, ubicada en el barrio Teusaquillo para apoyarles en el trabajo.

Llegar al espacio de la Mesa Ecuménica por la Paz significó reencontrarse con amistades antiguas del tiempo de las Comunidades Eclesiales de Base, con diversas personas representantes del mundo ecuménico del país y con nuevas amistades como Guillermo Bohórquez, Yolanda Reyes, Inés Duque y quienes nos conocíamos de años atrás (Omar Fernández, Sol Ángela Hoyos, Maritze Trigos, Amparo Beltrán, Luz Dary Guerrero, Fernando Quintero, Edgar Santos, Ancízar Cadavid y muchas personas más que mi memoria no logra recordar). Asumía el apoyo en la reflexión bíblica y teológica, aportando en las pautas bíblicas y teológicas en el espacio de la Mesa Ecuménica por la Paz. No siempre esto era respaldado y apoyado por el pleno de la dirigencia de la Mesa Ecuménica por la Paz, más allá de un lenguaje de la formalidad que no dejó de traer pocos tragos y sinsabores amargos con algunos

dirigentes que no consideraban importante a la hora de los eventos la reflexión bíblica y teológica. Creo que predominaba más la línea sociopolítica, mientras sentía que la dimensión de fe quedaba reducida a las celebraciones litúrgicas y la parte bíblica y teológica a una maratónica jornada de tiempo contra el reloj, como una especie de anexo complementario.

Por varios años hice parte de este espacio en una actitud de terquedad y de persistencia, porque la lectura bíblica y teológica tuviera la centralidad en un proceso que se confesaba ecuménico e inspirado en una vivencia y un compromiso de fe. Sin embargo, no escapé al desencanto y el desánimo, no obstante, las voces e impulsos solidarios de muchas personas que me levantaron los ánimos en muchos momentos en que casi «*tiraba la toalla*», como dicen. Sin embargo, he de reconocer con profunda gratitud la bendición de un computador que la coordinación de este Foro en la Javeriana me entregó a cambio de los muchos aportes que realicé en la preparación y en el desarrollo del evento. Con ese equipo se prepararon y proyectaron muchos otros aportes para el proceso de la Mesa Ecuménica por la Paz, se pudieron llevar adelante mis estudios de la maestría en Costa Rica, las digitaciones de mi último libro y de los que se encuentran inéditos, sin publicar.

Recuerdo que vinieron luego encuentros de la Mesa Ecuménica por la Paz en Cali y en Medellín, en los cuales se siguieron repitiendo los desencantos en la forma como era arrinconado mi aporte en lo bíblico y en lo teológico por contadas personas. Hace poco volví al último evento de la Mesa Ecuménica por la Paz en Bogotá, con el tema de la «*Iglesia de los Pobres en Colombia*», en una nueva coyuntura política y eclesial. Llegué como una persona participante, sin ningún rol de coordinación, salvo los impulsos de aportar en sub-plenarios sobre las notas de una experiencia histórica que viví y conocí por dentro desde sus inicios. Percibí como si el tiempo se hubiera detenido por

treinta y dos años, pues los escenarios estaban envueltos en una atmósfera de nostalgia y de evocación de las canciones y las consignas que cantábamos y gritábamos en 1987. Una realidad parecida a la de los templos católicos de hoy donde nos encontramos las personas mayores, muy mayores, en una orfandad de jóvenes. Este relanzamiento de la Iglesia de los Pobres todavía aseguraba y reservaba la tarima y el escenario que ocupábamos hace 32 años. Los y las jóvenes brillaban por su ausencia en los asuntos de más significación, relegados a servicios y ministerios, a mi modo de ver, secundarios.

Diálogo interreligioso, intercultural, interespiritual y ateo

Llego a este espacio en agosto de 2018, atendiendo a la invitación del Centro de Fe y Culturas de Medellín, fundación dirigida por la Comunidad de los Jesuitas, cuyo director hoy en día es el P. Gabriel Ignacio Rodríguez; fue uno de los últimos espacios al que fui invitado en Medellín en el contexto de diversos eventos realizados en el marco de la conmemoración de los 50 Años del CELAM Medellín (1968). Fue la oportunidad de reencontrarse con amistades de muchos años y emprender un camino en la articulación de diversas experiencias eclesiales, religiosas y espirituales, para enriquecerse mutuamente y avanzar en la reflexión; fue así como nació y se va consolidando el espacio de *diálogo ecuménico, interreligioso, intercultural, interespiritual y ateo-Medellín.*

Ya Medellín había pasado por diversos esfuerzos de articular, en primera instancia, el movimiento ecuménico, sin alcanzar mayores logros que el de mantenerse, dadas las condiciones difíciles para cultivar estas iniciativas, dentro de una práctica

marcada por un espíritu de proselitismo religioso y actitudes anti-ecuménicas. Hace años había existido un colectivo ecuménico, del que participaron el P. Humberto Jiménez, Lucía Victoria Hernández, Astrid Yarce y el P. Carlos Arboleda, este último era el delegado por la Arquidiócesis para ese proceso. Fue un espacio que se mantuvo sin perspectivas de fortalecimiento y crecimiento.

Por tanto, el nuevo espacio de *Diálogo*, vino a ser un canalizador de estas semillas que se mantenían latentes, y, que se ha visto fortalecido por dimensiones que no era tan notorias en esos años: las espiritualidades, la interculturalidad, lo interreligioso y ateo. El desafío hoy va más en esa dirección, incluso a ir más allá de las iglesias, en lo que ya Pedro Casaldáliga y José María Vigil han denominado como el macroecumenismo, es decir, el encuentro de religiones, iglesias y espiritualidades. Se trata de un diálogo interreligioso, intercultural, inter-espiritual y ateo que va tomando fuerza en mentalidades y actitudes más abiertas, respetuosas e inclusivas. En esa perspectiva intentamos caminar juntos y juntas hacia unas vivencias y prácticas más humanas e inclusivas.

En los últimos años (2018-2023), se ha venido configurando en Medellín lo que se ha denominado *"Encuentro Interreligioso e Intercultural"*, con el apoyo de distintas iglesias, espiritualidades, confesiones, organizaciones y también desde expresiones ateas (individuales y colectivos), donde lo que prima es el respeto y la inclusión de la diversidad. Durante el tiempo de la pandemia del Covid-19, se constituyó en un referente dinámico y esperanzador para muchas personas y procesos. Pudo abordar diversas temáticas que contaron con amplia aceptación e impacto en la vida religiosa y espiritual de Medellín.

Son referentes personales e institucionales, que han apoyado y animado este proceso de manera vital: Olga Lucía Álvarez

(Presbítera Católica); Luz Enith Quintero (Comunidad Religiosa Madre Laura); Sulmán Hincapié (Mesa Ecuménica por la Paz); Gloria Hilda Bohórquez Pinto (Comunidad Religiosa Hermanitas de la Asunción); Mónica Fernández y Jorge González (Iglesia Luterana); Juan Felipe Jaramillo (Budista); Elkin Márquez (Hermano Menonita); Juan Camilo Escobar (Ateísmo); Gregorio Restrepo (Comunidad de Fe El Olivo); José Fabio Naranjo (Movimiento Internacional Intelectuales Católicos); Amílcar Ulloa (Evangélica Interamericana / Casa Bíblica Laureles), Javier Jaramillo (Comunidad de Fe Signos de Vida); Gabriel Cifferman (Fundación Ecuménica Fratece); Oscar Navarro (Iglesia Metodista); Mauricio Zapata (Centro de Fe y Culturas), entre otros y otras.

El Grupo Signos de Vida

Tuvo en Magdalena Toro su referente fundacional, donde acogió y configuró la práctica y el testimonio cristiano de un grupo de profesionales, provenientes de diversos procesos eclesiales de los años 70 y 80. Al Grupo Signos de Vida lo conocí en el apartamento de Magdalena, donde en varias ocasiones fui maravillosamente acogido. Después fue en las Cenas de Navidad en casa de Osvaldo Restrepo y en los últimos tiempos en las reuniones y encuentros virtuales en las casas de sus integrantes. Es uno de los pocos grupos de los años 80 que sobreviven en la ciudad, conformado por hombres y mujeres que seguimos legados como el de Carlos Alberto Calderón, Magdalena Toro y Gabriel Díaz.

Participar en el Grupo me evoca el reencuentro con amigos y amigas del otrora Campamento Misión y de las experiencias de Carlos Alberto en El Corazón, así como amigos y amigas

de otros procesos muy queridos (Carlos Mario Franco, Gabriel Jaime Restrepo, Javier Jaramillo, Marta Eugenia Arango, Osvaldo Restrepo Villa, Carlos Mario Díaz, Pilar Llano, Rubén Darío Jaramillo, Luz Marina Morillo, Hno. Alonso Pareja, Jhon Jairo Jaramillo Carvajal, Guillermo León López, Lina Orrego y el Hno. Luis Bernardo Bolívar). En esta experiencia se vive un espíritu de hermandad y fraternidad.

En tiempos de la pandemia del Covid 19, ha procurado mantener reuniones y encuentros virtuales, muchos de los cuales han estado fuera de mis posibilidades de acceder, dadas las circunstancias que vengo viviendo de hace año y medio para acá. Con mi posible retorno al campo, esto se estrechará más, pero ello no quita que sigamos alimentado la amistad personal. Así que expreso mi profundo agradecimiento por el compartir y la solidaridad que me ha llegado de Signos de Vida en estos tiempos de desempleo y «*rebusque*» para la subsistencia.

La más reciente manifestación del Grupo Signos de Vida se ha dado en el apoyo solidario a la segunda reimpresión de mis libros y al compromiso de apoyo en los eventos de Fe y Culturas y en la Universidad Claretiana. Su apoyo fue fundamental para la divulgación y promoción de los libros *Andar en el encanto de la Palabra. Diálogo de saberes en Artífices, Entradas, Llaves y Claves* y *Siervos, talentos, usuras y resistencias. El campesino que complicó la parábola de los talentos*.

CAPÍTULO IV

DÍAS Y NOCHES DE LECTURA, ESTUDIO Y ENCANTAMIENTO BÍBLICO

Desde niño fui al encuentro con la Biblia,
con la Palabra de Dios, en el Nuevo Testamento.
Puedo decir que aprendí a leer en la escuela rural
de la mano con los cuatro evangelios. Después,
a lo largo del camino, he sentido que la pasión
por la Biblia y la Vida ha anidado en todo mí ser.
En la Palabra de Dios he encontrado sentido a mi vida,
aún en medio de las crisis más difíciles.

La chispa bíblica que ardía y no se apagaba

En la transición de la niñez a la adolescencia, hubo dos eventos a los que mi padre me convidó, ambos en la Semana Santa, provenientes de la radio. Se trató de los sermones de las Siete Palabras el Viernes Santo, en la casa del abuelo y la abuela paterna, dados por monseñor Augusto Trujillo Arango, un orador católico que año tras año traía a nuestra memoria las palabras de Jesús en la cruz, en las versiones de los evangelios. Esa experiencia se complementó con las lecturas de un libro «*grandote*» que la familia paterna conservaba con el nombre del «*Mártir del Gólgota*» y que muchas veces leí sus aportes, quizás sin entender muchas cosas de lo que allí se narraba. El segundo evento, aconteció en mis tiempos de juventud, cuando mi padre y yo seguíamos las mesas redondas de los universitarios que juntaba el P. Alfonso Hurtado Galvis, en la Semana Mayor, para debatir temas religiosos y de los evangelios en la estación Radio el Sol, desde Cali. Nos trasnochábamos los jueves, viernes y sábados santos escuchando las reflexiones y debates del religioso con aquellos jóvenes universitarios de la Universidad Santiago de Cali.

También, lo recuerdo a menudo, la cercanía con la Biblia se alimentó en la Acción Cultural Popular a través de las escuelas radiofónicas y su cartilla «*Comunidad Cristiana*», la cual abordaba la dimensión de espiritualidad. Allí pude encontrar muchas citas bíblicas, como también en las reflexiones que daba el padre José Ramón Sabogal por Radio Sutatenza. De modo que Acción Cultural Popular fue una cultivadora y divulgadora de la lectura de la Biblia en los campos colombianos.

A mediados de la década de los 70, volví a reencontrarme con los estudios de la Biblia, sorprendentemente en un espacio formativo que no dependía de una iglesia o de una comunidad religiosa. Fue en el programa del Bachillerato por Radio, el cual dependía del Ministerio de Educación Nacional. Allí aprendí acerca de los libros de la Biblia y de los géneros literarios, apuntes que todavía conservo y hasta guardo en la memoria el acento de la voz del locutor Fabio Becerra Ruíz, quien nos daba la clase de religión, acompañada de las Cuatro Estaciones de Antonio Vivaldi como fondo musical.

La Biblia fue un referente principal en las reuniones que hacíamos en el Grupo de Reflexión del Evangelio que tuvimos en la vereda donde nací. También lo fue en los encuentros y cursos bíblicos que nos dirigieron los padres Álvaro Ramos y Jaime León Restrepo, en la perspectiva de las metodologías de Estudio de Evangelio y Ver, Juzgar y Actuar. Fue por los tiempos del Campamento Misión que escribí la primera reflexión bíblica sobre las cartas de San Pablo, un texto que dirigí al Grupo de Medellín y del que no me quedó una copia. Allí latían las primeras pulsaciones del escritor bíblico y del primer libro publicado en 1995, *La carta a Filemón. Una respuesta a las ansias de libertad*. Después vendrían diversos acercamientos escritos en esta dirección, así como múltiples estudios, cursos y talleres hasta ir perfilando una línea más campesina y crítica sobre la interpretación de la Sagrada Escritura.

Por ello, la chispa bíblica se reactivó con mí llegada a Brasil, donde pude ir al encuentro con dos grandes biblistas del Movimiento Bíblico Latinoamericano en 1990, en la ciudad de São Paulo: Milton Schwantes y Sandro Gallazzi. Ellos fueron mis profesores de Biblia, quienes me cautivaron con sus enseñanzas de una manera novedosa de leer la Sagrada Escritura. Aunque sus conocimientos venían en portugués, el idioma no fue barrera para acoger saberes novedosos que cambiaron la perspectiva

de trabajo y misión en los años venideros. Ese paso por tierras brasileras permitió que visitara la librería de la Editora Vozes y comprase libros acabados de publicar sobre los novedosos estudios bíblicos en portugués.

La misión viajera por diversas geografías

En los años 80 y comienzos de los 90, hubo diversos lugares donde fuimos a acompañar talleres bíblicos con las comunidades, procesos que no tuvieron continuidad y que solamente nos encontramos de paso con animadoras, animadores y catequistas y que no quisiera dejar de nombrar y recordar en los inicios de este Capítulo IV, dedicado al dulce y placentero sabor de la Palabra. Por 1983, en una Semana Santa, en las tierras de Damasco, donde participé en las reflexiones de preparación y en las lecturas bíblicas en las celebraciones de Semana Santa, acogido por el P. Gabriel Díaz. Por comienzos de los 90, en Betulia, Santander, donde tuvimos talleres bíblicos en la parroquia. En las veredas del Vergel y Las Mercedes, en Santa Bárbara, también en dos semanas santas, vividas con intensidad con las familias campesinas. En un poblado del Cauca, de nombre San Miguel, donde fui invitado por el P. Adulfo Salazar, para realizar allí reuniones de estudio bíblico.

Días de ensueño bíblico y misionero

Recién acababa de llegar de Brasil, cuando el P. Carlos Julio Rozo se comunicó conmigo, invitándome a una misión de Semana Santa en Piedecuesta, Santander. Era mi primer contacto

con la Comunidad Claretiana. Acepté la invitación y viajé, con la expectativa de conocer nuevas experiencias.

La llegada a tierras santandereanas, la Tierra de las «*hormigas culonas*», aconteció un domingo. Muy frescas estaban las experiencias conocidas en Brasil, por tanto, muy robustos los ánimos para vivir intensamente esta misión de Semana Santa. Aquella tarde de marzo 17 de 1991, frente a la puerta de la parroquia de San Cristóbal, en Piedecuesta, Santander, me encontraba con la maleta en la mano. Y también aquella tarde sería el primer palpitar con la Comunidad de los Misioneros Claretianos. Las primeras impresiones que recuerdo son de la casa cural de San Cristóbal, donde encontré dos jóvenes animadoras: Yolanda Rodríguez y Margarita Arias, quienes me acogieron e intercambiaron las primeras palabras en esta visita a Piedecuesta.

Cabecera del Llano, era un joven barrio de Piedecuesta, donde en una de sus esquinas respiraba vida y acogida la casa de la Comunidad Claretiana. Aquella casa de noviciado por donde pasaban los jóvenes que se iniciaban en la vocación y el carisma de Antonio María Claret, era también la casa de la juventud femenina y masculina, vivamente expresada en animadoras y animadores, en servidoras y servidores catequistas que vitalizaban esta expresión de Iglesia de los Pobres. Fue también la casa que me acogió por una semana de intensa preparación de la misión.

La preparación dio lugar al encuentro con el P. Héctor Guzmán, formador del grupo de seminaristas claretianos, entre quienes se encontraba Jesús Enrique Chaparro y Libardo Niño, con quienes mantuve una amistad y comunicación por varios años, aún después de haber salido de la Comunidad Claretiana. Como laico, empecé a conocer la vida por adentro de esta comunidad religiosa. En las mañanas, la práctica de la Liturgia de las Horas,

las oraciones, los cantos, las lecturas bíblicas y las reflexiones. Me correspondió la vereda Mensulí Alto, en compañía de Mariela Caballero, otra de las hermosas mujeres que conocí en la parroquia de Piedecuesta. Esta experiencia fue como la puerta de entrada a la experiencia de la Misión Claretiana que se fue extendiendo a otros espacios y lugares de Colombia.

Tenemos la impresión de que las personas campesinas, generalmente, son de pocas palabras, pero allí encontramos a doña Marcelina, una señora que no paraba de hablar. Mientras el P. Carlos Julio y yo almorzábamos en uno de los días santos, él decía: "*que le contáramos el tiempo que duraba esta señora hablando sin parar*". Duramos 50 minutos, escuchando el monólogo de doña Marcelina, que no cesaba de soltar palabras y palabras, como si estuviera pronunciando un discurso de memoria. Pero también, era verdad que las culturas campesinas tenían mucho de la comunicación oral, y doña Marcelina era una exponente fuera de serie, a la que le fluían las palabras de un modo sorprendente.

De aquella primera experiencia parten los hilos de muchas amistades, de un aprecio y amor grande por esta Tierra santandereana, de donde inicia la historia de caminos encontrados que fueron dándole un sentido a la vida en los años posteriores, lo mismo que una cercanía a la Comunidad Claretiana.

La primavera bíblica del Curso Intensivo de Biblia (Colombia)

El Curso Intensivo de Biblia (CIB) de 1992 fue la entrada en el Movimiento Bíblico Colombiano y Latinoamericano, lo cual abrió nuevos horizontes para la lectura y el estudio de la Biblia.

Fue la oportunidad de encontrarnos con personas biblistas de todo el continente, tanto participantes como asesoras. La llama y la fiebre de espiritualidad bíblica nos fue arropando y contagiando de unas ganas de involucrarnos en las corrientes bíblicas que empezaban a despuntar en el horizonte: la Lectura Popular de la Biblia y las hermenéuticas específicas de la misma.

Se trataba de una experiencia ecuménica y latinoamericana, que había nacido en Brasil en 1988 y que luego se había hecho itinerante por América Latina. Ofrecía una formación más sistemática, en la línea histórica del Antiguo y Nuevo Testamento. Al principio tuve serias dificultades con el aprendizaje del griego, lo cual me llevó a manifestar actitudes de resistencia y de protesta frente al profesor (un norteamericano) y el Equipo Coordinador.

El Seminario Presbiteriano, con sus amplias instalaciones, nos abrió las puertas en la caliente ciudad de Barranquilla, para vivir un encuentro con la Biblia durante seis meses de intenso estudio. Gracias a la aceptación de la solicitud por parte del Equipo Coordinador y la Secretaría que desempeñaban Neftalí Vélez, Fernando Torres, Alicia Winters y Francisco Reyes, pude vivir intensamente esta experiencia de formación bíblica y humana. Prestigiosos y prestigiosas biblistas se dieron cita y nos compartieron sus múltiples riquezas. Elsa Tamez, Severino Croatto, Milton Schwantes, Sandro Gallazzi, Ivoni Richter Reimer, Jorge Pixley, Alicia Winters, Mario Franco, Carmiña Navia, Dagoberto Ramírez, Pablo Richard, Neftalí Vélez, Rolando López, José Roberto Arango y otros y otras más nos abrieron los grifos de su sabiduría bíblica y teológica.

Esta experiencia formativa me llevó a vivir dos dimensiones importantes: la del estudio y la de la realidad en uno de los sectores más pobres de la ciudad. Los padres Camilos me acogieron en su casa, ubicada en el barrio La Paz, donde la

población vivía condiciones de extrema pobreza, no obstante, la presencia de esfuerzos organizativos de sus gentes. Allí transcurrió una parte de mi vida, cuando no estaba en los horarios de clases. Entonces pude apoyar y acompañar talleres de Biblia los sábados y domingos, convocados por los padres Camilos. En otros momentos, viví con intensidad los valores culturales que brotaban de la cotidianidad de las familias, como expresión de la cultura costeña, siempre rebosante de alegría, fiesta y baile. Imposible olvidar al P. Cyrillus Swinne, Humbertus van Neerven, María Poulisse, Leonel Cassalet, Nancy Arrieta, Ofelia Naranjo, Sol Betancur y Rocío Caamaño.

Para entonces, la ciudad y el país empezaban a conocer el fenómeno político de la participación de los sacerdotes como alcaldes. Los sectores populares de Barranquilla revelaban el entusiasmo y la esperanza en el padre Bernardo Hoyos, recién electo alcalde de la ciudad. La coordinación del Curso Intensivo de Biblia lo invitó a una charla con las personas participantes y en el barrio La Paz, lo invitaron a un acto de concurrencia popular. En verdad, la ciudad vivía condiciones de vida deprimentes en los barrios más pobres. Los contrastes sociales estaban a la vista y podían verse en el recorrido que hacía el bus de transporte urbano del centro a la periferia y viceversa.

Por entonces vivíamos la efervescencia de la mal llamada celebración de los 500 años del descubrimiento de América. ¿Qué se celebraba, después que esto significó un arrasamiento de las culturas ancestrales? Vale decir, un exterminio de los pueblos indígenas a manos de los conquistadores. Así que los contenidos del Curso Intensivo de Biblia estaban atravesados por esta coyuntura histórica, lo cual representó el irrumpir de nuevas subjetividades en la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia. Mujeres, indígenas y negritudes encontraron un lugar para el estudio y la reflexión bíblica desde sus sueños, sensibilidades,

esperanzas y utopías. Este horizonte que despuntaba era algo novedoso, colmado de preguntas, expectativas y expresiones de otras maneras de enfrentar el encuentro con la Biblia.

Durante los seis meses de estudio, puedo decir que mi atención se centró en la idea de plantear la urgencia de una lectura de la Biblia desde la perspectiva campesina. No porque no existiera, de lo cual podía dar fe a partir de diversas experiencias que ya conocía, sino porque era pertinente llamarla con nombre propio. Ese nombre fue el de la Lectura Campesina de la Biblia, un nombre balbuceado en los salones y corredores del Seminario Presbiteriano de Barranquilla. Pero también mi atención se ocupó de enfrentar el estudio y la investigación de la Carta de Pablo a Filemón, desde la óptica campesina, reconociendo los límites de un texto surgido en un contexto urbano. La profesora Alicia Winters me sugirió leer esta carta una noche, la cual no había encontrado antes en la Biblia. Su lectura fue sorprendentemente motivadora hasta el punto de decidir que por allí encausaría el proyecto de investigación. Después, Francisco Reyes, fue la persona acompañante, hasta que tres años más adelante (1995), fue publicado el libro *Carta a Filemón. Una respuesta a las ansias de libertad.*

De Barranquilla hacia adelante muchas otras puertas se abrieron para mí. En 1994 llegaba a la ciudad de La Paz, representando al Movimiento Bíblico Colombiano en el Encuentro de la Región Andina. En 1995 era nombrado referente continental de la Lectura Campesina de la Biblia en el Encuentro Continental de Animación Bíblica y Biblistas de Ribla. En 1996 partía a la ciudad de Lima (Perú), con idéntico objetivo, donde fui nombrado en la coordinación de la Región Andina por dos años (1997-1998). Era el tiempo en que entraba a la Secretaría Ejecutiva de la Asociación Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI), y año en que iba a la ciudad de Cochabamba (Bolivia) a un

nuevo encuentro de la región. En el año 1999, llegué a Caracas, Venezuela, para acompañar el Curso Regional Andino, y se cerró mi participación en el último encuentro andino, realizado en Quito, Ecuador (2000).

Fundación y experiencia del Colectivo Ecuménico de Biblistas – CEDEBI

El Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI) comenzó a gestarse en Barranquilla (1992), como uno de los frutos del Curso Intensivo de Biblia. Fui uno de los fundadores y firmantes del Acta de constitución que se firmó al año siguiente en la Iglesia Menonita de Ciudad Berna, en Bogotá, bajo el pastoreo de Jairo Alfredo Roa. El CEDEBI fue como un hermano menor del CEBI, de Brasil y un referente de primera mano para la expansión de la Lectura Popular de la Biblia en Colombia y de las Hermenéuticas Específicas de la misma. Entre las personas fundadoras, recuerdo a Carmiña Navia Velasco, Maricel Mena López, Marta Eugenia Pérez, Jorge Luis Vaquero, Francisco Reyes Archila, Fernando Torres Millán, Alicia Winters, José Roberto Arango, César Baratto, Maribel Pertuz, Ana Graciela Melo, Alfredo Vargas, Diego Fernando Ospina Arias, Ofelia Vargas, Neftalí Vélez Chaverra y Aníbal Cañaveral. Dice la fuente consultada que se excusaron de asistir: José Wilyer Cardona y Josefina Caviedes.

CEDEBI congregó a diversidad de biblistas de Colombia que encontramos en su institucionalidad un canal para expresar los diversos horizontes hermenéuticos de la lectura bíblica en Colombia, lo cual trascendió a nivel de América Latina. Era la

nueva articulación que surgía luego de la división del proceso de Iglesia de los Pobres y que servía a la expresión del Movimiento Bíblico de la Lectura Popular de la Biblia. Sus primeras asambleas anuales potenciaron la formación en los estudios bíblicos a nivel exegético y hermenéutico, dando lugar a futuras investigaciones y publicaciones.

En sus inicios contó con la consagración y dedicación de Francisco Reyes Archila como secretario ejecutivo, en la articulación del Curso de Mes que se realizó en Bogotá en asocio con la Comunidad de los Misioneros Claretianos. Hubo el dinamismo de las semanas de la Hermenéutica Feminista de la Biblia, donde fueron muy visibles Graciela Melo, Carmiña Navia, Alicia Winters, Maribel Pertuz, Verónica Rozotto, Marta Eugenia Pérez, Maricel Mena López y Josefina Caviedes. También, por estos tiempos se dio un impulso a la Hermenéutica Bíblica Infantil de parte de Mery Merchán, Edgard Ramírez y Francisco Reyes. Otro proceso que fue ganando en expresión fue la Hermenéutica Urbana de la Biblia, en la modalidad de encuentros nacionales bajo la animación de Jesús Enrique Chaparro, Fernando Torres, Wilson Gómez y Afrania Mejía en Medellín. Había también proximidad con la Lectura Campesina de la Biblia que tuvo su dinámica propia desde las Comunidades Campesinas Cristianas y que también se extendió a la Comunidad de los Misioneros Claretianos. Aquí hubo un grupo amplio de referentes (Conrado Valencia, Ana de Dios Castro, Aníbal Cañaveral, Adriano Quintero, Osvaldo Martínez, Edith Munárriz, Héctor Guzmán, Marinella Ramírez, Leonor Ducuara, Sonia María Hernández, Ofelia Bedoya, Adulfo Salazar, entre otros y otras).

Adentro de CEDEBI encontró también espacio la Hermenéutica Negra (Afrodescendiente) animada por Zoila Cueto, Maricel Mena, Emigdio Cuesta, Alberto Vivanco y Betty Ruth Lozano.

Se tuvo relación con la Hermenéutica Ecoambiental a través del Grupo de Creación con Alirio Cáceres, Wilson Acosta, Ingrid Mayerly Tarquino, Martha Velandia, Alejandro Londoño, Carlos Díaz, Álvaro Rodríguez, Janette Martínez, Esperanza Ramírez y Stella Caicedo. Carlos Mario Vásquez sucedió a Francisco Reyes en la secretaría ejecutiva hasta el tiempo en que César Baratto y Aníbal Cañaveral asumieron la secretaría en 1998.

Por espacio de unos cinco años asumí la secretaría ejecutiva nacional, lo cual contribuyó a que llevara esta representación ante el Movimiento Bíblico de la Región Andina y a nivel continental. CEDEBI dio un impulso significativo al proceso de las Hermenéuticas Específicas de la Biblia (Feminista, Femenina, Urbana, Campesina, Afrodescendiente, Ecoambiental, Infantil, Juvenil y de Género), lo mismo que a la articulación, animación, formación, investigación y producción de materiales. Nuevas generaciones robustecieron la membresía del Colectivo como Jairo Roa Barreto, Jesús Enrique Chaparro, Wilson Gómez, Pedro Nel Quintero, Carmen Cecilia Alfaro, Javier Villegas, Aida Soto, Agustín Monroy, Adriana Mora, Gloria Inés Gamboa, Jaime Quezada, Sandra Patricia González, Ivonne Tautiva, Oswaldo Martínez, Judith Bautista, Sandra Liliana Caicedo, Roberto Caicedo, Isdalia Ortega, Clara María Díaz, Sonia María Hernández, Hernán Caicedo, Afrania Mejía, Conrado Valencia, Betty Ruth Lozano, Zoila Cueto, Esteban Arias, Olga Lucía Álvarez, Emilio Gómez, Luis Alberto Vivanco, Hernando Poveda, Emigdio Cuesta, Lucero Machado, Claudia Ruíz, María Isabel Torga, Argentina Jaraba, Ernesto Estrada, Natalíe Díaz Simmons, María Victoria Miranda, Luis Martelo, Edna Margarita Tole, Óscar Benavides y Luz Stella Rojas como secretaria auxiliar del Colectivo. Otros nombres escapan a mi memoria, como también las más recientes afiliaciones.

El servicio de secretaría ejecutiva fue adelantado desde Bogotá en 1998 y luego en Medellín, en cercanía de la parroquia de los padres Carmelitas en el barrio Doce de Octubre desde 1999 hasta 2003, cuando concluyó mi servicio en la secretaría. Inicialmente, fui apoyado por la Hna. Miriam Cadavid en la secretaría auxiliar y por Afrania Mejía Vargas, en la parte final. Aunque se presentaron tiempos difíciles, fue muy gratificante contar con un enorme y solidario apoyo del Equipo Coordinador o Junta Directiva en esos años, del que se contó también con el apoyo de Josefina Caviedes y la Comunidad de la Compañía de María, la cual puso la infraestructura del colegio para los encuentros ecuménicos nacionales de la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia en asocio con la Comunidad de los padres Carmelitas. Pudimos sacar adelante los cursos de mes de la Biblia, realizados en compañía con la Comunidad de los Misioneros Claretianos en Bogotá, animar en la realización de los encuentros específicos de diversas hermenéuticas de la Biblia, participar de los encuentros nacionales ecuménicos de experiencias bíblicas (Medellín, Cali, Pasto, Bogotá), mantener la comunicación con las agencias cooperantes que apoyaban las labores del Colectivo y acompañar los procesos en la base.

Fue muy significativo que CEDEBI tuvo bajo su acompañamiento la última realización del Curso Intensivo de Biblia en 2004, dedicado a las Hermenéuticas Específicas de la Biblia, al tiempo que apoyó diversas participaciones en los CIBs que se realizaron en Santiago de Chile, en Salvador de Bahía (Brasil), en República Dominicana, en Lima (Perú), en Managua (Nicaragua), en Buenos Aires (Argentina) y en Quito (Ecuador). CEDEBI es un referente histórico para Colombia y para el continente.

Los Encuentros Nacionales Ecuménicos de Experiencias Bíblicas

La década de los años ochenta se aproximaba a su final con el proceso de Iglesia de los Pobres y de Comunidades Eclesiales de Base fracturado por las divisiones. El Encuentro de Cristianos por la Vida de 1988, el más grande en asistencia hasta entonces (3.000 participantes), precipitó la fractura. Por entonces, diversos grupos hacían lectura de la Biblia y la coyuntura fue propicia para el surgimiento del Movimiento Bíblico Colombiano que tuvo en CINEP, en Dimensión Educativa y el Seminario Teológico Presbiteriano de Barranquilla las instituciones que convocaron el primer encuentro nacional de experiencias bíblicas en Bogotá en 1989. La iniciativa tuvo acogida y para los años siguientes se sumaron las siguientes instituciones: Seminario Teológico Presbiteriano, el Servicio Colombiano de Comunicación, la Conferencia de Religiosos de Colombia (CRC), la Iglesia Bautista, Centro Cultural Meléndez de Cali, la Iglesia Menonita, la Comunidad Carmelita de Medellín, el Colectivo Ecuménico de CEDEBI-Medellín, la Iglesia Presbiteriana de Bogotá, la Parroquia Nuestra Señora de la Esperanza de los Misioneros Claretianos de Piedecuesta, el Grupo Creación de Bogotá, la Parroquia de los Misioneros Suizos de Belén en Cali, la Experiencia Sociedad Misionera de Belén en Pasto y el Grupo de Hermenéutica Bíblica Urbana en asocio con los Misioneros del Verbo Divino en Bogotá.

Tuve la oportunidad de participar en los encuentros en la Iglesia Menonita de Ciudad Berna en Bogotá (1993), en la parroquia de los padres Carmelitas en el Doce de Octubre en Medellín

(1994 y 1999), en Bogotá por convocación de CEDEBI (1996), en el Colegio Americano de la Iglesia Presbiteriana en Bogotá (1997), en Arbeláez, Cundinamarca, por parte del Grupo Creación (1998), en el Distrito de Aguablanca en Cali (2000), en Pasto (2001) y en Bogotá (2003). Los encuentros contaron con diversas temáticas, instancias que los animaron y la perspectiva ecuménica, aspecto que ayudó a distanciarlos del apoyo y reconocimiento de la jerarquía católica. Potenciaron el empoderamiento laical en su organización y fueron oportunidad para compartir diversidad de experiencias bíblicas ecuménicas.

El espacio y los encuentros de RIBLA

RIBLA se traduce por Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana y constituye un espacio de miradas, rostros, sueños y geografías contextuales y humanas en los estudios bíblicos. Desde su primera página proyecta una impronta que debería ser innegociable y un principio fundacional: "*Esta Revista tiene como cuna, la vida sufrida de nuestros pueblos y su tenaz resistencia en dirección de una existencia digna y justa. Las comunidades de los pobres ahí insertadas se constituyeron en fermento para el conjunto de la hermenéutica bíblica*". Tuve la oportunidad de participar en cuatro grandes encuentros donde se abordó la Revista, sus contenidos, sus destinatarios, sus escritores y sus horizontes (Medellín – 1995, Barranquilla – 2003, San José – 2005 y Bogotá – 2012, de modo virtual en 2021, desde El Salvador). En Medellín, a siete años de nacida, ya se notaba la desdibujada de aquellas líneas fundacionales, evidenciadas en las discusiones entre biblistas académicos y animadores populares. Se trataba de defender el carácter de Revista académica, rigurosa, científica y excluyente

y el carácter de revista sencilla, profunda, popular e inclusiva. Hubo discusiones argumentadas de parte y parte y las personas animadoras populares logramos conquistar un lugar en RIBLA, para escribir artículos y no ser solamente destinatarias de la lectura. El número 28, coordinado por Francisco Reyes Archila, biblista académico, solidario con quienes no teníamos una formación académica y universitaria, nos abrió, por primera vez, la puerta para publicar en la Revista, cuyo título tuvo la vestimenta académica (*Hermenéutica y Exégesis a propósito de la carta a Filemón*). Este número es simbólico y es expresión de esa lucha y esa conquista.

Ocho años después (2003) pude volver a estar en otro encuentro de RIBLA, donde hubo una nueva lucha, ahora con las prácticas de poder en acaparar las publicaciones de los artículos, donde había algunos biblistas (hombres y mujeres) «*glotones*» que querían asegurar sus artículos en la mayoría de los números y cerrar el paso a otras personas colegas, como en mi caso, que a esa fecha había conseguido publicar mi primer artículo en la Revista No. 28. En ese encuentro planteé dedicar un número a la Hermenéutica Campesina de la Biblia, sin lograr tener eco en la mayoría de participantes, que nuevamente evidenciaban la exclusión del campesinado, argumentando que ya se habían publicado números en relación con esta temática como la Ecología, la Creación y la Tierra. Cuanto se logró aprobar fue un número especial (el 50) a las Hermenéuticas Bíblicas Latinoamericanas, donde soñaba que «*del ahogado el sombrero*», pero ni siquiera el sombrero, porque en ese número quedó excluida la Lectura Campesina de la Biblia. Tuve desencuentros con algunas personas, gracias a Dios superados en los años posteriores.

En 2005, fue la oportunidad de conocer Costa Rica, con motivo de realizar un nuevo encuentro en la sede de la UBL. Se trató de lograr la oportunidad de publicar mi segundo artículo, en el

número 56, dedicado a la Lectura de las Masculinidades, incluido, gracias a los amigos Francisco Reyes Archila y Larry Madrigal, quienes coordinaron ese número. De ese encuentro recuerdo el día que fue electo el Papa Benedicto XVI, como algo que paralizó los cuerpos y los espíritus, por un momento, especialmente en las mujeres biblistas, quienes hicieron un acto de intervenciones conmovedoras de lo que esto significaba para la Iglesia Católica, y que también contó con la participación de hombres biblistas y testimonios solidarios de las biblistas protestantes.

La penúltima vez fue en Bogotá (2012), gracias a la gestión de CEDEBI que asumió, como institución, la realización de este evento, en un momento de crisis en la Revista, a raíz del fallecimiento de Milton Schwantes, uno de los fundadores. Nuevamente, allí se revivió el forcejeo por las temáticas de RIBLA, pero, particularmente, una conflictividad al interior de la participación colombiana, inculpadora de CEDEBI en la escasa promoción de la Revista en Colombia. Allí volví a repetir nuevos desencuentros, no obstante, alcancé a entrar con un artículo (No. 71) en homenaje a la memoria de Milton y la temática sobre el libro del profeta Amós, coordinado por la biblista colombiana, Maricel Mena López.

Desde entonces no volví a tomar participación en los encuentros presenciales de RIBLA. Sin embargo, ya por invitación directa de las personas coordinadoras de los últimos números contribuí con un artículo en la Revista No. 66 (*Terratenientes y hambre en las parábolas*) y en el No. 80 (*La ecología que anida y palpita en las parábolas de Jesús*). Recientemente, en el tiempo de la pandemia del Covi19, pude participar del último encuentro virtual, donde hice memoria acerca de la deuda que tenía el espacio de RIBLA con el campesinado sobre un número dedicado a la Hermenéutica Campesina de la Biblia. El clamor fue respaldado por unanimidad y para 2023 saldrá la publicación del número 89, dedicado a la Biblia y al campesinado.

La Semana de Lectura Campesina de la Biblia

En la localidad cundinamarquesa de Cachipay se realizó la Primera Semana Nacional de la Lectura Campesina de la Biblia en el mes de noviembre de 1993. Asistieron personas de diferentes regiones de Colombia, convocadas por las Comunidades Campesinas Cristianas, donde había acontecido la génesis de la Lectura Campesina de la Biblia en Colombia. Años más tarde (2002), en una biblioteca de los Misioneros Claretianos en Panamá, encontré un texto que daba cuenta de la Lectura Campesina de la Biblia en la provincia de Andalucía en España en los años setenta del siglo pasado. En Centroamérica, existía desde años anteriores un proceso de relectura bíblica campesina y muchos otros países de América Latina. También en Colombia, bajo el nombre de Pastoral Campesina, ya se leía campesinamente la Biblia. De modo que esto no era una novedad recién descubierta. Las propias páginas de la Biblia evidenciaban relecturas campesinas de la Palabra.

La Semana Bíblica dio espacio a compartir la coyuntura nacional campesina, las experiencias de participantes, el estudio bíblico más sistematizado y la proyección futura del proceso, fundamentalmente enfocado a la constitución de escuelas bíblicas campesinas en el país como podrá apreciarse en los siguientes apartados. Estábamos en el auge de las semanas bíblicas y despuntaba el de las escuelas bíblicas, para lo que fue fundamental un trabajo de la Hna. Ana Francisca López, conocida con el nombre cariñoso de «*Pacha*», quien trabajaba en Venezuela y había realizado una propuesta de escuela bíblica. De esa experiencia nos nutrimos. Al finalizar la Semana

Bíblica, quedaron sentadas las bases para impulsar y articular nacionalmente el proceso de la Lectura Campesina de la Biblia.

La primera escuela bíblica campesina (Montebello – Santa Bárbara – Antioquia)

El viernes 8 de abril de 1994 estábamos llegando en la noche a la vereda San Antonio, mi Tierra natal (Conrado Valencia, Gabriel Bedoya, Martha Lucía Jiménez, Jaime Alberto Gil, Mauricio Bedoya y Leonel García), para dar inicio a la primera Escuela Bíblica de la Lectura Campesina, cinco meses después de haberse realizado la Semana Nacional de la Lectura Campesina de la Biblia, en Cachipay, Cundinamarca (1993). La familia conformada por Jesús Antonio Cañaveral (padre), Otilia de Jesús Orozco (madre); Aníbal de Jesús, Hernando Antonio, Alcides de Jesús y Oliva María (hermanos-hermana); Luis Carlos Arias (esposo de mi hermana); Jair, Juan Guillermo y Dora Nancy Arias (sobrinos y sobrina) y Marina López (colaboradora de la familia), se había preparado para recibir a las personas visitantes, y nuestra casa, recién adecuada, fue el lugar de reunión.

En el programa estaban convenidas las fechas de 8 y 9 de abril, por lo que después de la comida nos reunimos para dar inicio al primer palpitar de Escuela Bíblica Campesina. Después de saborear los alimentos típicos de la región preparados por mi madre Otilia, Marina y mi hermana Oliva, mi padre Jesús Antonio, dio el saludo de bienvenida, expresando la alegría y la acogida de la familia a las personas participantes. Al día siguiente llegaron Cristóbal Ospina y Luis Arcadio Pamplona. La memoria de aquella experiencia sirvió de base para el desarrollo futuro de las escuelas bíblicas y de la Lectura Campesina de la Biblia.

Por varios años mantuvimos la experiencia de escuela bíblica de Santa Bárbara, que reunía personas de la región cercana. Los encuentros los continuamos en la sede de las Comunidades Campesinas Cristianas en Versalles (Antioquia) y luego en casa de la animadora Ofelia Bedoya, en la vereda Las Mercedes (Santa Bárbara). Las familias tomaron parte activa de este proceso, especialmente un grupo de niñas que hicieron las primeras aplicaciones del método de las llaves y las claves. De ese trabajo surgieron varias personas animadoras (Daniel Bedoya, Luz Eneyda Gutiérrez, Consuelo Bedoya, Nelly Ospina, Gabriela Bedoya, Natalia Cardona, Nubia Ospina, Yuli Cardona, Natalia Ospina, Rodrigo Obando, Jaime Alberto Gil, Adiela Bedoya, Mauricio Bedoya y Diana Bedoya), que aún mantienen gratos recuerdos de lo que llegó a significar esta experiencia en sus vidas. Era una experiencia de corte laical, pues la parroquia no le prestaba en ese momento mucho apoyo.

Vientos bíblicos hacia el sur del país

La Diócesis de Garzón, en el departamento del Huila (Colombia), había convenido con el P. Neftalí Vélez Chaverra, sacerdote jesuita, biblista de renombre latinoamericano, un acompañamiento bíblico a cuatro parroquias. Por aquellos días el padre Neftalí enfermó gravemente y no pudo responder al compromiso convenido. Entonces, fui invitado a asumir aquel acompañamiento a través de la mediación de Luis Guillermo Guerrero, con la institución CINEP.

Durante un año estuve viajando frecuentemente a esta región. La experiencia fue muy difícil, porque era una diferencia abismal que un laico campesino hiciera el trabajo que un sacerdote había aceptado. La única referencia que tenía allí era el padre

Hernando Poveda y el padre Gilberto Gutiérrez. Lo demás era enfrentarse a un mundo desconocido.

Aquel proceso bíblico comenzó en el municipio de Garzón, en veredas donde tenía una alta influencia el Movimiento de la Juventud Trabajadora Colombiana (JTC). Se realizaron varios talleres en las veredas y compartimos con diversidad de dirigentes muy jóvenes que venían de un proceso de formación, acompañado por el P. Álvaro Ramos, desde Bogotá.

Cuando llegué al siguiente pueblo llevaba la referencia de un padre, al que no encontré en la casa cural. Después de esperarle un rato, por fin llegó y su saludo fue como si se tratara de un desconocido. En efecto, lo era. Luego fuimos a una vereda, donde me dejó en un colegio, sin conocer a nadie, para terminar, hablándole a un grupo de estudiantes de bachillerato, que podrían estar motivados para escuchar cualquier otra cosa, menos una charla de la Biblia. Así funcionaba la mentalidad de muchos agentes de pastoral.

Hacia la noche tocó pasar por la vergüenza más grande de asistir a una decisión sobre quién le daba posada esa noche a un forastero, pues el sacerdote había tomado las de «*Villadiego*». No era fácil acoger a un extraño entre gente extraña. Al final resultó una familia que ofreció darme posada.

Pitalito, Huila, era el tercer pueblo en aquel itinerario bíblico misionero. Allí fue distinto, porque el padre Gilberto tenía preparadas dos veredas para realizar dos talleres bíblicos, además de una generosa acogida en la casa cural, donde la señora de la cocina (Clara) y la secretaria del despacho parroquial (Luz Piedad Gómez) me acogieron amablemente.

No obstante, allí fue el lugar, donde en otro momento, viví una de las experiencias más difíciles y humillantes, relatada en

otro capítulo, sin duda alguna, por la condición de ser un laico campesino. Aquel era el precio de haber aceptado esparcir las semillas bíblicas en una diócesis de un clero, mayoritariamente tradicional. Lo valioso y rescatable era el contacto con el campesinado de aquella región, golpeado en ese entonces por la plaga de la broca, que tenía asolados los cafetales. Por lo demás, parecía ser una siembra estéril, porque los párrocos poco les interesaba la formación bíblica que pudiera llevar un campesino a otros campesinos. No acompañaban estos procesos. Su preocupación era una pastoral de sacramentos y ritos. Con todas las adversidades, fue una experiencia de aprendizaje.

Por último, La Laguna, el cuarto lugar me abrió la puerta a través del P. Hernando Poveda y la calurosa acogida de su mamá, de quien me recuerdo cada que veo las rosas blancas en mi Tierra natal. Ella y yo compartimos sobre la belleza del jardín que cultivaba en la casa cural de su hijo, a quien había conocido en el Instituto Mayor Campesino de Buga cuando hacía sus estudios allí en la comunidad de los Jesuitas. Entonces, la hermosa planta de las rosas blancas se prolongó hasta mi Tierra natal y su vecindario. No se me olvida el gesto de poner en mis manos una ramita de la planta de rosas blancas, la cual cargué en mi equipaje en un viaje que demoró dos semanas hasta llegar a la casa de mi madre, quien la sembró con un cariño y una esperanza indescriptibles. La planta de «*La Laguna*» empezó a vivir y cuando floreció, por primera vez, se convirtió en la admiración del vecindario. Hermosa experiencia de nuestras madres, espiritualmente vivificada en la experiencia de encuentro de sus hijos y en la esplendorosa belleza del jardín. Así es la Palabra de Dios, que posibilita fijarse en estas otras esencias de la vida, también como la de contemplar el río Magdalena más cerca de su nacimiento que de su desembocadura en el mar. Triste despedirse de este apartado, sabiendo que recientemente el P. Hernando Poveda partió a la Casa de Dios.

El viaje a caballo por el Piedemonte Llanero

El mal tiempo en el aeropuerto de El Alcaraván de Yopal, Casanare, había retrasado el vuelo para el día siguiente a la madrugada. Recuerdo que venía de asistir a un encuentro de la Región Andina en Bolivia, y en el itinerario estaba hacer la conexión en el aeropuerto El Dorado, en Bogotá. La no madrugada en casa de un amigo y la falta de un taxi a tiempo, me hicieron perder el vuelo de la mañana, mientras el P. Héctor Guzmán me esperaba en Yopal, Casanare. Cuando llegué, quien me esperaba se había ido y más tarde nos pudimos encontrar en casa de unas hermanas religiosas. Posamos esa noche en un pueblo cercano (Nunchía), donde al día siguiente nos esperaba un viaje de siete horas a caballo, para llegar hacia la tarde a Morcote, donde tendríamos un taller de la Lectura Campesina de la Biblia.

Hubo una noche lluviosa y en las afueras del pueblo corría el río *Tocaría*, imposible de cruzarlo a caballo. A la orilla, desensillamos los caballos, mientras un hombre, diestro en cruzar bestias nadando, pasaba los caballos a la otra orilla. Era un espectáculo jamás antes visto: ver nadando los caballos río abajo hasta tomar la otra orilla. Solamente se les veía la cabeza y el chapuceo del agua con sus patas delanteras. Después nos esperaba cruzar el río por un puente que se balanceaba de un lado a otro. El padre Héctor me orientaba en el sentido de no fijar la mirada en el agua del río, porque podría venir un mareo y caer sobre la corriente de aguas abundantes y turbias. Pasamos el puente, sin contratiempos, y nos dispusimos a cabalgar más de medio día sobre los lomos de los caballos.

Cruzamos otros ríos pequeños, quebradas y arroyos hasta que divisamos en la distancia las primeras casitas del pequeño poblado. Ya no había posición para acomodarse en la montura (silla) y daban deseos de bajarse y emprender el camino a pie, pero era peligroso por las serpientes venenosas que abundaban en aquella región. El padre Héctor contó de muchos casos de campesinos que murieron a causa de las mordeduras de estas culebras. Por fin nos encontramos entrando al pequeño caserío de Morcote, donde las personas animadoras y participantes al taller bíblico salieron a saludarnos y a darnos la bienvenida.

Durante tres días saboreamos allí la experiencia de Lectura Campesina de la Biblia, la misma que se fue esparciendo en los corazones y mentes de aquellas gentes campesinas que contaban con el acompañamiento de la Misión Claretiana en tan apartadas regiones de la cordillera oriental de Colombia. Realmente, la lectura bíblica despertaba un entusiasmo grande, traducido en muchos sentidos de vida para las familias que asistían. Fue la oportunidad de conocer y encontrarse con Carmenza Cataño, Alcibiades Pérez, Dominga Olguín y Rubio Pérez que animaban las comunidades en aquellas lejanías.

Buses, chalupas, canoas y caballos en Guaranda

Guaranda era un pueblo que estaba situado a la orilla del Río Cauca entre los departamentos de Sucre y Bolívar. El padre Daniel Vásquez nos contactó para emprender un trabajo bíblico en apartadas veredas a las que se llegaba a caballo y en canoa, cruzando una hermosa ciénaga, llamada "*La Beta*". El viaje comenzaba en Medellín, a las 11 de la noche, para llegar al amanecer a Caucacia, donde se tomaba una chalupa hasta Nechí.

Allí se cambiaba a otra y al cabo de 2 horas, se estaba llegando al pueblo de destino. Esta larga travesía continuaba con 4 horas a caballo o cruzando en canoa la inmensa ciénaga.

En semejantes lejanías nos reuníamos con comunidades campesinas que vivían de las maneras más desconcertantes. Cuando llegamos, por primera vez, a las veredas de la ciénaga, a la vista estaba un inmenso charco, que demoraba cruzarlo cerca de 50 minutos en una canoa. Lejos se podían divisar las veredas que dependían de la pesca, la yuca y el plátano para alimentarse, y de las canoas, como único medio de transporte que era posible cuando la ciénaga no se embravecía. Esta experiencia era vivida con Conrado Valencia y no olvido que allí aprendí a comer pescado, pues durante tres días era pescado al desayuno, al almuerzo y a la cena. También recuerdo del día que la ciénaga se puso furiosa y cuando la canoa, unos 100 metros adentro, era sacudida por las olas, nosotros sacábamos el agua con totumas para evitar que se hundiera. El campesino, "*Segundo Sombra*", que la guiaba con sus remos, conocedor de sus secretos, habló de que era imposible salir aquel día.

A otro extremo de aquella región se llegaba a caballo. Era ya de noche, cuando alcanzamos a ver lucecitas pequeñas que titilaban a distancia como las estrellas. Descendimos de los caballos y nos encontramos en una casa donde las personas dormían sobre tablas de madera. Los alrededores no se distinguían por la oscuridad de la noche y el sueño y el cansancio nos venció, luego de cenar esa noche. Al día siguiente, la gente iba a pescar a un caño y a cazar animales del monte, ya que la costumbre allí era vivir el día a día. El taller bíblico no encajaba en aquella cosmovisión de la vida, mucho menos la planeación que llevábamos. Era otra realidad. Las necesidades había que hacerlas en el monte y el baño era con el agua de un charco donde nadaban los patos y los cerdos

se refrescaban. Lo sorprendente era que estábamos en la casa de una hacienda de más de 50 cabezas de ganado.

Casi llegaba el medio día sin aún aparecer las personas para el taller de Biblia. Semejante viaje desde Medellín y la reunión de un rato, porque quienes participaban se regresaban temprano a sus casas. A la noche fuimos convidados a dormir en otro lugar, al que llegamos en la oscuridad. Nos esperaba un cuarto con dos hamacas, sin más detalles y sin imaginar siquiera que al amanecer seríamos despertados por el aleteo de un gallo que cantó dentro del cuarto. Casi en seguida escuchamos una gallina clueca que llamaba a sus pollitos. Habíamos amanecido en el galpón de las aves. El compañero alcanzó a sacar el gallo para afuera, pero enseguida unas manos lo volvieron a entrar para dentro. Sucedía que afuera tenían muchos gallos de pelea.

Los encuentros claretianos de la Lectura Campesina de la Biblia

Las calientes tierras de Neiva, en el departamento del Huila, nos esperaban un comienzo de enero (6 al 11) de 1997, para el Primer Encuentro Claretiano de la Lectura Campesina de la Biblia. Habíamos recibido la invitación para acompañar esta experiencia en compañía de un misionero claretiano, llamado Oswaldo Martínez.

Hacía un calor de espanto en esta ciudad, extendida a las orillas del Río Magdalena, a cuyo lado se levantaba el imponente monumento de «*La Gaitana*», una cacica indígena que se enfrentó guerreramente a los conquistadores españoles. Neiva, la ciudad pródiga en cultura, donde están muy cerca los termales

de Rivera y mucho más hacía el sur, el parque nacional de San Agustín, cultura indígena que existió, según Pablo Suess, entre los siglos 6 y 12 d.C. Allí se realizaba el Festival Folclórico y el Reinado Nacional del Bambuco, donde la vida se tejía en hermosos «*rajaleñas»* musicales y en aquel baile mágico del «*San Juanero*».

Al acercarnos a la parroquia de los Misioneros Claretianos, nos saludamos y nos reconocimos con Oswaldo, quien nos acompañó a conocer el colegio, lugar del encuentro, donde luego nos vimos con el P. Guillermo Jiménez, un sacerdote que había dado en la idea de buscarnos para ayudar en la asesoría de aquel encuentro. También allí nos saludamos con el padre Alfonso Reyes y con las animadoras de Neiva Julieta Hernández, Silvia Perdomo y Clarita Cortés. Fue la oportunidad de conocer las delegaciones de San Antonio de Calarma, Ortega y San Bernardo (Tolima), con quienes después continuamos una relación amistosa y cercana.

El encuentro transcurrió dentro de las expectativas de todo evento que comienza. El compartir las experiencias, la amistad que se teje entre las personas, la espiritualidad que se vive, la lectura bíblica que ilumina el caminar, la fiesta y la expresión cultural, la celebración de la Eucaristía, el compromiso y la despedida hasta un próximo encuentro.

Por muchos años se institucionalizó el Encuentro Nacional de Lectura Campesina de la Biblia en las Experiencias Claretianas en Neiva, donde conocimos nuevas animadoras como Luz Dora Zapata, Martha Dorely Ninco, Amparo Quintero e Inés Polo. La experiencia fue importante, en tanto fortaleció los procesos en Ortega, Tolima; en San Antonio, dio inicio a un proceso de Escuela Bíblica Campesina; en Sibaté (Cundinamarca), fue punto de partida de otro proceso acompañado por los Misioneros Claretianos, y en Neiva, contribuyó al fortalecimiento de un espacio urbano que interactuaba en estos encuentros con espacios campesinos.

La escuela bíblica de Caldas, Antioquia

Extensas tierras abandonadas, casas desoladas, cruces a los lados de los caminos y carreteras, inscripciones de presencia de grupos armados, tierras intoxicadas por los químicos, desplazamiento continúo del campo a la ciudad, familias incompletas y eliminadas, crisis del agro rural colombiano. Tal era el panorama de los pueblos campesinos de la Diócesis de Caldas, donde palpitaba la vida de la Escuela Bíblica Diocesana.

Por 1994, mediante iniciativa del P. Álvaro Ramos, nacieron en Caldas los «*Círculos Bíblicos*», orientados por los estudiantes del Seminario de la Santa Cruz. En tanto, en el año de 1996, vivía en un pueblo antioqueño, en un pequeño apartamento alquilado. Había comenzado a vivir la experiencia de hombre solo, es decir, aquella vivencia de la mismidad. Eran los tiempos en que germinaba la llegada del paramilitarismo a muchos pueblos de la región Suroeste de Antioquia, con la complicidad de autoridades locales y regionales. En muchos pueblos las familias y las comunidades quedaron hasta abandonadas por las instancias religiosas que solamente hacían presencia en los funerales de las víctimas, y en otros pueblos, hubo el acompañamiento, la consolación y la solidaridad de sacerdotes y líderes religiosos de las iglesias cristianas. Con sinceridad y franqueza hay que decir que la Iglesia, como Jerarquía, no hizo un pronunciamiento en contra del paramilitarismo, pues adentro también vivía la contradicción de ministros de Dios a favor y en contra de esta monstruosa máquina de muerte y destrucción.

En ese contexto dimos inicio a la experiencia en cinco parroquias (Amagá, Montebello, Santa Bárbara, Heliconia y

La Catedral de Caldas), realizando 25 talleres de Biblia, cinco en cada parroquia, en 1996. El padre Álvaro Ramos, el padre Orlando Arango, el padre Mario Ospina y el padre Hugo Villa apoyaron este esfuerzo previo a la escuela bíblica. También el P. Fidel Cadavid desde la Catedral y después desde la dirección del Semanario de la Santa Cruz, apoyó el trabajo bíblico, antes de ser nombrado obispo de Quibdó, Chocó. En 1997 irrumpió la escuela bíblica, propiciando un acercamiento a la Biblia desde las perspectivas de la persona, la familia y la mujer.

La experiencia nos fue mostrando muchos elementos para interpretar el trabajo bíblico que se hace dentro de las estructuras parroquiales y diocesanas de las diócesis. En primer lugar, como decía un biblista y teólogo, la Iglesia Católica es una Iglesia pobre en formación bíblica. Desde muchos de sus sacerdotes hasta los fieles, la Biblia no es prioridad en su formación ni en las pastorales. El fenómeno más reciente es que en los seminarios se prepara a los futuros sacerdotes para ser eficientes funcionarios de administración de sus parroquias. Por ello, no es extraño verlos preocupados en hacer de sus parroquias empresas lucrativas, adquiriendo carros último modelo y haciendo alarde de un sacerdocio administrativo. Al lado de esto, se les prepara también para defender los dogmas, la doctrina, la moral, los sacramentos y la tradición, haciendo de su misión pastoral algo desconectado con la realidad que se vive hoy. En repetidos casos, pueden ser ministros en el Siglo XX, pero actuando como si estuvieran en el Siglo XI, en plena época medieval.

Las expectativas de las personas revelaban un poco de este estilo de pastoral católica. Preocupaciones por aprender a interpretar la Biblia, porque al laicado católico se le ha negado la posibilidad de una formación más continuada y sistemática. Preocupaciones por aprender de Biblia para responder a las personas de otras iglesias y de grupos religiosos. Preocupaciones por aprender Biblia para ayudarse en sus catequesis, contradictoriamente

elaboradas a base de catecismos y no de la Biblia. Preocupaciones por conocer la Biblia, porque nunca tuvieron esa posibilidad, negada por muchos de sus sacerdotes. Preocupaciones por la Biblia para responder a crisis personales, familiares y sociales que les dejaban sin horizontes de vivir. Pocas preocupaciones por un acercamiento a la Biblia como experiencia de espiritualidad, de orientación crítica de la vida, de compromiso y testimonio a favor de las personas menos favorecidas en la sociedad.

Todo esto lo fuimos encontrando en la Escuela Bíblica de Caldas, donde se percibía una mezcla de muchas cosas, que a veces confundía a las mismas personas, que no las dejaba ser autónomas, que por más que caminaran en el proceso, a menudo eran alcanzadas por la dependencia de los padres y los seminaristas. Era el tiempo en que hacía su aparición el Sistema Integrado para la Nueva Evangelización (SINE), un movimiento cuyas raíces provenían de un sacerdote llamado Alfonso Navarro Castellanos que lo había fundado en México, colocando como cabeza la figura del párroco. La Diócesis había acogido este movimiento que representaría un estancamiento en muchas personas de la escuela bíblica. Costaba lograr que caminaran por sus propios medios, que pensaran y actuaran más libremente.

Sin embargo, también allí fuimos encontrando el despertar de personas que fueron agarrando la metodología, los contenidos y el espíritu de una lectura crítica de la Biblia; que fueron apropiándose de una manera propia de leer e interpretar la Biblia; que fueron capaces de reconocer todas sus capacidades y ponerlas al servicio de la animación de otras personas. De la escuela recordamos a Matilde Vélez, Helena Sánchez, Aleyda Sánchez, Alba Rosa Muñoz, Dolly Raigosa, Lucía Ospina, Javier Tangarife, Ofelia Bedoya, José Suaza, Nubia Giraldo, Esperanza Ramírez, Beatriz Elena Patiño Cano y Rubiela Muriel. En ellas se ha dado una manifestación del Espíritu, un reconocimiento de sus muchos valores y capacidades.

El vuelo hacia el Pacífico colombiano

Las ricas tierras del Pacífico, puestas en la mira de las transnacionales, del capital extranjero, de la ambición del paramilitarismo, de la guerrilla y del narcotráfico por quedarse con aquella riqueza, han vivido luchas de resistencia impresionantes. Las comunidades negras, a través de la Ley 70, han resistido en la defensa de sus territorios.

A esta región llegamos Conrado Valencia y yo, en un avión de Avianca, un Fokker 50, invitados por el padre Mathias Sticher, sacerdote suizo, que estaba interesado en que le ayudáramos en la formación bíblica, en la región que más tarde se convirtiera en el fortín paramilitar y narcotraficante, según las informaciones de prensa. Por entonces, estaba entrando la violencia, de la mano con las plantaciones de palma africana y los inmensos criaderos de camarones.

Llorente fue el centro de formación bíblica por varios años, de cuyo proceso surgieron varias personas animadoras, como las hermanas Espinoza (Rosmery, Liliana y Luz Dary) y Nelson Sevillano, quienes pudieron salir después por razones de formación. Años más tarde, fue asesinada Yolanda Cerón, una agente de pastoral que acompañaba el proceso de concientización de la Ley 70. Con la salida del P. Mathias, el proceso se interrumpió allí y no pudimos aparecernos más por aquellas tierras.

La escuela bíblica de San Antonio, Tolima

Anochecía en el sector de Bosa, en Bogotá, mientras en el Colegio Claretiano se agolpaban las familias de jóvenes estudiantes, que se iban con todos sus impulsos juveniles de misión a unas lejanas tierras tolimenses. Madres que despedían a sus hijas, en medio de bendiciones y abrazos. Padres y hermanos que estaban allí despidiéndoles, todavía sin soltar sus morrales. Profesores del colegio que coordinaban aquella misión. Allí estaba yo, entrando en ese grupo juvenil, para llegar a San Antonio, Tolima, a compartir una reflexión bíblica a las comunidades. El viaje fue largo, de toda la noche. Llegamos a San Antonio, en una madrugada lluviosa, de puro invierno en aquella región.

La misión llevaba todo preparado: cantos, visitas, reflexiones, celebraciones, evaluaciones, etc. Jóvenes estudiantes, seminaristas, profesores, un padre y yo, que había caído allí, como en paracaídas. No era fácil encajar un taller de Biblia, cuando la misión llegó desarrollando visitas y programando eventos deportivos y recreativos en un tiempo de Navidad. La gran expectativa de parte de la gente era por los misioneros, sobre todo por el padre y los seminaristas. Uno, en cambio, por ser laico campesino, pasaba desapercibido, en medio de las tradiciones religiosas y culturales de las personas.

En el plano personal, fue la oportunidad de encontrarse con las personas conocidas en los encuentros en Neiva. Siempre recuerdo la acogida y la hospitalidad de una familia muy querida: José Gil y Leonor Ducuara. Allí fui a pasar las noches. Su casa era un hermoso jardín florecido en sus hijas, en un único hijo y en las plantas hermosas que la adornaban. Era la gratuidad de la

vida. Solamente, por ese hecho, ya estaba justificada la estadía allá. La misión cambiaba la vida de la gente en aquellos días. Por ejemplo, las charlas de Biblia interesaron a las personas adultas campesinas, más no a los jóvenes y seminaristas claretianos, que brillaron por su ausencia. Otras eran sus expectativas. Ahora, fue importante ir en aquella oportunidad, porque allí empezaron a germinar las bases para fundar la Escuela Bíblica Campesina.

Meses después, con la animación de las personas volvíamos ya un grupo de la Lectura Campesina de la Biblia, formado por Sonia María Hernández, Oswaldo Martínez y Aníbal Cañaveral. Más tarde se sumó Sandra Rojas Panqueva, una exreligiosa que vivía en Bogotá. La llegada fue inolvidable, por la acogida y el recibimiento. Ya la Escuela había iniciado desde la mañana con la animación propia de allí. Llegamos a continuar con un programa que ya estaba andando, de lo cual eran responsables las personas animadoras. Esto nos llenó de gozo, de sano orgullo, porque eran los frutos de los encuentros en Neiva.

La casa de la familia querida se convirtió como en el segundo hogar, al que llegábamos con alegría y entusiasmo, símbolo de una amistad profunda y entrañable con esta querida familia. Varias veces volvimos allí en medio de inviernos intensos, como una vez que salíamos en un carro, lleno de personas y que casi se voltea al cruzar una quebrada crecida. Fue mucho el miedo que sentí en aquella oportunidad, porque nos hubiésemos matado.

La Experiencia floreció en la animación de Leonor Ducuara, José Gil, Clarivel Campos, Ismael Oviedo, Alfredo Aguiar, Maira Oviedo y Luz Dary Aguiar.

Cuando la región comenzó a presentar brotes del conflicto armado, no hubo más condiciones por parte de la Comunidad Claretiana para continuar acompañando aquella hermosa experiencia bíblica campesina. Fue cruenta la violencia en esos años, según los testimonios, cuando en 2012 volvimos a

recorrer aquellos caminos. Casas vacías y deshabitadas por el lado de la carretera eran la evidencia de los estragos que causó aquella oleada de violencia, pero milagrosamente allí estaba la familia querida que no fue arrancada de su fe, su espiritualidad y su esperanza, celebrando con Aníbal y Oswaldo un nuevo reencuentro. El P. José María Flórez había hecho posible, gracias a su apoyo, un nuevo retorno de la Lectura Campesina de la Biblia.

La misión bíblica en Alejandría

Alejandría distaba de Medellín 3 horas y 30 minutos en carro, por carretera destapada en la mayor parte de su trayecto. Allí llegamos por invitación del padre Adulfo Salazar, perteneciente a la experiencia del Grupo del Nus. El objetivo era realizar unos talleres bíblicos a personas animadoras del pueblo y del campo. El bello paisaje del Río Nare, otrora herido en sus entrañas por la búsqueda del oro, ofrecía una fascinación a la mirada contemplativa.

Hermosas tierras y hermosas personas campesinas nos acogieron por espacio de unos siete años. Iniciamos con talleres bíblicos de la Lectura Campesina de la Biblia, al principio en el pueblo y después los rotaron por las veredas. Hicimos largas caminatas por los caminos pedregosos y empantanados en los tiempos de invierno. Las sencillas y humildes familias nos acogían y nos ofrecían agua, tinto (café) y deliciosa comida. Los valores campesinos nos arropaban en aquella experiencia. La escuela bíblica la tuvimos por un tiempo en el sector urbano de Alejandría, concretamente en el Hogar Juvenil Campesino, una institución, que más allá de las bondades que había que reconocerle, también se hacía acreedora a una crítica profunda, por lo que contribuyó a la descampesinización de muchos jóvenes.

El abrazo, la risa, el encuentro, la espontaneidad, el compartir hicieron afirmar una espiritualidad de la vida, saboreada en la sacramentalidad de los alimentos cultivados en las parcelas de las familias campesinas. Era impactante ver llegar a las personas de la escuela con los plátanos, las yucas y las frutas de sus campos, para ser compartidos en gratuidad.

El proceso de la Escuela Bíblica Campesina de Alejandría germinó, a través de la Hna. Edith Munárriz, el surgimiento de la Escuela Bíblica de Concepción. No obstante, en su propio interior se vio afectado por la llegada de los paramilitares, que sembraron el terror en los campos alejandrinos. En una de sus incursiones asesinaron al joven Fernando Bedoya, participante de la Escuela Bíblica Campesina. Por decisión del párroco, ante el peligro que significaba seguir adelante con el proceso se optó por suspender el acompañamiento. Las investigaciones sobre el impacto del conflicto armado dieron cuenta de 200 asesinatos, 25 desapariciones y de cada 100 habitantes del pueblo y del campo, 62 fueron desplazados. Luz Danelia Guarín es uno de los frutos que quedó de aquella experiencia, quien fuera desplazada con su familia a Medellín y una de las más reconocidas lideresas campesinas en los procesos de víctimas del conflicto armado.

La escuela bíblica femenina en Concepción, Antioquia

El pueblo de Concepción, conocido como «*La Concha*», estaba al lado de la carretera que continuaba hacia Alejandría. Sus casas, adornadas de jardines, conservaban una hermosa arquitectura antigua. Allí comenzamos una experiencia de características diferentes, gracias al acompañamiento de la Hna. Edith Munárriz, religiosa de la Compañía de María. La

participación fue femenina, mientras los únicos varones éramos los acompañantes: Conrado Valencia y yo. Las mujeres contaban que los esposos y maridos, no les permitían más que asistir en el día y volver en las noches a sus casas. Los hombres no venían, bajo el argumento de que eso era «*cosa de mujeres*».

En Concepción, la Hna. Edith fue la animadora mística y espiritual de esta experiencia que tuvo una fuerte expresión de liderazgo femenino. Cabe recordar la experiencia del Grupo de La Piedad, una organización de mujeres, a la que pertenecían dos mujeres de la tercera edad, que eran un testimonio de vida. Tanto que organizaron un proyecto de una panadería comunitaria y de una huerta de las familias.

Por espacio de varios años acompañamos la escuela bíblica, visitamos a las familias de varias veredas y pudimos conocer la realidad de sus habitantes. Ya empezaba a entrar el paramilitarismo a desalojar a la guerrilla que había llegado antes. La muerte de personas, desapariciones y amenazas dieron al traste con el proceso como era el mismo caso de Alejandría, pues los agentes de pastoral no apoyaron más el trabajo. La Hna. Edith fue sorprendida por una grave enfermedad y murió unos meses después en Barranquilla, dejando huérfanas las tierras de Concepción de su espíritu, dinamismo y alegría.

En conclusión, Alejandría y Concepción fueron asediadas por la acción armada de los paramilitares, revestidos de carta de legalidad por autoridades locales, regionales y nacionales. Los padres se preocuparon por la gente y por las personas que acompañábamos de las escuelas bíblicas y decidieron no continuar con ellas. Las hermanas religiosas que habían quedado en la región después de la enfermedad y muerte de la hermana Edith, tampoco hallaron condiciones para continuar con la lectura de la Biblia.

La escuela bíblica Cantares en Medellín

Fue la continuidad del proceso bíblico del CEDEBI en Medellín durante un largo período de años, acompañada por un equipo amplio del que puede decirse que fue como una familia que, más que leer la Biblia, la hicieron Palabra viva en sus vidas. También hice parte de este proceso del que participaron Marta Eugenia Pérez (compañera del curso intensivo de Biblia en Barranquilla y amiga de muchos años), Carmen Cecilia Alfaro, Inés Quiceno y Marta Elena Mejía, todas ellas religiosas del Sagrado Corazón; participaron también del mismo proceso Sonia María Hernández, Luz Dary Guerrero y el padre Pedro Nel Quintero, sacerdote claretiano. La escuela acogió la perspectiva de género en una preparación colectiva, de mutuo aprendizaje, enfrentando la relectura de textos difíciles y complicados de la Biblia que iban convirtiéndose en verdaderos encantos y tesoros para la diversidad de participantes que enriquecieron con sus vidas y sus hallazgos bíblicos el proceso de lectura de género.

La escuela atrajo el interés de diversidad de experiencias urbanas y de los pueblos de Antioquia, destacándose la representación de Concepción y de la Iglesia Interamericana de Laureles, animada por Amílcar Ulloa Alvarado, participante del proceso de la escuela, donde las niñas Wayra y Valeria se constituyeron en un símbolo vivo de la escuela. Jorge Celis y Dalis Cardona, los padres de Wayra, vinieron muchas veces con su hija a las jornadas bíblicas, que constituyeron un referente familiar muy importante. Asimismo, Valeria Mira Martínez nos acompañó en varios talleres bíblicos, en compañía de su abuela Luz Dary Guerrero, su tía Esther Julia Guerrero y Mary Tarazona.

El apartamento de Luz Dary se revistió de un calor humano indescriptible en cada encuentro del equipo acompañante que saboreó y gustó la amistad, la alegría, el festejo, el compartir, el intercambio, el abrazo, el vino y la comida. Era la sacramentalidad de las vidas que renovaba y transformaba la lectura de la Biblia en la perspectiva de género.

Por más de diez años se mantuvo la escuela bíblica Cantares en Medellín, como un referente regional y nacional, enriquecido con la colección de cartillas que recogió aquella importante memoria del estudio de los textos bíblicos. Fueron muchas las personas animadoras que pasaron por allí, entre ellas, Juan de Dios Hernández, Olga Taborda, Miriam Zárate, Alba Lucía Cardona, Dalis Cardona, Yolanda Velásquez, Lucero Arias, Martha Lesmes, Lucena Durán, Marleny y Lina Magda Roldán, Olga Sonia Nieto y su hijo pequeño: Julián. También nos acompañaron las Hnas. de la Compañía de María, facilitadoras del colegio Santa Juana de Lestonnac en El Pedregal para realizar muchos de los talleres de Biblia de la Escuela Cantares, los seminaristas claretianos y varias mujeres de Caldas, como Matilde Vélez, Luz Helena Sánchez, Dolly Raigosa, Alba Rosa Muñoz y Aleyda Sánchez.

La escuela bíblica La Gabriela

La Gabriela era como un pueblo entre la ciudad de Medellín y la ciudad de Bello, ubicado cerca de la autopista Medellín-Bogotá y no muy lejos del Río Medellín. Las Hermanas del Sagrado Corazón llegaron a vivir allí y emprendieron una labor pastoral de atención a un comedor escolar. Un día me invitaron al acompañamiento bíblico. Participaban personas mayores, jóvenes, niñas y niños, que con el paso de las reuniones se

fueron distinguiendo por su dinamismo, su puntualidad, su lectura crítica de los textos bíblicos y su sentido del humor. Melina era todo un personaje que ponía la chispa humorística en las reuniones. Marleny enriquecía la lectura bíblica con sus profundos y desconcertantes interrogantes, mientras Lina, su hermana, intervenía pausadamente con extraordinarios aportes críticos a la interpretación bíblica.

No obstante, ese despertar bíblico, vinieron los cambios de sacerdotes que impulsaron otras líneas de formación bíblica y fueron disminuyendo el grupo de la escuela bíblica. Las Hnas. del Sagrado Corazón salieron de allí y el proceso entró en su fase final.

Los talleres bíblicos en tierras bolivianas

Por varios años tuve la oportunidad de acompañar talleres bíblicos en Bolivia, principalmente, en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra y en poblaciones cercanas y lejanas como Tarija y Camiri. Alcira Ágreda Quiroz concretó estos espacios, en los que conocí al P. Simón Gutiérrez, a Mónica Sandoval, la Hna. Irene Modelski, Sylvia Margarita Pérez, al P. Leo Fiorini, la Hna. Ana Rosa Loi, Ricardo Mariño, Pablo Durán, Leonor Siachoque Tarazona, Cinthia Balcázar, Juany Arteaga Patiño, Monseñor Nicolás Castellanos y muchas personas más. Fue la oportunidad de conocer la población de Camiri, al lado de la carretera hacia la frontera con Argentina, distante unas 4 horas de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. La Hna. Irene, una religiosa brasileña, tenía allí un centro de formación pastoral y me invitó varias veces a compartir la Lectura Campesina de la Biblia y el método Artífices, Entradas, Llaves y Claves.

La realidad era compleja, pues el departamento de Santa Cruz representaba la oposición al gobierno de Evo Morales, dado que allí estaba asentada la clase más rica del país. También estaba la principal sede episcopal de la Iglesia Católica, con el único cardenal que tenía la Iglesia boliviana, don Julio Terrazas, un prelado considerado de avanzada en América Latina, pero crítico y opositor del gobierno de Evo Morales. No puedo negar que me sorprendió que en el atrio de la catedral se levantaran las tarimas donde los políticos hicieran sus manifestaciones contra el gobierno. Era muy difícil, para un extranjero como yo, moverme en aquel espacio, donde la gente que venía a los talleres de Biblia era opositora al presidente de la república o perteneciente a su partido Movimiento al Socialismo (MAS).

Fueron varios espacios por donde anduve en tierras bolivianas compartiendo estos saberes bíblicos, especialmente con las CEBs de Santa Cruz, con la Comunidad de la Hna. Irene, con el ISEAT (en el Plan 3000) y con los Misioneros del Verbo Divino de Cochabamba.

En el corazón del Movimiento Bíblico del Perú

El día estaba radiante cuando hacía el viaje de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) a Lima (Perú) en 2007. El avión cruzó por encima del inmenso lago Titicaca, que se veía hermoso esa mañana. Luego cruzó por una zona de puntudas y filudas montañas andinas para descender hacia la ciudad de Lima y aterrizar en el aeropuerto Jorge Chávez. Recuerdo que me esperaba Lucio Blanco, un amigo de muchos años atrás, compañero del Curso Intensivo de Biblia en 1992.

Con más de un año de anticipación me habían invitado a compartir la Hermenéutica Campesina de la Biblia y su método en el Encuentro Nacional de Pastoral Bíblica. El Equipo era conformado por el P. José Mizzotti, Lucio Blanco, Ana Morales y la secretaria, a quien cariñosamente recuerdo que la llamaban "Anita", quienes me acogieron maravillosamente. Me impactó sobremanera los testimonios de campesinos e indígenas que llegaron desde apartadas regiones de la selva amazónica, donde demoraban días de viaje en embarcaciones por los ríos. Oír las narraciones de lo que acontecía con la lectura de la Biblia en sus comunidades estremecía el corazón y me llenaba de una inmensa alegría, al tiempo que me asombraba su sabiduría. El tema compartido allí fue la relectura crítica de la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30).

La recepción y acogida fue maravillosa en aquel encuentro nacional que dedicaba las mañanas al estudio y la reflexión bíblica y en la tarde se destinaba el tiempo a las reuniones de evaluación y planeación de las actividades bíblicas. Durante una noche hubo la invitación del P. José Mizzotti y el Equipo Bíblico a una comida de «*pizza italiana*» en uno de los lugares más selectos de platos internacionales en la inmensa ciudad de Lima.

La escuela bíblica campesina de Barbosa, Antioquia

Veintisiete años atrás, no podía imaginar que, en Barbosa, la Puerta del Nordeste antioqueño, surgiría una escuela bíblica campesina en 2011. Por entonces, al lado de Barbosa se extendía como una larga serpiente blanca el Río Porce. Los jabones y los productos químicos de las fábricas de Medellín producían

aquellos bancos de espuma blanca que le hacían inconfundible. Barbosa era un punto de entrada de los buses que continuaban su recorrido por una polvorienta carretera destapada. El Nordeste profundo fue la cuna de trabajos pastorales muy importantes como los que desplegó el P. Jaime Restrepo López en Cristales y Álvaro Ramos en Maceo. Esta región, por la que también corre el Río Nus, dio origen al grupo de sacerdotes del Nus, de amplia trayectoria en los tiempos en que ejercía como arzobispo de Medellín, Alfonso López Trujillo.

La llegada del P. Adulfo Salazar a Barbosa, hizo posible el inicio de la Escuela Bíblica Campesina. Las entusiastas animadoras de las veredas decidieron dedicarle el año de 2011 al tema de la metodología bíblica de Artífices, Entradas, Llaves y Claves. La escuela no duró mucho tiempo debido a los vaivenes de los cambios de sacerdotes. El P. Adulfo fue removido a otra parroquia y los sacerdotes que quedaron no les interesaba la lectura de la Biblia, ni la formación bíblica para sus animadores y catequistas. Fue nuestra última escuela bíblica con el P. Adulfo Salazar, quien muriera años después. Allí sobresalieron los testimonios de la familia de dos profesores, Gabriel y Josefina, de mentalidad crítica y la animadora Luz Amparo Guarín que me recibía en cada jornada bíblica con un paquete de frutas campesinas.

En el Centro Bíblico Claretiano de Costa Rica

Transcurría el año 2015, cuando recibí la invitación del Centro Bíblico Claretiano en la ciudad de San José para un taller sobre metodología bíblica el día 20 de junio de 2015. Cuando llegamos, había un considerable número de personas, expectantes por lo que sería el tema de aquella mañana. Pronto, pude darme cuenta

de la presencia de la animadora de nombre Giselle Zamora, que me saludó como si ya me conociera de antes. Era del Equipo Bíblico y había escuchado hablar de mi experiencia en una reunión en Panamá. Allí estaba también el P. Mateo, sacerdote que había conocido 13 años antes en Panamá. Después del caluroso recibimiento, dimos inicio al taller, el cual fue muy valorado por las personas participantes. Lo mismo sucedió con mis libros, y Giselle tuvo el detalle de traerme de regreso a la Universidad Bíblica Latinoamericana.

La cercanía y la amistad compartida hizo posible que volviera al Centro Bíblico de los Claretianos en una segunda oportunidad para compartir una charla de Biblia. Tres animadoras eran como el alma de la animación femenina (Giselle, Maryuri y María Esther). Cuando fue la sustentación de mi tesis de maestría, Giselle y María Esther vinieron a acompañarme a las instalaciones de la UBL, gesto que les agradecí profundamente. Después, no dejaron venirme de Costa Rica, sin llevarme a conocer lugares significativos de la capital, saborear y gustar un delicioso almuerzo y entrar a un santuario religioso de la Virgen de los Ángeles de Cartago y regalarme una hermosa imagen de la virgen que conservo.

La escuela bíblica de San Bernardino en Bosa

Fue la última escuela bíblica que acompañé en Bogotá, antes de emprender viaje a Medellín en 2016, junto a un equipo conformado también por Oswaldo Martínez, Esteban Arias y el P. Wilmer García. La verdad es que era uno de los pocos trabajos bíblicos claretianos que sobrevivían. La experiencia fue significativa por cuanto se constituyó como un referente vital y

existencial en Bosa, Bogotá. Era un espacio parroquial ofrecido a las personas catequistas, lectoras dominicales y otros ministerios. Fue el epílogo de una larga travesía de escuelas bíblicas, iniciada en 1994 (22 años), por donde viví con intensidad esto de días y noches de lectura y estudio bíblico. De aquella experiencia recuerdo a muchas de las personas animadoras: Jorge Enrique Rodríguez, Isabel Ardila, Angélica Barrera, Neira Rengifo, Aliria Rojas, Sandra Cortés, Fanny Cantor, Manuel José Román, Luis Hernando Castellanos, Esperanza Macías, María Inés Martínez, María Clemencia Montes, Claudia Yaneth Rojas, Miryam Espinoza, Cecilia Romero, María Elsy Silva, Luz Adriana Sarmiento, Dayana Sastre, Nubia Elena Restrepo, María Helena Bermúdez, Andrés Francisco Ferrín, Álvaro Forero, Armando González, María Cristina Guzmán, Armando Narváez, Gloria Ortegón, Andrea Rojas, Iván Enrique Rodríguez, Cecilia Romero, Ana Mercedes Sarmiento, Mercedes Melo, Helver Beltrán y Rita María Bautista.

También Bosa había sido el lugar donde años atrás la Comunidad Claretiana y el CEDEBI, dieron impulso a los cursos bíblicos de mes, contribuyendo a fortalecer el Movimiento Bíblico Colombiano. Por esos cursos pasaron muchos seminaristas claretianos, después constituidos en párrocos y hasta integrantes del gobierno provincial. Por varios años me correspondió estar al frente de la dirección y coordinación de los mismos. Cuando vuelvo a pasar por las avenidas de Bosa y me encuentro con la familia del señor Jorge Enrique Rodríguez y la señora Isabel Ardila, donde viví más de dos años, me cuenta que la escuela bíblica de San Bernardino desapareció y que lo que quedan son unos cursos bíblicos. También recuerdo la acogida de la familia del Señor Fabio Narváez y de la señora Oliva Tintinago y su hija y su hijo, quienes muchas veces me acogieron en su casa, ofreciéndome hospedaje, así como la señora Inés Martínez.

La larga travesía aérea a Puerto Leguízamo, Putumayo

Era el mes de febrero de 2022, cuando estaba abordando un avión de Latam en el aeropuerto José María Córdova de Rionegro en Medellín rumbo a Bogotá, donde tomaría otro de Satena con dirección a Puerto Leguízamo, Putumayo. Llegaba, por primera vez, al corazón de la Amazonía colombiana, invitado también, por primera vez, por el obispo del Vicariato Apostólico de Puerto Leguízamo-Solano, Joaquín Humberto Pinzón, de la Comunidad de los Misioneros de La Consolata. Había pasado la noche en vela en el aeropuerto por prevención a un contratiempo que ocasionara la pérdida del vuelo, ya que solo había ese itinerario en el día. Iba a compartir la propuesta novedosa de la Lectura Campesina de la Biblia: «*El Evangelio de la Vida y el Evangelio de la Madre Tierra*». La expectativa era grande por conocer el río Putumayo, del que había oído mencionar desde la infancia a raíz del conflicto de Colombia y Perú en la frontera entre 1932 y 1933. Mi abuelo materno, Antonio Orozco Quintero, había sido incorporado al ejército que enviaron a la frontera.

El taller fue muy bien recibido y al atardecer tuve la oportunidad de llegar hasta la orilla del río Putumayo y contemplar su majestuosidad. En algún punto de ese río habría estado el abuelo materno, real o imaginariamente. Días después de haberme despedido de aquellos parajes amazónicos, aconteció la masacre de la vereda *«Bajo Remanso»*, el 28 de marzo, atribuida al Ejército Nacional. De nuevo la política macabra de los *«falsos positivos»* que, según el Informe Final de la Comisión de la Verdad, dejó 6.402 asesinatos de civiles reportados como subversivos dados de baja en enfrentamientos con las fuerzas del Estado.

Mingas bíblicas y amistades institucionales

A la Provincia Claretiana de Colombia Oriental y Ecuador, de los Misioneros Claretianos, me ha unido una amistad muy estrecha y profunda en el compartir con el P. Héctor Guzmán Caycedo en los tiempos en que se cocinaba el cisma de la división de la Iglesia de los Pobres en Colombia y el Movimiento de las Comunidades Eclesiales de Base. Estábamos, en algún lugar de Bogotá, con la dirigencia plena de las CEBs a nivel nacional, tomando la decisión sobre la desaparición de la Revista Solidaridad. Por las Comunidades Cristianas Campesinas hacíamos presencia Conrado Valencia Vahos y yo. El P. Héctor Guzmán había sido invitado como parte neutral en el conflicto que no logró acoger sus orientaciones. Por 1991, conocí al P. Carlos Julio Rozo, en Piedecuesta, Santander, quien me invitó a vivir la Semana Santa de este año en las tierras santandereanas. Después, conocí al P. Guillermo Jiménez, en los tiempos en que realizábamos los cursos de Biblia y de un mes en Bogotá entre el CEDEBI y la Comunidad de los Misioneros Claretianos y los encuentros nacionales de la Lectura Campesina de la Biblia en Neiva. Fue también el encuentro con Oswaldo Martínez Cardozo, por entonces aspirante a sacerdote claretiano. Vinieron nuevas cercanías con nuevos padres Claretianos como Miguel Ángel Calderón, José María Flórez, Guillermo Ramírez, Josué González, José Santos Torres, Enrique Aponte, Avelino Suárez, Henry Ramírez, Wilmer García, Alfonso Reyes, Alfonso Prieto, Felipe Useche, Darío Alonso Carvajal, Teódulo Quintero y el hermano Héctor Julio Tibaduiza. *Los sueños y los pies caminantes* han andado por distintos campos de la misión

claretiana (Santander, Neiva, Bogotá, San Antonio, Ortega, Alvarado, San Bernardo, Sibaté, Casanare, Bosa y Medellín del Ariari), compartiendo la animación y la formación bíblica. Muchas amistades he encontrado en estos espacios queridos, llenos de ardor y entusiasmo por la Palabra de Dios y su carisma fundante de Antonio María Claret.

Imposible olvidar a las mujeres de Piedecuesta en Santander (Margarita Arias, Yolanda Pérez Rodríguez, Yolanda Barrera, Mariela Caballero, Betty Jaimes, Amparo Hurtado, Olinda Porras, Rosmy Yesenia Villamarín, Raquel Hernández, Sandy Yelena Vásquez, Gloria Marlene Leal y Socorro Acero). A los amigos (Jesús Enrique Chaparro, Wilson Gómez, Jaime Quezada). A las amigas de Neiva (Silvia Perdomo, Julieta Hernández, Clara Cortés, Martha Dorely Minco, Amparo Quintero, Luz Dora Zapata, Inés Polo). En San Antonio, Tolima (Leonor Ducuara, José Gil, Luz Dary Aguiar, Clarivel Campos, Ismael Oviedo, Alfredo Aguiar, Eulalia Aguiar). En Ortega, Tolima (Arcersio Váquiro, Desined Figueroa, Deiden Figueroa y Juan Bautista Peñuela). En Casanare (Dominga Olguín, Helda Castro, Roberto Ortiz, Juan Alejandro Ortiz, Rubio Pérez y Carmenza Cataño). En Bosa (Oliva Tintinago, Fabio Narváez, Inés Martínez, Nemesio Rivera, Susana Garzón, Judith Guerrero, José Jara, Yineth Romero, María Elisabeth Jara, Milena Jara, Martha Aguirre). En Sibaté (Marinella Ramírez, Amanda Ramírez, Román Ramírez, Javier Muñoz, Saúl Ríos, Leonel Borda).

En Bucaramanga tuve contacto con la Escuela Bíblica de Betania, una experiencia de personas laicas que impulsaban Jesús Enrique Chaparro y Wilson Gómez, quienes me invitaron a compartir un taller sobre el método de Artífices, Entradas, Llaves y Claves. Allí pude conocer un grupo de personas con quienes me seguí encontrando. Mi memoria no recuerda a las personas participantes.

Con la Fundación Universitaria Reformada de Barranquilla tuve invitación en 2004 a través de Amílcar Ulloa para acompañar un seminario sobre la Teología Campesina y la Hermenéutica Campesina de la Biblia, experiencia que dio lugar años después para otra actividad académica en Apartadó, Antioquia, lo cual ha permitido establecer relaciones de cercanía con estudiantes, principalmente, con Maribey Villarreal y Juan Carlos Serrano Sandoval, lo mismo que con el profesor Yerry Garavito.

La Iglesia Colombiana Metodista se interesó por la Lectura Popular de la Biblia en los tiempos en que José Duque, uno de los teólogos colombianos de la liberación llegó a Colombia y se encargó de un proyecto formativo adentro de la Iglesia. El obispo Juan Alberto Cardona nos invitó a un acompañamiento bíblico en Cali, Medellín y Barranquilla, que luego se extendió a Bogotá y Cartagena. Esta formación bíblica la asumimos Carmen Cecilia Alfaro, Marta Eugenia Pérez, Sonia María Hernández y yo, quienes formábamos el Equipo de Género en Medellín.

El proceso tuvo respuesta positiva en unos lados, pero en otros no pegó realmente, quizás porque nuestra metodología de lectura bíblica era muy diferente a la manera de leer y estudiar la Biblia en las iglesias protestantes. Cali fue la ciudad donde hubo una mejor respuesta y recepción al trabajo bíblico. Con todo, fue muy significativo apoyar esta formación, pues años más tarde fue posible conseguir el apoyo del obispo Juan Alberto Cardona, para intermediar en la consecución de una beca con la Iglesia Unida del Canadá para concluir los estudios de la maestría en Costa Rica.

La Conferencia de Religiosos y Religiosas (CRC) de Bogotá, fue otro de los espacios institucionales que acogió mis enseñanzas de Biblia a la vida religiosa a través del P. Carlos Bernal de los Claretianos. Tuve la ocasión de acompañar cursos allí a quienes

se formaban en la vida religiosa. Allí se dieron condiciones para que más adelante ascendiera por las carreteras destapadas de Ciudad Bolívar para acompañar la formación bíblica a un grupo de mujeres. Eran barrios subnormales, con carreteras destapadas y población desplazada de muchas regiones de Colombia. Rosa Emma Carrión las acompañaba, pero ya su salud avisaba el agravamiento de una enfermedad crítica. El contacto siguió con la Hna. Carmen Cecilia Alfaro, ante el fallecimiento de Rosa Emma Carrión.

Hacia el Norte de Bogotá, sobre la vía que conducía a la localidad de Suba, estuve llegando un día a un refinado centro vacacional, invitado por Visión Mundial para un taller de Biblia con personas de sus diversos trabajos. El lugar era impecable en cuanto a su limpieza, mientras el taller era para llenar un salón de símbolos con la Madre Tierra, frutas diversas y láminas en el piso, símbolos intrusos en lugares como esos. Era un grupo numeroso de promotores y promotoras de esta institución. Después hubo nuevos espacios para talleres con jóvenes en Bogotá y en la Costa Atlántica, en los tiempos en que allí laboraba la pastora menonita, Isdalia Ortega, y se pudo establecer un convenio con CEDEBI. Tal experiencia fue bastante esporádica, pues no hubo una continuidad en cuanto a la propuesta formativa que desarrollábamos. Últimamente he recobrado el contacto con Viviana Machuca en un evento en la Universidad Javeriana en Bogotá, pero me contó que no tienen proceso de acompañamiento en lo bíblico.

Con la Iglesia Luterana tuve contacto en Bogotá a través de quien actualmente es el obispo, Atahualpa Hernández, para acompañar un curso de formación bíblica en la Escuela de Teología. Puede decirse que fue mi primera experiencia de docencia virtual, antes de que la pandemia del Covid 19 impusiera este sistema en el mundo. Por entonces andaba en Bogotá en la operación «*rebusque bíblico*», sobreviviendo del acompañamiento que

ofrecía en varios lugares e instituciones amigas. Esta relación posibilitó mi contacto con el pastor Jhon Hernández en Medellín, y visitarle varias veces en la sede de la Iglesia Luterana. Mi último contacto ha sido con Mónika Fernández, a quien conocí en el espacio de Fe y Culturas y Diálogo Interreligioso.

El contacto con las Hnas. del Sagrado Corazón de Jesús tuvo lugar en la sede de la Juventud Trabajadora Colombiana a través de la Hna. Marta Eugenia Pérez, donde se alojaban participantes de alguno de los tantos cursos que se realizaban en Bogotá. Después coincidimos en diversos espacios como el CIB-92, el CEDEBI y el proceso de lectura en perspectiva de género en Medellín. Acompañé procesos de formación bíblica en La Gabriela, Bello y en Ciudad Jardín, en Bogotá. A través del contacto con Marta Eugenia pude llegar a La Argentina, Huila, a uno de sus encuentros especiales. Hemos compartido la cercanía bíblica con Carmen Cecilia Alfaro, Inés Quiceno, Cecilia Naranjo, Martha Eugenia Pérez y Elizabeth Gómez.

A la Comunidad de las Hnas. Misioneras de la Madre Laura llegué a través de la Hna. Magnolia Parra, por comienzos de 1987. Ellas tenían una casa en Campobello, Córdoba. Después me invitaron a un encuentro nacional en Toribío, Cauca, para compartir sobre la Lectura Campesina de la Biblia con representantes de las comunidades indígenas. Los contactos principales han sido con la Hna. Luz Enith Quintero, actual provincial de la comunidad y con la Hna. Mary Blanca, en espacios de formación virtual, en Belencito (Medellín) y en Dabeiba, Antioquia.

La aproximación a la Comunidad de los Misioneros Claretianos de la Provincia de Colombia Occidental y Venezuela, tuvo dos referentes principales: el P. Agustín Monroy, con quien compartí la experiencia del curso del CESEP en 1990, en São Paulo, Brasil, donde nos vimos por primera vez y con el P. Gonzalo de la Torre Guerrero en 1992, en Barranquilla, con motivo del

CIB-92, donde fue uno de mis profesores. Su enseñanza versó sobre las parábolas de Jesús, un horizonte bíblico que me ha apasionado hasta los días de hoy. El espacio principal en que he participado es el de la Fundación Universitaria Claretiana, como profesor e investigador en los últimos siete años. La presencia en sus espacios de pastoral bíblica claretiana ha sido escasa. Se remite a unas tres actividades, dos en Cali, en 2016, y una en Medellín. Manuel David Gómez me había invitado para acompañar varias actividades bíblicas en los primeros días de noviembre de 2016. Éramos conocidos y amigos de muchos años atrás, y compañeros de estudio en los tiempos de PROMESA y en la Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica. El itinerario en Cali tenía como objetivo una jornada en la Escuela Bíblica Claretiana sobre la metodología de la Hermenéutica Campesina de la Biblia, a la que asistió un buen grupo de personas. Allí estuvo acompañándome Gloria Inés Gamboa, integrante del Equipo del Centro Bíblico Claretiano, con quien había compartido ya muchos espacios bíblicos.

La siguiente actividad se realizó en la sede de la Universidad Claretiana, ubicada en el sector de Pance. El tema fue la parábola de los talentos, para un nivel de público más avanzado en Biblia, por lo que fue un taller de un contenido crítico. Estaba el Equipo del Centro Bíblico Claretiano de Cali, quienes me acogieron maravillosamente. Varias de las intervenciones reforzaron la interpretación tradicional de la parábola, a excepción de una animadora, Rosa Elvira Collazos, quien desde su primera intervención evidenció una perspectiva distinta de muchas otras que se habían compartido. Sus aportes me llamaron mucho la atención y creo que hicieron diferencia con otros. Con Rosa Elvira fue la oportunidad de cultivar una relación de amistad y cercanía más profunda en los tiempos posteriores. La experiencia de Medellín se realizó en la parroquia de Jesús Nazareno, organizada por Luz Mery Herrera Bermúdez.

También, en una oportunidad pude contribuir con las reflexiones a las lecturas del Diario Bíblico, una de sus principales publicaciones y compartir la experiencia de la Escuela Bíblica Cantares con el P. Pedro Nel Quintero.

En la Fundación Universitaria Bautista tuve la oportunidad de hacer una presentación de mi último libro *Siervos, talentos, usuras y resistencias. El campesino que complicó la parábola de los talentos*. Me acogieron los profesores amigos Roberto Caicedo, Isdalia Ortega y Betty Ruth Lozano. La concurrencia estudiantil de la universidad se mostró muy inquieta por el enfoque crítico, alternativo y contracorriente de la interpretación de la parábola, aunque también hubo resistencias a aceptar este tipo de interpretación.

El cierre de este capítulo IV, da cuenta de la institución de la Vicaría del Sur, en la Arquidiócesis de Florencia en el Caquetá, donde fui invitado a compartir un taller en la perspectiva de la Lectura Campesina de la Biblia. La directora de la institución, Yolima Salazar, me esperaba en el aeropuerto Gustavo Artunduaga Paredes, de Florencia. Allí compartimos la temática del Evangelio de la Madre Tierra en Ezequiel 36, 1-15 y la encíclica Laudato Si', del Papa Francisco. La experiencia fue muy valorada, por el acercamiento simbólico que hicimos acerca de la Madre Tierra.

CAPÍTULO V

LOS VUELOS DE LATINOAMERICANIDAD MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS COLOMBIANAS

Cuando el avión de VARIG aterrizó en São Paulo,
eran poco más de las 9:30 de la mañana (hora brasileña),
del 28 de julio de 1990.
Había salido de Bogotá a las 9:30 de la noche anterior,
haciendo escala en Manaos y Río de Janeiro.
Era la primera vez que viajaba en avión y que salía del país.
El día estaba un poco frío.
Antes, a mi vista se ofrecía un firmamento azul
y un sol hermoso que alumbraba la superficie del mar de nubes
blancas que envolvía los contornos de la metrópoli brasileña.
Por la ventanilla del avión podía contemplar
un horizonte azul y blanco.
El gigantesco jet fue perdiendo altura,
descendió al nivel de las nubes, entró en ellas, se sacudió, y
cuando salió, estaba ya volando sobre la ciudad de São Paulo,
aproximándose al aeropuerto Guarulhos.
Fue la primera vista que tuve de esta ciudad inmensa.
Escuché las últimas recomendaciones de la tripulación y
el saludo de "Bienvenidos a São Paulo", en portugués.

En el país de las Comunidades Eclesiales de Base

Los sueños y los pies caminantes fueron por tierras de Brasil en el año de 1990, vísperas de un movimiento eclesial y cultural en torno a los Quinientos Años del llamado «*descubrimiento*» de América.

Para quienes caminábamos más allá de las fronteras de Brasil, en los países del Gran Sur pobre, tratando de animar la causa de la liberación, nuestro sueño era venir alguna vez a Brasil. Deseábamos conocer el país de la Iglesia progresista, las pastorales articuladas, las Comunidades Eclesiales de Base, las organizaciones políticas, los/las biblistas, los/las teólogos/as, entre otros. En mi caso fue un sueño hecho realidad.

Mis pasos por Brasil seguían respondiendo a aquella búsqueda por saber algo nuevo, ser más humano y más persona. Llegué a un centro de formación teológica ecuménica, llamado Centro Ecumênico de Serviços à Evangelização e Educação Popular (CESEP), con el objetivo de hacer un curso de planeación pastoral durante cuatro meses.

El evento inició con una llamada seria y profunda sobre la actual situación que vivía América Latina y el Caribe. Realidad de profundas crisis que exigían discernimiento y toma de conciencia para encontrar caminos que nos llevaran a superarlas mediante una acción organizada del pueblo y de las iglesias.

Asistíamos a una época llena de cambios, conflictos, transformaciones (sociales, políticas, económicas, religiosas, culturales y espirituales), reformulación del capitalismo,

que alcanzaba una dimensión internacional (globalización). Los sistemas socialistas se habían desplomado en Europa. Había tiempos de crisis en las izquierdas latinoamericanas. Los gobiernos de nuestros pueblos habían venido afirmando los principios inhumanos del capitalismo. El movimiento indígena cobraba importancia en Ecuador. La Iglesia Católica, como institución vaticana, afirmaba su línea de involución conservadora. Y la Iglesia de los Pobres estaba muy viva a pesar de tantas dificultades y persecuciones que venían de todas partes.

Entonces, estábamos en la entrada de la década de los 90. Julio de Santa Ana decía durante los seminarios: "*que la década de los 80 fue un tiempo perdido para América Latina*". Nuestros países se empobrecieron más debido al pago de los servicios de la deuda externa y al sometimiento y exigencias del Fondo Monetario Internacional (FMI), sin recibir préstamos justos y destinados al crecimiento y desarrollo de la población pobre.

Había, por tanto, una inmensa responsabilidad para nosotros que teníamos la oportunidad de venir a vivir esta experiencia, para buscar pistas, caminos, salidas, que pudieran contribuir a la construcción de algo nuevo para nuestros pueblos. Como agentes de pastoral, éramos exigidos en el comienzo a dar lo mejor de sí mismos, no solamente por un compromiso con el CESEP o con la instancia religiosa que nos delegó, sino por una responsabilidad histórica con la lucha y el futuro del pueblo.

A lo largo del curso percibí que teníamos problemas muy serios que enfrentar, sobre todo en nuestras pastorales. Varias personas asesoras (Julio de Santa Ana, Óscar Beozzo, Otto Maduro, Eduardo Wanderley y Pedro Ribeiro de Oliveira) señalaron:

> Los laicos están saliendo del ruedo de la Iglesia. Son los segundones y, en muchos casos, para acabar de ajustar, son dependientes de estructuras parroquiales, convertidos en

> pequeños sacerdotes, que llenan los vacíos donde el párroco no puede estar. Así aparecen sin autonomía, sin iniciativa propia para comprometerse con las cosas concretas de la comunidad.

Había entonces la urgencia de recuperar la dimensión de laicos comprometidos con los servicios de la acción en el mundo y no solamente en el campo religioso. En relación con lo anterior surgía claramente el problema de la dependencia y la autonomía. Muchos de nuestros trabajos dependían de pastorales y eran muy pocas las experiencias que ganaban autonomía. Los equipos de agentes de pastoral todavía seguían asumiendo la mayoría de actividades en las pastorales, sin que los laicos asumieran un papel decisivo. La dependencia, poco a poco, estaba matando las posibilidades de un surgimiento vigoroso del laicado.

Otro problema era que trabajábamos dentro del esquema «*Iglesia con Comunidades*», donde en una parroquia «*cabía de todo*». Era el esquema de «*salvación individual*», acompañado de mucho asistencialismo y ritualismo. La parroquia dependía de la diócesis, y las CEBs y los demás grupos, dependían de la parroquia. La gente podía entrar en lo que quisiera. Había ahí una limitación grande para trabajar en el esquema de «*salvación comunitaria*».

En consecuencia, era necesario desarrollar un proyecto hacia dentro de la Iglesia, que apuntara a la construcción de unas estructuras eclesiales más justas y democráticas, donde se pudiera vivir la mayor diversidad de ministerios (servicios), tanto en el campo eclesial como en el político, apuntando hacia comunidades mesiánicas, en referencia a las primeras comunidades cristianas.

También pudimos abordar el problema de los militantes cristianos, que una vez entraban al partido, o a la organización

política, dejaban de pertenecer a la Comunidad Eclesial de Base. Esto era resultado de una falta de acompañamiento y a fallas y vacíos en la formación política. Por una parte, no teníamos una formación para todas las dimensiones de la vida. Por otra, no existía una formación sistemática y continuada. Además, teníamos descuidada la formación teologal. Nos costaba parar para orar, para dejar que Dios nos hablara, para contemplar las maravillas de Dios.

Nuestra espiritualidad y nuestra mística precisaban de ser vividas más intensamente, en un gesto de profunda gratuidad con Dios y con toda la Creación. Aquello que podíamos llamar de manera dulce: un enamoramiento de Dios. Cuando no parábamos para escuchar y contemplar a Dios, nos perdíamos del camino, caíamos en el activismo, nos metíamos en mil cosas y no quedábamos satisfechos.

El curso nos aportó los siguientes elementos: necesidad de impulsar la Lectura Popular de la Biblia, descubrimiento de la dimensión liberadora que tiene la mujer en la Biblia y en el proceso de liberación del pueblo. También la visión latinoamericana y ecuménica, el compartir las experiencias latinoamericanas y caribeñas, el descubrir los aciertos y vacíos de nuestras prácticas pastorales.

Pinceladas de cotidianidad por tierras brasileñas

Cuando uno siente que está fuera del país, empieza a tener otra valoración de lo que ha dejado atrás en su patria. Esa sensación la empecé a sentir a medida que nos distanciábamos de la ciudad de Bogotá.

En nuestro viaje nos habíamos encontrado tres personas, que llevábamos el mismo destino: São Paulo, el CESEP. Sin reconocerle todavía, en el mismo avión viajaba el padre claretiano Agustín Monroy. Nos reconocimos ya en los pasillos del aeropuerto de São Paulo. Yo no sabía ni una palabra del portugués, por lo que desde el mismo ingreso a Migración comencé a tener problemas con la carta de entrada al país. La había llenado de manera incorrecta y no le podía entender nada al funcionario que me recibió la documentación.

Era el sábado 28 de julio y salimos a buscar un bus que nos llevara a la *Praça da República*, un lugar céntrico de la ciudad de São Paulo. Cuando nos bajamos en pleno corazón de la ciudad, buscamos afanosamente un taxi que nos llevara al CESEP, pero desconocíamos el idioma portugués y las coordenadas geográficas de São Paulo, por lo que desde la entrada fuimos asaltados por el taxista que nos cobró el doble de lo que valía la carrera. Nos dio vueltas y finalmente llegó a la dirección que buscábamos.

Cuando se abrió la puerta, nos dieron el saludo y el abrazo de bienvenida. Estaba Luciano, un gaucho efusivo, que abrazaba fuerte y parecía que le iba a exprimir a uno su cuerpo y sus manos. Nos saludó un hombre de cuerpo robusto, quien resultó ser Julio de Santa Ana, uno de los teólogos de la Teología de la Liberación, de quien tenía indicios por sus libros, pero que no esperaba encontrar a la llegada. Le acompañaba su señora. Nos ofrecieron café y pan. Un televisor pasaba la programación de fútbol en portugués aquella mañana sabatina, sin que pudiera entender casi nada.

Corría nuestro primer día en São Paulo. El lugar donde habíamos llegado se llamaba la «*Casa Comunitaria*», en cuyo interior estaban puestas todas las banderas de los países que se harían presentes a través de sus delegaciones. Ver allí la bandera

colombiana, despertaba un sentimiento de nacionalismo nunca antes sentido. Al llegar la hora del almuerzo, las personas colombianas salimos a la calle a buscar un restaurante. Yuri, Agustín, Rosalba y yo caminamos por la *Avenida Nazaré* hasta encontrarlo. Pasamos por una dificultad grande porque no nos entendían las personas que atendían las mesas, ni tampoco sabíamos qué nombre tenían allí las comidas. Varias muchachas y muchachos se acercaron a preguntarnos, pero no era posible la comunicación, las barreras del idioma eran tremendas, hasta que tuvimos que optar por el lenguaje de las señas, es decir, ir a mostrar de lo que queríamos comer.

Al caer la tarde nos llevaron a la casa donde íbamos a hospedarnos. Era un seminario, con cuartos individuales, baños comunes y un pasadizo oscuro, que se iluminaba cuando alguien prendía la luz eléctrica. Varios de los cuartos tenían una ventana que daba a la calle, pero con la desilusión de que al abrirla solo se contemplaban edificaciones y nubes de humo, señales de la contaminación que arropaba a esta urbe latinoamericana. Cuando nos presentaron al director de la casa, que debía ser un religioso, este nos enseñó los reglamentos. Se podía llevar amigas hasta el primer piso y compartir los espacios de la sala y los corredores, pero ellas no podían pasar al segundo nivel donde estaban las habitaciones de los hombres. El caso es que allí habíamos llegado religiosos, pastores, sacerdotes y laicos, a acomodarnos en un ambiente religioso, de monasterio, de seminario. Después supimos de la llegada del P. Arturo Silva, de Bogotá y del Pastor Amílcar Ulloa, de Medellín.

Nuestro primer domingo tuvo una experiencia inolvidable. En la tarde nos convidaron a una manifestación política en la *Praça da Sé*, frente a la catedral de São Paulo. Era una manifestación de un candidato a la gobernación de São Paulo, representante del PT (Partido de los Trabajadores). Allí la política tenía otras dimensiones, nuevas para mí, porque esto era un festival musical,

puro baile de «*lambada*». Y la gente danzaba y danzaba, y extraños y extrañas iban tomando de las manos a otras extrañas y extraños para bailar. Era el calor brasileño, esa dimensión afectiva que les caracteriza, aunque en algunos casos observé que esto era pasajero. Duraba los primeros días, pero después iba entrando en un desgaste y un enfriamiento. Aquella noche solo iba quedando la música de las canciones y la musicalidad del portugués, las imágenes de los carteles y la dimensión lúdica de las bailarinas que danzaban sin descanso.

La primera semana de estudio la vivimos aprendiendo nociones básicas de portugués con Lía Beozzo, una mujer que me tomó mucho cariño y que le impactó una de las canciones colombianas que me animé a cantar allí: Urí. Entonces, en las mañanas estudiábamos y en las tardes eran momentos de integración. Hubo una tarde en que salimos a conocer los lugares históricos de São Paulo, guiados por el P. José Óscar Beozzo, teólogo de la liberación e historiador de la Iglesia, quien nos iba contando la historia de cada monumento, de cada iglesia, convento o edificio que sobresalía. Personalmente me impresionó la memoria de Óscar, que se conocía todas estas historias del centro histórico de la ciudad.

Pepita Buendía Gómez conformaba el Equipo Coordinador del CESEP y nos acogía en la Casa Comunitaria donde almorzábamos y cenábamos y en el salón de clases donde conocimos las más renombradas figuras y símbolos del Movimiento de la Teología Latinoamericana de la Liberación y del Movimiento Bíblico Latinoamericano.

Los comienzos de agosto y hasta terminar el mes fueron de un frío aterrador. En las mañanas saboreaba un café con leche y un pan como jamás antes lo había hecho. Podría decirse que era mi alimentación más preferida. De allí surgió de nuevo mi gusto por el pan, en una experiencia evocativa del paso por el Instituto

de los Hnos. de la Salle en 1973, que hizo que no extrañara tanto la arepa paisa.

Unas semanas después organizamos un paseo con personas colombianas que se encontraban estudiando y trabajando en São Paulo. Allí estaba el P. Alfredo Ferro Medina, un jesuita que me había animado a ir a estudiar a Brasil y había ayudado a conseguirme la beca de estudio. Estaba Francisco Reyes, un amigo de antes, que por aquellos años estudiaba Biblia allá. El paseo fue a la ciudad de Santos, la cual queda al lado del mar Pacífico. Allí nos encontramos con más personas colombianas y pasamos momentos muy agradables.

La estadía en São Paulo significó hacer una lectura desde fuera de la experiencia eclesial colombiana, percibir dimensiones que cuando se está dentro no se alcanzan a mirar. Valoraba entonces la experiencia de estar allí como laico. Y percibía el vacío en las experiencias de Brasil, donde no había un solo laico en el curso. Aquella Iglesia, que había sido referente para toda América Latina, evidenciaba la debilidad en algo tan trascendental. Mucha presencia de obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, pero una ausencia descomunal de laicos, lo cual era síntoma de una Iglesia dependiente del clero secular y religioso.

Pasar por el CESEP representó la oportunidad de conocer personalmente a varios/as de aquellos/as teólogos/as de la liberación que conocía por sus libros y escritos desde 10 años atrás cuando se había realizado la Conferencia de Puebla, en México. Cuando tuvimos la semana sobre Fe y Política, vino Frei Betto, un hombre de profunda oración y espiritualidad, que veía bien de mañana en la capilla en oración y meditación.

A mediados del curso llegó una teóloga, por quien tenía una expectativa muy grande, ya que había escuchado hablar de ella muchas veces. Venía a trabajar la temática de cristología. Desde

el primer momento nos desafío al encuentro con una cristología feminista. Era Ivone Gebara, una mujer valiente, osada y decidida a trabajar una temática difícil en medio de un grupo de muchos sacerdotes, pastores, religiosas y laicos, para quienes las relaciones desiguales en sus iglesias y las discriminaciones a la mujer, eran el pan de cada día. De entrada, Ivone pegó una sacudida al grupo, provocando una reacción de prevención y resistencia en buena parte de las personas participantes. Sentí que en el grueso del grupo se levantó un bloqueo contra Ivone Gebara.

Con motivo de la celebración del V Centenario del llamado «*descubrimiento*» de América, aparecía en el listado de asesores y asesoras, Gustavo Gutiérrez, considerado el Padre de la Teología de la Liberación. Sacerdote peruano, de quien había leído aquel clásico, publicado en 1972, «*Teología de la Liberación, Perspectivas*». Cuando hizo su entrada al salón de clases, mi corazón ardía de emoción, porque por fin podía conocer personalmente a uno de los símbolos de este movimiento teológico en América Latina. Me sorprendió su figura pequeña, su sencillez, su humildad y su semblante enfermizo. Padecía en ese momento serios quebrantos de salud que habían puesto en peligro su presencia en el curso, de hecho, afectada, porque solamente pudo estar dos días.

Pero mi mayor expectativa frente a los símbolos de la Teología de la Liberación estaba en quien desde la distancia y en sus libros había influido notablemente en mi formación. Se trataba de Leonardo Boff, un teólogo perseguido por el Santo Oficio Romano, censurado y acallado por las autoridades vaticanas. Recordaba entonces que cuando aparecían sus primeros libros, me internaba en la librería de San Pablo en Medellín, a buscar sus libros y a leerlos dentro, porque la economía no daba para comprarlos. Allí me había hecho conocido de Carmen Lucía Martínez, la cajera de la librería. Con el pretexto de comprar

tarjetas de amistad, buscaba las obras de Leonardo Boff y pasaba horas y horas leyéndolas. Así conocí: *Jesucristo el Liberador*, *Los Sacramentos de la Vida y la Vida de los Sacramento*s, *Pasión de Cristo, Pasión del Mundo*, *La vida más allá de la muerte*, *El Padrenuestro*, *Encarnación y Jovialidad de nuestro Dios*, *Iglesia, Carisma y Poder, Eclesiogénesis*…

Leonardo vendría a orientarnos la Semana de Espiritualidad, pero tuve la ocasión de conocerle antes, en un teatro de São Paulo, donde él iba a dar una conferencia. Cuando llegamos, el teatro estaba atiborrado de público. Entre apretones pudimos lograr una ubicación dentro, mientras afuera sucedían las protestas de gente que quería entrar, pero que la policía y la administración del teatro no permitía. Dentro del teatro conocí, por primera vez, a Leonardo, que únicamente se dirigió al auditorio por espacio de cinco minutos, porque luego se salió a la calle, y allí realizó la charla, con la gente que no había podido entrar.

En un lindo lugar, llamado «*Vinhedo*», fue nuestra semana de Espiritualidad. Realmente fue una de las semanas más hermosas que pude vivir en el curso. Nuestro grupo tuvo problemas y retraso para llegar. Hacia el mediodía lo logramos y Leonardo ya estaba allí. Lía Beozzo le acompañaba y ya le había hablado y mostrado mis escritos. Él se había alegrado mucho y me facilitó el poder compartir en una de las noches. La sencillez, la cercanía, la sensibilidad de Leonardo, me impresionaron mucho. La noche que hablamos me animó a escribir y me confió las maneras y los medios que él utilizaba para escribir sus libros. Por un momento me manifestó su ayuda y su disposición de hacer una presentación de mis escritos. Mi último recuerdo de él, esa semana, fue la despedida en una estación de tren.

Las romerías de la Tierra eran otra de las manifestaciones religiosas y políticas de la Pastoral de la Tierra en Brasil. Para los meses que estuve en São Paulo, Alfredo Ferro estaba vinculado a

esta pastoral y pude participar en uno de estos eventos. Después de un largo viaje, llegamos a una planada inmensa donde, sin exagerar, podían verse más de quinientos buses parqueados. En ellos habían llegado los «*romeiros*». La multitud de gente era impresionante. Por un solo día se reunían más de 20.000 personas de diferentes ciudades y regiones de Brasil. Nunca antes había visto un acto tan masivo, pero la preparación y la coordinación eran impecables. Cantos, consignas, saludos y una celebración, presidida por varios obispos, era lo vivencial en este día de encuentro. Aquí uno podía darse cuenta del acompañamiento pastoral que los obispos hacen a la Pastoral de la Tierra, su sensibilidad y solidaridad con los Sin Tierra, algo tan lejano en Colombia, donde parte del Episcopado es amigo de los terratenientes y hacendados que han acumulado las tierras.

Las romerías eran una experiencia de espiritualidad, de fiesta, de creatividad, de encuentro, de compartir, de peregrinación y de celebración. Por un momento fuimos invitados a subir a la tarima y, desde allí, dimos un saludo latinoamericano a los «*romeiros*».

Estábamos ya en octubre, a pocas semanas de concluir el curso. En este mes se realizó un encuentro de obispos progresistas de América Latina, comprometidos con la Iglesia de los Pobres, con la Teología de la Liberación y con las Comunidades Eclesiales de Base. Allí pude conocer a varios de ellos, venidos de diversos países de América Latina, pero mis ojos no pudieron ver un obispo colombiano entre aquellos ancianos de un testimonio profético admirable. ¡Cuánto se quedó atrás el Episcopado Colombiano de los postulados del Concilio Vaticano II, de la Conferencia de Medellín, de la de Puebla, de las CEBs y de la Teología de la Liberación! Entre cincuenta y sesenta obispos, ningún colombiano. Allí estaba la figura venerable de Don Sergio Méndez Arceo, de Don Samuel Ruíz, de Don Pedro Casaldáliga, de Don Paulo Evaristo Arns… Estos eran los padres impulsores de esta Iglesia que llamamos Iglesia de los Pobres.

Y haciendo una reflexión, surgía la pregunta: ¿dónde está el relevo generacional de este episcopado que ya podía rondar en un promedio de 70 y 80 años de edad? No se notaba allí el relevo, porque los jóvenes episcopados de América Latina, caminaban en la corriente de involución, ajenos y de espaldas a las realidades de muerte y de injusticia en América Latina y el Caribe. Esto ocurría en los tiempos de Juan Pablo II, máximo jerarca de la Iglesia Católica. Esta era la triste realidad, desesperanzadora, por cierto, dado que las políticas de nombramientos de obispos en Roma no permitirían que una nueva camada de obispos reviviera esta dinámica progresista y liberadora de la Iglesia latinoamericana.

¿Por dónde estaría el futuro de esta Iglesia de los Pobres? Por los nuevos obispos no se veía venir ningún futuro promisorio. Antes, por el contrario, habría más oposición y resistencia a expresiones eclesiales comprometidas proféticamente y solidarias con las mayorías empobrecidas del Continente. El ministerio teológico estaba también en la mira de la censura y de la persecución, pero con mejores posibilidades de relevos generacionales. Allí estaba una generación de padres, rondando por los 60 y 70 años, pero también se podía ver otra generación de los hijos y las hijas, cuyas edades estaban por los 40 y 50 años. Y hasta se podría decir que venía empujando una tercera generación, la de los nietos y las nietas, asomándose desde los 20 y los 30 años al horizonte teológico latinoamericano.

El futuro vendría a estar en manos de esta segunda y tercera generación, que estaría abriendo puertas hacia iglesias más ecuménicas, más laicales, más enraizadas en las culturas. Estarían despuntando hacia horizontes teológicos y bíblicos más específicos, de rostros concretos, de sensibilidades interculturales y religiosas más amplias y universales. Recuerdo que hubo un momento en que pude acercarme a monseñor Pedro

Casaldáliga y darle un saludo y compartirle sobre mi país de procedencia. Se alegró mucho y se retiró un anillo de color negro que llevaba en su mano y me lo colocó en un dedo de mi mano. Fue un gesto de mucho significado que me impactó mucho y que no olvido.

Concluyo este apartado, evocando y recordando la belleza de los cerros y las playas de Río de Janeiro. No nos podíamos venir del Brasil sin conocer la ciudad de «*Río*», su catedral, el «*Cristo del Corcovado*», la playa de «*Copacabana*» y el cerro de «*Pan de Azúcar*» (en portugués, *Pão de Açúcar*) y la bahía de «*Guanabara*». El día que viajamos, me encontraba enfermo, pero aun así disfruté de la belleza de esta ciudad. Disfrazado, caminé por las playas, en medio de multitud de mujeres en vestido de baño. Era el único que iba de pantalón y camiseta, sin planes de bañarme, pero sí de contemplar aquella belleza. Subimos entonces a los cerros, desde donde se podía apreciar la belleza y la majestuosidad de la ciudad, donde más allá estaba la otra «*Río*», la de las «*favelas*», la de los empobrecidos.

Rumbo a Ronda Alta: una sociedad más cerca del sueño de Dios

A finales de 1990 tuve la oportunidad de conocer una experiencia en el Sur de Brasil, donde la Iglesia, las Comunidades Eclesiales de Base, la organización política, el Partido de los Trabajadores (PT), el Movimiento Sin Tierra, entre otros, han logrado significativos avances en la conciencia y organización del pueblo. La Pastoral de la Tierra asesora y acompaña en varias diócesis las romerías de la Tierra, el caminar de los Sin Tierra y la articulación de las CEBs con las organizaciones populares.

Estábamos en São Paulo, ya en la mitad del curso del CESEP, cuando abordamos un bus con destino a Ronda Alta. Llegamos, y a nuestra vista estaba un pueblo pequeño, aparentemente pequeño, porque luego se fueron revelando muchos de sus secretos, su fuerza histórica, su poder de organización, la fuerza de su mística y de su fe.

Más de diez años de lucha por la Tierra, era la historia del éxodo del pueblo, que todas y todos nos cuentan. Pareciera que cada una y cada uno la lleva grabada en el corazón. Los terratenientes y hacendados eran los dueños de la Tierra, en un país que presenta uno de los mayores índices de concentración de la Tierra.

La Biblia se abrió desde el primer momento, y el pueblo de los Sin Tierra pudo hacer una relectura de su situación y sentir que Dios estaba de su parte, como allá en la marcha del pueblo de Israel en el desierto, para la conquista de la Tierra prometida. Entonces nos contaron:

> Una noche de septiembre de 1979, cuando los militares preparaban sus desfiles para celebrar la independencia de Brasil, hicimos la primera ocupación de Tierra. En 47 camiones, a las 2 de la mañana, con la luz de la luna, entramos a ocupar la Tierra. Y allá en el Éxodo de Israel, Dios por medio de una columna de fuego (Ex 13, 21) iba guiando a su pueblo; en esta noche, Dios nos guiaba por medio de la luna.

Y en ese día tuvimos una gran celebración, donde construimos y levantamos, en todo lo alto, la cruz. La cruz, como símbolo de la lucha del pueblo por conquistar la Tierra. Ella es un símbolo de unidad que fortalece al pueblo en su marcha liberadora. El sitio se llamaba «*Brilhante*», y aquí nació el Movimiento de los Sin Tierra en 1985, y también se puede afirmar que se fue viendo claro el camino hacia la construcción de una nueva sociedad en Ronda Alta.

Hoy, nuestros ojos pueden ver los verdes trigales comunitarios, los espigados maizales, las asociaciones de productores rurales, los sindicatos, el hospital de los trabajadores, las CEBs, el Centro de Técnicas Agrícolas Alternativas, el Movimiento de Mujeres, el Movimiento de los Sin Tierra, la «*prefeitura*» (alcaldía) en manos del PT (Partido de los Trabajadores) y la cocina de la parroquia, como lugar de encuentro del pueblo y de la Iglesia. Y uno se pregunta: ¿Si esto no es una manifestación concreta de la nueva sociedad? Esa que buscamos todos. Yo creo que sí, y pienso que también es un signo revelador de lo que llamamos Reino de Dios.

¿Cómo es la historia, la vida y el actuar de las CEBs en este proyecto político-religioso del pueblo? Recuerdo las palabras de una animadora que habló de los cuatro pilares de las CEBs. Ella nos hizo esta comparación: "*Si a una mesa le falta una pata, fácilmente se cae. Si se le descuadra o le queda más cortica, ya no queda bien*". Quería decir que las CEBs tenían cuatro pilares y que, si faltaba alguno, o se tenía por menos importante, se venía abajo. Estos eran los cuatro pilares: 1) Reflexión de la Palabra de Dios, 2) El compartir la vida en común (partilha), 3) Celebración de la vida y la fe, 4) Participación en el movimiento popular.

Pensando en lo que sostenía a las CEBs, uno podía concluir: que no hay manera de estar por fuera del proceso político-religioso de Ronda Alta. Los cuatro elementos eran para que el cristiano estuviera metido dentro de la lucha del pueblo por su liberación, sin perder su identidad cristiana y su dimensión de fe. De hecho, y desde un principio, las CEBs participaron de la caminata del pueblo por la conquista de la Tierra, la salud, la vida en común de las familias, la alcaldía, las celebraciones religiosas y la parroquia.

Las CEBs vivían una realidad concreta. El pueblo no tenía Tierra, y para recuperarla precisaba de la lucha y la organización.

Los «*fazendeiros*» (hacendados, terratenientes) tenían las autoridades policiales y militares de su parte para reprimir. El pueblo reflexionaba la Palabra de Dios, se alimentaba de ella y tomaba fuerza para organizarse en la lucha. Con ello se creaba una mística de lucha para conseguir resistir. Cuando el pueblo sufría la persecución, la represión, la desesperanza y el desánimo, la reflexión de la Biblia levantaba nuevamente los ánimos.

Una animadora de la Comunidad Eclesial de Base nos cuenta que los textos más leídos eran: "*cómo vivían los primeros cristianos, el Sermón de la montaña, las Bienaventuranzas, la visita de la Virgen a su prima Isabel y los textos más vivos que hablan del amor, la organización y el compartir*".

En la «*caminhada*» (término brasileño) hacia la conquista de la Tierra, y luego en la lucha por hacerla producir, se necesitaba de la «*partilha*», del compartir. Uno veía, desde signos pequeños, hasta hechos que parecían imposibles, que las CEBs de Ronda Alta eran una realidad. Por ejemplo, la forma como se vivía para vencer el individualismo, el egoísmo y la discriminación. No se trataba de un simple compartir, sino de un vivir comunitario, que superaba las raíces de muchos males. Cinco o más familias formaban una CEBs. Juntaban la Tierra y la trabajaban en común. Las herramientas de trabajo eran de la comunidad. La producción se destinaba para el sustento de todos y los remanentes se distribuían igualitariamente. Juntos iban resolviendo los problemas económicos. Llevaban una vida comunitaria y se servían mutuamente. Compartían el pan entre todos y se distribuían los servicios en la comunidad.

Tanto los grandes momentos como los cotidianos estuvieron marcados por el elemento de la celebración de la vida y la fe. En las ocupaciones de la Tierra, en la marcha y en el camino

el pueblo celebraba, porque la vida y la fe estaban unidas. Con sus cantos y símbolos acudían masivamente a la celebración de las romerías de la Tierra *("¡Bendita y louvada seja, esta santa Romaria! Bendito o povo que marcha, bendito o povo que marcha, tendo Cristo como guía*"). No se podía celebrar sin antes haber vivido y conquistado hechos de liberación para el pueblo. La celebración envolvía todas las dimensiones de la vida.

Las CEBs tenían celebración de la Palabra cada semana y los domingos participaban de la celebración del culto con las personas y familias que no pertenecían a ninguna Comunidad Eclesial de Base. Celebraban los aniversarios, los cumpleaños, los casamientos y mantenían una preocupación muy grande cuando alguien se retiraba o dejaba de venir a las reuniones y celebraciones. Había entre ellos la corrección fraterna. Vivían la alegría intensamente, en una relación de amor y confianza entre niños, jóvenes y adultos.

Otra joven animadora nos decía: "*Donde la gente vive en comunidad y participa de los movimientos populares, allí es donde se establece las CEBs*". Y en verdad que no se podía pertenecer a la Comunidad Eclesial de Base sin estar comprometido políticamente en las organizaciones populares. Costaba creer cómo todos los miembros de CEBs estaban vinculados a diversas organizaciones, sin perder la identidad, el amor y la referencia a su comunidad. Estaban sirviendo a la pastoral de la Iglesia, pertenecían al sindicato, trabajaban con las asociaciones, luchaban en el Movimiento de los Sin Tierra y algunos militaban en el Partido de los Trabajadores.

En verdad que las Comunidades Eclesiales de Base, actuando de ese modo, eran la confirmación de lo que Pablo Richard decía para la Iglesia de los Pobres en la década de los 90:

> "La CEB busca realizar en sí misma, no un aspecto de la Iglesia, sino toda la plenitud de la eclesialidad. Por último, la CEB es una comunidad de base: no se trata solamente de la base de la Iglesia, sino sobre todo de la base de la sociedad… Las CEBs son ellas mismas, conservando su identidad eclesial, parte de esos movimientos populares".

Desde los comienzos y en los momentos más difíciles, el P. Arnildo acompañó al pueblo. Todos sentían que es un defensor de sus intereses que, a pesar de ser amenazado, no les abandonó, y que estaba presente en la marcha, en la protesta, en la ocupación, en la resistencia, en la fiesta y en la celebración. De ese modo, a través del párroco y de las CEBs, la Iglesia se insertaba en los movimientos populares, sin dejar de ser Iglesia. De esto eran conscientes todas las fuerzas populares de Ronda Alta: reconocer que la Iglesia y las CEBs han sido parte importante en lo que han logrado construir.

Alguien nos dijo: "*Aquí buscamos construir un hombre nuevo en todas sus relaciones, y entendemos que la vida está ligada a varias dimensiones: política, económica, social, cultural y religiosa*".

La espiritualidad era ser fiel hasta las últimas consecuencias por hacer realidad el querer de Dios en este proyecto. Seguir a Jesús, afirmando su verdad de liberación en el oprimido, persistiendo, aunque se desbaraten las bases políticas y el fracaso se nos venga encima, era obrar y vivir según el Espíritu, como nos lo decía Leonardo Boff. Es como la terquedad de que nos hablaba Gustavo Gutiérrez.

El padre Arnildo, decía: "*La mística es lo que ayuda a retomar los problemas de la vida y lo que alimenta la lucha*". Si no hay la mística, fácilmente se abandona la lucha, se toman otros caminos fáciles, las personas se acomodan y se instalan, se evita

encontrarse con los problemas. La mística cristiana nos sumerge dentro de la conflictividad, no nos saca de ella. Su mejor fuente está en el Evangelio. Jesús es el más grande místico, no en cuanto huye de los problemas, sino en cuanto se encarna en la realidad y hace la voluntad del Padre. Esa voluntad no significa ser solamente buenas personas, exige un modo de santidad, que es don de Dios, un amor político. Y se ama políticamente cuando se asume la participación en los proyectos políticos, tomando partido a favor del pobre, y cuando se construyen relaciones más humanas y fraternas.

La mística precisa de una relación de íntima comunión con Dios. Una relación contemplativa, de enamoramiento con Dios. Solo en esa relación de gratuidad, el cristiano alcanza a vislumbrar y trascender el horizonte histórico y futuro del mundo donde está sumergido. San Pablo decía: "*pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho*" (Rom 1, 20). Y cabe hablar aquí de la oración, para la que casi no nos quedaba tiempo. Ella era fundamental para alimentar la mística y la espiritualidad.

A lo largo de todo este camino, la mujer fue protagonista principal de la liberación. Los hombres confesaban que sin las mujeres no hubiera sido posible la conquista de la Tierra y lo que habían logrado conseguir. Ellas fueron al frente cuando los militares reprimieron las marchas y los acampamentos. Las mujeres de las CEBs, de los acampamentos y de las organizaciones eran escuchadas con todo respeto. Tenían una sabiduría y una capacidad de hablar sobre su experiencia muy grande. *Rose*, era el símbolo de la mujer en la lucha, en la marcha, en el asentamiento, en el servicio. Ella murió en un accidente provocado. Nosotros nos detuvimos un momento ante su tumba, el día que cruzábamos por allí.

Las alturas bolivianas

Cuando el avión de Aeroperú aterrizó en el aeropuerto internacional de El Alto en La Paz, los árboles, los prados y los alrededores del terminal aéreo estaban cubiertos de nieve. Hacía un frío de espanto y la gente escondía su cuerpo en largos y gruesos abrigos de cuero y lana de alpaca.

Era una mañana del mes de junio de 1994. Llegábamos a participar en el Encuentro de la Región Andina, experiencia del Movimiento Bíblico Latinoamericano, por lo que ahora *Los sueños y los pies caminantes* llegaban a la Tierra de los hermanos aymaras, a sus importantes centros religiosos de Tiwanaku. Y llegábamos justo a la celebración del Año Nuevo Aymara en el altiplano boliviano.

En la delegación colombiana venía nuestra amiga, hermana y compañera, Graciela Melo, impulsora de la Hermenéutica Feminista de la Biblia en Colombia. Imposible imaginar que aquella sería la última vez que nos veíamos, pues pocos días después se enfermó y murió de leucemia. Una noche, como si fuera única en su vida, Graciela estuvo departiendo alegremente con el grupo, cantó canciones y estuvo hasta la media noche, desafiando el intenso frío que hacía en la meseta boliviana. También venía Francisco Reyes Archila, responsable de la secretaría ejecutiva de CEDEBI.

La experiencia del Año Nuevo Aymara fue inolvidable, sobre todo por la belleza y el frío que hizo aquella mañana del 21 de junio, de varios grados bajo cero. Nunca en mi vida había sentido un frío como el de aquel amanecer. Con varios pantalones, camisas, abrigos de lana, cobijas y guantes nos madrugábamos a uno de los centros religiosos.

El rito de adoración al sol fue una experiencia que me quedó grabada en el corazón, que sacudió en mis entrañas campesinas las raíces indígenas de mis antepasados. El amanecer estaba radiante, los lejanos cerros cubiertos de nieve blanca, el cielo vestido de azul y una espera festiva por la aparición del primer sol del año, que llenaría las palmas de las manos de la energía benéfica del sol. No había palabras para describir lo que sentía en ese momento, en aquellas ruinas del centro religioso de Tiwanaku y su imponente monumento «*Puerta del Sol*». La experiencia religiosa, la espiritualidad, la contemplación del sol, la alegría, los abrazos y las felicitaciones de un Año Nuevo Aymara, justificaron plenamente mis pasos por las tierras de Bolivia, más allá de los estudios de la Biblia que pudimos hacer en esos días, de frío intenso, en los que el agua amanecía congelada en las cañerías hasta las 11 de la mañana.

La acogida fraterna en Naña, Perú

Era el año de 1996, cuando estábamos llegando al aeropuerto Jorge Chávez de Lima, para un nuevo encuentro de la Región Andina. En las afueras nos esperaba Lucio Blanco y otra persona que no recuerdo su nombre. Ese día conocimos la parroquia donde misionaba el padre José Mizzotti, sacerdote italiano y referente del Movimiento Bíblico Latinoamericano en el Perú. Hacia la tarde-noche nos trasladaron a la casa de encuentros y convivencias en Ñaña. Me impresionó la inmensa ciudad de Lima, cobijada con una nube de contaminación, donde era difícil ver las distancias en aquella ciudad, ubicada al lado del océano Pacífico. Allí nos reunimos representantes del Movimiento Bíblico de la Región Andina (Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú y Colombia). Para entonces, Carlos Mario Vásquez desempeñaba la secretaría ejecutiva de CEDEBI y era una época de mucho

dinamismo, dada la reciente experiencia del IV Encuentro Continental de Ribla y Animación de la Lectura Popular de la Biblia, realizado un año antes en Medellín, Colombia (1995).

En el ambiente acogedor de aquella casa inolvidable, recuerdo que recibí el nombramiento para asumir la coordinación andina por el período de 1997-1998, en representación de CEDEBI. Era el tiempo de los nombramientos y esta responsabilidad implicaba acompañar los eventos regionales y elaborar un proyecto, para la financiación del servicio en estos dos años, el cual asumimos como CEDEBI. Además, por los mismos días había aceptado el acompañamiento del proyecto de la Lectura Campesina de la Biblia en las Comunidades Campesinas Cristianas y la animación continental de este mismo proceso.

De regreso de Lima, recuerdo de la preocupación vivida en el aeropuerto, donde el avión que nos traería a Bogotá estaba retrasado por una falla técnica, pues lo estaban reparando. Fueron más de dos horas de espera y luego, vivir la preocupación de que sobrevolaba la ciudad de Quito varias veces sin poder aterrizar. La tripulación comunicaba que se debía a congestión aérea en el aeropuerto Mariscal Sucre. Al final pudo aterrizar para que descendieran las personas pasajeras que se quedaban en Quito, entre ellas los compañeros y compañeras de Ecuador.

El vuelo hacia Cochabamba, Bolivia

Las circunstancias no fueron las mejores y solamente Dios y el compañero Roberto Caicedo, pastor menonita, conocieron de mi estado de ánimo para esta cita andina. Era el responsable en la coordinación andina, debía llevar más de 5.000 dólares para la financiación del encuentro y casi en la víspera del viaje, quien administraba los fondos de CEDEBI, manifestó no tener

el dinero disponible para llevar. Nuestra llegada era a la casa del Centro Bíblico del Verbo Divino en Cochabamba. Viajábamos un martes y el fin de semana habíamos estado en el Encuentro Nacional Ecuménico de Experiencias Bíblicas en Arbeláez, Cundinamarca. Allí se conoció la dramática situación del dinero y la tarde de un lunes festivo, intentamos comunicarnos a Cochabamba con el P. Francisco Donázar, sacerdote misionero del Verbo Divino, para participarle de la incómoda situación y buscar alguna solución extrema. Nunca se me olvidará que el P. Francisco, nos devolvió el «*alma al cuerpo*», como dicen, al decirnos que viajáramos, que la Comunidad del Verbo Divino nos prestaba ese dinero (6.000 dólares) a CEDEBI, a condición de reintegrarlos a la vuelta.

Al día siguiente abordamos el avión en Bogotá que nos llevaba, haciendo escalas en Quito (Ecuador), después en Lima (Perú), luego en la Paz (Bolivia) y, finalmente, aterrizar en el aeropuerto Jorge Wilstermann Camacho de Cochabamba. La vista de la ciudad me pareció hermosa y su clima como parecido al de Medellín. Tristemente, este tipo de situaciones le bajan a uno los ánimos y hubo que ser sinceros y transparentes, compartir la situación presentada en el encuentro y quedar expuestos a cualquier tipo de comentario sobre el riesgo corrido frente a la realización del evento de la Región Andina.

No obstante, he de reconocer que la Junta Directiva de CEDEBI me acompañó y me fortaleció anímicamente, al punto de respaldarme para asumir la secretaría ejecutiva del Colectivo hasta 2003. Por entonces, me hospedaba en la casa del pastor Jairo Alfredo Roa, en el barrio de Ciudad Berna, en Bogotá, acogido también por Alicia, su esposa, y Andrea, su hija. Jairo era el presidente y representante legal del Colectivo, conformado también por Javier Villegas, Martha Eugenia Pérez y Zoila Cueto.

En busca de los Teques, Venezuela

El avión de AVENSA, aerolínea venezolana, se posó en el aeropuerto internacional de Maiquetía Simón Bolívar de Caracas. La experiencia en el aeropuerto fue humillante, pues hacía ya un año que me habían negado la visa para entrar a Venezuela. Ahora, por convenios desde Caracas, la había logrado obtener, pero al descender del avión y entrar para hacer migración, dos agentes de policía me separaron del grupo de pasajeros con otra persona que iba en el mismo avión. Nos entraron a una oficina y esculcaron el equipaje de mano, al tiempo que me obligaron a abrirles la boca, seguramente para encontrar indicios de que portaba droga en el estómago.

Hacía un calor ardiente en la costa Atlántica de Venezuela, mientras buscaba a la salida del terminal aéreo las busetas que iban al centro de Caracas. Debía preguntar por un sitio que llamaban «*La Tambora*», bajarme y tomar un bus hacia «*Los Teques*». Era el mes de agosto de 1999, mes en que se realizaba el IV Curso Regional Andino.

Cuando estuve enfrente de una reja, toqué el timbre y salió a abrirme Didier, un viejo amigo y compañero del Intensivo de Biblia en 1992. Nos saludamos efusivamente, entré a la casa de convivencias donde se reunía el grupo de talleristas. Esa semana asesoraban Abraham Colque de Bolivia y Alicia Winters de Colombia las hermenéuticas India y Campesina. En tanto, Fernando Torres acompañaba la dimensión pedagógica y metodológica del curso. Compartimos amistosamente con las personas colombianas que participaban, y las personas asesoras me invitaron a colaborar en sus asesorías.

Indudablemente que allí percibí un poco de la resistencia a las Hermenéuticas Específicas de la Biblia. Esa indiferencia la sentí en algunos de los asesores venezolanos y en uno que otro participante. Lo demás fue muy valioso, sobre todo conocer la amplia zona marginal de Petare, en Caracas. Allí vivía Didier, un sacerdote obrero y albañil, que tenía su casa debajo de un puente. Petare estaba llena de estrechos pasadizos por donde se movía la gente en esta aglomeración típica de las ciudades latinoamericanas. También la inseguridad y la violencia encontraban en estos callejones estrechos su más perfecta complicidad para escapar de las persecuciones policiales. Petare es el lugar donde viven importantes referentes del Movimiento Bíblico Venezolano (REVIBE).

Durante la semana participé de las experiencias indígena y campesina, de sus acercamientos a la Biblia, de sus búsquedas, avances y límites que van encontrando por el camino. Recuerdo mucho el aporte de un indígena, llamado Juan Jacobo Tancara, quien al momento de despedirme llegó hasta la salida para regalarme una bella flauta. A partir de allí mantuvimos alguna comunicación.

En las Cataratas de Iguazú

Corría el mes de febrero de 1999 y se realizaba una reunión continental en São Paulo, Brasil, con motivo de la fundación de REBILAC, la Red Bíblica Continental que daba lugar a la continuidad del Programa Común de Biblia en la articulación del Movimiento Bíblico Latinoamericano y Caribeño. Por Colombia participamos Carlos Mario Vásquez (ya estaba en Brasil), Maribel Pertuz y mi persona, como referentes continentales de la Lectura Feminista y la Lectura Campesina de la Biblia.

El encuentro evidenciaba el declive del Programa Común de Biblia, luego de más de 10 años de intenso dinamismo por todo el continente. Allí estaban Milton Schwantes y Mercedes Brancher, acompañando esta transición hacia una Red Bíblica Ecuménica Continental.

Terminada la reunión viajamos una noche hacia el sitio turístico de las Cataratas del Iguazú, del lado de la frontera brasileña, en el estado de Paraná. Era un recorrido de más de mil kilómetros de carretera y más de 14 horas en bus. Un viaje agotador, para estar pocas horas allí. En la mañana del día siguiente llegamos a la ciudad de Foz do Iguaçu, y nos dirigimos hacía este lugar hermoso. Era corto el tiempo para permanecer allí, pues había que regresar esa noche, para tomar luego el vuelo de regreso a Bogotá. Fue una de las experiencias más hermosas que viví al poder contemplar y admirar esta belleza de la naturaleza.

La belleza del Cotopaxi, Ecuador

Varias veces (antes), yendo hacia Lima y hacia La Paz, el avión había sobrevolado la ciudad de Quito, para hacer escala, pero no había tenido la oportunidad de conocer la capital de Ecuador.

Era el año 2000. Dos viajes me impactaron sobre manera: La Sexta Consulta Teológica de CETELA, realizada en Cumbayá, y el Encuentro Regional Andino, efectuado en el Centro Bíblico del Verbo Divino.

A la Sexta Consulta de CETELA llegaba invitado por la Asociación de Teólogos del Tercer Mundo (ASETT), en representación del proceso de Teología Campesina, y en compañía de Ana de Dios Castro y Adriano Quintero, quienes iban representando a las Comunidades Campesinas Cristianas.

Cuando llegamos al lugar del encuentro, fue la oportunidad de saludarse con personas amigas y conocidas de distintas partes del continente, y con otras que, por primera vez, nos conocíamos. Allí estaban representantes de las diversas corrientes teológicas de América Latina y el Caribe. Una pancarta grande lucía el lema de la jornada: «*ABYA-YALA Y SUS ROSTROS. Formación Teológica y Transversalidad*». Entonces pude conocer al teólogo español Juan José Tamayo, a Diego Irarrázaval, Tony Brun, Sonia Querino, Jaime Prieto Valladares y otras personas más.

Cumbayá fue un espacio de compartir, abierta y respetuosamente, las diversas experiencias teológicas de Abya-Yala, encarnadas en la vida y en los cuerpos de sectores sociales marginados y excluidos. Las teologías, sus rostros y sus cuerpos pudieron encontrar el espacio para expresarse en sus avances, en sus intuiciones, en sus vivencias, en sus vacíos, en sus sueños y en sus limitaciones.

La academia, otrora alejada y ajena a los quehaceres teológicos empíricos, experienciales y simbólicos -expresión de otras lógicas y saberes- escuchó con respeto y dialogó con espíritu de apertura. Por ello, se trazaron horizontes pedagógicos, metodológicos y de negociación cultural hacia el futuro de las teologías de cuerpos y rostros diversos (Negra, India, Campesina, Feminista, Género y Pentecostal).

Las teologías compartieron su riqueza simbólica como otra manera de hacer teología; su espiritualidad, de la que se nutren cada día; su especificidad, que las hace diferentes y ricas frente a las demás; su subjetividad, que las dibuja dignas y autónomas; su creatividad, siempre innovadora y transformadora de la realidad; sus cosmovisiones en perspectiva holística y sus prácticas cotidianas, abiertas a la inclusividad.

Sus sueños para el frente se ubican en la defensa de la vida en todas sus formas y manifestaciones; en demandar reconocimiento

de las instituciones teológicas académicas, accediendo a sus currículos; en la construcción sistemática de sus saberes teológicos; en una construcción pedagógica, metodológica y dialógica; en la articulación nacional y continental.

Al escribir estas líneas quisiera expresar una nota de agradecimiento a Amílcar Ulloa, secretario de CETELA, por su apertura, acogida y solidaridad con el proceso de la Teología Campesina, mediante el cual este servidor ha podido participar de tres consultas (1995, 2000 y 2003). Un agradecimiento también a José Duque, quien hizo posible mi asistencia a la Sexta Jornada de Cumbayá al buscar que ASETT me aportara los pasajes aéreos.

Por septiembre, volví a Quito para el Encuentro de la Región Andina, hecho que coincidió con la realización del Curso Intensivo de Biblia, por lo que una de las expectativas era pasar a saludar a las personas colombianas que se encontraban allí (Sonia María Hernández, Óscar Bermúdez, Viky Falcón, Flor Rodríguez, Mercedes Núñez y Héctor Carvajal). Helmut Renard, sacerdote del Verbo Divino, y compañero de estudio en el Intensivo de Biblia de Barranquilla (1992) y Sonia María Hernández me esperaban en el aeropuerto Mariscal Sucre. Nos saludamos con efusiva alegría, mientras luego caminábamos hacia la camioneta que nos llevaría a la casa de los padres del Verbo Divino.

Muchas vivencias me marcaron profundamente. Una de ellas fue la belleza del Cotopaxi. Habíamos llegado a Latacunga, con un grupo de personas amigas que hacían el Curso Intensivo de Biblia, en la noche, para descansar y al día siguiente emprender el ascenso al hermoso nevado. El amanecer estaba radiante, el firmamento despejado, como para contemplar en todo su esplendor el Cotopaxi. El grupo lo conformábamos: Sonia María Hernández, Óscar Bermúdez, Javier Villegas, Lidia Gómez y yo.

Las crisis de salud vinieron en el corto trayecto. No habíamos caminado cien metros cuando Lidia estaba irreconocible. No podía ascender más y se nos quedó del grupo. Óscar, por su condición de atleta, se nos había perdido en la distancia, vestida con el blanco de la nieve y del hielo. Pocos metros más arriba le vino la crisis a Sonia María. Se sentó y esperamos a que le pasara. Los efectos de la altura descontrolaban los organismos. A los pocos metros de reiniciado el ascenso, Javier empezó a sentirse mal. No faltaba mucho para llegar hasta donde era posible. El paisaje era divino y eternamente hermoso. Único de experimentar en la vida, de contemplar con profunda gratuidad. Los bancos de nieve blanca se levantaban imponentemente como para rodar sobre nuestras humanidades. Caminábamos despacio, para evitar nuevas crisis, aunque no podía creer que mi organismo no fuera afectado por la altura. Era quien más temeroso estaba al comenzar la subida debido a mis problemas de la hipertensión arterial.

¿Cómo relacionar la belleza del Cotopaxi con esta crónica teológica y bíblica? Sencillamente, como una vivencia contemplativa de la belleza y la grandeza de la creación de Dios. Como otra dimensión de la vida, a la que casi no damos lugar en nuestros trabajos cotidianos. Se trataba de la gratuidad de Dios y de la vida. Pude disfrutarla, porque Dios me llamó a esta experiencia de encuentro y compromiso con la Palabra.

A Marcia Moya, biblista feminista, la había conocido personalmente en Cumbayá, y nos había hecho una invitación a su casa. Marcia era una mujer muy comprometida con el Movimiento Bíblico en Ecuador. Allí compartimos una comida, mientras nos calentábamos al calor de la chimenea. Marcia tuvo el hermoso detalle de despedirme en el aeropuerto junto con Helmut Renard.

El deslumbrante Canal de Panamá

El aeropuerto de Tocumen, de ciudad Panamá, estaba ubicado en la geografía donde a finales de la década de los 70 nacieron las Comunidades Eclesiales de Base, alimentadas por el testimonio martirial del P. Héctor Gallego, sacerdote colombiano, nacido en Salgar, Antioquia y que ejerció su ministerio en Panamá, siendo asesinado en 1971.

Llegar a Panamá es llegar a la Tierra donde el capital y el poderío norteamericano construyeron dos obras monumentales, sobre las que acoyundaron a esta pequeña nación, segregada del territorio colombiano, económica e ideológicamente, bajo una lógica imperialista: el ferrocarril trans-ístmico y el canal interoceánico.

En septiembre de 2002 se realizaba en Panamá la Asamblea de la REBILAC. En esta ocasión era invitado como referente de la Hermenéutica Campesina de la Biblia a participar en tan importante evento continental. Desde el primer día, el amigo que me recibió en el aeropuerto, el padre Adulfo Salazar, me acompañó a mostrarme la zona del Canal de Panamá.

Mi viaje a Panamá comprendía también dos actividades bíblicas: una en la Provincia de Herrera, y la otra, en la Provincia de Colón, en donde trabajan los padres Claretianos. Mientras viajábamos a Herrera, en compañía del P. Adulfo Salazar, podía contemplar el impecable estado de la carretera y la inmensa cantidad de puentes peatonales, cubiertos con preciosos techos para proteger a los usuarios de la lluvia y del sol.

Tendríamos durante dos días un taller con campesinos de aquella parroquia, motivados por el trabajo pastoral de Adulfo. Allí compartí el taller de metodología bíblica: Entradas, Llaves y Claves. Fue una experiencia que impactó mucho a las personas campesinas, por lo sencilla y fácil de comprender. Al simbolismo del escarbar, aportaron allí la imagen del armadillo, como otro de los milenarios maestros y escarbadores en la Tierra.

Luego aconteció el paso por la Asamblea de la REBILAC, el cual fue emocionante por unos aspectos y más difícil por otros. Pude percibir que es un espacio de confrontación de visiones en el Movimiento Bíblico Latinoamericano y Caribeño. Hay una perspectiva de defender la tradición de décadas anteriores en la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia, representada por el peso de las instituciones eclesiales y las personas agentes que las representan. Según esta perspectiva, el sujeto de la Hermenéutica Bíblica Latinoamericana es el pobre, el oprimido y el explotado. La otra perspectiva, es la de las Hermenéuticas Específicas, que están desprovistas de institucionalidad que las ampare, que encarnan los sueños y esperanzas de rostros y de cuerpos concretos, que claman por una palabra propia, por una autonomía y un protagonismo específico. En la Asamblea se evidenció la conflictividad entre estas dos tendencias.

Un día fuimos a conocer el Canal de Panamá. Una obra imponente y majestuosa de la ingeniería norteamericana de un siglo atrás. A la distancia se aproximaba un barco inmenso, mientras las esclusas se preparaban para permitir el paso de ese navío de aguas del Atlántico hacia el Pacífico. En Panamá tuve también la oportunidad de estar en la casa de la Comunidad Claretiana y compartir un taller de Lectura Campesina de la Biblia en una época en que se hablaba de la ampliación del Canal de Panamá, con lo cual se avecinaban los desalojos de las comunidades campesinas y la conflictividad por la Tierra.

Pasos investigativos en Río de Janeiro

Era la noche del viernes 07 de septiembre de 2012 cuando me encontraba en la sala de espera del aeropuerto El Dorado en Bogotá, próximo a tomar el vuelo de Avianca hacia la ciudad de Río de Janeiro para participar en el *V Congresso da Associação Brasileira de Pesquisa Bíblica,* cuyo tema era *Bíblia, violência e direitos humanos,* los días 10-12 de septiembre de 2012. Había sido invitado por la Associação Brasileira de Pesquiza Bíblica (ABIB), para participar con la ponencia *Escarbares vitales en resistencia y esperanza: Aproximación desde una Hermenéutica Bíblica Campesina.* Veinte y dos años atrás (1990), había tenido la oportunidad de conocer un poco de la ciudad de Río de Janeiro, en un viaje por tierra desde la ciudad de São Paulo, en regulares condiciones de salud. Esta vez podía llegar de nuevo gracias al contacto de Lília Dias Marianno, biblista brasileña, y al apoyo de tres profesores de Estados Unidos del Centro de Estudos Processuais da Univesidade de Claremont na California (Jorge Pixley, John Cobb e Ignacio Castuera), quienes me apoyaron con los pasajes aéreos.

El avión de Avianca aterrizó en la mañana del sábado 08 de septiembre en el Aeropuerto Internacional de Galeão en Río de Janeiro, donde me esperaba Lília Dias Marianno. El viaje no había tenido contratiempos. Alfredo Ferro Medina me había ofrecido alojamiento en la casa de la comunidad de los Jesuitas, muy cercana al lugar donde se realizaba el Congreso. Ese día almorzamos en un restaurante, y pudimos compartir un poco, dado que esa noche viajaba a México. Me acogieron maravillosamente en la casa y el domingo salí a recorrer la

playa de Copacabana, con una vista impresionante del mar. En el congreso pude encontrarme con pocas personas conocidas de Brasil y pude compartir en una de las secciones de trabajo la propuesta de la Hermenéutica Campesina de la Biblia y su método. Pasado el evento quise quedarme un día más en Río para conocer por dentro la Catedral metropolitana, aquel imponente templo de la Iglesia Católica. Caminé por sus adentros y tomé fotos, luego me despedí de aquellos lugares, abordé el Metro y retorné a casa de los Jesuitas para alistar las maletas y volver a Colombia el día 14 de septiembre.

CAPÍTULO VI

LA BÚSQUEDA DE LA EDUCACIÓN FORMAL Y ACADÉMICA

Por 1974, a mis veinte años,
aún sin tener un certificado de quinto grado de primaria,
me inscribí para el primer grado de bachillerato por radio,
un programa del Fondo de Capacitación Popular
de INRAVISIÓN, que llegaba a través de la Radio
Difusora Nacional de Colombia y en repetición
por Radio Santa Bárbara,la emisora de la región
donde vivíamos.

La escuela primaria como el primer peldaño

En 1962 comencé a ir a la escuela primaria del caserío, cuando recién había cumplido siete años. Allí viví la primera experiencia de estancamiento y postergación, debido a que pasé repitiendo los dos primeros grados de educación primaria. Quizás esta situación fuese determinante para no encontrar un cupo a los doce años, cuando llegué a la ciudad de Medellín. Un niño de esta edad, para matricularse en 3º. de primaria, quedaba en un desbalance frente a la edad de los demás niños que no habían tenido un retraso así. Años después, esta fue la lectura que hizo un padre de familia, acerca de la negativa del cupo para estudiar. En verdad no era que fuera mal estudiante, pero visto esto de manera positiva, el repetir años en la escuela rural me facilitó convertirme en maestro de los niños que iban llegando cuando mi edad iba registrando los 10 y 11 años. Por otra parte, el impulso por la educación formal y académica jamás claudicó, aunque fui un defensor de la formación empírica y autodidacta, y a veces crítico frente a la formación académica.

El bachillerato por radio

Cuando estuve de regreso al campo, luego de la formación que recibiera en 1973 en el instituto de Acción Cultural Popular, al año siguiente (1974), recibí noticias del bachillerato por radio. Se trataba de la educación secundaria para las personas

que no habíamos tenido la posibilidad de asistir a un colegio del pueblo o de la ciudad. Aún sin tener un certificado de quinto grado de primaria, me inscribí para el primer grado de bachillerato por radio. Era el primer alumno del caserío que se matriculaba a estudiar la secundaria por radio. Don Ignacio Ramírez Ballesteros, el propietario de Radio Santa Bárbara, fue el impulsor de este programa en la región Suroeste de Antioquia, logrando distribuir los fascículos en el pueblo y la aplicación de las pruebas por parte del ICFES (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior) allí mismo. Después seguí las clases en la Radiodifusora Nacional, una emisora del Estado colombiano, llegando hasta el grado noveno.

Cuando iniciaba este estudio, ya estaba adquiriendo textos de filosofía correspondientes al grado quinto de bachillerato. Fue una experiencia personal que logré sacar adelante. Se trataba de un estudio muy exigente y de mucha disciplina por los horarios en que era ofrecido, en las mañanas y en las noches. El grado 3º. de bachillerato fue el más duro, pues el horario de clases era de 5 a 6 de la mañana de lunes a viernes y durante 5 meses. Había que levantarse a las 4:30 de la mañana y seguir las clases con luz de vela o lámpara de petróleo, pues no había llegado todavía la luz eléctrica. Las clases eran acompañadas con el cantar del gallo en la madrugada campesina. Luego mis hermanos (Hernando, Alcides y Eduardo) y otras personas vecinas lograron avanzar por este medio en la educación formal. Por unos quince años interrumpí este estudio, lo que significó un cierre de posibilidades para acceder a la formación universitaria, pues quedé pendiente de cursar los grados décimo y once.

La validación en el Instituto Ferrini de Medellín

Como enviadas por la Providencia Divina, una tarde de los primeros días de 2003, recibí la visita de Betty Lucía Ramírez y de Rosa María Sosa. Betty era la secretaria de la parroquia de los padres Carmelitas del Doce de Octubre en Medellín y Rosa María, era una comerciante de ropas en el mismo barrio, amiga desde años atrás. Rosa María me animó aquella tarde a retomar los estudios inconclusos del bachillerato en el Instituto Ferrini, donde también ella había cursado sus estudios. Era una oportunidad para conocer otras realidades y relacionarse con personas diferentes. La motivación obró sus efectos, pues al día siguiente me dirigí al plantel educativo para matricularme en un programa de validación.

Así fue como me propuse terminar de validar el bachillerato, estudiando los domingos en las mañanas, durante un año. La experiencia fue difícil y exigente, pero la enfrenté decididamente. El grupo de estudiantes estaba conformado por mayoría de jóvenes y unas pocas personas mayores, que pasábamos dificultades en un ambiente predominantemente dominado por los jóvenes. Las clases se convertían en la ocasión de revivir las experiencias de la semana; comerciar cosméticos, revistas y zapatos; provocar un ambiente de saboteo a los profesores y mucha indisciplina en las aulas de clase; y un relajo de mucha gente que iba allí por intereses distintos. Pasé por muchas dificultades, pero a Dios gracias logré graduarme a finales de 2003, a los 49 años de edad. Valoro y agradezco que tuve el apoyo y la comprensión de muchos profesores y profesoras del Instituto Ferrini, donde enfrenté ese ambiente con la convicción de terminar el bachillerato e ingresar a la universidad.

En procura del espacio de PROMESA en Medellín

Estaba en un teléfono público en Medellín, mientras al otro lado recibía la siguiente orientación: "*En el centro de Medellín, en la Avenida Oriental, diagonal a la Iglesia San José, se toma un bus de Laureles y se baja después del Segundo Parque de Laureles*", era la voz del pastor Amílcar Ulloa que se escuchaba en el teléfono público, que me indicaba la forma de llegar a la oficina donde funcionaba PROMESA, en la casa de la Iglesia Interamericana de Laureles. Esta palabra traducía: Programa Ministerial de Estudios Teológicos Abierto. Nos habíamos conocido en 1990 en la ciudad de São Paulo, Brasil. Amílcar Ulloa y Luz Dary Guerrero, acompañaban este proyecto de formación bíblico-pastoral y de formación académica con el Seminario Bíblico Latinoamericano de Costa Rica.

PROMESA era una instancia evangélica y protestante que representó otro de los referentes importantes en la formación bíblica y teológica latinoamericana en Colombia en los tiempos en que las jerarquías conservadoras de las iglesias endurecían sus posiciones frente a una teología liberadora, comprometida en gran medida con los sectores más empobrecidos en América Latina y el Caribe. También constituyó el puente para establecer las conexiones más amplias con el movimiento de la Teología Latinoamericana de la Liberación en su dimensión protestante, preocupada por la formación teológica en sus instituciones educativas, cuyos encuentros, jornadas y consultas latinoamericanas posibilitaron mi acceso a la formación académica en la Universidad Bíblica Latinoamericana (UBL), con sede en San José, Costa Rica y un espacio en CETELA

para la expresión de la Teología Campesina, que contó con el respaldo y apoyo económico de encuentros a nivel continental.

Creo que PROMESA se constituyó en Medellín como un referente teológico y formativo de las expresiones protestantes de la Teología Latinoamericana de la Liberación en Colombia y en América Latina, a la vez que el espacio de formación académica con la corriente más progresista, liberadora, ecuménica y alternativa en el continente, más allá de los recortados horizontes teológicos de las grandes universidades religiosas y católicas de Colombia en aquella época. Bajo su apoyo se desarrollaron procesos de la Teología Pentecostal, Negra (Afrodescendiente), India, Feminista, Campesina, Homosexual, de Minorías Sexuales, de Género y Ecuménica. En su sede, en Medellín, inicié mis estudios académicos en ciencias de la Biblia, gracias a sus vínculos que mantuvo con la Universidad Bíblica Latinoamericana (UBL), en condición de recinto académico. Fue un espacio de albergue teológico para quienes buscábamos otros sentidos en la formación teológica, ausentes o difusos en las facultades teológicas de nuestro país. Además, se constituyó en un espacio muy querido para quienes proveníamos de la tradición católica romana, también para nuestro crecimiento y maduración en la perspectiva ecuménica. En Medellín tuvimos la oportunidad de conocer profesores y profesoras de América Latina, Europa, Estados Unidos y Canadá, de un amplio reconocimiento en el continente.

Así mismo, PROMESA fue un espacio para crecer en amistad y compañerismo cristiano, en una hermandad y fraternidad ecuménica e incluyente que nos posibilitó gustar y saborear espiritualidades diversas y que nos permitió a muchas personas entrar en los programas académicos y poder llegar a Costa Rica, a las instalaciones del Seminario Bíblico Latinoamericano y luego al campo universitario de la Universidad Bíblica Latinoamericana. Fue la oportunidad de conocer y compartir con

los profesores y profesoras Alonso Ramírez Escobar, Amílcar Ulloa Alvarado, Humberto García Salazar, Fernando Torres Millán, Astrid Zuluaga, Javier Zárate Pérez, Marta Eugenia Pérez, Carmen Cecilia Alfaro, Juan Esteban Londoño, Luis Eduardo Valencia, Guidoberto Mahecha, Elsa Tamez, Violeta Rocha, José Enrique Ramírez, María Cristina Ventura, Silvia Regina de Lima, Jaime Prieto, Antonio Ozoy, Rudy Baergen, Isdalia Ortega, José Antonio Trasferetti, José Míguez Bonino, Alex Lozano, entre otros y otras.

Aquella constelación de docentes provenía de diversas iglesias, comunidades religiosas y expresiones eclesiales como Iglesia Evangélica Alianza, Iglesia Interamericana, Casa Bíblica Laureles, Iglesia Católica Romana, Dimensión Educativa, Iglesia Presbiteriana, Religiosas del Sagrado Corazón, La Viña, Comunidades de Base en la zona Nororiental de Medellín, Iglesia Colombiana Metodista. Asimismo, en PROMESA convergió un profesorado de Colombia, Costa Rica, Brasil, Nicaragua, República Dominicana, México, Guatemala y Argentina.

También en este espacio hubo un entrañable compartir de estudiantes y profesores entre quienes recordamos: Carlos Mario Franco, Alonso Ramírez Escobar, Humberto García Salazar, Alix Lozano Forero, Fernando Torres Millán, Javier Zárate Pérez, Marta Eugenia Pérez, Carmen Cecilia Alfaro, Juan Esteban Londoño, Luis Eduardo Valencia, Roberto Domínguez Venta, Omar David David, Martha Aída Soto Bernal, Gloria Amparo Henao, Ethel Durier, Miriam Zárate Durier, Carlos Mario Palacio Quirama, Aleyda Sánchez, Isay Pérez, Lía Zuluaga Giraldo, Jairo Francisco Martínez, Wilmar Sepúlveda Domicó, Cristhian Gómez, Ana Milena Díaz, Marwin Jonzed Hurtado, Bernardo Serna Pineda, Heriberto Álvarez, Diana Marcela Urrego, Exel Copete Gamboa, María Victoria Falcón, Marina Laguado, Zaraí Gonzalía Polanco, Fabio Eduardo Mora, Fabio Romero Guevara, Jesús Enrique Chaparro Gómez, Fernando San Miguel, Lizeth

Prieto García, Enrique Zárate Durier, Bernardita Salazar, Liliana Espinoza Ortega, Oscar Lopera, María Eugenia Cardona, Oscar Navarro, Andrés Molina, Manuel David Gómez, Eduardo Cañaveral, Olga Patricia Agudelo, Luz Enith Quintero, María Yokasta Jiménez, Rocío Bárcenas, Yaneth Rojas López, Ofelia Correa, Piedad Présiga, Lucero Arias, María Lidia Vásquez, David Guerrero, Olga Lucía Álvarez, Esther Julia Guerrero, Flor Nelly Camacho y Viviana Zapata Marín.

Se trataba de una especie de escuela teológica, bíblica y ecuménica en Medellín y Bogotá, que marcó profundamente mi vida, pues proveníamos de una amplia expresión religiosa católica, protestante, cristiana y eclesial (Iglesia Católica, Iglesia Evangélica Alianza, Evangélica Interamericana, Iglesia Menonita, Iglesia Presbiteriana, Casa Bíblica Laureles, Iglesia Pentecostal Unida de Colombia, Asociación Apostólica Nazaret, Iglesia Ortodoxa, Iglesia Colombiana Metodista, Iglesia Episcopal Anglicana, Dimensión Educativa, Religiosas del Sagrado Corazón, Religiosas de la Madre Laura, Centro Bíblico Claretiano de Piedecuesta, Misioneras Hijas del Calvario, Comunidades de Base de Medellín y Religiosas de San Juan Evangelista.

En su nueva sede se dio acogida al Curso Intensivo de Biblia de 2004, la última experiencia continental en formación bíblica y teológica que pudo realizar el Movimiento Bíblico Latinoamericano y Caribeño, bajo la organización conjunta de CEDEBI y PROMESA, con el apoyo de Ángela Bustamante en la secretaría auxiliar. Tuve la oportunidad de participar en las reuniones en que este espacio se disolvía administrativa e institucionalmente ante la imposibilidad de seguir en lo que habían sido sus ideales fundacionales. Ya eran otros tiempos, pero su legado queda grabado en nuestros corazones.

También aquí confluyó una constelación muy bella de personas amigas de la Iglesia Interamericana y otras expresiones

religiosas, de espíritu ecuménico, en Medellín y sus alrededores (Mary Tarazona, Luz Dary Guerrero, Miriam Zárate, Andrés Zárate, Senaida Villamizar Rivera, Lucelly García Taborda y Martha Cecilia García Montoya).

En la Universidad Bíblica Latinoamericana (UBL), en Costa Rica

En diciembre de 2003 comencé a formalizar la matrícula para la licenciatura en Ciencias Bíblicas con el Recinto de PROMESA y la Universidad Bíblica Latinoamericana, con sede en Costa Rica. En el 2004 inicié la Licenciatura en Ciencias Bíblicas, después de analizar varias posibilidades. Un año después (1995) tuve la oportunidad de visitar la planta física de la Universidad y conocer un poco de la historia de su reconocimiento en continuidad del Seminario Bíblico Latinoamericano. Su fundadora y rectora era la teóloga y biblista Elsa Tamez. La experiencia fue exigente, sobre todo en el nivel de análisis de lecturas, algo en lo que me pude defender gracias al permanente interés por la lectura. La UBL homologó parte de mis estudios empíricos y autodidactas, bajo una modalidad denominada «*Aprendizaje experiencial*».

Cuando en 2006 se me presentó la oportunidad de viajar a Costa Rica para adelantar el Programa de Bachillerato en Ciencias Bíblicas, mi madre estaba enferma y a la espera de exámenes médicos. No habían transcurrido ni dos días, cuando recibí la noticia de que la enfermedad de mi madre era muy crítica, que prácticamente no había nada qué hacer. El diagnóstico era un cáncer en el estómago que había invadido sus órganos vitales. Mi única hermana me había comunicado la noticia en medio del llanto. Recordaba, que mi madre había salido hasta la carretera

a despedirme el día que nos abrazamos y recibí su bendición. Ahora, en Tierra extranjera enfrentaba una realidad que me dolía en lo más hondo del corazón. Mientras caían las sombras de la noche en San José, sede de la Universidad, me interné hacía el corazón de una planta de bambú, donde había un lugar de oración. Allí oré y lloré, bajo el manto de la noche, invocando la fortaleza de Dios para enfrentar al día siguiente las clases en la universidad.

Las semanas vinieron cargadas de los estudios y tareas académicas, en tanto mi cuerpo se le veía en las aulas, pero mi mente estaba en la lejanía, donde la vida de la madre se apagaba inexorablemente. Un día, gracias al invento de los celulares, pude entrar en comunicación con ella, quien extrañamente no me dijo que me viniera enseguida, sino una expresión que se convirtió en el motor de los días y los años posteriores: «*Hijo, siga adelante con el estudio*». Mi madre guardaba desde 1973 (33 años) una foto del hijo que se había ido a estudiar cuando había cumplido 18 años. ¿Qué pudo pasar por ese instante en su corazón y en su amor de madre? Corría un mes y una semana, pero la preocupación aumentaba y el estado de ánimo decaía, por lo que conseguí hablar con las autoridades de la universidad y regresar al día siguiente a Colombia. Me despedí de las personas amigas de aquel ambiente universitario y regresé al lado de mi madre, postrada ya en cama y pude acompañarla en el proceso de extinción de la vida, hasta que el 24 de mayo de 2006, siendo las 9:45 de la noche, ella terminó de morir físicamente.

Los estudios universitarios fueron retomados meses después desde Bolivia y a distancia logré terminar las materias que habían quedado interrumpidas en Costa Rica. 2009, representó la oportunidad de volver a comienzos de año a San José, pero los trámites y la displicencia de funcionarios del Consulado, me negaron la visa para ingresar a Costa Rica. De nuevo vino la desmotivación y el deseo de abandonar tales propósitos. No

obstante, la Providencia Divina envió dos nuevas personas, Luz Dary Guerrero y Guillermo Bohórquez, quienes me levantaron los ánimos y consiguieron que esperara una nueva oportunidad para solicitar la visa, cuatro meses después. Con esta perseverancia adelanté desde Colombia lo que no había podido conseguir realizar en la universidad. A mitad de año me encontré con la respuesta positiva de la visa y pude abordar el avión que me llevaría a tierras centroamericanas.

Allí estaba de nuevo, frente a la planta de bambú, la que había sido testiga de mi angustia, mi dolor y mi llanto tres años atrás. Venía con el propósito de cerrar el ciclo de bachillerato en ciencias bíblicas y dar inicio a la licenciatura. Los objetivos se cumplieron y a finales de año regresé a Colombia para enfrentar la culminación de la tesis, cuya aprobación fue obtenida en mitad del año siguiente (2010). La profesora Elsa Tamez fue la tutora de esa investigación. Por fin lograba obtener un grado académico, soñado desde los tiempos de la infancia y la juventud. Me había tocado el camino inverso: primero la formación autodidacta y después la formación académica.

La UBL representó una escuela de vida y de convivencia en las aulas y en la residencia comunitaria, donde el espacio de la cocina simbolizaba la diversidad de la cocina latinoamericana y continental, pues allí se preparaban y se compartían los platos de los países. También lo era la liturgia de los días miércoles que nos alimentaba y fortalecía espiritualmente. Allí surgieron especiales lazos de amistad y cercanía con los profesores José Enrique Ramírez, Guidoberto Mahecha, Edwin Mora y Jaime Prieto y con las profesoras Violeta Rocha, Irene Foulkes y Elisabeth Cook. Asimismo, con estudiantes que compartimos de cerca y que no nombro en razón de olvidar involuntariamente sus nombres, lo mismo que con las personas de la dirección y la administración.

Habrían pasado tres meses, cuando nuevamente recibía la invitación para cursar un postgrado (maestría) en ciencias bíblicas en la misma universidad. Tal invitación comprendía el proceso de solicitud para una beca, la cual me fue otorgada. Esta vez las cosas fueron más complejas y difíciles, para quien vivía la experiencia de desempleado de años atrás. Los trámites de visa de estudiante implicaban dos viajes a la capital del país (Bogotá), pago de legalización de documentos y el costo de los pasajes aéreos. La generosidad de los Misioneros Claretianos y del Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI), hizo posible obtener el boleto aéreo y descender nuevamente en San José para cursar la maestría a los 57 años. Quién creyera las peripecias de quien llegó a encontrarse en el aeropuerto Juan Santamaría, sin el dinero requerido para pagar un taxi del aeropuerto a la universidad. Tiraba de las maletas para alcanzar un bus urbano en las afueras del terminal aéreo, cuyo costo era poco menos de un dólar. Después recorría uno de los pasajes peatonales del centro de la capital, con cuatro piezas de equipaje, en procura de alcanzar otro bus urbano que me dejara cerca de la Universidad Bíblica Latinoamericana. Así llegaba a San José, Costa Rica, aquel campesino, postulado para una maestría, la que logré sacar adelante en sus materias.

Nuevamente la experiencia de estudios académicos me deparó la angustia y la preocupación con respecto a mi padre, pocas semanas después, internado en una clínica en Medellín. Allí seguía la planta de bambú y en su vientre, un lugar para la oración y el diálogo con Dios. La solidaridad de profesores y profesoras de la Universidad me daban los ánimos para no desfallecer en los estudios. Sin embargo, el deterioro de la salud se fue manifestando en el desmejoramiento del rendimiento académico. Entonces, me encontré en situaciones que me llevaron al borde de perder la beca de estudios y quedar por fuera de la universidad. Recuerdo al profesor que me exigía la presentación de tesis en las lecturas y no lograba acertarle con

ninguna, y la acción de Dios en lograr que en el trabajo final le sacara la máxima nota de 10, y pudiera mantener la beca, gracias a un puntaje promedio en el límite.

El tiempo de hacer la tesis de la maestría sufrió una nueva postergación de cuatro años. Ello fue posible gracias a la ayuda del obispo Juan Alberto Cardona, de la Iglesia Colombiana Metodista, quien intermedió con la Iglesia Unida del Canadá para obtener un apoyo para el estudio, los pasajes aéreos y los gastos de trámites de visa. Jim Hodgson acogió la solicitud en representación de la Iglesia Unida de Canadá. La Universidad Bíblica Latinoamericana me apoyó con una beca de estudio para la estadía allí. En 2015, llegué a Costa Rica, con la meta de sacar la tesis en cuatro meses. Fue una consagración como nunca antes lo había hecho, planificada hasta en sus mínimos detalles. El profesor tutor, José Enrique Ramírez, no podía creer que en ese tiempo fuera capaz de realizar esta meta.

Creo que fueron mis mejores momentos en la universidad, porque conté con un ambiente favorable en las relaciones con todas las instancias de la UBL. El 24 de agosto estaba programada la defensa de la tesis a las 2:00 de la tarde. Minutos antes volví al corazón de la planta de bambú, al lugar de oración, para dar gracias a Dios por el camino recorrido. Para dar gracias por la vida de mi madre e invocar su espíritu para el momento que se avecinaba. Estuve acompañado por varias personas, mientras el jurado me confrontó con preguntas por espacio de una hora y media. Al final dio el veredicto de aprobación de la tesis, con lo que concluía el largo trayecto de formación académica.

Sea el momento de expresar una profunda gratitud a las personas amigas y lejanas que contribuyeron a mi formación formal, académica e investigadora desde la primaria como María Trinidad Ríos y Ana Josefa Bermúdez, primeras maestras del saber formal; los profesores y profesoras en el Bachillerato por Radio y en el Instituto Ferrini de Medellín. Después, en

PROMESA y en la UBL para los estudios académicos. A las instituciones que me apoyaron con becas de estudio y con pasajes aéreos fuera del país (Carlos Alberto Calderón y amigos de Suiza); Osvaldo Restrepo, con los exámenes médicos para el trámite de la visa de estudiante; Alfredo Ferro Medina y el CESEP de Brasil con la beca de estudios en 1990, la agencia AMA de Holanda para los estudios de Biblia en Barranquilla; José Duque y la Asociación de Teólogos y Teólogas del Tercer Mundo para la participación en congresos internacionales; Comunidad de los Misioneros Claretianos, CEDEBI y Héctor Guzmán Caicedo, para tiquetes aéreos a Costa Rica; la UBL y las becas de estudios; profesores de la Universidad de Claremont de California en Estados Unidos, para la investigación en congreso de Brasil; Juan Alberto Cardona y Jim Hodgson con la Iglesia Unida del Canadá, para los estudios de la maestría, y las agencias cooperantes que apoyaron los proyectos de las Comunidades Campesinas Cristianas y la Asociación Colectivo Ecuménico de Biblistas – CEDEBI, desde donde se dieron diversos viajes a encuentros y congresos en el continente.

Primeras y recientes presentaciones en la Javeriana

Por los años 90 recibí una invitación de Alfredo Ferro Medina para poner, por primera vez, mis pies en una universidad. Se trató de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, donde Alfredo tenía a cargo un seminario intensivo de extensión sobre el tema de Teología de la Tierra. Recién terminaba de hacer su especialización en Brasil y ya esta temática tocaba el claustro académico de los Jesuitas. Tuvimos una semana de preparación en Buga y luego viajamos a Bogotá. Allí fue mi primera experiencia de profesor universitario, sin todavía tener un título

como tal, pero asumí el reto con la confianza en mis capacidades y en mi preparación.

Años más tarde volví a ser invitado para compartir una presentación sobre la Hermenéutica Bíblica Latinoamericana a los profesores del Área de Teología Bíblica. Por entonces ya ejercía la docencia en la Fundación Universitaria Claretiana (2016) y Dios y la vida me habían regalado una nueva oportunidad. He de manifestar un profundo agradecimiento a los profesores P. Carlos Montaño Vélez, José Alfredo Noratto, Juan Alberto Casas, Mery Betty Rodríguez y Edgar Antonio López. Estando en frente de las personas profesoras de la Javeriana, recapitulaba mi primer paso por la universidad y los sueños desde la infancia y la juventud por alcanzar esta meta del saber. El texto fue aplaudido y posibilitó la última invitación en 2019, para hacer una presentación de la Hermenéutica Bíblica Latinoamericana en Colombia y el método de Artífices, Entradas, Llaves y Claves, por primera vez, expuesto en el ambiente académico de la Javeriana. Tal presentación se proyecta hacia la realización del Primer Simposio Nacional de la Hermenéutica Bíblica Latinoamericana en Colombia en 2020, con la invitación a seis representantes de esta corriente en Colombia (Maricel Mena, Fernando Torres, Elsa Tamez, Carmiña Navia, Alberto Camargo y Aníbal Cañaveral).

La pandemia del Covid 19 postergó la realización del Simposio, el cual se realizó a finales de septiembre de 2022, de manera presencial, con la ponencia *De la noche del desplazamiento al día del Evangelio de la Tierra y del Cielo (Ez 36, 1-15)*, la cual fue muy aplaudida y valorada. Fue también la oportunidad de socializar la reimpresión de mis dos últimos libros, muy acogidos. Allí tuve la oportunidad de compartir varios momentos con la teóloga y biblista, Elsa Tamez, profesora y tutora de la tesis de licenciatura en la Universidad Bíblica Latinoamericana.

La acogida como docente en el SBMC

El Seminario Bíblico Menonita de Colombia me acogió como profesor en el Seminario Intensivo sobre Teología India y Teología Campesina que realizó en parcería con el Recinto de PROMESA en Medellín, aunque la firma de certificación debía ser registrada por un docente titulado, ya que hasta entonces no tenía ninguna acreditación académica. Fue la oportunidad de conocer personas maravillosas, con quienes nació una bella amistad después como fue el caso de Patricia Gutiérrez, la secretaria del Seminario y con otras personas de la Iglesia Menonita de Colombia. Por entonces, mi hermano menor, Eduardo Antonio Cañaveral participó de este evento formativo en condición de estudiante adscrito al recinto de PROMESA.

Una década después tuve la oportunidad de volver como profesor ya titulado en licenciatura a las aulas del SBMC, en los tiempos en que se desempeñaba como decana la pastora Isdalia Ortega y las secretarias Eunise García, Zarahí Gonzalía y Andrea Santamaría. Por varios años me desempeñé como profesor de seminarios intensivos y cursos regulares, acompañados de manera presencial en Bogotá, en Pereira e Ibagué. Fue la oportunidad de compartir temáticas bíblicas y conversar sobre el método de Artífices, Entradas, Llaves y Claves. Con esa experiencia estaba ya en camino el ingreso a una universidad como profesor de planta.

De estas experiencias académicas recuerdo personas que valoraron mucho mis aportes como Marleny Calle, el pastor Daniel Vargas, la pastora Luz Amanda Valencia, la pastora

Martha Lucía Hincapié, Adaía Bernal, Eunise García, Zarai Gonzalía, Isdalia Ortega, Rosa Inés Palomares, Sandra Lesmes, Fernando Pérez, Luz Miriam Rodríguez, Cecilia Guevara, Andrea Santamaría.

La docencia y la investigación en la Uniclaretiana

No es suficiente con tener un título universitario de otro país. Hay que convalidarlo (legalizarlo) en Colombia, para poder ejercer la profesión de docente en una universidad. Se pasaron casi dos años para realizar este trámite. En 2016, estuve llegando a la Universidad Claretiana para trabajar como profesor e investigador. Por el mes de septiembre fue mi primera clase en una universidad y mi primera experiencia de trabajo laboral de tiempo completo, después de doce años de andar en la informalidad y la temporalidad laboral.

El padre Agustín Monroy fue la persona que me ofreció la posibilidad del vínculo con la Uniclaretiana, oportunidad que representó crecer en nuevos aprendizajes y conocimientos. Representó también volver a estar cerca del P. Gonzalo de la Torre, fundador de la Universidad y quien en 1992 fuera uno de mis profesores de Biblia en Barranquilla. En los primeros meses conté con la buena acogida de la decana de la Facultad de Humanidades, Saydy Velásquez y de personas compañeras de trabajo (Luz Mery Herrera, Liliana Velásquez, Paola Ballenp, Aura y María Durán, Liliana Palacios, María Arelis García, Adriana Mora, Yudis Marcela Pérez, Viviana María Otálvaro, Ángel Iván García, María Hermilda Agudelo, Luz Elena Martínez, Sandra León, Rodrigo Pulgarín, Manuel David Gómez, Carlos Alberto Gómez, Paula Taborda, Nathalie

Montoya, Efraín Ferrer de la Torre, Paula Andrea Penagos, Ivon Patricia Rojas, Catalina Morales, Adriana Carolina Escobar y muchas personas más.

La labor de profesor universitario representa considerables exigencias en la virtualidad a nivel de los aspectos tecnológicos, administrativos, académicos e investigativos. Requiere una producción continua de artículos o libros para subir en la calificación ante Colciencias. Además, cuando se tiene que cumplir con un horario de 7:00 a.m. a 5:00 p.m. de lunes a viernes, resulta más difícil asumir horarios nocturnos de las clases virtuales y presenciales en algunos fines de semana. Así que fue un trabajo muy absorbente, pues me correspondió la era virtual en la educación universitaria, algo impensable, décadas atrás, cuando soñaba con ser profesor en una universidad.

La experiencia de profesor en la Uniclaretiana representó la valoración, el reconocimiento y seguimiento de una nutrida constelación de estudiantes que se fue constituyendo en un soporte muy gratificante para la labor docente e investigativa, pues significó el cultivo de la cercanía y la amistad en muchos momentos, así como el apoyo solidario con la acogida de mis libros. Imposible nombrarles a todos y todas. Puedo hacer memoria de quienes he podido conservar registros: Luis Carlos Galeano, Dora Hilda Camargo, Hna. Luz Mery Bermeo, P. Said Ruedas, Maritza Marciales, Ivonne Cruz, Orlando Augusto de la Torre, José Wilson Aguirre, Isabel Cristiana Herrera, Olga Lucía Restrepo, Adriana María Castro, Luz Stella Serna Peláez, Vianil Rojas, Manuel Sanabria Pedraza, Lucero Arias, Hna. Claudia Yolima Amaya, Hna. María Eugenia Ardila, Hna. Yamile Martínez, Hna. Carmen Nur, Yurledy Quiñones, Idalia Vanegas Ardila, Eduardo Mendoza, Hna. Yuli Jhonary Díaz, Hna. Sandra Liliana Erira, César Augusto Ramírez, Rey Adolfo Ríos, Hna. Sandra Milena Velásquez, Fermín Manuel Hernández, David

Hernán Hincapié, Catalina Arango Arango, Adriana Valencia Muñoz, Helena Catherine Amaya, Hna. Divina Luz Rosales, P. Héctor Fabio Gómez, Gloria Elena Asprilla, Juan Fernando Tamayo, Jerson Gutiérrez Aguirre, Farid Leonardo Paipa, Yojhan Moncada, Jorge Henry Muñoz Hincapié, P. Andrés Felipe Restrepo, Hna. María Alfonso, Adrián Humberto Gálvez, Juan Carlos Díaz, Edelso Junior Zarco, P. Iván Enrique Peláez, P. Jaime de Jesús González, Angélica Hernández, Carlos Arturo Flórez, Hna. Yoise Esmit Gutiérrez, Ángel Yobany Bahamón, José Luís Figueroa, Marwin Jonzed Hurtado y Hna. María del Mar, entre otros y otras. Considero que en Uniclaretiana se viene conformando una escuela de pensamiento crítico respecto de la interpretación de la Biblia.

Aquí hubo que aprender nuevas tecnologías y asumir la docencia en Pregrado y Especialización en Estudios Bíblicos, así como la coordinación de la Revista Argumenta Biblica Theologica. He de reconocer con gratitud que en Uniclaretiana se acogió en el pensum académico del pregrado la electiva de la Hermenéutica Campesina de la Biblia, asumida por mí en su preparación y acompañamiento. Sin embargo, desapareció después. Esto fue un precedente importante, porque en ninguna otra universidad se ha incluido esta asignatura. Además, fue muy gratificante preparar y acompañar los cursos de Romanos, Eclesiastés, Evangelio de Marcos y Parábolas de Jesús en el nivel del pregrado en teología. Recientemente trabajé en los contenidos del curso Hermenéutica Bíblica Latinoamericana y Caribeña para el nivel de Maestría en Estudios Bíblicos.

En tanto, para el postgrado (Especialización en Estudios Bíblicos) pude preparar y acompañar, como profesor, las asignaturas de Seminarios de Investigación I y II, Hermenéuticas Específicas, Parábolas de Jesús, Cristianismos Originarios y Movimiento Bíblico Latinoamericano.

Comparto que lo más difícil de esta experiencia fue la tutoría de los trabajos de grado. El 30 de junio de 2019 terminó el contrato de trabajo que no fue renovado, ante circunstancias adversas del Programa. Creo que salí con la convicción de haberme enriquecido con los saberes bíblicos de las personas estudiantes que acompañé en sus trabajos de grado. Por tanto, sueño con dedicarme a los proyectos personales, a los talleres y seminarios independientes y a las horas cátedra. Asumiré las publicaciones que se postergaron en los más de seis años que he estado en la docencia universitaria.

Así que expreso mi sentimiento de gratitud a Uniclaretiana por esta experiencia académica llevada a cabo en cerca de siete años (2016-2023), donde fue posible cultivar amistades y cercanías muy bellas con las personas estudiantes y colegas en la docencia, con muchas de las cuales seguimos la comunicación y el compartir de un discipulado recíproco. Ello se vio evidenciado en los recientes apoyos de quince estudiantes que adquirieron mis dos últimos libros, relanzados en finales de noviembre de 2022, lo cual constituye una perspectiva de escuela de pensamiento bíblico y teológico crítico.

Invitación y ponencia en Congreso Internacional de Unicatólica

Con el tema de "*La Sagrada Escritura en la vida del pueblo de Dios. Hacia una lectura contextual de la Biblia*", Unicatólica de Cali, en asocio con la Universidad Católica de Manizales, realizaron el III Congreso Internacional y IX Nacional a finales de 2020, en modalidad virtual, con la presencia de muchos países. Nos correspondió hacer una presentación conjunta sobre la Hermenéutica Campesina de la Biblia, con la experiencia de

Sibaté, Cundinamarca. La ponencia académica que presenté llevó el título "*Relectura Campesina de la Biblia: entre la devastación, la vida y la esperanza de la Madre Tierra y el Campesinado*", la primera en un congreso internacional y en la era de la virtualidad, próxima a salir publicada en un libro que editará la Unicatólica de Cali.

La incertidumbre e inestabilidad académica, laboral y vital

El cierre de este capítulo VI sobre la educación formal y académica está acompañado de la incertidumbre y la inestabilidad laboral. 2023 ha comenzado con una dramática situación laboral en la que, en el primer trimestre del año, solamente ha aparecido un curso en modalidad hora cátedra con el Programa de Especialización en Estudios Bíblicos de la Universidad Claretiana, reconocido económicamente en 16 horas, en un mes y un pago por $1.408.000, del que debo deducir la seguridad social para la salud, pensión y riesgos profesionales ($330.600), quedando $1.077.400. También la Uniclaretiana me ha ofrecido otro contrato por prestación de servicios por dos meses, del que también hay que deducir la seguridad social. A mi edad (68 años cumplidos) ninguna universidad me ofrece a la fecha de hoy (03.02.23) un trabajo estable, tampoco ninguna iglesia o institución religiosa me propone algo fijo. Es posible que en el campo de las probabilidades obtenga algo en los próximos meses. Algunas instancias y comunidades religiosas me han invitado a dar unos talleres bíblicos. Pueden imaginarse vivir en Medellín, pagando el arriendo de un aparta-estudio cuyo costo mensual es de $620.000 y la seguridad social por $330.600, sin contar la alimentación, el transporte urbano y el vestuario.

Impresiona este diagnóstico y este panorama, pero he de manifestar que soy un ser creyente en las bendiciones y provisionalidad de Dios, de la Vida y de muchas personas amigas que me han apoyado en muchos momentos difíciles. He de compartir que no me siento angustiado, ni desesperado, a pesar de que no tengo esperanzas de alcanzar una pensión. Veníamos albergando la esperanza de alcanzarla por la limitación auditiva que padezco, pero hoy en la mañana recibí la noticia de que es muy difícil obtenerla. Obtuve un título académico de maestría, el cual no cuenta ahora para conseguir un empleo fijo y estable. Hasta se convierte en un obstáculo, debido a que por ley se tiene que pagar un determinado monto de salario. La informalidad y la sobrevivencia es el punto de culminación de la larga y sacrificada carrera por el saber académico. En estas condiciones se avecina el retorno al campo, a mi Tierra natal, donde está un pequeño terreno, heredado de mi Madre y una vivienda que obtuve como subsidio por la condición de víctima del desplazamiento forzado por el conflicto armado.

De Puerto Asís a Sibundoy, Putumayo

En una lejana casa de la Comunidad Misioneras de la Inmaculada Concepción en Puerto Asís, Putumayo, corazón de la Amazonía colombiana, se gestó la reciente experiencia académica. El padre Campo Elías de la Cruz Meneses, Director de la Pastoral Universitaria de la Diócesis de Mocoa y coordinador del convenio entre el Instituto Misionero Antropológico (IMA) y la Universidad Pontificia Bolivariana (Sibumdoy), me contó: *vi un libro sobre una mesa en la casa de las hermanas en Puerto Asís y pregunté sobre su contenido. La Hna. Nuvia me contó y me lo prestó. Lo leí y me gustó mucho y me hice el propósito*

de traer a su autor al Putumayo al programa de pregrado en Trabajo Social que adelantamos en un convenio del IMA con la Universidad Pontificia Bolivariana. Fue difícil por los requisitos que había que cumplir con la UPB, pero faltando 3 días se concedió el aval. Así que adelante de mí llegó el libro *Siervos, talentos, usuras y resistencias. El campesino que complicó la parábola de los talentos*. En consecuencia, viajé de Medellín a Puerto Asís, Putumayo, con conexión en Bogotá. En el aeropuerto "*Tres de mayo*" me esperaba la Hna. Nuvia Martínez Alayón y el 22 de julio tendríamos un taller de Biblia con los animadores y animadoras que acompañan allí.

El 23 de julio estaba viajando (por tierra) de Puerto Asís a Sibundoy, una experiencia inolvidable. Pasando Mocoa, la capital de Putumayo, empezamos a subir de la Amazonía hacia la tierra andina, lo que es el Valle de Sibundoy. Se asciende de los 400 metros a 2.500 metros sobre el nivel del mar. La vía tiene mucha historia, me cuenta el P. Campo Elías, pues los "*politiqueros*" la han llamado "*trampolín de la muerte*"; otros la llaman "*el cementerio más largo del mundo*"; los pueblos indígenas ancestrales la llaman "*montaña sagrada*"; unos visitantes de Estados Unidos de la organización Acción Permanente por la Paz la llamaron en 1998, "*la vía al cielo*" por su altura y su belleza paisajística; y nosotros, desde el IMA, la hemos llamado "*el trampolín de la Biodiversidad*", porque en sus montañas existen 552 especies de aves, 210 especies de mamíferos, 154 especies de mariposas y 384 especies de plantas.

Por los tiempos de hoy, desafortunadamente, la empresa canadiense Libero Cobre, está empeñada en la explotación de cobre, con gravísimas consecuencias para la pervivencia del ser humano, la flora y la fauna.

Comparto que fui acogido maravillosamente por el P. Campo Elías de la Cruz, por el decano de la UPB, Omar Muñoz

Sánchez, el profesor Gustavo Adolfo Muñoz Marín y la directora del Programa Silvia María Castañeda Rivillas, quien estaba en Medellín. Con el profesor Gustavo vivimos una hermosa experiencia al compartir la docencia con un grupo numeroso de estudiantes de Trabajo Social (82), divididos en dos grupos. La asignatura que me correspondió fue Cristología Básica, un verdadero desafío para abordarla con jóvenes estudiantes de los departamentos de Putumayo, Nariño, Caquetá y Cauca. En verdad que fui muy acogido por esta generación joven, con quienes abordé la Cristología desde la experiencia de los/las jóvenes, desde su realidad y desde mi propia experiencia. Esto fue todo un éxito. Es posible que a futuro se proyecten nuevos vínculos con esta región sur del país, en el decir del gobernador indígena de una comunidad de Sibundoy, a pocos minutos de despedirme de aquellas tierras. El padre Campo Elías me acompañó hasta Pasto, donde nos despedimos en el aeropuerto Antonio Nariño.

En las tierras de Ocaña y el Catatumbo

Viajé desde mi tierra natal a Ocaña, Norte de Santander, para compartir un seminario-taller sobre la Lectura Campesina de la Biblia a 28 jóvenes seminaristas y sacerdotes formadores en el Seminario "*El Buen Pastor*" de la Diócesis de Ocaña. La experiencia fue maravillosamente acogida y valorada en el marco del Mes de la Biblia. El P. Said Ruedas Jaimes, rector del Seminario, me invitó a vivirla cuando estaba a pocos días de llegar a los 69 años y cuando *Los sueños y los pies caminantes* se encuentran a punto de entrar a la imprenta.

Dos jóvenes seminaristas, Jesús David Blanco y Ramón José Pérez Rodríguez, me esperaban en el aeropuerto Palonegro de

Bucaramanga, para viajar 5 horas por carretera hasta llegar al Seminario en la noche del domingo 17 de septiembre de 2023, en las afueras de Ocaña. A estas tierras había venido en 1990 a una Asamblea Nacional de las Comunidades Eclesiales de Base. El lema de aquel encuentro fue: "*somos iglesia y pueblo organizado luchando por la vida, con la esperanza de recobrar la fuerza de una fe que es vida*". Y las líneas de acción de ese entonces no pierden vigencia, treinta y tres años después: "*recuperación de la Palabra, defensa de la vida, inserción en el movimiento popular, valoración de la mujer, ecumenismo, formación y autogestión*". Las golpeadas y sufridas tierras de Ocaña y del Catatumbo, a donde las Fuerzas Militares trajeron los jóvenes de Soacha para asesinarlos bajo la modalidad de los «*falsos positivos*", haciéndolos pasar como guerrilleros dados de baja en combate. Fue un acto de barbarie y degradación humana que avergüenza a la sociedad colombiana ante el mundo.

Durante la semana pudimos saborear la Lectura Campesina de la Biblia, como una expresión de Vida, fuerza y esperanza para los tiempos futuros de las comunidades campesinas y de la Pastoral Rural y de la Tierra en las parroquias de la diócesis, como una expresión de las dos Palabras de Dios: la Vida y la Biblia. Un racimo de plátanos nos ayudó para simbolizar un libro de la Primera Palabra de Dios, los capítulos y los versículos. Los padres Said Ruedas y William Sánchez Obregón tomaron parte activa en el Seminario-taller, lo mismo que el P. Richard Arsenio Arévalo, director espiritual, con quien compartí en los momentos litúrgicos y en el comedor. Expreso mi agradecimiento a Zuleismys Avilés Ospino, Nancy Ortega Contreras, Luz Neira Diaz y Adiela Cobos Ovalles por su acogida y apoyo. Fue una experiencia muy gratificante que se extendió en una noche a la parroquia San Rafael, donde fui acogido por el P. Rubén Darío Rodríguez y pude compartir mi experiencia de Lectura Campesina de la Biblia. Entonces las personas compartieron bellos testimonios y el niño Yilver David

Torres Ortega y su mamá, Marinelda Ortega, estaban rebosantes de emoción, al punto que el niño me manifestó: "*cuando vuelva a sacar su primer libro, deseo tenerlo para leerlo*". Para el día sábado tuvimos un encuentro de animadores y líderes y lideresas sociales, animadas por el P. Ramón Andrés Torrado Pérez, dinamizador de la Pastoral Rural y de la Tierra.

Por la significación que reviste el Seminario-taller de la Lectura Campesina de la Biblia para el Seminario y la Diócesis de Ocaña para el futuro de las comunidades campesinas y los sacerdotes que las acompañarán, tomo registro de sus nombres y apellidos: Sergio Pérez Melo, Faiber Leandro Peñaranda Gómez, Jesús David Blanco Sánchez, Maicol Javier Santiago Quintero, Cristian Pérez Gárnica, Ángel Mauricio Rivera García, Yeison Alirio Ortega Torres, Rubén Eduardo Ascanio Santiago, José Darío Benavides Castro, Richard Quintero Quintero, Jean Carlos Uscátegui Pérez, José David Carrascal Mondragón, Camilo Andrés Chacón Chacón, Hermison Maldonado Ortiz, Jonathan Mauricio Gutiérrez Castilla, Deixon Toro Carreño, Jesús Andrey Ortega Ortega, Jesús Harvey Umaña Donado, Lizandro Sepúlveda Bayona, Jean Carlos Pérez Jiménez, Ramón José Pérez Rodríguez, Reynald David Guarín Castellanos, Esneider Leandro Carrascal Bayona, Neil Yohan Sánchez Arévalo, Faider Alonso Ballesteros Pérez, José Manuel García Macana y José Vladimir Ropero Ropero. Aquí está representado el futuro Presbiterio de la Diócesis rural y urbana de Ocaña, Norte de Santander.

CAPÍTULO VII

LAS PARADOJAS METAFÓRICAS EN LOS CAMINOS DE LA VIDA

Acerca de la teología y de la lectura contextual de la Biblia se pueden escribir líneas muy bellas y verlo todo con color de rosa. Sin embargo, es posible tener otras miradas sobre las líneas que no son tan color de rosa. Se trata de las líneas que dan cuenta de los profundos dramas existenciales en que a veces nos hallamos las personas como en el más tenebroso de los túneles, por momentos sin esperanzas de salir a flote. He creído que también hay casos en que escasea la solidaridad y la sensibilidad en estos mundos que izan las banderas de la Teología Latinoamericana de la Liberación y la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia, bien sean académicos o populares. He visto y vivido experiencias que podían ser un aporte crítico a iglesias, instituciones y movimientos. A veces, de muy poco servía tener experiencia, sino se tenía un título académico, pues los saberes empíricos y autodidactas no eran reconocidos y valorados en estos mundos eclesiales. Es como si a estos mundos alternativos a los mundos que devoran a los seres humanos y a la naturaleza, los hubiera alcanzado la empalizada de la indolencia, la insensibilidad y la insolidaridad.

La metáfora de la cerca de alambre

Por 1983, en la Semana Santa de ese año tuve la oportunidad de conocer al P. Gabriel Díaz, sacerdote del Grupo del Nus y de la línea de la Teología de la Liberación. Nos encontramos en el caserío de Damasco, un pueblo de los tiempos de la Colonia, corregimiento del municipio de Santa Bárbara, en Antioquia. Éramos un equipo de cinco personas (el padre, dos religiosas y dos laicos). Una mañana salí con una de las religiosas a visitar una vereda. Las familias eran muy pobres y el caserío se extendía a lo largo de un camino, rodeado por cercas de alambre que habían levantado los hacendados de fincas ganaderas para estrechar más a las familias, que vivían en aquellas condiciones infrahumanas.

No se me olvida que la religiosa regañó a las familias porque las aguas contaminadas corrían por el camino, pues los ricos impedían que corrieran por sus fincas. Habló de abandono, desaseo y falta de organización de la gente. Treinta y seis años después, hoy 01 de octubre de 2019, cuando el P. Gabriel Díaz está cercano a partir a la casa del Padre, he viajado desde un pueblo para verlo por última vez, y una señora me ha impedido entrar a verle. Otra cerca, ya no de alambre, se ha interpuesto. Lo paradójico es que hace poco, la misma señora comunicó en el grupo por WhatsApp que las personas pueden entrar a verle por dos minutos y hablarle pasito. A mí, simplemente, no me dejó entrar.

La metáfora de la casa de zinc

Mil novecientos ochenta y cinco fue un año crítico para nuestra familia. La construcción de una carretera destruyó la casa donde vivíamos y la firma constructora no nos indemnizó por los daños y perjuicios causados. Era una entidad del Estado colombiano, provista de abogados, quienes nos engañaron con promesas para que saliéramos por unos días de la casa, mientras pasaban las máquinas, pero luego no cumplieron. La casa la demolieron gigantescas rocas que la atravesaron de un lado al otro. Allí vivíamos dos familias, con un bebé recién nacido (mi sobrino mayor, de nombre Jair). Salimos a buscar posada en el vecindario por unos meses, siendo acogidos por la tía Judith, hermana de mi papá, en la casa de balcón, hasta que un señor de nombre Silverio Villada, nos facilitó una casa de zinc para vivir. Allí pasamos nueve meses, en un estado de hacinamiento y con un calor insoportable que no nos dejaba dormir tranquilamente. Esa casa fue un símbolo de la solidaridad vecinal y desde donde recobramos ánimos para emprender la construcción de una nueva casa donde vivir.

Dicen que «*las cosas suceden por algo en la vida*» y que por más absurdas que parezcan, con el paso de los años se van poblando de significados sorprendentes. La pérdida de la casa donde nacimos, aquella misma que la abuela materna había construido mediante una deuda con otra entidad del Estado colombiano, desencadenó una solidaridad europea y vecinal, porque una mujer, de nombre Brigitte, reunió dinero en Biel (Suiza) entre gentes solidarias con los sectores empobrecidos de América Latina, que nos llegó a través de amigos y amigas que tenían las conexiones con ella desde Medellín. Emprendimos la

construcción de tres habitaciones, la sala, la cocina, el baño, el lavadero y un corredor. Por fin, la familia lograba tener una casa propia, un techo donde habitar, justamente al lado de la carretera por la que se había ocasionado la demolición de la otra casa. Era entonces el corazón de la vereda. En el mes de mayo de 1986, salimos de la casa de zinc rumbo a nuestra nueva casa. Recuerdo que ese día mi madre Otilia de Jesús fue de las últimas en salir y nos acompañaba un perro.

La metáfora del ajuste de cuentas

En el marco de la teología y de la lectura contextual de la Biblia, puedo situar una reflexión en 2009 en el aula de la Universidad Bíblica Latinoamericana, mientras cursaba la licenciatura en ciencias bíblicas. Había escuchado dos expresiones en los contextos de la economía de los bancos y de la situación de violencia en Colombia. Se trataba de «*pasar la cuenta de cobro*» y el denominado «*ajuste de cuentas*». De la primera, sabía por experiencia propia, desde que mi padre contrajo una deuda con el banco, que los bancos pasaban terribles cuentas de cobro a quienes no podían pagar las deudas, que representaban el despojo de sus tierras y sus casas. De la segunda, la frase databa desde los mismos tiempos de Jesús. La había leído en la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30), cuando el señor que aparece allí, interpretado por la tradición eclesial como Dios, hacía un «*ajuste de cuentas*» con los siervos que habían recibido el encargo de hacer rentar los talentos. Según esa interpretación, a la que me resistía, el Dios de Jesús que aparecía en la parábola manejaba «*cuentas de cobro*» y ejecutaba inmisericordes «*ajustes*» con sus siervos. El citado señor parecía tener sirvientes para acoyundar y despojar hasta de la vida a quienes no le cumplieran. Pero también se hizo tan cotidiana en la época

de violencia en Medellín, que las muertes violentas se revestían y se presentaban como un «*ajuste de cuentas*» del narcotráfico.

Puede resultar escandaloso reconocer que también en el ámbito religioso, teológico y bíblico institucional se pasen «*cuentas de cobro*» y se practiquen como si nada los «*ajustes de cuentas*». En la economía andaba en boga el lema de los «*ajustes estructurales*» de las empresas que se privatizan, a grandes titulares en los periódicos, mientras en las casas de los trabajadores se degradaba en el anonimato la vida. Ciertamente había visto muchos casos y hasta los había sufrido en carne propia. Se trataba de imágenes y experiencias que retrataban de manera sorprendente aquello de las «*cuentas de cobro*».

La metáfora de la vaca lechera

Quien pueda leer un librito llamado «*La teología en la vida de los pobres*», aparecido en 1985, estará saboreando la experiencia que subyace a la vaca lechera, una metáfora para interpretar la realidad colombiana y la situación del campesinado. Se trata de la evocación de una experiencia vivida en un barrio de Medellín, de nombre Guayabal. El encuentro de una docena de campesinos y campesinas había desvelado al arzobispo de la Arquidiócesis de Medellín, Alfonso López Trujillo, en cuya imaginación había visto rondar por el lugar al padre Miguel de S'Escoto, una figura prominente de la Teología Latinoamericana de la Liberación en Nicaragua. Cuando se tiene la obsesión por perseguir lo que incomoda, se ven y se suponen fantasmas por todos lados. Muy lejos, seguramente se encontraba don Miguel, ocupado en los menesteres de su ministerio teológico. Aquel puñado de campesinos y campesinas no teníamos la más remota idea de lo que trasnochaba al prelado católico.

Aunque en otro capítulo de esta autobiografía puede leerse la experiencia de la vaca lechera, sin buscar aburrir a las personas lectoras, conviene referir otros tópicos de esta metáfora que ocupó la atención del obispo auxiliar, de su vicario y del arzobispo principal, que le envió a la reunión con la misión de indagar sobre ese supuesto evento internacional. Por entonces se conocía que monseñor Alfonso López Trujillo era el mayor opositor y perseguidor de la Teología de la Liberación en Colombia y en América Latina.

Bernardo Toro, el campesino de más años y experiencia (ya fallecido), fue quien dejó sin palabras al obispo, en quien se percibía una ingenuidad abismal para leer críticamente la realidad colombiana. Imaginaba tierras campesinas donde pastaban razas de ganado holstein y terrazas de casas rurales donde crecían los cultivos sin Tierra. La vaca aquella de la veintena de litros de leche, era una vaca de raza, para tenerla en pastizales de llanura, sabana y establo, difícilmente en pendientes escabrosas, donde habitaba el campesinado, donde la vaca podía rodarse y matarse. Las vaquitas de las familias campesinas no pasaban de dos litros de leche para el consumo familiar y estaban aclimatadas y adaptadas a aquellos terrenos pendientes.

¿Quiénes eran los dueños de las llanuras y de las ganaderías? No era una pregunta que pudiera hacer y responder fácilmente el obispo. Lo mismo sucedía con los cultivos hidropónicos, cultivo sin suelo, que no necesitaban Tierra. Aquella imagen de la cuadra de Tierra, ¿a qué venía, en un país de terratenientes y de niveles escandalosos de concentración de la Tierra? ¿Por dónde estaría pasando la teología y la lectura bíblica del obispo y del campesinado?

Aquello hace ya 38 años, los tiempos en que la institución eclesial pasaba la «*cuenta de cobro*» al movimiento de la Teología

de la Liberación y de la lectura bíblica de aquel puñado de campesinos y campesinas. El caso es que han aparecido muchas y nuevas vacas lecheras, una de las cuales es la avalancha que ya se está viviendo sobre América Latina y el Caribe con los agrocombustibles. Quien no entre en el monocultivo y la agricultura destinada a abastecer los carros y las máquinas seguirá siendo acusado de sufrir la enfermedad de «*perecitis*» o «*enemigo del progreso*». El monocultivo, el despojo violento de la Tierra, el crédito del banco, los cultivos transgénicos son las nuevas vacas lecheras. En tanto, la Teología de la Liberación y la lectura contextual de la Biblia seguirán teniendo vigencia mientras surjan nuevas vacas lecheras, sigan existiendo pobres y excluidos, y haya experiencias de Dios para ser compartidas y celebradas.

La metáfora de la bolsa plástica

Estábamos en los comienzos de la década de los años noventa. El lugar era Bogotá, Universidad Javeriana, Facultad de Teología. En la recepción, un campesino, que llevaba una bolsa plástica en su mano, se había detenido frente a la entrada a preguntar al vigilante, si podía pasar. Acontecía un seminario de Teología de la Tierra, para estudiantes de teología. Un sacerdote amigo le había invitado a compartir con él la orientación del seminario. Ingeniosamente le había hecho el quite a la institución del saber profesional, donde se educaba el clero religioso católico, para que un campesino, sin concluir su educación secundaria, de estudios autodidactas y sin tener título, pudiera pisar los predios de la universidad en condición de estudiante (aprender) y de profesor (enseñar). El vigilante (celador) no le había permitido entrar, a pesar de la insistencia en convencerle de que iba para un seminario en la facultad de teología. En la bolsa plástica

llevaba los apuntes de Teología de la Tierra para compartir en el seminario académico.

Yo era aquel campesino de la bolsa plástica. Por mi lado pasaban los estudiantes de largo, y entraban mostrando su carnet al guardián de la entrada. Al rato, vino de dentro una religiosa a preguntar al vigilante si había llegado el señor Aníbal Cañaveral. *"¿Usted es el señor Cañaveral?"*, preguntó el vigilante. Le respondí que sí. Entonces me abrió la puerta y entré. El amigo sacerdote había llegado y entrado por otra puerta, de modo que ya estaba con un grupo grande de estudiantes dispuestos a iniciar el seminario de Teología de la Tierra.

Al día siguiente, un pequeño grupo de estudiantes me invitó a la cafetería a saborear un tinto. Compartieron que el día anterior habían pasado por mi lado y me habían confundido con un vendedor ambulante que llevaba dulces en aquella bolsa plástica, y que ni por la imaginación les había pasado que fuera uno de los orientadores del seminario.

La imagen de la bolsa plástica era un motivo intuitivo para dimensionar una realidad más grande y futura. Hoy, en las ciudades latinoamericanas, muchas personas se suben a los transportes urbanos, llevando el símbolo de su sobrevivencia en una bolsa plástica, o en una caja de cartón, un símbolo de la economía informal. Ayer, el profesor José Enrique Ramírez, citando a uno de los padres fundadores de la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia, Carlos Mesters, traía la imagen del vestido y de la Biblia envuelta. Pues bien, entre la persona que portaba la bolsa plástica y la facultad de teología de la Universidad Javeriana, se evidenciaba una barrera, un abismo, que solo fue franqueado por un quite que supo hacerle el sacerdote amigo a la institución. Es verdad, que la sobrevivencia camina envuelta en bolsas plásticas, y que de ese lado están las teologías latinoamericanas de la liberación y las lecturas contextuales de la Biblia.

El gran desafío para la academia es que pueda encontrar la manera de cómo propiciar el encuentro de la bolsa plástica con la Biblia, la teología y la pastoral. Cuando eso sucede, puede sentirse la integración entre teoría y práctica, entre saber académico y saber popular. La teología de la liberación y la lectura contextual de la Biblia seguirán teniendo vigencia mientras la sobrevivencia siga caminando en bolsas plásticas y la academia siga teniendo portones y guardias que impidan entrar al diálogo de saberes.

La metáfora del libro

Tres episodios enmarcan las paradojas en torno a la metáfora del libro. Desde mucho tiempo atrás había alimentado el sueño de escribir y publicar un libro algún día. La editorial recibió dos de mis textos a comienzos de los años noventa, pero el día que obtuve la respuesta fue como si me hubiesen caído toneladas de peso encima. Me acompañaba uno de los sacerdotes entrañablemente amigo, Álvaro Ramos, cuando el señor editor me manifestó: "*El Espíritu me ha dicho que este texto de la «Iglesia que queremos los pobres», ya está en el dominio del público y no es rentablemente comercial*". Se trataba de mi primer escrito teológico, aquel que había escrito con la orientación de Carlos Alberto Calderón y que había llegado a Europa y conseguido una traducción al alemán. Sobre el segundo texto, «*Caminando juntos construimos Iglesia*», el referido editor, que daba luz verde a las publicaciones, señaló: "*Es un buen texto, pero es coyuntural y ya perdió vigencia*". Podrán imaginar el impacto de estas sentencias en quien había florecido prematuramente en ilusiones de escritor. Lo que era coyuntural y carente de vigencia había levantado aplausos en el auditorio de la Fundación San Isidro, en Duitama (Boyacá) ante más de 200 personas de todo el país, la tarde de un día de

junio de 1987, cuando fui llamado al escenario para compartir la síntesis teológica y eclesiológica del Primer Encuentro Nacional Conjunto de Comunidades Eclesiales de Base (CEBs.) y Comunidades Cristianas Campesinas (CCC).

En un instante habían pasado por enfrente aquellas imágenes. La realidad era que no tenía un renombre como escritor y teólogo, era un completo desconocido que estaba ante un aplastante fracaso. Como suelen aparecer palabras de aparente condolencia, el editor expresó felicitaciones por las obras, que más que ser oportunas en aquellos momentos, sonaban huecas, vanas y vacías. En medio de un fúnebre silencio abandonamos la oficina del editor y nos perdimos entre la gente transeúnte que andaba por las calles de Bogotá, la capital del país. Ambos habíamos quedado también sin palabras. Después vendrían las secuelas de aquella experiencia: un convencimiento de no volver a escribir una línea más, en una sequía que se prolongó por un año, hasta que nuevamente el sol volvió a brillar en la decisión de emprender la gestación de un nuevo libro.

Acontecía un encuentro de grandes biblistas, teólogos y teólogas del continente en una prestigiosa ciudad. En la reunión se encontraban gentes de la academia y gentes de las que se denominan «*de a pie*» o del pueblo. Unas personas reconocidas y otras que apenas aparecían en este escenario. Observé que una biblista popular le regalaba, con toda la alegría que puede caber en el mundo, su libro recién publicado a un conocido y famoso escritor, teólogo y biblista. Unos días después, por esas cosas de que el mundo es un pañuelo, me di cuenta que el hombre intelectual regalaba el libro a otra biblista popular. En verdad que el libro había sido el último en su biblioteca. ¿Qué se podía deducir o imaginar de esto? ¿Por qué el libro de la compañera y hermana biblista no podía estar junto a las grandes obras y autores del reconocido biblista y teólogo? ¿Serán las «*cuentas de cobro*» que biblistas y teólogos académicos pasan a biblistas

populares? ¿Serán los denominados «*ajustes de cuentas*» en el mundo de la teología y de la Biblia?

Hubo un nuevo encuentro de teólogos y teólogas de alto vuelo, en alguna ciudad latinoamericana. Allí vendían a 20 dólares los libros de teología de prestigiosos teólogos del primer mundo. Más de una persona los compraba, mientras un campesino ofrecía su libro a 5 dólares, envuelto en la bolsa de la sobrevivencia. Muy pocas personas lo preguntaban y lo compraban. No era teología, ni estudios bíblicos de la academia. Era teología y relectura de la bolsa plástica, del libro de nadie. ¡Qué lejos está el lenguaje de las palabras de aquello que llamamos práctica! Esos gestos revelan la lógica de un mundo teológico y bíblico en que un saber se impone sobre el otro. Las teologías de la liberación y las lecturas contextuales de la Biblia tienen vigencia mientras sigan existiendo gruesos volúmenes de 20 y 30 dólares, frente a pequeñas producciones que no interesan ni regaladas. La metáfora se parece a los campesinos desconocidos de las plazas de mercado que, aunque sus productos sean muy buenos, nadie pregunta por ellos y al final los tienen que regalar, vaciarlos en la plaza o retornarlos a la casa, mientras largas filas de consumidores hacen turno para pagar productos más caros en los súper mercados de las ciudades. Se parece a la imagen del Evangelio de los trabajadores en la plaza, que nadie les preguntaba ni contrataba (Mt 20, 7). Tales gestos corresponden a las «*cuentas de cobro*» y a los «*ajustes de cuentas*».

La metáfora del título

Dos campesinos habían recibido la invitación por parte de una diócesis católica para orientar un taller sobre Introducción a la Lectura Popular y Comunitaria de la Biblia al grupo de

seminaristas que estudiaban filosofía y teología en una prestigiosa universidad de la ciudad. El uno tenía título universitario en ciencias sociales con énfasis en antropología, mientras el otro carecía de título profesional. Al final, algunos seminaristas pusieron en duda y en cuestionamiento lo que los campesinos compartieron sobre la Biblia, presuntamente porque el segundo no tenía estudios académicos. Con título o sin título, por ser campesinos laicos, se les miraba como inferiores. No importaba ni tenía valor el hecho de que los dos campesinos vinieran caminando desde muchos años atrás. Algunos seminaristas reclamaban que su saber tuviera el sello y el reconocimiento académico de una universidad. Es la «*cuenta de cobro*» que se les pasa por no provenir de los saberes refinados de prestigiosos centros de formación académica.

Antes lo había expresado en una de las aulas del Seminario Integrado de la Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica, que sus saberes, teologías de la liberación y lecturas contextuales de la Biblia, no pasaban de ser teologías y relecturas bíblicas de los apéndices y los anexos. En cambio, veía y reconocía aperturas y sensibilidades sorprendentes en recintos de la UBL como PROMESA (Colombia) e ISEAT (Bolivia), donde se les abrían espacios a los y las sin título, haciéndole el quite institucional, para que sus saberes fueran compartidos en la academia. Las teologías latinoamericanas de la liberación y las lecturas contextuales de la Biblia siguen teniendo vigencia mientras haya títulos y espacios excluyentes que pongan unos saberes por encima de otros, mientras destinen sus saberes teológicos y bíblicos a los apéndices y los anexos, pero también mientras haya sensibilidades transgresoras de lo formal e institucional. En una palabra, las teologías latinoamericanas de la liberación y las relecturas contextuales de la Biblia tienen vigencia mientras sigan existiendo títulos famosos y saberes superiores e inferiores.

Ya en los tiempos recientes es que los títulos se convirtieron en la exigencia para acceder a los empleos más sencillos y de las personas jóvenes, al tiempo que, a las personas mayores, como en mi caso, ni teniendo un título de maestría encuentra uno un trabajo fijo y estable. Ahora se impone el tener doctorado y dominar otras lenguas extranjeras. En mi caso ya no alcanza la cuerda, a no ser que en algún lugar de esta patria colombiana y latinoamericana me concedan un título de «*Doctorado Honoris Causa*» en reconocimiento a mi contribución a la teología y a la Hermenéutica Campesina de la Biblia.

La metáfora de la fobia laical

La vez que me tocó asumir el trabajo de un amigo sacerdote debido a una enfermedad que sufrió, viví en carne propia lo que he llamado «fobia laical» de un sacerdote que parecía ver en los laicos al mismísimo demonio. Quizás fue la vez en que me sentí insultado, humillado y echado de una casa cural por un padre de apellido Peña, al que lo invadía una especie de fobia contra las personas laicas. El citado sacerdote no me saludaba en la mesa y sucedió que un día se le presentó la oportunidad de sacar afuera toda la fiebre que guardaba dentro. Yo regresaba del campo de acompañar la formación bíblica, pero el sacerdote me negó la entrada a la casa cural y de la manera más brusca y grosera, me dijo: «*Entre, saque sus cosas y lárguese de aquí*».

Eran los extremos de una problemática existente, por siglos y siglos, dentro de la Iglesia, aunque abundaban formas más refinadas y elegantes de confinar a los últimos lugares al laicado.

La metáfora del visado

Hace parte de los contextos que subyacen a la movilidad humana y a la lectura contextual de la Biblia. Año 2009, ciudad de Bogotá, embajada de algún país que exige visado para el traspaso de sus fronteras. Afuera, una larga fila que mira ansiosamente los relojes, mientras adentro un vigilante de la seguridad espera que se cumpla la última milésima de segundo para abrir el portón. Poco después, una mujer joven, con un niño de brazos, le suplica, casi con lágrimas en los ojos que la deje salir un momento y le permita entrar de nuevo. El guarda no le permite y revela sus actitudes de indolencia y de frialdad.

Por la lectura contextual de la Biblia en instituciones académicas es que me encuentro haciendo esta fila del visado, cuyo desenlace final es: «*la visa le ha sido denegada*». ¿Por qué? «*Ese motivo se lo reserva la embajada*», fue la respuesta del consulado. Es una respuesta a secas, lacónica, acompañada de otra: «*Vuelva a solicitarla dentro de cuatro meses*». Ciertamente, venir a esto no fue un simple paseo, fue en cambio una odisea de varios viajes a la capital del país, otras tantas filas para sacar y legalizar documentos y dinero echado como a un río. Al día siguiente andaba las calles de la capital como un autómata, preguntándome: ¿Por qué habían negado la visa? A mi lado, un joven desconocido, me ayudaba a levantarme de la mitad de la calle, sangrando las manos y el pantalón roto a la altura de la rodilla. Había tropezado y el cuerpo no pudo hacer equilibrio y caí en la mitad de una vía que, por fortuna, se hallaba desierta de carros en ese instante. Son los «*ajustes de cuentas*» que les pasan unos países a otros para cruzar sus fronteras.

La metáfora de la planta de banano silvestre

Había una hermosa planta a la que llamaban «*Banano Silvestre*», donde cada que maduraba un racimo había fiesta y encuentro de los animales, que acudían por familias a saborear el dulce de aquellos bananos silvestres. Un día se vieron rodeados de cazadores y perros bravos, armados de escopetas, machetes y cuchillos, y los caninos de afilados colmillos, dispuestos a morder y triturar lo que fuera. Se oyeron tiros y ladridos de perros, en medio de gritos y gemidos jamás oídos de ardillas, guacharacas, monos, loros, turpiales, azulejos, colibrís y afrecheros. Abejas, mariposas y hormigas buscaban huir del lugar, pero eran aplastadas y pisoteadas por los cazadores y los perros. Las balas de las escopetas acabaron con la vida de las guacharacas que también intentaban huir del lugar. Hermosos cuerpos y plumajes de pájaros fueron alcanzados por las balas y rematados en Tierra por los machetes de los cazadores y los colmillos de los perros. Una hermosa ardilla, junto con su cría que llevaba en su vientre, fue atravesada por una bala de escopeta, quedando medio muerta en el suelo, en medio de una charca de sangre, mientras los cazadores terminaban de rematar los indefensos animales heridos, con la ayuda de las dentelladas de los caninos. Después, los cazadores usaron sus machetes para talar la hermosa planta de «*Banano Silvestre*», patearon y pisotearon los cuerpos sin vida de los animales, se fueron con las suelas de sus zapatos ensangrentadas y celebraron con sus caninos la mortandad de animales. Quizás en unos días o unos meses reciban un premio o una condecoración por el exterminio de la vida animal y la tala de la planta de «*Banano Silvestre*».

La metáfora alude a una experiencia de la infancia, mencionada en el primer capítulo, traída a la realidad del conflicto armado que hemos vivido en Colombia en forma de parábola para referir la tragedia de los mal llamados *«falsos positivos»***.**

La metáfora del cultivo de yuca

Mi hermano Hernando y yo sembramos, cuidamos y cultivamos la yuca con un encanto único. Nos fascinaba ver crecer las plantas y sentirnos cobijados y arropados bajo sus hojas, que nos protegían de los rayos del sol. Vivíamos una espera por el ciclo de vida de la planta que iba desarrollando el crecimiento de muchas yucas en el vientre de nuestra Madre Tierra, el cual se convulsionaba y agrietaba para darlas a luz. Anhelábamos su olor, su sabor y la nutrición de nuestros cuerpos y los cuerpos de toda la familia y de las vecindades. Era una espiritualidad campesina con olor y sabor a vida. La yuca era un libro, un capítulo o un versículo del Evangelio de la Vida y de la Madre Tierra. Una linda evocación del campo. Aún guardamos su sagrado sabor en un sancocho o en un plato de frijoles y nos duele verla en las tiendas y las plazas de mercado, apilonada, muriendo lentamente y botada a las canecas de la basura, mientras hay tantos estómagos humanos, vacíos y enfermos por el hambre. Nuestra Madre Tierra la dio a luz, en gratuidad, para la vida, pero el mercado neoliberal le cambió el rumbo vital, para convertirla en agro-combustible de las máquinas y los carros. Y las investigaciones en universidades «*sacan pecho*» en su uso para biocombustibles y, de su destinación prioritaria para la alimentación del ser humano no se habla. Cuenta es la alimentación de las máquinas, los carros y la ganadería. Cuenta son las ganancias y el negocio de las grandes empresas del sector agroindustrial. ¡¡¡Urge proclamar el EVANGELIO DE LA VIDA Y DE LA MADRE TIERRA!!!

CAPÍTULO VIII

CRÓNICA DE LA HUMANIDAD DIVERSA, ECUMÉNICA Y UNIVERSAL

Confieso, con la honestidad y la sinceridad a flor de piel,
acerca de lo difícil que ha resultado escribir este
Capítulo de despedida, cuando se siente la vulnerabilidad,
la precariedad de la vida y su complejidad
en las marcas del cuerpo que pierde de apoco
sus brillos y destellos propios.
Se contemplan, entonces, aquellas dos líneas existenciales
de los procesos que desde la primera palpitación
de la vida biológicafueron coexistiendo simultáneamente:
la vida y la muerte.
Por un lado,
un ascenso sorprendente de la vida en humanidad
como una manifestación del sentido último y definitivo
de la VIDA.
Por el otro,
un proceso de muerte y decrecimiento continúo
del cuerpo biológico,
que se aproxima al instante de terminar de morir.

Extranjeridad y movilidad humana

No sé cuántos kilómetros habré recorrido desde niño –escribía- cuando estaba llegando a los cincuenta años y comenzaba a redactar la introducción de este texto autobiográfico. Recordaba que la condición de movilidad y migración la viví desde la temprana edad cuando salí del campo a la ciudad. Tras la búsqueda del saber me sentí extranjero al poner los pies en la primera avenida de Medellín (Carabobo) a la edad de doce años, una ciudad desconocida y extraña para mí en todos los sentidos, pero a la vez desafiada por mis impulsos de enfrentar lo desconocido. Extranjero me sentí al llegar al barrio donde vivía la familia de Alberto Cardona, María de la Luz Cañaveral y Marleny Cardona. Los largos días los pasaba en la terraza de la casa contemplando la inmensidad de la ciudad y jugando con la perra Tosca.

Aquella primera experiencia, corta en tiempo, marcaría mi vida de apertura al mundo urbano. Fui capaz de vencer el impacto del desarraigo pasajero y la separación del campo, de la familia y del entorno físico y espiritual.

A los 18 años tuve la segunda oportunidad de emigrar del campo. Cuatro meses experimenté la condición de forastero y extranjero en un instituto semi-urbano y semi-rural. Lejos de la familia, enfrentando lo desconocido, eché las bases de la formación comunitaria y humana. Viví las primeras manifestaciones de la anonimidad de los números. Los profesores no le llamaban a uno por el nombre. Sus llamados se oían por los números. Me había tocado el 47 y los tendidos de la cama llevaban este número, los pantalones, las camisas, los interiores, las medias y los pañuelos. Esa extranjeridad y condición de migrante era

de temor y de espanto. No habíamos llegado a un mes cuando aconteció un episodio al estilo bíblico (La expulsión de Adán y Eva del paraíso). Dos compañeros fueron vistos por el Director en un cultivo de caña, chupando el guarapo de caña y se escondieron. Ello causó la fulminante expulsión del instituto. En otro momento, habían reunido a todo el grupo de estudiantes para realizar una práctica agropecuaria de dar muerte a los conejos. Sudaba frío porque no fueran a llamar al 47. Era una especie de ritual de la muerte. Si el anónimo estudiante acertaba en darle muerte al conejito, había aplausos y premios. Si no acertaba, había rechiflas y desaprobación. Mi ser temblaba de pánico y terror porque no fueran a pronunciar el 47. No escapé, pronunciaron mi número y me entregaron el animalito para que le quitara la vida, asestándole un golpe seco y fuerte atrás de las orejas. No fui capaz de hacerlo y vinieron las rechiflas, burlas y desaprobaciones.

La última función del teatro con los números aconteció cuando faltaban dos semanas para el cierre del curso. Había circulado el rumor de que se estaban perdiendo prendas de vestir en los dormitorios y las cuerdas donde se extendía la ropa. Un día en la mañana nos enviaron a todos a rozar y limpiar una platanera, mientras realizaron una inspección en los guardarropas de los dormitorios. Después del almuerzo, en la tarde, nos citaron a una reunión a la sala general y nos informaron de la inspección realizada en cada dormitorio y cada closet de ropa. Sobre una mesa había un montón de prendas. Aquello era más terrible que el día de los conejos, pues uno no sabía que por equivocación hubiese recogido la ropa equivocada de las cuerdas y la hubiese guardado en el ropero en esos días sin darse cuenta. Uno de los instructores estaba encargado de pronunciar los números y mostrar las prendas interiores y personales encontradas en los lugares equivocados. Tres compañeros resultaron comprometidos y también, de manera fulminante, fueron expulsados del curso y del instituto.

Era una noche del mes de octubre de 1986, hacia las dos de la mañana, me despedía de la familia en una especie de sacudida interior, humana y espiritual, después de las amenazas de un hacendado de la vereda. Pueden imaginarse lo que se siente en el punto más profundo del ser humano, cuando se escucha la voz angustiada de la Madre: "*Hijo, prefiero sentirlo lejos de aquí, que no recibir la noticia en cualquier momento de que lo encontraron muerto*". Esa es la noche del desplazamiento y la experiencia de migrante en este compartir. Nuevamente, mi padre me acompañaba al mismo lugar donde a los 12 años había cogido el bus para la capital. Padre e hijo caminaban en la noche, sin pronunciar palabra, con un nudo en la garganta, hacía una carretera en donde se despedirían. Ese lugar se llamaba «*El Churimo*»**.**

Caminamos con la luz de la linterna que portaba mi padre, mientras mis espaldas cargaban un pequeño bolso con unas dos mudas de ropa. Atrás quedaba mi familia y el vecindario, quedaba la pequeña casa recién construida donde había alcanzado a vivir tan solo unos cuatro meses; atrás quedaban los referentes de mi infancia, la juventud y parte de la edad adulta. Iniciaba a vivir la condición de migrante en Tierra extraña. Allí viví la experiencia de jornalero y más tarde la de misionero itinerante por varias regiones de Colombia y del continente.

Viví como forastero entre los jornaleros de las fincas de café de un pueblo llamado Armenia, a finales de 1986. Así mismo era forastero en la casa cural, donde un amigo sacerdote me había facilitado un cuarto para dormir. Salía en la mañana y regresaba en la noche, sin poder asimilar la vida urbana de un pequeño pueblo, donde las personas amigas se podían contar en los dedos de las manos. Así continuaba una vida de extranjero por diversos lugares de Colombia, sin un sitio fijo donde habitar. Vivía con una maleta, casi siempre dispuesta para viajar y en una permanente movilidad de un lado a otro.

Quizás lo que más impacta de esta extranjeridad es lo que sucede en el interior de uno mismo, en relación con sus afectos familiares más cercanos. Cuando uno vuelve a la que fue su Tierra natal ya no es lo mismo, se siente extraño hasta en su propia casa. El vecindario ya no le ve como de adentro, sino como forastero, como un extraño. Después he ido de acá para allá y viceversa. Entre 1986 y 2022, podemos hacer cuentas de 25 movilidades y trasteos. Mi vida ha sido nómada, deambulante, sin lugar fijo. Esa dinámica se alcanza a percibir en este relato vivencial. Sin embargo, esta historia hace parte de un contexto más amplio. El pueblo colombiano y latinoamericano ha vivido la dura realidad del desplazamiento, del desarraigo de sus campos, de la extranjeridad interna y externa. En 2004 se hablaba de más de 3 millones de personas desplazadas en Colombia y en 2022, las cuentas llegan a 7.7 millones.

La pasión de leer y escribir

Varias veces he dicho y he escrito, que escribir es una experiencia de erotismo, placer, enamoramiento y apasionamiento. Mi paso por la escuela primaria, en la infancia, reveló el querer leer y escribir. La profesora, sin duda alguna, en el proceso de enseñanza, me posibilitó encontrarme con la vena de escritor. Más tarde supe que había una herencia familiar. Mi bisabuela paterna había sido la primera profesora que había llegado al caserío. Mi tía Anatilde escribía poesía y narraciones, al tiempo que contaba cuentos con mi abuela materna.

Antes de que las herramientas de cultivar la Tierra llegaran a mis manos, mis herramientas preferidas eran el lápiz y el lapicero. Cuando ingresé a la escuela radiofónica coleccionaba los lapiceros de colores. Llevaba por dentro, sin duda alguna,

mi ser de escritor en potencia. Cotidianamente, se juntaron y se abrazaron la escritura y la agricultura, porque la cultura que había obtenido provenía de aquella experiencia de cultivar la Tierra y de las aulas de la escuela rural. Escribí en las madrugadas, a altas horas de la noche, en los sembrados, mientras saboreaba la dulzura de los alimentos y las frutas del campo. Junto a la mochila que llevaba al trabajo, ponía un cuaderno y un lapicero, que regresaban a casa untados de Tierra y portando nuevos sentidos de vida.

Me esforcé por escribir crítica y poéticamente. Renuncié a escribir, sin que ello sea del todo cierto, de las cosas triviales de la realidad. Acudí a la escritura irónica que se burla de los personajes y sus hechos, pero, sobre todo, a la escritura crítica de los sistemas de la muerte. Un ejemplo de ello: «*Si los pobres se reúnen para reflexionar su vida a luz del Evangelio, entonces les dicen que compren una vaca lechera*…». Fui un campesino agricultor y escritor, que apostó por anteponer contrasentidos a los sentidos establecidos y dominantes. Explico esto así: Ha predominado el sentido de que el campesinado es portador de una cultura oral, por lo cual se la subvalora y desprecia a veces, poniéndola como un saber de segunda categoría. Así la cultura escrita se impone sobre la oral. Yo no acepté esto y me empeñé en demostrar que el campesino también puede escribir como cualquier escritor de la academia. El otro sentido predominante es que es en la academia donde se forman y se hacen las personas escritoras y que, por fuera de ella, cualquier creación literaria es de segunda. Mi esfuerzo ha sido poder demostrar que en la formación empírica y autodidacta también se puede acceder a la generación de escritores y escritoras. Solamente ahora a mis 50 años de vida puedo acceder al mundo de la universidad.

Cuando escribo estas líneas es 31 de diciembre de 2022, pocas horas antes de expirar un año en que volvió a emerger la veta y la vena del escritor campesino. Mientras caminaba por la cuadra

de las funerarias y el templo de Jesús Nazareno en Medellín, luego de un almuerzo de pescado en un restaurante, llamo a Luz Nelly Montoya, la mujer amiga que me animó a retomar los ánimos de terminar de escribir este relato autobiográfico y a movilizarme junto a los amigos y amigas de Signos de Vida para reimprimir, por segunda vez, mis dos últimos libros publicados y relanzados este año en la Universidad Javeriana de Bogotá, en el Centro de Fe y Culturas en Medellín y en la Universidad Claretiana. «*Ya eres un escritor»,* dijo Luz Nelly un día, trayendo a mi memoria el episodio de un domingo de 1995 en el hospital de mi pueblo natal. Había recibido duros golpes, como el que relato en la metáfora del libro en el capítulo de las Paradojas en los caminos de la vida. Había vivido los tiempos de sequía en la escritura y al cabo de un año se avivó el sueño de la publicación de un libro. Fue entonces en la experiencia del Movimiento Bíblico Latinoamericano donde aconteció este sueño postergado. El Curso Intensivo de Biblia (CIB 92), el Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI), las Comunidades Cristianas Campesinas (CCC) y el Programa Ministerial de Estudios Teológicos Abierto (PROMESA), hicieron posible la publicación del primer libro, en julio de 1995, llamado "*La Carta a Filemón. Una respuesta a las ansias de libertad*". Con motivo de un Encuentro Continental de Animación Bíblica aconteció el lanzamiento del libro, mientras simultáneamente, mi madre era internada en un hospital. Cuando se recuperaba, le llevé el libro a su lecho de enferma y le compartí: «*Mamá, tienes un hijo escritor».* Le estaba presentando mi primer hijo.

Luz Nelly me respondió que se encontraba en viaje con sus hermanas a acompañar a su mamá en este fin de año. Mientras tanto, construir el anterior párrafo significó un grado tal de concentración mental que en dos veces se secó y se quemó un recipiente en que preparaba un tinto para espantar el sueño de la tarde.

Ante estas bellas vivencias guardo una profunda gratitud al Movimiento Bíblico Latinoamericano, a Milton Schwantes y Mercedes Brancher por su apoyo a través del Programa Común de Biblia que hicieron posible la edición de la cartilla *Lectura Campesina de la Biblia* en 1996. Siete años después (2002), el Centro Bíblico Verbo Divino de Ecuador, a través de su director Juan Estefanow, acogió y apoyó la publicación del libro *El escarbar campesino en la Biblia*, gesto que agradezco profundamente.

La carta de las cartas

Cuando recibí la carta, venía con un sello europeo y las inscripciones en un idioma desconocido, tal vez sería francés o alemán. Llegaba de lejos, como un dulce eco de una amistad que hacía unos meses había conocido. Al abrirla, fui sorprendido por el brillo de estrellitas que adornaban los bordes del papel, propios de una lógica artística. Mi amiga se había tomado quién sabe cuánto tiempo para escribirla y adornarla. Tiempo vivido en gratuidad, porque esa es la dimensión de la amistad. Alguien, en algún lugar, le regala gratuitamente el tiempo a otra persona, para contarle y decirle mensajes que alegran el corazón.

Al escribir este apartado de la Carta de las cartas, quisiera agradecer a tantas amigas y amigos que me han escrito a lo largo de unos 20 años (1980-2000). También por acá se han entrecruzado nuestras «*huellas caminantes»,* impregnadas de dulce sabor humano, de perfumada cotidianidad, de cálida teología narrativa, de sinfonía divina y humana. Quiero compartir esta experiencia de las cartas en homenaje a Brigitte, quien murió el viernes santo de 2004. Mi amiga y hermana Brigitte encabezaba la carta con un mensaje de la escritora italiana,

Oriana Fallaci, de quien pude leer después su voluminoso libro: *Entrevista con la historia*.

> "*Crees que la semilla de un árbol no necesita coraje cuando perfora la tierra y germina? Basta una ráfaga de viento para desprenderla, y la patita de un ratón para aplastarla. Sin embargo, germina, resiste y crece, derramando otras semillas, hasta convertirse en bosque*".
>
> Querido Aníbal:
>
> *"Ayer recibí una carta muy larga de Oswaldo. Y como me contó de la vereda, todos ustedes fueron tan cerca como para tocar. Que alegría las noticias de allá –y sentí de nuevo en cuanto mi paso en la vereda fue una de las experiencias más importantes, más profundas de mi vida, si me recuerdo de todos los sufrimientos que aguanta la gente– pero sin embargo siguen adelante. Si me recuerdo de tantas enfermedades físicas y psíquicas –y sin embargo hay una comprensión tan sana para la vida–. Me recuerdo de tantas penas, tantas injusticias que pasan y sin embargo hay todavía una alegría que no se aplasta.*
>
> *Me recuerdo por esto, de la 2ª. Carta a los Corintios 6, 8: "Nos dan por muertos y vivimos; aunque estemos afligidos, permanecemos alegres. Tenemos apariencia de pobres y enriquecemos a muchos; parece que no tenemos nada y todo lo poseemos. Creo que tú, un muchacho que tiene acceso tan profundo al Evangelio entiende lo que quiero decir. Hay una presencia del Dios vivo entre los pobres que impacta. No depende de que los pobres serían más justos, pero son menos orgullosos que la gente rica. Y es por su pobreza que conocen sus límites y que no pueden ser el dios de sí*

mismos. Hay un abandono en Dios más evidente que entre los ricos. Y es cuando nos confiamos a Dios, que él empieza a entrar en nuestras vidas, en nuestro presente, en nuestra historia.

Pero créeme que no quiero romantizar la pobreza. Es duro y que no quiero contarte el cuento del rico pero pobre espiritualmente, sin embargo, que esto es un sufrimiento muy doloroso que empieza de experimentos justo también ahora en Suiza. Me lo sé que es difícil esperar una de tantas desilusiones, de tanta injusticia. Me lo sé que el entusiasmo por el Evangelio cuando una vez hemos descubierto su dimensión liberadora, tiene que pasar por pruebas muy duras. Pero si perseveramos es como una purificación y el camino para penetrar más en el misterio divino… Dios busca la hermandad, la unidad de mentes, corazones, pero que seamos uno en él.

Pero para nuestras veredas tengo mucha esperanza, porque tengo mucha confianza y sobre todo en ti, porque me lo sé. Dios te llama en especial por tu nombre. Cuando Oswaldo me escribió que formas con otros muchachos de la vereda un grupo como ellos, para entregarles a la superación de los pueblos, de la gente allá –que alegría me dio esto–. No hay ráfaga de viento y patas de gatos que pueden destruir la semilla de Dios que ustedes son. Y aún les destruirán: en Cristo creemos en la resurrección y es esto la realidad en la cual nos orientamos como sus discípulos.

Y sabe, que ruego muchísimo para Ustedes y para que la semilla crece, resiste y derrame otras semillas, hasta convertirse en bosque. Ruego para que Dios les apoye. Y si Dios está con vosotros, ¿quién estará contra ustedes?

> *Me alegraré muchísimo si un día recibiré noticias de ti, aún me lo sé que cuesta demasiado el correo por aquí. Eres un muchacho muy especial, y para mi vida de mucha importancia. Me enseñaste mucho" (Brigitte).*

Las cartas fueron el medio de expresión y comunicación más dinámico en las décadas de los años 80 y 90. Allí está la producción teológica de un género llamado epistolar. Escribía y recibía cartas de un lado y de otro. Las cartas escritas eran la expresión testimonial del quehacer teológico en la cotidianidad de la vida.

El andar cauteloso en las tierras colombianas

Desde que el compromiso social con la comunidad veredal donde vivía atrajera la persecución y las amenazas de muerte, me tocó moverme estratégicamente, sin dar abiertamente la cara. Para salvar la vida, decidí ausentarme, fundamentalmente por dos razones: la primera, porque sentía miedo, y la segunda, porque consideraba que no había que «*dar papaya»,* ni exponerse a perder la vida sin más. Fue el tiempo de manejar la situación, sin caer tampoco en el sentimiento de persecución. Llegaba donde mi familia de sorpresa, sin avisar. No acostumbraba llegar por un mismo camino.

Aconteció que un día llegamos Conrado y yo a un pueblo llamado Nechí, a orillas del río Cauca. Habíamos hecho el viaje en chalupa desde Guaranda y ya no había transporte para continuar. Entonces, buscamos una residencia junto al puerto, dejamos los equipajes y salimos en procura de un teléfono para llamar a Medellín. Nuevamente éramos forasteros en aquel

pueblo. Cuando regresamos, nos quedamos en el restaurante del hotel saboreando una cerveza. De pronto, fuimos rodeados por agentes de la policía, quienes nos obligaron a salir. Vino entonces la requisa y las preguntas incisivas por nuestra presencia allí y de dónde veníamos. Cuando presentamos los documentos de identidad, entonces nos obligaron a meternos al hotel, amenazándonos con una detención si nos volvían a ver en la calle. Esa noche no pudimos dormir bien, pues esperábamos que volvían por nosotros a cualquier momento. En la madrugada nos embarcamos en la primera chalupa que partió. Supimos entonces que el día anterior, se había presentado el asesinato de un agente de la policía en el pueblo.

Era el mes de mayo de 1988, cuando se presentaron las marchas campesinas, reprimidas en varias partes. Por entonces vivía en una población de Antioquia, señalada como punto de llegada de una de las marchas. Allí nos vinculamos solidariamente al apoyo de los campesinos y las campesinas marchantes. Formé parte de la comisión encargada de proveer leche y alimentos para las madres y sus niños. La marcha estaba prevista para arribar hacia las tres de la tarde, pero como a las cinco alcanzaron a llegar algunos vehículos que traían participantes de la protesta. El ejército había montado un retén en la carretera y había retenido a la mayoría de la marcha, a sus dirigentes y se había llevado a algunos campesinos. Así que quienes llegaron al pueblo, estaban dispersos. Fue entonces cuando las personas más arriesgadas, asumieron la vocería y la dirigencia de la protesta. Yo estuve allí, ayudando a levantar barricadas en la carretera, pero sin dar la cara como dirigente. Recuerdo que, en la noche, varias personas alentaron por un altavoz las consignas. Entre la gente se habían infiltrado personas de la inteligencia militar y paramilitar, con cámaras fotográficas. Poco después, muchas de las personas que habían participado en aquella noche fueron asesinadas. En el caso nuestro, fuimos avisados por una

persona, que la fuerza pública andaba preguntando por nosotros. Rápidamente, decidimos trasladarnos a otro lugar.

En 1988, con motivo del Encuentro Nacional de Cristianos por la Vida, me correspondió asumir una actitud estratégica frente a la coordinación del encuentro, que había decidido realizar una marcha en las calles de Bogotá, contraviniendo una orden de las autoridades que habían negado el permiso de la misma. Más de tres mil personas, venidas de diferentes lugares del país, muchas de ellas sin conocer la ciudad, eran expuestas, a mi juicio, irresponsablemente, a una represión violenta de la fuerza pública. De Antioquia habíamos viajado una numerosa delegación, la cual quedó dividida. Me negué a participar de tal evento y manifesté que quien quisiera exponerse a los riesgos lo hiciera. En esa decisión me acompañaba el P. Álvaro Ramos, asesor nacional de las Comunidades Cristianas Campesinas y Conrado Valencia, representante del proceso de CCC en Antioquia. Recuerdo que ese día nos pusimos de acuerdo con las señoras Rosario Granda, Eucaris Tobón y Florentina Zuleta para ir a la Plaza de Bolívar y ver las ruinas del Palacio de Justicia. Sin duda alguna, a partir de aquella acción –la de la marcha– muchas personas fueron asesinadas y otras tuvieron que salir del país, al tiempo que se fracturó la unidad de la Iglesia de los Pobres en Colombia.

Las tierras de San Vicente de Chucurí y del Carmen de Chucurí fueron escenario del conflicto armado donde se encontraban la guerrilla, el ejército y los paramilitares. En medio de esta realidad llegué a un encuentro de las Comunidades Eclesiales de Base, en compañía de Elkin Agudelo del proceso de CEBs en Medellín, al Carmen de Chucurí, animado por el P. Bernardo Marín y rodeados de ejército por todos lados. La Eucaristía se hizo en el templo y allí estaba el ejército, portando sus armas dentro del lugar religioso. Sentía miedo, pero asumí aquel riesgo consciente de lo que ello implicaba. Por la carretera abundaban

los retenes militares y de regreso, se hacía más evidente la preocupación. Muchas requisas e interrogatorios, pero siempre, por mi actitud pasiva pasaba desapercibido.

En enero de 2000, llegué a mi Tierra natal y al día siguiente hubo una incursión del ejército y la policía, portando insignias de los paramilitares, de las AUC, en la que asesinaron a cuatro personas. Fue el día que más cerca sentí la muerte. Fuimos rodeados por unos cincuenta hombres armados, que nos obligaron violentamente a bajar de un camión a mi padre Jesús Antonio, a don José de Jesús Arias y a mí, sin pronunciar palabra alguna. Hubo aquella tortura psicológica consistente en que pasaban varias veces a las víctimas que iban a asesinar por el frente nuestro. Luego nos ordenaron ponernos contra la pared de una casa, mientras alistaban las armas. El miedo me había paralizado. Nunca sentí tanta impotencia como aquel día. Nos hablaron en tono amenazante, mientras nos decían que para «*la muestra nos iban a dejar un botón».* No se me olvida la acción del paramilitar que le desprendió violentamente los anteojos a un señor de nombre Luis Evelio, se los partió, diciendo *«que no los iba a necesitar más».* Providencialmente, el conductor los interpeló acerca del robo de un dinero que llevaba, lo cual hizo posible que escapáramos de allí mientras iban a verificar en una casa vecina la cuantía del dinero. De allí me sobrevino la hipertensión arterial. Dos semanas después sufrí un preinfarto, que me tuvo dos días en el hospital Pablo Tobón Uribe de Medellín.

Con motivo de una celebración a los escritores de Montebello, recibí la invitación para asistir a un homenaje de reconocimiento, lo cual comprendía una exposición de las obras publicadas. La oportunidad podría entusiasmar en la mayoría de los casos, pero a mí no me animó para nada. ¿Para qué iba a llevar mis libros a un pueblo que ha sido dominado y oprimido por los politiqueros? ¿Acaso no sería descubrirme a inminentes señalamientos y persecuciones por escribir críticamente? Agradecí el gesto y

manifesté que mis libros estaban en las librerías de las Paulinas, pero que andaba ocupado por esos días. Años más tarde, en circunstancias distintas, llegué a la casa de la cultura y fui mejor recibido por una joven que llevaba tres meses de trabajo como auxiliar, que propiamente por el director, un hombre displicente, que no apartaba la mirada de una computadora, que para nada le interesó mis libros, haciendo realidad esa máxima evangélica de que «*nadie es profeta en su propia tierra».*

No puedo dejar pasar de largo lo sucedido en noviembre de 2004 en Bogotá, cuando con motivo de la realización del Encuentro Continental de Cristianos por la Paz con Justicia y Dignidad, volvíamos a transitar por las mismas prácticas de 16 años atrás. Nuevamente se exponía a la gente en la Plaza de Bolívar y en las calles de Bogotá a la represión violenta de la fuerza pública. Frente al Congreso de la República fueron lanzadas las cruces de los mártires contra la fuerza pública, que no alcanzó a actuar por lo sorpresivo del arribo. A la salida, en medio de consignas contra el presidente Álvaro Uribe Vélez, las patrullas asomaban por las calles aledañas a la plaza, encendiendo sus reflectores. Pudo haberse presentado una agresión represiva de la fuerza pública por la provocación ocasionada. En tanto, líderes extranjeros, celebraban este gesto de valentía de los cristianos colombianos, ignorando que en situación distinta estaban quienes se quedaban en Colombia.

Concluyo este apartado, afirmando que la experiencia me ha enseñado a ser prudente, estratégico, cauteloso, prevenido y hasta desconfiado. La Iglesia no necesita búsquedas de martirio, sino búsquedas de vida. Respeto las marchas, pero asumo otras maneras de expresión de los trabajos alternativos, mediante el diálogo y la no violencia activa. Requerimos estar en pie para luchar por cambios a largo plazo, no por revoluciones violentas e inmediatas. Apuesto por la paciencia histórica, no por la decisión impensada y apresurada.

Jalones conclusivos en mis sueños y pies caminantes

Quisiera recoger a manera de conclusión algunos aspectos que atraviesan esta relectura de sesenta y nueve años. He interpretado mi vida como un camino, como un proceso de búsqueda, como un deseo e impulso por correr tras el saber, como un proyecto de construir humanidad, como una apasionada búsqueda de la lectura y la interpretación crítica de la realidad, como una perseverante y terca búsqueda de sentido en la cotidianidad, como un dinamismo por dar razón de la teología y de la interpretación de la Palabra de Dios. En últimas, siento que he tratado de perseguir la utopía y la esperanza de un mañana mejor, llamado Humanidad Nueva y Divinidad Nueva.

He buscado el saber en la Escuela de la Vida, en la Madre Tierra, en las plantas, en los animales, en el firmamento, en la familia, en las organizaciones, en las comunidades, en los periódicos, en los libros, en la cotidianidad, en la academia y en la Biblia.

En razón de que la vida compartida ha sido un camino, es que la relectura lleva el nombre de *Los sueños y los pies caminantes*. He caminado desde niño, viviendo intensamente muchas dimensiones de la vida. Puedo decir que muchas vidas hermanas, imposible de nombrarlas a todas, han enriquecido mi vida y mi camino, al tiempo que nos hemos nutrido colectiva y comunitariamente.

Creo que he sido un ser humano, permanentemente, en búsqueda de lo nuevo. En ese aspecto no me conformo con ningún saber adquirido, ni me conformo con realizaciones en el camino. A la satisfacción de una, yace la búsqueda de otra, afirmando

que nos movemos en la relatividad de la vida, que nos desafía siempre a la búsqueda de un absoluto, que creo que es Dios y su eternidad. Por ello, provisionalidad y providencialidad son dos dimensiones que trato de llevar arraigadas y prendidas a mi existencia. Provisionalidad, porque nuestra vida se mueve en esa lógica de lo provisional, de lo débil, de lo vulnerable, de lo que no tiene apariencia, de lo que se nos desvanece a cada instante. Ante ello cobra significación el sentirnos siempre sencillos, simples, humildes, sin excesos de poder, sin pretensiones de ser salvadores o mesías de algo. Providencialidad, porque vivimos y actuamos por la gratuidad divina, por ese milagro de la vida, que nos hace ser personas más humanas. Vivimos por la gracia de Dios que se manifiesta de manera pródiga a través de muchas vidas hermanas y de la Madre Tierra, en medio de las debilidades, las precariedades, las vulnerabilidades, las complejidades, las equivocaciones y las negaciones que hacemos a Dios en muchos momentos.

Comparto que algo que me apasiona es la promoción por una lectura crítica de la realidad, que nos ayude a desvelar los encubrimientos que socialmente se hacen y que los medios de comunicación social se complacen en difundir. Me apasiona la lectura entre líneas, tanto para la realidad como para la lectura de la Biblia. Sueño con que las personas no «*traguemos entero*» lo que nos «*embuten*» los medios de comunicación social como única verdad, ni tampoco las verdades bíblicas y teológicas que nos «*empacan*» las estructuras eclesiales de las iglesias. Creo que la libertad va de la mano de la lectura entre líneas. Mientras no hagamos una lectura crítica de todo, no estaremos en el camino de la liberación integral. En este sentido, me ha apasionado lidiar contra el muro de las interpretaciones alegóricas que han hecho las iglesias cristianas de las parábolas de Jesús, con lo cual han ahogado y desconocido el contexto sociohistórico en que surgieron las parábolas y los milagros de Jesús, presentes en los evangelios.

Hoy por hoy, ante los múltiples sinsentidos de la vida, siento que nuestra vida debe ser una permanente fuente de sentido a nuestro alrededor. En la sencillez de las pequeñas cosas, se juega, en buena parte, la construcción de sentido de vivir la hermandad, la sororidad y la sinodalidad en las iglesias y en la sociedad. No se precisa de actos extraordinarios o espectaculares para construir la Nueva Humanidad. Basta la sencillez y la pequeñez de lo que podemos hacer cotidianamente. Los actos triunfalistas se desvanecen, haciendo realidad aquella máxima de la sabiduría popular: «*crecer como palma y caer como coco*».

Finalmente, siento que mi vida ha sido una carrera tras la utopía de un mundo más justo y humano. La esperanza por alcanzar aquello que todavía no es realidad. En este caminar he vivido y celebrado signos de la manifestación del Reino de Dios. Asimismo, he contemplado realidades inhumanas, hoy más que nunca, de la negación del derecho a vivir dignamente. He pasado por las frustraciones, la indignación, la impotencia, el miedo, la rabia, la parálisis, la controversia y la confrontación con el poder de aquello que va en contra de la vida. No obstante, celebro que, al concluir este relato autobiográfico, la Comisión de la Verdad, presidida por el P. Francisco de Roux, haya revelado y entregado al mundo entero la dimensión de la tragedia de inhumanidad que hemos vivido. Veo con ojos de fe y esperanza el triunfo de las fuerzas alternativas de Colombia y de Brasil sobre el uribismo y toda la maquinaria de la política tradicional colombiana y del bolsonarismo, comprometido en la destrucción de la vida del pueblo brasileño y de nuestra Casa Común: la Amazonía. Como cristiano y como creyente, siento que debo ser también crítico de lo que no esté acorde con el proyecto de Jesús y del Reino de Dios en estos gobiernos llamados progresistas o de izquierda.

Las causas humanas, diversas, ecuménicas y universales

Este apartado intenta recoger el sentido principal del capítulo VIII, la humanidad diversa, cuando *Los sueños y los pies caminantes* ya no están comprometidos con un determinado horizonte institucional, sea político como la Acción Comunal en la juventud, cultural como la Acción Cultural Popular también en la juventud, eclesial y teológico como las Comunidades Cristianas Campesinas y el movimiento de la Teología Latinoamericana de la Liberación, bíblico como el Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI) y el Movimiento Bíblico Colombiano y Latinoamericano. Desde 2004, mi caminar ha sido diverso, fundamentalmente consagrado a los estudios académicos, a la investigación bíblica (libros y artículos en revistas), a una laicidad ecuménica y diversa, a la búsqueda de la sobrevivencia vital en diversos espacios bíblicos y teológicos y las labores de la docencia en la Universidad Claretiana y en otras universidades que me invitan a compartir presentaciones sobre la Hermenéutica Campesina de la Biblia y su método. Camino en cercanía con diversidad de espiritualidades eclesiales, como un laico campesino cristiano, sin una pertenencia exclusiva a ningún movimiento o a una militancia practicante en una iglesia exclusiva.

En consecuencia, no me he inscrito bajo ningún techo institucional teológico, bíblico y religioso, por lo que trato de vivir un espíritu de libertad y autonomía. Se trata más bien de una vivencia de espiritualidad diversa y ecuménica que avanza en dirección a la proclamación de la Primera Palabra de Dios: la Vida, como Evangelio de la Vida y de la Madre Tierra. Sobre esa Palabra no cabe adueñarse como ha sucedido con la Biblia,

aunque a decir verdad se adueñaron los poderosos del mundo con la complicidad de otros poderosos de las iglesias, entre ellas la Iglesia Católica donde fui bautizado. Cuando escribo estas líneas el mundo vive los funerales del Papa emérito Benedicto XVI en la era de la informática y la virtualidad, donde los documentales críticos son eliminados. En un principio han primado las imágenes y conceptos personales que pasan por sobre la memoria de los hechos históricos. La verdad y la memoria histórica son soslayadas y las víctimas del poder religioso católico en el mundo quedan bajo el rótulo de que el poder que las aplastó fue mal interpretado en su bondad divina, una manera de quedar revictimizadas. Pero, afortunadamente, también han surgido lecturas críticas que muestran aspectos diferentes a los que acogen las lecturas ligeras.

Este Capítulo VIII comprende un período de tiempo muy amplio, alrededor de dos décadas (2003-2023), pero su contenido es más corto. Comprende la etapa de estudios académicos en Medellín y en Costa Rica, lecturas y tareas por montones, viajes y trámites consulares para obtener las visas y clases e investigaciones en bibliotecas. Comprende cuatro años (2012-2016) de rebusque bíblico y teológico en Bogotá, sin lograr obtener un empleo estable de ninguna institución. Y después, siete años (2016-2023) de vivencia y ejercicio de la actividad docente, académica e investigativa en la Fundación Universitaria Claretiana en Medellín, con dedicación completa y parcial (modalidad hora cátedra, últimamente). Las cercanías con procesos y amistades de décadas pasadas se enfriaron, congelaron o desparecieron, pero también tuvo que ver la muerte de los seres queridos de mi familia (mi madre, mi hermano menor y mi padre) y de amistades entrañables. Ha sido la vivencia de la orfandad amiga, la virtualización y celularidad de la vida, las redes sociales, los grupos de WhatsApp, la individualización, la era de la imagen y de los videos y para ajustar, la pandemia del Covid 19. La relación humana y amistosa se mantiene más con la comunidad

de estudiantes y un puñado de amigos y amigas que se ha reducido considerablemente.

En síntesis, puede decirse que el año 2003 demarca un quiebre en las causas más específicas, locales, regionales y nacionales con las más ecuménicas, diversas y universales. La primera causa fue la familiar (cap. I); la segunda fue la de la Acción Comunal (cap. II); la tercera correspondió a la misionera, teológica y laical en las Comunidades Cristianas Campesinas (cap. III); la cuarta fue la bíblica adentro de los procesos de CCC y del Colectivo Ecuménico de Biblistas (cap. IV); la quinta se perfiló hacia la latinoamericanidad (cap. V); la sexta hacia la formación académica (cap. VI); la séptima se ocupó de la dimensión paradójica y metafórica de la vida (cap. VII) y la octava avanzó hacia la humanidad diversa, ecuménica y universal (cap. VIII).

Enfrentar las urgencias para seguir soñando y caminando

Me voy despidiendo de estas páginas, echando una mirada hacia los horizontes desafiantes que se nos vienen de manera vertiginosa, dado el avance científico y tecnológico que dinamiza la marcha del mundo que nos ha correspondido vivir. La vida humana y diversa está siendo amenazada y eliminada de la faz del planeta, por lo que urge defender, cuidar y respetar la vida en todas sus manifestaciones, como un imperativo ético, humano, religioso y espiritual. Para ello es necesario contrarrestar ideológicamente los modelos de vida, competencia, individualismo y consumismo que hoy proyectan los canales de televisión privada, al servicio de poderosas multinacionales de las drogas, las armas, la comunicación y el consumismo

comercial que se vende a diario en nuestras ciudades. Hemos de poblar abundantemente la realidad y los contextos de hoy de símbolos de vida y esperanza, a través de lo cual se afirme una espiritualidad de la vida y de la fe, encarnada en las realidades inhumanas de hoy, descentralizada de los templos, los dogmas y los ritos que paralizan el actuar dialéctico en la historia de la salvación.

Los sueños y los pies caminantes han de continuar potenciando el profetismo y el compromiso cristiano en nuestras iglesias, al estilo de Jesús, que pasó haciendo el bien. Es un escándalo vergonzoso que mucha parte de las estructuras jerárquicas de nuestras iglesias permanecen en una mudez cómplice de los atropellos e injusticias que cometen los gobiernos y los Estados con el pueblo latinoamericano y caribeño. Es un silencio que evidencia la ausencia de Dios en las prácticas y en los templos donde el culto se instala lejos de la realidad cotidiana. Para ello son necesarias las siguientes premisas: 1) Una lectura crítica de la realidad que supere los niveles de ingenuidad en el común de la población excluida y la manipulación que proyectan los medios de comunicación social que sirven a los intereses de poderosos grupos económicos y transnacionales que se abalanzan sobre nuestras riquezas naturales. 2) Tener una capacidad interpretativa de los falsos lenguajes del sistema y recrear lenguajes alternativos que expresen simbólicamente los otros mundos posibles. El sistema unifica un único lenguaje para justificar la lucha contra el terrorismo, cobijando con ese mismo lenguaje cualquier expresión y lenguaje diferente y alternativo. 3) La urgencia de una acción revolucionaria en el cambio de los imaginarios simbólicos que nos han creado las instituciones educativas, políticas, económicas y religiosas, colonizadoras y domesticadoras de nuestros cuerpos y espíritus.

El relato autobiográfico refiere la dimensión de género como un eje transversal en todas las dimensiones de la vida, que nos

ayude a hombres y mujeres a lograr relaciones más equitativas, solidarias y dialogantes desde los espacios cotidianos de la vida. Como hombre, considero que urge el trabajo acerca del tipo de masculinidad que produjo el sistema patriarcal, causante en su mayoría del caos y la destrucción que hoy amenaza y destruye la vida. Hombres sin corazón, sin compasión, sin solidaridad, sin escrúpulos éticos y morales, conducen a la mayor parte de la humanidad hacia su autodestrucción total. Será necesaria una redefinición del poder masculino en términos dialogantes y solidarios con los sectores más excluidos y negados de la sociedad. La violencia entre géneros asedia a las sociedades y las iglesias de hoy en los hechos cotidianos y en los lenguajes excluyentes.

Desde mi identidad laical, planteo la urgencia de una perspectiva clara, crítica y comprometida de los sectores laicales y seglares en las iglesias, que abandonen prácticas sumisas, dependientes, ingenuas y aduladoras del poder patriarcal, autoritario y excluyente que se impone como venido de Dios. Para esa búsqueda vendrá muy bien el abrirse al encuentro, al diálogo, al asombro, a lo inesperado de las teologías diversas que emergen hoy en el continente, portando milenarias espiritualidades y experiencias de la Divinidad. Se trata de un diálogo interreligioso, intercultural, interdisciplinar y trans-espiritual que nos acerque a puntos comunes de encuentro y a puntos de respeto en nuestras diferencias, apuntando cada vez más hacia la inclusividad y cada vez menos a la exclusión.

Tanto ayer como hoy y mañana, urge la apuesta por la centralidad del Evangelio de Jesús, de la Vida y de la Madre Tierra, como primera Palabra de Dios. Se trata de potenciar la Lectura Campesina de la Biblia en nuestros campos colombianos, latinoamericanos y caribeños. Justamente, cuando estamos en la revisión final de *Los sueños y los pies caminantes*, es publicado

el No. 89 de RIBLA, dedicado a la Hermenéutica Campesina de la Biblia. Ya se percibe la respuesta al desarrollo sistemático de una exégesis y hermenéutica de carácter propio, pero al mismo tiempo dialogante e inclusivo de los aportes de la exégesis europea y norteamericana. Por ello, son urgentes la creatividad y la imaginación sociológica, metodológica y pedagógica para enfrentar los desafíos en los campos de la formación bíblica, teológica y humana. Y, asimismo, dinamizar el esfuerzo por sistematizar las prácticas históricas de nuestras experiencias de vida, para reivindicar el valor de la memoria, identificar el nivel de avances y retrocesos, lo mismo que las problemáticas a encarar, en razón de la construcción de un mundo más humano.

El epílogo de este relato vital y existencial

La incertidumbre ronda la vida en la ciudad en relación con el empleo, la salud, la alimentación, la vivienda y la afectividad. La soledad y la depresión se van haciendo recurrentes, según comparto con algunas personas amigas. Por ello, cobra sentido la decisión de retornar al campo, a la Tierra natal, al pueblo de la infancia y la juventud, a la cercanía con la familia. La portada del libro recoge la expresión de los contornos y paisajes que anduvieron, miraron y contemplaron mis antepasados que ya no están físicamente presentes (bisabuelos y bisabuelas, abuelos y abuelas, mi padre y mi madre y dos de mis hermanos). Como dice la canción de Atahualpa Yupanqui: "*Cuando vayas a los campos, no te apartes del camino, que puedes pisar el sueño de los abuelos dormidos. Nunca muertos, sí, dormidos*". Vivo también la dimensión de la gratitud con cada ser humano que nombro, porque simboliza un instante de encuentro en la vida, más chispeante de humanidad en estos últimos años.

Sus nombres y apellidos simbolizan los momentos en que nos topamos, aunque también expreso toda mi gratitud a quienes no pude nombrar por el deterioro de la memoria, apagándose por momentos, o las dinámicas del trabajo y los límites de espacio de este libro.

Vivo la experiencia de huir los domingos de la ciudad de Medellín hacia el pueblo de Santa Bárbara, en busca de saborear un desayuno o un café con los hermanos que salen los domingos a vender los frutos que cultivan, dialogar un poco de las situaciones en el campo, visitar las tumbas de los antepasados en el cementerio y saludar uno que otro amigo de otros tiempos. Se trata del atardecer de la vida, evocando un trozo de relato del libro del Eclesiastés:

> "*Ten en cuenta a tu Creador en los días de tu juventud, antes de que lleguen los días malos y se acerquen los años de los que digas: «No me gustan»; antes de que se oscurezcan el sol, la luz, la luna y las estrellas, y regresen las nubes después de la lluvia. Cuando tiemblen los guardianes de la casa y se encorven los robustos; cuando se detengan las que muelen, porque son ya pocas, y se oscurezcan las que miran por las ventanas; se cierren las puertas de la calle y se pare el ruido del molino, se apague el canto del pájaro, y enmudezcan las canciones; cuando den miedo las alturas, y los peligros del camino; cuando se desprecie el almendro, se haga pesada la langosta, y no tenga sabor la alcaparra. Porque el hombre va a su morada eterna, y las mujeres ya están llorando por las calles. Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destroce la lámpara de oro, se quiebre el cántaro en la fuente, y se caiga la cuerda en el pozo; antes de que regrese el polvo a la tierra de donde vino, y el espíritu regrese a Dios, que lo dio" (Ecl 12, 1-7).*

CAPÍTULO IX

ECOS TESTIMONIALES EN EL CAMINO

Cuando empezó a despuntar este proyecto del libro autobiográfico por la mitad de la primera década de este siglo XXI (2004), circulé una invitación por el correo electrónico para participar con un testimonio breve, con el que conformaríamos un capítulo del libro. La respuesta fue copiosa (11 testimonios) de amigas y de amigos que enriquecieron con sus aportes este texto de *Los sueños y los pies caminantes. Huellas de ayer y amaneceres de hoy*. Les expreso un sentido de hondo agradecimiento.

Los caminos con ramales
(Yolanda Barrera)

"También inicio con una frase de huellas en la arena. Una noche soñé que caminaba a lo largo de la playa acompañada por Dios... Esto me preocupó grandemente, porque pude notar que durante estas escenas que reflejaban etapas tristes de mi vida..., sólo había un par de huellas... En los ires y devenires de la vida, las circunstancias nos confrontan consigo mismo y de paso con Dios. Es un iluminar la historia de nuestra vida, es un regreso al pasado desde donde saliste y fuiste, eres y serás. Es como el escarbar de la gallina, el cerdo y el armadillo. Es un revolcar la tierra, la tierra de nuestro planeta interno. Es escarbar en tu propia vida; escarbar en el camino que nos tocó, sea sabana, montaña, jungla, desierto… Es ahí donde debes estar para alimentarte humana y espiritualmente.

Si miramos un poco la parábola del sembrador y saber dónde le tocó caer a la semilla. Es muy interesante. A veces reímos, otras lloramos, otras insultamos, peleamos con nosotros mismos y con los demás. A veces tenemos, otras veces no, y volteamos nuestro rostro alrededor y observamos lo mismo con nuestros vecinos, amigos, colegas. En fin, es muy poco lo que cambia. También la naturaleza. Ahí es donde nos preguntamos: ¿por qué?, ¿dónde está el Reino de Dios?, ¿dónde está la justicia, la equidad y la igualdad de Dios? En fin, ¿quién es verdaderamente Dios? ¿Cabría un cuestionamiento a sus políticas? Es ahí donde comienza nuestro verdadero escarbar, no en el humus de la tierra, sino en las capas internas donde cuesta más escarbar, dependiendo de las condiciones del terreno, y comenzamos como el armadillo, cuando se va a alimentar: hoza y hoza, hasta

hacer sangrar su puntudo hocico y sigue cavando, cavando, sin encontrar con facilidad su alimento y, de pronto, en lo profundo del hueco descubre una pequeña lombriz, después de tanto esfuerzo...

En el camino encontramos innumerables seres que iluminan nuestro caminar y repuntan un nuevo horizonte al ya desgastado. Son seres que levantan nuestra mirada nuevamente a la luz, para continuar en el mundo y dentro del mundo, rescatando lo más oportuno y eficaz; lo bueno que aún queda y permanece oculto ante los poderes y las vanidades de los sistemas que han llevado al deterioro y retroceso al ser humano, al bajo nivel de conciencia y sus conductas frente a la gran responsabilidad social, económica, política y cultural de un país.

Como tarea nos queda rescatar y promulgar nuevos horizontes que proyecten ideales altruistas de esperanza que permitan armonía entre lo humano, lo divino y la naturaleza. Una sinfonía de dulces melodías, llenas de altas notas de coherencia, superación, templanza y justicia… En el bullicio interno de nuestra alma y conciencia, es un nuevo despertar para el mundo. Ahí está el Dios de la Vida, en la libertad de un pueblo y la evolución de los hombres y mujeres en conciencia, equidad, igualdad y justicia, comprometidos en la liberación de un pueblo y la expansión del Reino de Dios, que es simplemente una ética para vivir, un legado de valores. En sí, todo lo bueno es Reino de Dios.

Aníbal, no soy una escritora y tampoco sé si le sirva de algo lo que escribí, pero gracias porque me diste la oportunidad de expresar en parte lo que pienso de la vida, el mundo, la amistad y Dios".

Pies caminantes
(Marta Eugenia Pérez)

"La vida es un camino, cada uno y cada una de nosotras camina, pero muchas veces lo hacemos sin darnos cuenta de lo que dejamos atrás, de lo que tenemos delante y de lo que nuestros pies van pisando.

A través de la lectura percibo una vida llena de experiencias, de muchos colores, de grandes contrastes, siempre tras un sueño, buscador incansable de otro mundo posible.

Al terminar de leer «*Los Sueños y los pies caminantes*» me doy cuenta que hace 13 años he pasado con Aníbal «*senderos entrecruzados de la vida y de la historia*». Junto con otras vidas nos hemos «*encontrado, abrazado y cruzado a lo largo del camino*», como expresa en su escrito.

En 1992 nos encontramos por primera vez en Barranquilla compartiendo el Curso Intensivo de Biblia, experiencia tan rica en encuentros, vivencias y contenidos que marcan la vida. Desde entonces hemos tratado de abrir puertas para una lectura de la Biblia alternativa y generadora de vida.

Empezamos por caminos distintos es verdad, Aníbal desde la hermenéutica campesina, yo desde la hermenéutica feminista, sin embargo, en un momento de nuestro caminar encontramos que inquietudes, luchas, anhelos y sueños se unían para escuchar el grito de la tierra, de la mujer y buscar relaciones más humanas, más justas, más de hermanos y hermanas. La «*integralidad*», nos ha permitido caminar en compañía hacia una visión holística que motiva, impulsa, dinamiza, permite soñar y construir esos sueños.

Recuerdo que después del Intensivo me invitaron a participar en la Semana de Lectura Campesina de la Biblia y ahí pude reconocer que estos dos caminos (la lectura campesina y la lectura feminista) se encontraban: tierra, mujer, no se da la una sin la otra, están íntimamente ligadas. Cada uno desde puntos diversos daba pasos que cada vez se acercaban más al «*encuentro*», que se fue haciendo realidad.

Algunos momentos de *Los sueños y los pies caminantes* hacen que esta búsqueda bíblica sea más clara:

- Su experiencia de vida desde la niñez, de relación con la tierra, con el campo, el gusto de saborear y contemplar la hermosura de la tierra, de las plantas, de las flores.
- La sensibilidad a la vida, al afecto, a la ternura, en medio de una cultura machista y reprimida.
- La valoración de la mujer y la capacidad de descubrir la riqueza de los detalles.
- El camino recorrido y compartido con hermanos y hermanas en las CCC que le ayudó a crecer y a hacerse más humano.
- El Cesep que le ayudó a comprender la dimensión liberadora de la mujer en el proceso del pueblo y el protagonismo de la mujer en la historia.
- Muchas mujeres compañeras de camino y de búsquedas.
- Sin duda tantas vivencias profundas que van gestando en el corazón nuevas maneras de mirar la realidad.

En 1998 conformamos el equipo de lectura de la Biblia desde la óptica de la mujer que poco a poco se fue definiendo como lectura desde la perspectiva de género. Sentíamos que otro mundo es posible y otras relaciones también. Muchas cosas nos unían: escuchar la vida era una necesidad imperiosa,

comprender que los procesos son lentos, que muchas veces sentimos que avanzamos y otras que retrocedemos, pero que la semilla sembrada nunca se pierde porque el milagro de la vida es así y tan sólo le falta una grieta para florecer, como dice Ernesto Sábato. De esta manera hemos compartido logros y también esperanzas, hemos construido vida y hemos creado la amistad que agradezco".

Caminos de esperanza
(Afrania Mejía)

"Nuestros caminos se cruzaron en el año 1999, a partir del Encuentro Nacional de Experiencias Bíblicas realizado en el Colegio Santa Juana de Lestonnac del barrio Pedregal, y organizado por los Padres Carmelitas de la Parroquia del 12 de Octubre, a la que yo pertenecía. Allí conocí a Aníbal Cañaveral, de quien había escuchado hablar. En 1994 ya se había realizado un encuentro nacional, al cual no invitaron a los grupos de la Parroquia, recuerdo que en esa ocasión un seminarista de Pasto estuvo hospedado en mi casa.

Yo iba a misión con las hermanas de la Compañía de María a La Concha, a algunas veredas, entre ellas La Piedad, donde Aníbal y Conrado realizaban también un trabajo, pero nunca nos habíamos encontrado en esos espacios. En el año 1996, cuando se realizó el curso de mes en Medellín, organizado por el CEDEBI, me invitaron a participar, pero no me fue posible por la situación laboral.

A partir de abril del año 2000, comencé a asistir a la escuela bíblica de Caldas, por una invitación de Aníbal a observar el trabajo que allí se llevaba a cabo, en este espacio conocí a

Conrado Valencia. Más adelante entré a formar parte del equipo acompañante en este proceso, al lado de Aníbal, Conrado, Sonia y el Padre Mario.

Al lado de Aníbal me ha tocado vivir momentos difíciles, pero también momentos gratificantes. Nos tocó afrontar la situación dolorosa con los Padres Carmelitas en el año 2003, lo cual nos generó una gran decepción, y a raíz de este hecho hubo rupturas en las relaciones con personas de la comunidad, además de deteriorarse el proceso de Lectura Urbana que llevábamos en Medellín. Pero en medio de todo tuvimos el apoyo de muchas amigas y amigos del movimiento bíblico, y también en ese momento conté con la compañía de Conrado, a quien amo profundamente y me dio la fortaleza para seguir adelante con mis convicciones.

He formado parte de una asesoría colectiva en diversos talleres, con personas del CEDEBI. En algunos de los trabajos realizados se ha logrado un mayor reconocimiento e independencia del laicado y una postura crítica frente al sistema, mientras que en otros dicen que valoran nuestro trabajo, pero a la hora de actuar hacen lo que el sistema y la tradición impone.

Admiro mucho a Aníbal y Conrado, dos campesinos que han sabido ganarse el aprecio de las personas de comunidades populares en el campo y la ciudad, debido a su apasionamiento por la Palabra, su vocación como Biblistas Populares, su sencillez, capacidad de apertura y conocimiento de la realidad para ayudar a generar proyectos alternativos; lo que hace de ellos personas integrales.

Quiero terminar este escrito, agradeciendo primero que todo a Dios por haber puesto en mi camino a Aníbal y Conrado, y a ellos porque con el amor que realizan su trabajo pastoral y social, hicieron que me abriera hacia otros horizontes y me

ayudaron a encontrar la dimensión humana en los pasajes bíblicos para iluminar mi realidad y la de las comunidades que acompañamos; me mostraron que con una espiritualidad aterrizada se puede llegar a la gente y encontrar en cada grupo o en cada ser la presencia de Dios como luz de esperanza para lograr una mejor calidad de vida. Como dice la Carta de San Pablo a los Corintios «*si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve*» (1 Cor 13,3). El amor es la base de todo trabajo que propenda por un proyecto alternativo que genere cambios positivos para beneficio de los animadores y animadoras, así como de las personas que participan en los procesos comunitarios".

Experiencias de solidaridad o "caminante, no hay camino sino al andar"

(Mónika Germann)

"¿Quién soy? En primer lugar, quiero agradecer a Aníbal por compartir su proyecto de este libro. Me identifico plenamente con sus reflexiones en la introducción al libro. Soy una de tantas personas encontradas en el camino.

Me llamo Mónika Germann. Soy mujer soltera por opción. He vivido 48 años en Suiza, 3 años en Colombia y 4 años en Nicaragua. La poeta nicaragüense Giaconda Belli me ayuda aún a decir, quien soy:

«Uno no escoge el país donde nace
pero ama el país donde ha nacido.

Uno no escoge el tiempo por venir al mundo,
pero debe dejar huellas de su tiempo.

Nadie puede evadir su responsabilidad.

Nadie puede taparse los ojos, los oídos, enmudecerse y cortarse las manos.

Todos tenemos un deber de amor que cumplir, una historia que hacer, una meta que alcanzar.

No escogimos el momento para venir al mundo:
Ahora podemos hacer el mundo en que nacerá y crecerá
la semilla que trajimos con nosotros».

Mi relación con Colombia. Con Aníbal tenemos una amiga suiza común. Es Brigitte quien escribió «*la carta de las cartas*» en el capítulo 8.3 de este libro. Éramos amigas y vecinas de muchos años en la cooperativa de viviendas en Biel-Suiza. Su virus de amar a los pobres y de una iglesia nacida de los pobres, pero sin excluir a los ricos, que se convierten mediante el servicio a los pobres, me animó a abrir los ojos hasta comprometerme a este servicio en Colombia. Me integré al equipo pastoral en San Carlos (Córdoba) con otros misioneros suizos. Allí tuve la primera experiencia eclesial como mujer, laica, misionera extranjera. Con el cambio de obispo tuvimos que salir las mujeres, yo sin haber terminado el contrato de trabajo con la diócesis. Esta experiencia me abrió los ojos hacia la realidad eclesial colombiana y la lucha por la causa de los pobres. Otro obispo nos querría en la diócesis de Cartagena. Así trabajábamos en un barrio marginado de Cartagena. La formación de Cebs era el gran desafío.

Encuentro con Aníbal. Gracias a Dios pude conocer al Padre Carlos Alberto Calderón y su trabajo pastoral en Medellín. Con él llegamos un día a la vereda de Aníbal. Desde allí entendí

el entusiasmo de Brigitte por la sencillez de los campesinos y su lucha por la tierra y la justicia. Me queda marcado el rostro de aquel campesino viejito encontrado en el camino hacia la carretera. Su cara hablaba de esta vida dura, de este amor a la tierra y de esta relación íntima con la naturaleza y con Dios. Lo mismo encontré en la familia de Aníbal. Doy gracias por esta acogida en Montebello entre 1983 – 1986.

Mi relación con Nicaragua. Con 3 años de experiencia de trabajo misionero en Colombia estaba madura para interiorizar mi compromiso y ver más allá de mi vida. Tuve la oportunidad de hacer el curso teológico, socio-político en el DEI en Costa Rica. Al finalizar los 3 meses fuimos a cortar café como brigada a Nicaragua. En 1986 era muy normal este aporte a la Revolución. Trabajar en un país donde entre Revolución y cristianismo no hay contradicción, esto me interesaba.

Como la aparición de un ángel encontré al padre Pedro, belga, quien me invitó a quedar trabajando en las Cebs de Estelí. Creo que el Espíritu Santo no dejó de esperar de enamorarme en este proyecto. Me quedé 4 años en Estelí. Eran tiempos de guerra. Como Cebs y con el gobierno revolucionario del FSLN éramos muy fuertes contra los vientos de la iglesia poder y contra la política Reagan. Realizamos muchísimos proyectos educativos, sociales, culturales y sobre todo de concientización política y de formación bíblica. Como iglesia de los pobres buscábamos caminos de independencia y de libertad. Los sufrimientos de sobrevivir, la pérdida de herman@s héroes y mártires, la convicción de luchar por una causa justa nos hicieron testimoniar cada viernes en vigilias por la paz en el parque central de Estelí.

Muchas comunidades cristianas en el mundo se solidarizaron con nosotr@s. Entre otros, reflexionamos con P. Casaldáliga la realidad a la luz del evangelio. Los elementos de la teología de liberación nos ayudaron en la marcha liberadora. Recibimos

apoyo de las Cebs de El Salvador. Ellas contaban con muchísima experiencia en medio de la guerra y con la memoria de Óscar Arnulfo Romero. Los héroes y mártires nos ayudaron a no perder la memoria histórica.

El camino en las Cebs aún es duro hasta hoy. Sin embargo, queda el pequeño resto del pueblo de Dios, fiel a su proyecto de gratitud, de reconciliación y de perdón. Siempre cuando puedo regreso a Nicaragua para compartir unos momentos de amistad con mis herman@s en las Cebs de Estelí.

Mi relación con Colombia y Nicaragua en Suiza. Unir países es unir el mundo, es globalizar la solidaridad.

En Biel llevamos 20 años de hermanamiento con la ciudad de San Marcos en Nicaragua. Apoyamos proyectos en el campo educativo, productivo, cooperativo, cultural. Las amistades de muchos años nos ayudan a vivir la solidaridad. Hace poco que participé en un acto de solidaridad con Colombia. Veíamos la exposición de fotos del colombiano Jesús Abad Colorado. El título era: La guerra olvidada en Colombia. Celebramos en fiesta por la paz y por los derechos humanos en Colombia. En un acto impresionante, llamamos los nombres de los asesinados, de los desaparecidos, de los héroes y mártires y como símbolo de vida repartimos granos de maíz. Tengo 3 granos en mi casa. Es la santa trinidad como unión de amor y como compromiso de nunca olvidar la lucha de los pobres en el mundo.

Así quiero firmar los puntos escritos en este libro en el capítulo 8.7 de las «*urgencias para seguir soñando y caminando*». Me comprometo a este trabajo y sin olvidar de cantar con Mercedes Sossa: «*Gracias a la vida, que me ha dado tanto*»".

Anibalito... ¡¡¡60 años y un espacio vital!!! (Lucio Rubén Blanco Arellano)

"Llega 1992 con un mensaje muy especial para mí, pues ese año fue mi éxodo en mi proceso de conversión y en decidirme a dedicar lo que me restaba de vida a ser un Animador Bíblico Popular.

En junio de ese año viajé al encuentro de mi destino en el Curso Intensivo de Biblia-CIB 92, que se llevó a cabo en la bella y súper calurosa Barranquilla, hasta la primera semana de diciembre, en ambientes del seminario Presbiteriano. Este CIB fue muy fértil en lo que se refiere a la cantera de biblistas populares que allí brotaron y que hasta el presente siguen difundiendo la Palabra.

Ahí fue que conocí a Aníbal Cañaveral Orozco y mi cercanía a su persona fue porque coincidimos en el curso de griego que nos impartieron el primer mes. Con el tiempo fui descubriendo su calidad humana e intelectual, pues escribía cosas hermosas sobre las Comunidades Eclesiales de Base y comenzaba a hablar de la necesidad de una hermenéutica campesina, a la que algunos "eruditos" no prestaron mucha atención.

Tantas cosas se pueden contar sobre Anibalito, como cuando lo invitamos a Lima a compartir su Lectura Campesina, emocionó a los presentes, especialmente a los campesinos peruanos, cuando dijo que de niño había arado amorosamente la tierra con sus manos, por la pobreza que en un momento agobió a su familia, y cuando se refirió a su inquietud por aprender, pues, leía todo lo que caía en su poder, que en ese tiempo, para él, eran las páginas de algunos diarios que servían de envoltura de alimentos cuando iba a comprar en las tenditas del barrio o en

los mercados. Papel escrito que encontraba en la calle, lo cogía y lo leía con mucha atención y placer.

Como el estilo es la persona, ahora deseo contar otra anécdota, que grafica otro aspecto de Aníbal: En el encuentro de REBILAC-Panamá, en una casa de retiro claretiano, playa de Colón, a la hora de presentarnos me tocó compartir con una Dra. en Filosofía, catedrática de una universidad de Puerto Rico, cuyo nombre mi mente se resiste recordar, quien no tenía ni un año en su acercamiento a la lectura popular de la Palabra… Yo me pregunto: ¿Por qué la habrán enviado? Pues, sentía que no encajaba entre tantos animadores/as populares.

Mi impresión quedó corroborada cuando la asesora invitada para la iluminación bíblica del encuentro, Ivonni Richter Reimer, comenzó a mostrar textos de los grandes filósofos como Aristóteles, muy negativos para las mujeres. Yo veía como el rostro de la Dra. iba poniéndose adusto y de pocos amigos, hasta que ya no pudo soportar y, sudorosa, pidió la palabra y le enrostró a Ivonni su falta de respeto y afrenta a los grandes maestros de la Filosofía y del saber universal. Fue un momento muy incómodo. En el descanso, intentó justificarse ante mi persona, a lo que me limité a explicarle qué era REBILAC y a informarle que en ese espacio no se venía a discutir, sino a intercambiar experiencias.

Esa tarde, toca a Colombia compartir su lectura bíblica campesina. ¡Quién más que Aníbal, por supuesto, para este cometido! Con su habitual parsimonia y bonhomía, pregunta ¿de cuánto tiempo dispongo? El moderador en tanto incómodo le dice: Sólo 20 minutos Aníbal… ¡Ni un minuto más!

A mí me intrigaba qué llevaba nuestro querido Aníbal enrollado bajo su brazo derecho. Él saluda y nos dice que hubiera deseado un tiempo mayor… Luego de invitarnos a descalzarnos y a

sentarnos en el suelo, como si estuviésemos en contacto directo con la madre Tierra, solemnemente agrega: quiero presentarles a los grandes maestros de la Lectura Campesina de la Biblia. La Dra. portorriqueña, sentada a mi lado, me dice: ¡Por fin, parece que vamos a escuchar algo sensato! Y no perderemos el tiempo, como hasta ahora. Aníbal desenrolla su primera cartulina: la primera maestra es la gallina…; el segundo, el chancho…; el tercero, el armadillo… La Dra. profundamente impactada, me dice: Esto sí que no lo puedo soportar. Se levanta y refunfuñando se retira; ya no regresó más.

A Aníbal, no sólo le dimos 20 minutos, sino que complacidos dejamos que nos comparta su lectura campesina por una hora… Por supuesto que concluyó entre fuertes y gratos aplausos y felicitaciones por doquier.

Querido amigo y compañero de caminata bíblica popular, gracias por regalarme tu amistad y ¡Feliz 60 aniversario!

¡Y la Vida… Vencerá!!!"

Lucio Rubén Blanco Arellano
Animador Bíblico Popular
LEPABIPE-PERÚ

Experiencia de vida
(Ofelia Bedoya)

"Es muy valioso para mí compartir esta experiencia que marcó de una forma positiva mi vida personal, familiar y comunitaria.

Me considero una mujer inquieta, emprendedora y participativa. Es así como motivada por la presencia de Grupos de catequesis

Pastorales y comunitarios conocí a Comunidades Cristianas Campesinas (CCC), en 1988 bajo la animación de Aníbal Cañaveral, Conrado Valencia, Martha Lucía Jiménez, Ana de Dios Castro, Adriano Quintero, Padre Álvaro Ramos y otros muchos que conformaban este movimiento. Me identifiqué de inmediato con su ideología, reflexión, análisis y en cada encuentro me animaba más a participar, a conocer de las diferentes experiencias de Vida de los que asistían de otras regiones del país.

El sentir del campesino, sus expectativas, sus problemáticas y su deseo de contar y de ser escuchado. Personas tan sencillas y buenas de las cuales aprendí tanto y me produjeron una gran admiración y respeto. Don Bernardo Toro, de Cristales; Óscar Causí, los indígenas del Cauca. Qué bonita cultura, qué amor a la Madre Tierra y cómo la defienden y respetan.

En CCC adquirí una gran riqueza formativa y espiritual tan sencilla como la misma vida. Descubrí la verdadera autenticidad del ser humano, la riqueza del campo, de la Naturaleza, la Tierra que, a pesar del maltrato, nos prodiga el alimento. Y la gran importancia de conservar la identidad campesina. Surgió como solución la Lectura Campesina de la Biblia. Todas estas experiencias y conocimientos adquiridos en la CCC me motivaron a formar en mi comunidad un grupo de Lectura Campesina de la Biblia, con el acompañamiento y apoyo del Equipo. Con Conrado, Aníbal o Martha nos reuníamos una vez a la semana, compartíamos en la casa de cada uno, pues semanalmente nos rotábamos. Trabajamos con gran amor y entusiasmo una huerta comunitaria, aplicando así los conocimientos agroecológicos. Esta experiencia nos unió mucho más como grupo y fue un gran testimonio: aumentamos en grupo y en reconocimiento.

La experiencia que más marcó en mi vida ha sido la Lectura Campesina de la Biblia, ya que es una interpretación desde

la misma vida, desde un contexto campesino, descubriendo a través del texto los personajes, lugares, situaciones, tiempos, etc. Esta experiencia me ha aportado un gran conocimiento y ha sido de gran ayuda en mi labor como catequista.

Hoy, compartiendo esta experiencia de vida hago una reflexión y le doy gracias a Dios y a la vida por haberme dado la oportunidad de haber formado parte del equipo de CCC, de haber conocido personas tan valiosas, dinámicas y emprendedoras. Y a Aníbal, Conrado, Martha, Ana de Dios, Adriano: Ustedes han sembrado muchas semillas que poco a poco han ido germinando. Vuestras vidas han sido muy productivas. Mil gracias por lo que aprendí de Ustedes. Me siento orgullosa de mi identidad campesina, con gran conocimiento sobre interpretación bíblica y el poder hacer un análisis con sentido crítico de la realidad, cultivar mi parcela con amor y respeto, con muy buenas prácticas agroecológicas. Gracias nuevamente, que rico un día no muy lejano reunirnos y compartir nuevamente. Con el grato recuerdo y cariño de siempre."

Ofelia Bedoya
Santa Bárbara (Ant.)
Vereda Las Mercedes.

Una conexión con mis raíces campesinas

(Rosa Elvira Collazos)

Cuando era niña, me preguntaban en la escuela: "¿Cuántos hermanitos tienes?" Yo decía: "doce no más", lo cual, no sé por qué, a la gente le causaba risa. Creo que mi respuesta obedecía a que siempre que la gente se daba cuenta cuántos éramos, hacia una cara de espanto y exclamaba: "tantos!!!!". Hacían muchos otros comentarios de todo tipo que en mi infancia no me gustaban.

Lo único que sé es que en mi memoria queda un recuerdo muy hermoso de mi infancia, que, aunque carente de muchas cosas materiales, sobreabundaba en valores y humanidad.

Y es que en el campo se tenían muchos hijos, más que ahora, porque la ideología enseñada a los campesinos decía que utilizar métodos anticonceptivos era "pecado" y que "cada hijo traía su pan debajo del brazo". A medida que íbamos creciendo, a unos se los llevaban a prestar servicio militar en el monte, a otros donde algún familiar para ayudar con los oficios a cambio de estudio. Este fue el gran sacrificio mío a la corta edad de 7 años para poder estudiar; dejar a mis padres, hermanos y todo mi entorno para llevarme a tierras lejanas y extrañas para mí, la ciudad. Durante gran parte de mi vida estuve confundida con mi identidad, no sabía si era de allá o de acá, de campo o de ciudad y manejar eso fue muy complicado. Ha sido después de mucho caminar por la vida y estudiar la Biblia que he sentido palpitar mi sangre campesina.

Ahora recuerdo con emoción cuando llegaba la cosecha de maíz y todos (adultos y niños) se reunían en casa a preparar los sabrosos envueltos, tarea que se llevaba casi todo el día, hasta que al fin, en la noche, todos reunidos en torno a una mesa muy larga del comedor, hecha por mi padre, disfrutábamos del fruto de tanto esfuerzo y había mucha alegría. De la comelona participaban todos los vecinos.

En las gentes campesinas, olvidadas por las personas que gobiernan, pero no por la Divinidad, se ve la fortaleza, tenacidad, sabiduría, resistencia, compasión, bondad, fe, alegría y fiesta. Esto lo veo cuando me dicen los de la ciudad: "usted ha sido una mujer muy fuerte, yo no hubiera sido capaz" y por eso me siento muy orgullosa de tener raíces campesinas.

En el año 2012 empecé a estudiar la Biblia en el Centro Bíblico de Cali con la Comunidad Claretiana, lo cual duró 3 años.

Después de terminarlo me retiré de la Iglesia por espacio de 2 años, pues tuve una crisis existencial. Cuando regresé busqué a una de mis profesoras de biblia y le manifesté que yo quería compartirles a otras personas lo que yo había aprendido, a lo cual me abrieron las puertas y seguí asistiendo a clases, que, a pesar que yo ya había visto los temas, en el caso de la biblia siempre se encuentra uno con cosas nuevas. Al cabo de un tiempo me vincularon como integrante del Centro Bíblico y me empezaron a dar la oportunidad de dar clases, labor que nunca en mi vida había realizado, que me produce nervios a la hora de realizarla, pero que me apasiona y que gracias a la confianza y apoyo que me brindaron las personas he podido hacerlo.

Al comienzo de mi regreso me enteré que iba a haber un taller sobre hermenéutica campesina y yo, como siempre, aprovechando al máximo todo lo que viniera del Centro Bíblico Claretiano asistí. Era noviembre de 2016, domingo, en un sitio que quedaba retirado. Y ahí estaba Aníbal dando la clase, era un grupo pequeño de gente, en un ambiente tranquilo, de paz, rodeado de mucha naturaleza. Para mí el tema, que era la explicación de la parábola de los talentos, vista de una manera totalmente distinta a como siempre la había percibido fue algo impactante, a pesar que yo, por haber realizado ya mi estudio bíblico, "sufría" de sospecha.

En este taller hubo una conexión de mis raíces campesinas con las raíces campesinas de Aníbal y en medio de todo, muchos sentimientos y fibras profundas tocadas en mi interior a causa del tercer siervo.

Fue a finales de abril del siguiente año (2017) cuando nos volvimos a encontrar Aníbal y Yo. Del Centro Bíblico me enviaron a un taller de 3 días que se dictaba en la ciudad de Medellín, en un sitio conocido como el Picacho. Ambos estábamos como participantes del taller y hubo momentos para compartir los alimentos, conversar y conocer al escritor que hay en Aníbal.

Me ha gustado mucho su trabajo literario y me parece que su investigación crítica es muy profesional y de mucho valor para despertar conciencia en las personas. El enseña a ver de una manera didáctica la realidad (con la gallina, el cerdo, la naturaleza, la casa, la tierra, etc.).

Soy una persona muy afortunada al haber conocido a Aníbal y tener su valiosa amistad, ya que es una persona con mucha humanidad, sensible y que valora hasta lo más pequeño que la Vida le regala. Él es un testimonio e inspiración para otras personas.

Mis Recuerdos sobre Aníbal Cañaveral

(Luz Dary Guerrero Ramírez)

"¡Qué difícil tarea se me ha encomendado, mi memoria no es prodigiosa y registrarla por escrito, un reto!

Conquistador, es así como veo a Aníbal Cañaveral Orozco, humildemente y con paso campesino, ha logrado objetivos personales y comunitarios, testiga de algunos de ellos, de otras, co-participante.

Nos encontramos por primera vez en el año 1995, cuando ingresé al mundo ecuménico latinoamericano. Aníbal fue el representante de las Comunidades Campesinas Cristianas de Colombia – CCC, ante la IV Jornada Teológica de la Comunidad Teológica Latinoamericana y del Caribe – CETELA, celebrada en San Jerónimo, Antioquia, Colombia.

A partir de esa fecha, julio de 1995, nació una gran amistad, fortalecida a través del Programa Ministerial de Estudios

Teológicos y a Distancia - PROMESA, Recinto de la Universidad Bíblica Latinoamericana –UBL. PROMESA propició la participación en otros espacios relacionados, tales como con las CCC, CEDEBI, Curso Intensivo de Biblia -CIB (2004), Encuentros de Teología Campesina Latinoamericana, Lectura Popular de la Biblia desde la perspectiva de género, Jornadas Teológicas de CETELA, Red Ecuménica de Colombia, Mesa Ecuménica de Colombia, entre otros.

Aníbal, entra y sale de las experiencias, muchas de ellas dolorosas, otras más tranquilas y a algunas regresa, pero nunca renunciando a su objetivo principal que lo lleva como impronta en su piel: el caminar bíblico desde una perspectiva campesina, crítica y para la cual se prepara permanentemente. No deja de sorprender con el resultado de sus investigaciones y perspectivas subversivas que riñen muchas veces con la academia y aún en los mismos espacios de avanzada.

Fue a través de PROMESA que siguió el proceso para profesionalizar su formación de teólogo-biblista. Inicialmente nos encontramos con un obstáculo que a Aníbal le pareció un reto difícil de superar. Con paciencia, acompañamiento y motivación, logró conseguir el título de secundaria en Colombia y ya con este requisito, ingresar al programa de la Escuela de Biblia en la UBL, oficialmente. ¡Cuánto disfruté estos logros, como si fuesen míos! -En la Casa Bíblica de Laureles, celebramos con una copa de vino y pastel, su título de Bachiller (secundaria), en Colombia. Continuó el trayecto, acompañado por PROMESA hasta que obtuvo el título de Bachiller en Biblia. Luego, con miles de dificultades económicas y familiares, por la salud de su madre, continuó con la Licenciatura en la misma Escuela.

La relación transfronteriza con Costa Rica y la exigencia a la UBL por parte de CONESUP, organismo oficial que regula los estudios profesionales en ese país, afectó notablemente el

proceso académico de los y las estudiantes de PROMESA. Tuvimos que visitar el Consultado de CR en Colombia para encontrar solución a obstáculos que se presentaron en relación de su viaje para continuar los estudios.

Justo durante ese tiempo en el que estuvimos realizando los contactos y trámites con el Consultado de CR en Bogotá, una noche Aníbal visitó mi apartamento, junto con mi compañero de vida, quien esa noche nos acompañó. Nos tomamos una bebida espirituosa, deliciosa cena, y descubrimos una de esas "inconsistencias" a las que tenemos derecho, en sus años juveniles, en su tierra natal, Montebello, gustaba de la tauromaquia. Entonces, el diálogo giró en torno a ese tema, del cual mi compañero es un apasionado. Nos compartió Aníbal, que cuando joven, en el campo, no se perdía las faenas taurinas transmitidas por radio. Hoy, este "gusto" quedó en el pasado, no comparte el sufrimiento y tortura a la que son sometidos los animales. De esas conversiones que en el andar por la vida vamos haciendo. A los días de este encuentro en mi residencia de Bogotá, se obtuvo el permiso que se requería para viajar a CR.

Logró obtener el título de Maestría en Biblia, el cual le abrió las puertas al mundo académico de Colombia en calidad de docente por cátedra y de planta, a nivel universitario, sin descuidar su pasión, la Lectura Popular de la Biblia, el escarbar campesino como él ha denominado su método de estudio: "entradas, llaves y claves".

Retomando espacios en los que juntos hemos participado, quiero referirme someramente a dos de ellos:

Lectura Popular de la Biblia desde la perspectiva de Género, en la ciudad de Medellín, el área metropolitana y otros municipios del oriente antioqueño. Participamos mujeres, jóvenes, niñas, niños y alguno que otro hombre; en su inmensa mayoría católicos, muy tímidamente asomamos pocas evangélicas, protestantes quienes

nos atrevimos a cambiar la Escuela Dominical por estos talleres. Una experiencia en la que recreamos, releímos, recuperamos, introyectamos, liberamos muchos textos bíblicos que lecturas tradicionales han condenado. Estas relecturas quedaron registradas en cartillas. La metodología, los ágapes, los espacios físicos, la alegría de compartir las viandas que llevábamos para pasar todo el día, en los cuales pudimos experimentar el milagro de la Multiplicación de los peces y el pan, hicieron de este espacio, uno digno de repetir.

Por eso en 2019, un pequeño grupo nos reunimos en Medellín para recordar y celebrar la vida. Allí, avistamos una semillita que quedó sembrada durante 10 años, como el bambú, empieza a brotar una hojita diminuta y verdecita, se deja ver, nos exige agua, sol, entonces nos dimos a la tarea de seguir cuidando de esta plantita. La renombramos, CANTARES. La pandemia por el COVID-19 nos ha permitido recrear esta experiencia desde la virtualidad. En 2020, la parábola de Las Diez Vírgenes nos confronta ante la realidad de aquellas 5 que en el estudio tradicional se han estigmatizado de fatuas, perezosas, descuidadas, sin tener en cuenta sus realidades y para comprenderlas, nos dimos a la tarea de hacerles muchas preguntas, el sospechómetro, fundamental para trabajar el texto. Traerlo a la realidad de nuestro mundo y sobre todo de nuestras mujeres, ha sido una delicia de experiencia, que queremos continuar.

La otra experiencia es con la CCC. Se reinventa a mediados de 2019 con un pequeño grupo de líderes que acompañaron este proceso durante muchos años en Colombia. Han invitado a otras personas, aunque no hicimos parte del proceso inicial, ni somos campesinos, ni campesinas, sí por sensibilidad y cercanía. Se dejaron unos lineamientos que por razones del momento mundial 2020-2021, no han sido posible desarrollar en tiempo y profundidad proyectada. Las reuniones virtuales han sido la opción de los encuentros, en la esperanza de que la

presencialidad pueda ser la forma de continuar el trabajo, que entre otros, se propone sistematizar el proceso de las CCC y relanzarlo a la luz de la realidad actual.

Hablando de esas entradas y salidas de espacios, el amor no ha estado exento de esta dinámica. De alguna manera fui celestina entre su pareja escogida y él. Acompañarles en esta experiencia de amor, en la que el tema transfronterizo y la pasión por el estudio, mediados por la exigua situación económica, no permitió que este proyecto se realizara como se había planeado. Ahora gozan, él y ella, de la soltería y la libertad que les facilita desarrollar proyectos propios que no fueron posibles dentro de la relación. No está por demás decir que este período fue bien difícil para mi amigo y mi amiga. Afortunadamente Aníbal recurrió a amistades de quienes recibió apoyo y animación para continuar con su vida.

Las puertas de mi casa siempre han estado abiertas para las visitas de Aníbal, cenas, cafés, bebidas espirituosas y sobre todo, conversaciones de nuestras vidas que se cruzan en el camino, un poco de política, un poco de teología, un poco de todo, de aquí y de allá.

Para mí, un privilegio tener a alguien con la calidad de persona, sencilla, sabio, inteligente, respetuoso, terco, profundo, disciplinado, radical, familiar, que ha encontrado en la soledad y el camino solo, toda una experiencia de vida que lo enriquece y permanentemente lo cuestiona. Me encanta este amigo, a quien llevo en mi corazón y de quien siempre quiero ser su amiga".

Con cariño inmenso.

Febrero 16 de 2021

Acapulco, Santander

La vida de un docente que enseña la Biblia desde su Hermenéutica Campesina

(Guillermo Bohórquez Rincón)

"Conocí a Aníbal Cañaveral Orozco hace casi quince años, cuando por razones de trámites burocráticos la embajada de Costa Rica dificultó la aprobación de su visa de estudiante, pues pretendía adelantar la Maestría en Biblia en la Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica (UBL), institución académica reconocida, que tenía alianza con PROMESA (Institución de Estudios Teológicos y a distancia con sede en Medellín, Colombia), en donde Aníbal había cursado su Bachillerato en Biblia y después obtenido su título de Licenciado.

En medio de una agradable conversación junto a mi compañera, que discurrió por diversos temas; experiencias de vida; recuerdos de sus padres, su niñez y juventud en el campo, e intercambio de saberes, gracias a sus viajes y al conocimiento de personas del mundo académico y de comunidades de base, descubrimos en Aníbal un hombre sencillo, buen conversador, lleno de historias y con unos deseos inmensos de continuar sus estudios para proseguir los caminos de la docencia, más exactamente la enseñanza de la Biblia para lo cual venía dedicando su tiempo, esfuerzos y talentos. Como ha sido un hombre de propósitos, carismático y persistente, logró su título académico avanzado en la UBL de Costa Rica.

Lo de él no era la docencia tradicional ni mucho menos magistral, lo suyo era -y sigue siendo- la enseñanza crítica, reflexiva, que cuestiona y pone a sus discípulos a analizar la

Palabra, es decir, las Escrituras frente a la realidad del hombre y las sociedades del mundo de hoy, cambiantes, violentas, desiguales, discriminatorias, pero ávidas de respuestas a los grandes interrogantes de la humanidad del siglo XXI.

Teniendo el respaldo académico, pero lo más importante, la visión de un caminante de la Palabra, Aníbal puso desde entonces sus conocimientos al servicio de los estudiantes, en universidades y centros de estudio, en forma virtual o presencial, pero con una mirada que hace parte de su esencia misma, la lectura e interpretación campesina de la Biblia. Sin duda alguna esa visión original nacida desde la sabiduría popular campesina y el acervo cultural de sus ancestros, explican el éxito de su novedosa propuesta académica.

Tal circunstancia motivó también otro aporte al conocimiento bíblico en el ambiente católico y ecuménico. La presentación de su libro "SIERVOS, TALENTOS, USURAS Y RESISTENCIAS. El campesino que complicó la parábola de los talentos", de la cual se agotó la primera edición por el impacto que causó en sus muchos lectores, entre los que me incluyo, por el análisis crítico de la parábola descrita en Mateo 25:14-30.

La actividad docente de Aníbal Cañaveral sigue en determinados espacios, basada en este libro y en otro que lo precedió como método de lectura bíblica, cifrado en su historia por más de 20 años, por el recorrido de su trabajo en el país y en otras latitudes: "ANDAR EN EL ENCANTO DE LA PALABRA: Diálogo de saberes en artífices, entradas, llaves y claves". Este documento lo explica Aníbal como la entrada de la Biblia a las casas de los campesinos, quizás a la interesante idea de comparar las Escrituras con una casa campesina. Fue editado en 2012 y después de tanto tiempo sigue teniendo la misma acogida.

Otro espacio en el que conocí a Aníbal Cañaveral fue en La Mesa Ecuménica por la Paz, MEP, entidad plural, compuesta

por organizaciones sociales, iglesias, comunidades de base, y personas del mundo católico, de iglesias históricas y protestantes, con un espíritu ecuménico y en función de la paz en Colombia, con ética y justicia social y ambiental. Allí compartimos muchos momentos muy especiales, escuchamos sus valiosos aportes, y en tres o cuatro oportunidades Aníbal fue invitado para diseñar y dirigir las actividades celebrativas, de oración, bíblicas y teológicas, transversales a los encuentros ecuménicos nacionales que llevamos a cabo en diferentes ciudades del país.

Los conocimientos y experticia de Aníbal en el campo bíblico – teológico nos ponen frente a un excelente docente, creador de un método pedagógico que parte de la reflexión crítica en un contexto socio-cultural, lo cual le ha permitido entregar uno de los aportes más eficaces al mundo académico.

Cuando lo conocí, Aníbal Cañaveral tenía como proyecto de vida ser un docente desde su cosmovisión campesina, hoy es su vida misma, un proyecto convertido en exitosa realidad.

Gracias amigo Aníbal por haberme invitado a escribir este testimonio, que hago con admiración y respeto".

Guillermo Bohórquez Rincón

De Freire a Cañaveral
(Luis Carlos Galeano)

Aquella noche, cuando lo vi entrar al salón de clase, de repente me vino a la memoria una conversación sostenida hace años con un compañero de la universidad. Al verdadero maestro se le conoce, me decía entonces, por su caminar lento y su mirada bondadosa. Fue como haber encontrado la imagen real para

aquella afirmación al toparme con la figura de Aníbal Cañaveral, el profe que llegó aquella vez para "salvar" la situación porque el titular no pudo llegar. Parecía su clase, parecía que fuéramos sus estudiantes desde siempre, parecía que era su primera clase, por la pasión y genuina entrega que le puso (y, volviendo a la conversación con mi compañero de U., esa es otra característica del verdadero maestro: su pasión y su entrega sin límites). Llevaba consigo unas casas de cartón a pequeña escala y varias hortalizas. Nada que tuviera relación con la materia de teología que comenzábamos a ver. Bueno, eso pensaba yo hasta ese momento.

Cuando Aníbal desplegó todo su repertorio y nos introdujo en el fascinante mundo de la "lectura campesina de la Biblia", fuimos comprendiendo, llevados de su mano –sabia herramienta campesina- el alcance de tan bella mirada hasta entonces desconocida para nosotros. Sorpresa tras sorpresa, eso fue lo que, cual caja de pandora, nos fue rebelando el "maestro" esa noche: más que conceptos, ideas y verdades aprendidas de otros, Aníbal nos transmitió vivencias, experiencias propias, luchas, aprendizajes tras largos caminos al lado de otros grandes maestros aquí y en Centroamérica. En fin, nos detalló un poco cómo había llegado hasta aquí, hasta el presente con nuevas miradas y nuevas hermenéuticas acerca de aquello que reposa en la Biblia y que todavía está por asimilarse de manera adecuada y actual.

Después, para fortuna nuestra, de sus estudiantes, pudimos recorrer hermosos caminos del saber, gracias a que le fueron asignadas varias de las materias –ahora sí como titular- que había en nuestro pensum. Lo que habíamos intuido aquella primera noche de clase "salvavidas", era apenas la cuota inicial de lo que, verdaderamente nos tenía reservado la vida académica: el disfrute de ir escalando peldaño tras peldaño de aquella escalera del conocimiento, pero sin prepotencias de quien se cree dueño

del saber; en cambio, sí, como un acto de bondad con el otro, y así lo comparte. En las materias siguientes (ojalá hubieran sido muchas más) no solo aprendimos teoría; más que eso, aprendimos a darle otra mirada a los textos bíblicos, una mirada campesina que nadie, hasta ahora, había intentado darle, y aprendimos a extender esa mirada a la vida misma, como quien extiende un paño sobre una superficie para darle otro sentido.

Hoy, llevando una vida de campo, todos los días veo la imagen de este gran maestro en todo lo que se mueve y respira a mi alrededor: las matas de plátano, el arroyo natural que cruza la finca, los sietecueros y también las guacharacas, los barranqueros, las mirlas, los pechirrojos, los afrecheros, las hormigas, los conejos… Jamás podré olvidar la última clase (todavía me duele) y su historia sobre la masacre de campesinos en el sur del país a manos del ejército, pero transformada en una historia cuyos protagonistas eran los animales y las plantas. Fue exorcizar el dolor contenido por la realidad del país, de ahora y de siempre, desde la mirada campesina que, Biblia en mano, clamó por el amor fraterno como única solución a tanta barbarie.

Cada vez que saco a mis gallinas a disfrutar del campo, me viene a la memoria la enseñanza -más que enseñanza, consejo- de Aníbal: "Muchachos, escarben como las gallinas, para que descubran el verdadero alimento que se esconde en la entraña de la Palabra. Solo así podemos encontrar la riqueza que en ella se oculta".

Por todo esto no me cabe duda que, como Paulo Freire (autor de quien recogimos grandes aportes) Aníbal Cañaveral y su método académico está lejos de una educación "bancaria", según Freire, basada en que el profesor tiene el conocimiento que deposita en sus estudiantes quienes actúan como "cuentas" vacías que hay que llenar. Para ambos, Cañaveral y Freire, la educación es la maravillosa oportunidad para aprender juntos, compartir

experiencias que nos enriquecen mutuamente y explorar siempre nuevas posibilidades. Lejos de ellos una educación para mantener el poder, porque ellos creen solo en el poder de la libertad y las mentes abiertas.

Luis Carlos Galeano

Poder seguir "andando en el encanto de la Palabra"

(Giselle Zamora Arroyo)

"Mi nombre es Giselle Zamora Arroyo, soy costarricense y colaboro en el Centro Bíblico Claretiano "Para que tengan vida" en San José, Costa Rica. Durante muchos años he sido alumna de la Universidad Bíblica Latinoamérica, y en los cursos recibidos, escuché hablar de un biblista colombiano llamado Aníbal Cañaveral, quien se destacaba por su estudio de la hermenéutica campesina.

Por esas cosas de la vida, logré tener contacto con él y tuve la oportunidad de participar en su defensa de tesis (maestría) el día 24 de agosto del 2015. A raíz de ese evento creció una linda amistad, invitamos a Aníbal a participar en uno de los encuentros que realizamos un sábado al mes en el Centro bíblico, en talleres de Lectura popular y comunitaria de la Biblia, estuvimos toda una mañana compartiendo con muchas personas de diferentes lugares de Costa Rica. También logramos encontrarnos en dos talleres bíblicos entre semana, Aníbal nos compartió en ambos talleres, con una participación de aproximadamente 20 personas por taller, el tema de la Hermenéutica campesina. Mediante símbolos como la gallina, el perro, el escarbar, la tierra, semillas, plantas, nos introdujo en ese mundo campesino, que es una clave

para poder entrar en los textos bíblicos y comprender la realidad de la tierra, los cultivos, incluyendo los eventos cósmicos y meteorológicos. La hermenéutica campesina nos puede ayudar a interpretar y comprender nuestra realidad latinoamericana y nos puede iluminar para poder transformarla, nos puede formar para desarrollar una cultura de paz y cuidado de la Casa Común.

Desde ese año 2015 hasta la fecha Aníbal y yo hemos ido fortaleciendo nuestra amistad, así como se cuida una planta, que va creciendo con el tiempo. Y en algunas ocasiones, a pesar de la distancia, nos ha dado apoyo en temas formativos a través del mundo cibernético, especialmente en época de pandemia. Quiero agradecerle a Aníbal su compromiso con la vida, con las interpretaciones bíblicas, por sus grandes aportes que nos han ayudado tanto para ver con otros "lentes" los textos bíblicos, quiero agradecerle su amistad y apoyo en la formación de las personas que asisten a los talleres bíblicos y están sedientos de conocer la Palabra desde su contexto y cómo podemos, desde nuestra realidad, como personas, en su gran mayoría, procedentes del campo, como campesinos y campesinas que han labrado la tierra y pertenecen a ella. Espero Aníbal que podamos seguir encontrándonos en el camino de la vida, de la Biblia y que podamos: "andar en el encanto de la Palabra", un gran abrazo".

CAPÍTULO X

LAS PULSACIONES INTERPRETATIVAS

Se trata de la participación colectiva de amigos y amigas que han respondido positivamente a la invitación de contribuir en el libro *Los sueños y los pies caminantes. Huellas de ayer y amaneceres de hoy*, con unas líneas interpretativas sobre algunos de los tópicos de este relato autobiográfico. Expreso toda mi gratitud.

¿Cómo se hace un teólogo popular?
(Fernando Torres Millán)

Muchas veces me he hecho esta pregunta. Me la hago cuando leo la Biblia: ¿de dónde surgieron y cómo se formaron las personas que la escribieron? También cuando escucho las personas de las Casitas Bíblicas en el sur de Bogotá. No puedo dejar de hacerla cuando escucho a Dorita y a Moisés del equipo bíblico "Semillas del Reino". Ahora, cuando termino de leer "*Los sueños y los pies caminantes*" de Aníbal, vuelvo a hacerme la misma pregunta: ¿Cómo se hizo Aníbal, teólogo popular? Al respecto, me hago las siguientes reflexiones:

- Aníbal no estudió en ningún centro especializado para llegar a ser un "profesional" en la teología. Seguramente, si hubiera contado con las condiciones para ello, hubiera estudiado Derecho, lo que deseaba cuando era joven, y no teología. Aníbal fue llegando, poco a poco, a "paso campesino", a la teología. Su paso por la Acción Comunal le brindó posibilidades de escritura, redacción, diálogo y comunicación. Algo que luego será fundamental para el trabajo teológico (y no solamente para el trabajo teológico). Su paso por la escuela radiofónica de Sutatenza "le abrió el mundo" relacionándolo con otros contextos campesinos del país y lo involucró en otra dinámica educativa que será definitiva en el proceso de formación de Aníbal: la educación no formal. Con la habilidad de la escritura y con el temprano desarrollo en la educación no formal, Aníbal logrará animar muchos procesos de reflexión teológica popular. Lo que en un primer momento leemos como adversidad, quedar fuera de la escuela formal, Aníbal logró convertirlo en oportunidad.

Aprovechó creativamente lo que en su momento "apareció" a su alcance, la educación no formal, la que posteriormente re-orientó desde el enfoque de la educación popular.

- Aníbal aprende a hacer teología a partir del encuentro, la escucha, el diálogo; cosa que sucede en la permanente itinerancia discipular. Primero en la sensible relación con su familia y su vecindario, junto con la tierra y las comunidades. Pero hay encuentros que, en momentos claves, son más decisivos que otros. Carlos Alberto Calderón descubre al escritor que está escondido dentro de Aníbal y pone su parte para que surja plenamente. Los "curas" amigos como Alvaro Ramos, Jaime Restrepo, Mario Ospina, Alfredo Ferro y Carlos Julio Rozo no solo promueven y acompañan la acción animadora y articuladora de Aníbal al frente de las comunidades, sino que también valoran y aprecian su enorme capacidad de reflexión crítica. La construcción colectiva de la instancia de coordinación de las Comunidades Campesinas Cristianas le permitirá a Aníbal un desarrollo crítico de la eclesiología desde la perspectiva de la campesinidad laical, una radicalización del método de la teología de la liberación, un original planteamiento de la hermenéutica bíblica, un ensanche de la espiritualidad en la relación con la Madre Tierra, una permanente referencia a la acción ética-política del campesinado. La itinerancia discipular lo llevará a la cercanía afectiva y solidaria con las comunidades campesinas del país, que luego enriquecerá en el intercambio y la contrastación a partir de la latinoamericanidad que Aníbal vive con tanta intensidad.

- La Biblia junto con la Vida fueron los primeros libros de Aníbal. Poco a poco se van convirtiendo en fuentes fundamentales de su quehacer teológico. Hoy a Aníbal lo reconocemos como "biblista popular". Lee la Biblia junto con las comunidades, logrando que estas descubran en

su propia vida la interpelación de Dios que les anima en su transformación. Para ello es indispensable las "llaves y claves" que Aníbal ha venido descubriendo una a una. Con su ayuda, hemos venido entendiendo la hermenéutica como un permanente "escarbar". Ese escarbar que aprendió de gallinas, cerdos, armadillos y gatos. Así como estos animalitos escarban para vivir, así también escarbamos la Biblia para hallar en ella la Vida plena que hoy urgimos y por la que hoy luchamos. Teniendo como punto de partida esta hermenéutica popular, Aníbal dio otros pasos que lo llevaron a las hermenéuticas específicas. Afirma la especificidad campesina, como otras especificidades, a partir de lo cual la lectura bíblica adquiere un "rostro" específico. De esta manera, el camino de alianzas y articulaciones se hace incluyente, pues la afirmación de la especificidad es condición de inclusión y reconocimiento de la diferencia. Hoy, en el contexto del movimiento bíblico latinoamericano, la reivindicación de las hermenéuticas específicas tiene mucho que ver con el ahínco con el que Aníbal ha asumido esta perspectiva.

- En el camino de formación del teólogo popular hay martirio y persecución. Bien que ha vivido Aníbal esta dimensión de la experiencia eclesial latinoamericana. Fueron los jóvenes campesinos mártires de Cocorná, luego Bernardo López, después Jaime Restrepo, también Teresita Ramírez, entre otras y otros, quienes han dejado una huella testimonial en la caminada de las comunidades campesinas y en la teología que Aníbal ha venido haciendo. Por resaltar estas huellas, por afirmar este camino, por insistir en la formación del campesinado, por la animación permanente de procesos eclesiales de base, por afirmar la identidad laical Aníbal ha vivido la persecución, la amenaza, la discriminación, el desprecio… experiencias con las que ha forjado, no sin dificultades y dolores, un talante de humildad y sencillez

con dignidad y sabiduría. Quizá por esto, Aníbal está constantemente aprendiendo a hacer teología, la misma que pronto comunica con el entusiasmo y la fluidez que lo caracteriza".

Piel que mira y escucha
(Josefina Caviedes)

"Querido Aníbal, hace días leí con mucho interés y alegría tu trabajo: ***Los sueños y los pies caminantes***. Trataré de sintetizar las resonancias que ha dejado en mí su lectura y reflexión y las dimensiones que he descubierto allí.

Yo lo llamaría también: ¡**PIEL QUE MIRA Y ESCUCHA**! Pies caminantes y cuerpo que ve con los ojos de la piel y que escucha con sus oídos, porque el mirar y el escuchar son profundos y sentidos como si la realidad te entrara por los poros y la introyectaras de tal manera que se convierte en ti mismo, la asimilas y la sudas, porque previamente ha habido una actitud discerniente que distingue lo que produce vida de aquello que produce muerte.

No voy a analizar cada capítulo, pero quiero decir lo que en general percibo que se asoma a través de todos ellos:

La calidad antropológica y evangélica de la IDENTIDAD

La conciencia de vivirte desde y como lo que eres. Para mí es el apropiarte de la propia identidad. En tu caso, la de la campesinidad. En ella todo es importante: La tierra mojada, la flor, la semilla, el aire, las plantas, el hueco, el animal… Es la dimensión ecológica de la persona. La ecología humana. La conciencia de ser campesino y la satisfacción de serlo. El gusto

que experimentas al sentir la madre tierra besando las plantas de tus pies… Es como mirarla y escucharla con la piel.

Esa integralidad del hombre con el campo me hizo pensar en la situación del primer hombre y la primera mujer en su dimensión de totalidad antes de dejarse desintegrar por la ambición y la codicia.

La calidad antropológica y evangélica del MAS

El correr detrás del Saber: detrás del estudio, de las lecturas, de la capacitación, de las personas que te aportan y te hacen crecer en el conocimiento. El amar lo tuyo, pero al mismo tiempo, ampliar los horizontes… Es la piel que es capaz de exponerse al frío y al calor, que acoge, que aprehende y que reparte energía. Que se vuelve como una esponja para atrapar el agua cristalina de la sabiduría que proviene del "gustar internamente de las cosas", como dice San Ignacio, y de madurarlas con peso y medida. Una piel "sabia" que investiga, no dentro de cuatro paredes, sino en el aula abierta – espacio que permite descubrir en los trozos de periódicos, en la revista, en el audiovisual, en la conversación, el ABC del alfabeto de la vida, de la convivencia, del análisis coyuntural y estructural de la sociedad.

La calidad antropológica y evangélica de la ALTERIDAD

Es increíble la valoración que se respira, en tus Memorias, por cada persona amiga, cercana o familiar. Pieles que entablan el diálogo y la comunicación, que fabrican el tejido de las relaciones, de la ternura, de la confrontación o de la amistad. Piel que hace éxtasis al salir de sí misma y propiciar el encuentro con las demás. Las cartas, la conversación, la reunión, la asamblea, el taller, la escuela, la minga, la convivencia…, la gratuidad del tiempo recibido y ofrecido porque se ha descubierto el significado de la presencia…, del simplemente estar ahí. Pieles que construyen juntas una nueva humanidad.

La calidad antropológica y evangélica de la CRITICIDAD, DE LA VERDAD Y LA SINCERIDAD

Es la mirada limpia de la piel, que no es ingenua ni acrítica. La mirada que traspasa la superficie porque la piel ha sido capaz de implicarse en las realidades, analizarlas, criticarlas y comprenderlas desde la ayuda de la sociología, de la economía, de la política, de la Palabra… La piel que no traga entero, sino que sabe moler y triturar con las manos, con el espíritu, con el cerebro… Que cuela, que no se deja manipular. La piel que es capaz de hablar y de expresar la verdad sin temor. Por eso puede construir con otros y otras y abrir caminos para los pies caminantes.

La calidad antropológica y evangélica del estudio y reflexión orante de la PALABRA

La piel que al tocar la Palabra y al arroparse con ella conoce su fuerza convocante y transformadora, su energía de liberación, su llamada a trascender. Por eso alrededor de ella nacen comunidades, se generan acciones cálidas y se hunde la persona en el conocimiento de sí misma y en el conocimiento de la persona de Dios que se implica compasivamente en nuestra realidad para redimirla y liberarla; de un Dios que no es propiedad privada de nadie, que es de todos porque derrama el sol sobre buenos y malos, sobre justos e injustos, que no está encerrado en las iglesias ni en el género, un Dios que es al mismo tiempo mamá y papá.

La calidad antropológica y evangélica del compromiso en lo POLÍTICO

Una piel consciente de las tremendas desigualdades que existen en nuestro continente porque las ha tocado de manera directa y por eso se siente empujada a participar en organizaciones que construyen una vida alternativa, donde el respeto, la convivencia,

el compromiso y la denuncia son los pilares indicativos de que otro mundo es posible.

La calidad antropológica y evangélica de una MISIÓN PROFÉTICA

Aníbal, pienso que tu piel así vivida y experimentada se hace profecía en medio del cuerpo de la humanidad. Las memorias que acabas de escribir constituyen una postura profética desde la cotidianidad y un proyecto solidario y vital que desafía al caminante a continuar dando pasos en el camino. Gracias por compartirlas conmigo.

Josefina Caviedes H.

Roma, 26 de noviembre de 2005".

"Caminante son tus huellas el camino..."

(Carlos Mario Vásquez)

«*Caminante son tus huellas*
el camino y nada más.
Caminante no hay camino,
se hace camino al andar».

Talvez este verso de Antonio Machado sea el más simple y transparente resumen del libro de Aníbal, "*LOS SUEÑOS Y LOS PIES CAMINANTES: Huellas de ayer y amaneceres de hoy"*, un texto que nos permite aproximarnos a la realidad colombiana de los últimos 30 años desde una perspectiva bien especifica: la mirada de un hombre nacido en el campo, cuyas manos y corazón fueron creciendo en el contacto cotidiano con la tierra.

Más que una obra historiográfica o biográfica, este libro es un "manual de teología", donde podemos confrontarnos con el antiguo método utilizado por la JUC y la ACO de Ver – Juzgar – Actuar, metodología también presente en el Documento de Medellín (1968) y que significó un marco fundamental en el quehacer teológico del continente.

Es un libro de teología que quiere hablarnos de Dios, de la experiencia de fe de una persona que comienza su peregrinar allá en una vereda de Antioquia y peregrina, como el pueblo de Israel y las Comunidades Cristianas, por las «diásporas de la sociedad» y por algunas «metrópolis» continentales.

En cada línea del libro trasparece algo del alma campesina y cristiana de Aníbal, describiéndonos la manera como la propia realidad va moldeando la vida, abriendo nuevos caminos y tejiendo nuevas redes de relaciones. Y fue en este aspecto que el libro impactó más mi lectura, pues me ofreció la posibilidad de hacer una lectura de los acontecimientos que marcaron la vida colombiana durante los últimos 30 años, desde el caminar cotidiano de Aníbal, un caminar donde muchas otras personas iban estando presentes, donde nuevas relaciones se iban tejiendo y, coincidencialmente, muchas de las personas que marcaron la vida de Aníbal, también estuvieron y han estado muy presentes en mi propio caminar de fe. Son, al final de cuentas, los «caminos» de la vida que se van cruzando y en los cuales nos encontramos con otros «caminantes», como los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), que pasan de la desesperanza y del sufrimiento a una experiencia pascual que nace del encuentro con el otro y, especialmente, con el Otro, el Caminante de Nazareth.

De esta forma, los acontecimientos narrados en el libro adquirieron nuevos contornos: no se trataba de un simple hecho de vida, sino de experiencias de fe vividas por personas a quienes yo también conocía y con quienes había compartido mi

vida. Este caminar en compañía de tantos/as amigos/as, se fue convirtiendo en el puente que me permitió apropiarme del libro de Aníbal, leyéndolo desde la experiencia cotidiana que vivo con mi familia (Marta, Felipe y Sara), acá en São Paulo.

Así, la limpia y transparente narrativa de Aníbal me aproximaba, no sólo a muchas personas amigas, sino también al mundo e imaginarios campesinos del ambiente PAISA. En cada frase resuena la mentalidad paisa, en muchos momentos creativa y emprendedora, como también arrasadora y beligerante. Un mundo antioqueño marcado por la sensibilidad y la ternura, mas también por la violencia y el machismo. Por eso, durante la lectura del manuscrito, sentí que lo único que me hacía falta para estar "en casa" era una arepa y una taza de aguapanela, pues "Los sueños y los pies caminantes" nacen dentro de una cultura específica y establecen un diálogo enriquecedor con las demás culturas con las que Aníbal toma contacto.

Al final, siempre queda la sensación de que faltaron detalles, momentos más íntimos, más sensibilidades, rostros, experiencias... ¡Somos selectivos! Nuestras visiones son muy nuestras, así como nuestras experiencias. Mas las experiencias contenidas en el texto son suficientes para que podamos entablar un rico diálogo con Aníbal y su mundo. Por eso, podemos concluir retomando la poesía de Machado:

«....Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar».

São Paulo, diciembre 2005.

Aníbal Cañaveral: Una Teología del Sol y de la Tierra

(Juan Esteban Londoño)

El sol está en la aldea y alegra las espigas
y trabaja hombro a hombro con los hombres del campo.
(Aurelio Arturo)

Aníbal abre las páginas de su infancia dibujando un Montebello andino cargado de sabiduría remota. Medicina natural. Plantas que saben. Hojas que curan. Germinación de las semillas en los surcos de la tierra. Festejos comunitarios. Economía del trueque, en la que el niño lleva maíz y yucas a la familia vecina, y regresa a cambio con fríjoles y plátanos para completar la dieta. La tierra, Madre Tierra, pareciera dar a luz cada día una diversidad de especies animales. Mulas, caballos, gallinas, cerdos. Y el Sol, el Sagrado Sol, asomando en la lejana montaña.

En su poema titulado "Sol", el poeta nariñense Aurelio Arturo (1906-1974) da cuenta de una presencia divina en la vida campesina. Habla del Sol como su amigo, personificado, quien desciende un día a la aldea para dar alegría a los hombres y a las mujeres en las jornadas de trabajo. Sol que aviva. Sol que ilumina. Prende sonrisas en los adultos y en los niños, y llama a las aves a la música. Es amarillo, pero hace que los demás colores vivan. Provoca las canciones, enhebra hilos luminosos en las tejedoras de la vereda.

Sol de labradores, de poetas y cantores, Sol de trigo, Sol de bosque sonoro. Ritmo de trabajo. Lámpara de sentido. Bajo el

Sol el hombre campesino de las regiones andinas de Colombia suda y canta, sueña y habla. Calla. Casi siempre calla. Su sabiduría no necesita de palabras. El universo le habla. Todo es canto. Todo es fiesta. Danza. Tic tac. Suena el azadón contra la tierra. Raspa con la pala. Siembra. Recoge. Cosecha. Y luego de toda esta labor, festeja.

Sol. Divinidad andina a la que se le agradece. Se la come, se la bebe. Se la ríe. Se la suda:

> *Todos sabían que comerían el pan bueno*
> *del sol, y beberían el sol en el jugo*
> *de las frutas rojas, y reirían el sol generoso,*
> *y que el sol ardería en sus venas*
> *(Arturo, 2003).*

Por esto los campesinos andinos del poema de Arturo lo llaman "nuestro sol, / nuestro padre, nuestro compañero / que viene a nosotros como un simple obrero". Trabajo arduo, en una lucha frente a las montañas que son duras, densas, complejas. La sabiduría del campesino recio hace que produzcan, que brote la vida de ellas, y las festejan. El Sol, mientras tanto, acompaña la faena.

El poeta quiere cantar su país, y es el Sol el que le ayudará, con viento, con rumor de árboles. Ese otro país desconocido, esa Colombia llena de savia, oculta y verde, que alimenta a las superficies visibles, las ciudades. Ese país interno contenido en los campesinos y las campesinas, alimento sagrado y cargado de sentido. País en el que se le agradece al Sol.

Pero el poeta sabe que está lejos de aquel Sol, de las noches estrelladas, del silencio y de su mano laboriosa. Como Aníbal Cañaveral lo hace con su autobiografía, Aurelio Arturo escribe desde la ciudad, lejos de su aldea. Y aun la sabe viva. La sabe

tocada por el Sol. Mientras tanto, escribe, mientras tanto evoca, mientras tanto canta.

Ninguna otra teología se le puede pedir a quien vive de primera mano la experiencia de lo divino. Ninguna teología es más auténtica que aquella que vivencia el sentido y solamente después lo vierte escritura.

Ecos que en Arturo parecen colarse del Salmo 104. La épica contada por Aníbal también se conecta con estos cantos. Parece que todas las culturas y religiones han cantado a esa experiencia primordial de lo Sagrado. Pueblos que se maravillan del conjunto de la Naturaleza, politeísmo de lo divino, eso que llama Hegel panteísmo:

> En lo que se llama panteísmo el todo no es por tanto esto o aquello singular, sino más bien el todo en el sentido de todo, con abstracción de la singularidad y de su realidad empírica, de modo que no se pone de relieve o se tiene en mente lo singular como tal, sino el alma universal, o, hablando en términos más populares, lo verdadero y excelente, que también tiene una unidad en esto singular (1989: 269).

El Salmo 104 responde también a esta visión del Todo, aún cuando los israelitas post-exílicos no pretendían establecer una tajante distancia entre ellos y los demás pueblos, entre el nombre de su Dios y los demás nombres de Dios. Este Salmo es un poema de herencia egipcia que canta a la presencia de lo divino en la Tierra. Para los egipcios, como es el caso del Himno a Atón, el Sol es la divinidad que lo sustenta todo e ilumina con sus rayos; la noche es consecuencia de haberse ido el Sol. Una esfera de muerte se esparce. En Egipto, el hombre se levanta extendiendo sus brazos para alabar al Sol, como símbolo de la unidad divina de todas las cosas:

Brillas en el horizonte oriental y has llenado la tierra entera con tu belleza. Eres hermoso, grande, resplandeciente, alto por encima de todos los países. Tus rayos abrazan las tierras hasta el confín de cuanto has creado. Tú eres el Sol (Re), Tú alcanzas sus límites, Tú los sometes (para) tu hijo que amas. Estás lejos, (mas) tus rayos están sobre la tierra. Ante los rostros (de los hombres) estás, pero no se percibe tu movimiento.

Creas el Nilo en el mundo inferior y le haces surgir a causa de tu amor, para que vivan los egipcios, pues los creaste para ti, Señor de todos ellos, que te fatigas por ellos. Señor de todos los pueblos, que te alzas para ellos; Disco diurno, glorioso. Todos los lejanos pueblos extranjeros, Tú los haces vivir. Les has puesto un Nilo en el cielo y Él desciende para ellos y figura ondas sobre las montañas como el mar, para regar sus campos en sus poblados… Un Nilo en el cielo, es éste tu don a los pueblos extranjeros y a todas las bestias de los pueblos extranjeros que andan con patas. Y el Nilo viene del mundo inferior para Egipto.

Cuando te pones en el horizonte occidental, la tierra está oscura, como muerta. Los hombres duermen en sus moradas con las cabezas cubiertas, ningún ojo puede ver a otro. Si les robaran sus bienes, que tienen bajo las cabezas, no se darían cuenta. Todos los leones salen de sus antros y muerden todas las serpientes. Las tinieblas son (la única) iluminación, la tierra se halla en silencio: Quien las ha creado reposa en su horizonte.

¡Cuán numerosas son tus obras, misteriosas al entendimiento! ¡Oh Dios único, sin igual! Estando solo, tú has creado la tierra según tus deseos: todos los hombres, los rebaños y los animales salvajes que hay

> sobre la tierra y andan con patas, y todos los que están en lo alto y vuelan con sus alas. Los países extranjeros de Siria y de Nubia, Tú has puesto cada uno de sus hombres en su sitio y les has procurado subsistencia; cada cual tiene que comer y su tiempo de vida se halla contado. Difieren las lenguas cuando hablan, como sus facciones y su (color de) piel. Tú has diferenciado los pueblos extranjeros…
>
> (Los seres de) la tierra vienen a la existencia en tu mano, tal como los haces. Si te alzas, viven; si te pones, mueren. Tú eres la encarnación misma de la vida: gracias a ti se vive. Los ojos contemplan las bellezas (terrestres) hasta que te pones; todos los trabajos cesan cuando reposas en el Occidente. Cuando surges, haces que prosperen [todas las cosas para (?)] el rey, todas las piernas se ponen en movimiento desde que creaste (los seres de) la tierra: (En Ramírez, 2008).

En el Salmo, el Sol es criatura que sirve para determinar los tiempos; Yahvé difunde las tinieblas sobre la tierra, pero él sigue siendo el mismo. El ser humano, en su profanidad cotidiana, en su trabajo de la tierra, participa de la vitalidad del universo, sustentada en lo divino:

> Desde tus salones riegas las montañas,
> la tierra se empapa con tu acción fecunda.
> Haces brotar hierba para el ganado
> y vegetales para el cultivo del hombre:
> para que saque trigo de la tierra
> y vino que le alegra el corazón;
> aceite para abrillantar su rostro,
> y pan que lo fortalece.
> Se sacian los árboles del Señor,
> los cedros del Líbano que él plantó.

En ellos anidan los pájaros,
en su copa pone su casa la cigüeña.
Los riscos son para los rebecos,
las peñas, madrigueras de tejones
(Salmo 104: 13,18).

La comparación de estos textos arroja luz sobre la importancia del Sol, del riego, del agua, y del ciclo de la vida para el mundo del Antiguo Medio Oriente, como también para los andes del sur de Colombia de Aurelio Arturo y para los andes de Montebello de Aníbal Cañaveral. Tan importante es el Sol como el agua, el día como la noche, los seres humanos como los animales. La vida es un ciclo. El Dios de cada nación está detrás de los acontecimientos naturales, es la personificación de ellos. Es la posibilidad de la vida, en condiciones muchas veces muy poco favorables debido a las sequías. El mismo Himno a Atón es una re-significación de la función del Nilo, el cual tiene mucha más importancia en el texto mismo que el Sol. Yahvé en el Salmo es una re-significación del Sol. El Sol de Arturo pareciera despojado de categorías religiosas, aunque las respira. Mientras que el campo de Aníbal está embebido de lo Sagrado. Sea cual sea el Nombre, es la Presencia Vital del universo la que mueve a vivir, a trabajar y a cantar.

En su texto, Aníbal señala un mundo en el que la teología católica oficial no había llegado aún a caballo. Es la época de la religión natural de los colonos. Porque antes de que lleguen las doctrinas, los dogmas, los libros y las discusiones, ya está presente lo Divino. Lo divino en el agua, en los cerros, en las piedras, en los astros. Lo divino que, feminizado es llamado Madre Tierra. Masculinizado es llamado Padre Dios. Y, aun así, todos esos nombres son insuficientes para nombrar aquel Abismo de Luz que nos acoge.

Lo Divino se manifiesta en la Tierra. El pueblo responde con mitos y con ritos, como son las romerías. Las romerías de Montebello se realizaban en noviembre. Justo en la época en que los agricultores cosechaban y vendían el café. "Una romería, en otro mes del año no se llegaba a realizar, perdía todo interés", dice Aníbal. Romería que es la sacralización del encuentro con el otro, intercambio de juegos entre niños, flirteos entre adolescentes, afectos e intereses entre adultos. Comida. Vestido. Celebraciones comunitarias. Eucaristía en la vereda. De modo que el ser humano responde a lo que le da la vida, al sustento, al alimento y al sentido.

La teología de Aníbal Cañaveral brota desde antes que la religión organizada. Es una teología natural. Aníbal lee la Biblia, escarba. Con la paciencia andina espera que la Palabra le arroje Palabra. No lo hace solo. Siempre indaga en el otro, en la naturaleza, en el humano. Cosecha cuando se sienta a escribir. Y escribe en su romería comunitaria, reflejando una sabiduría de lo que no se dice, un pensar que no está en las universidades ni en la competencia académica, un pensar que, antes de ser sistema, es mirada atenta y escucha a la Tierra. Un pensar que se adentra en la pregunta por lo vivencial, una apelación al sí mismo y al otro, un encuentro con un universo diverso que en su conjunto y en su Espíritu sustentador llamamos Dios. De ningún otro lugar puede surgir una teología tan auténtica.

Bibliografía

- Alonso Schökel, Luis. (2006). La Biblia de nuestro pueblo. Biblia del Peregrino América Latina. Adaptación del texto y comentarios: Equipo internacional. Bilbao: EGA/ Ediciones Mensajero.
- Arturo, Aurelio. (2003). Obra poética completa, edición crítica coordinada por Rafael Humberto Moreno-Durán. Madrid: Allca XX, Colección Archivos.
- Biblia de Jerusalén. (1998). Edición española. Dirección: José Ángel Urrieta López. Bilbao: Desclée de Brouwer

- Hegel, G.W.F. Lecciones sobre la estética. Edición de H. G. Hotho de 1842. Trad. De A. Brotóns Muñoz. Madrid, Akal, 1989, pp. 695-883.
- Ramírez-Kidd, José Enrique. (2009). Para comprender el Antiguo Testamento. San José: Universidad Bíblica Latinoamericana.

Julio 21 de 2014"

Encuentro de hermanos por la búsqueda de la dignidad campesina

(Conrado Valencia Vahos)

"El señor te dará la lluvia para la semilla
que siembres en la tierra, y la tierra producirá trigo abundante y fértil.
Ese día tu ganado tendrá lugar en abundancia para pastar"
Isaías 30,23.

"Nacer en el campo es un privilegio; pero a la vez, en una sociedad y un Estado como en el que nos ha tocado vivir, paradójicamente se puede convertir en una tragedia. Es privilegio porque allí se respira aire puro, se disfruta de cierta tranquilidad, hay menos estrés, se viven valores campesinos muy bonitos, el compartir, la solidaridad, la unión familiar, la importancia de la vecindad, el respeto por las demás personas. A la vez se puede convertir en una tragedia, si se es pequeño agricultor o jornalero por la desigualdad, la explotación, el olvido, la falta de reconocimiento y apoyo de parte de los entes gubernamentales; sus productos no tienen el mercadeo justo quedando en manos

de los intermediarios, y por otro lado la violencia que se ha ensañado con muchas regiones de nuestro campo acabando con esa tranquilidad y paz que normalmente se puede disfrutar en las zonas rurales.

En una de esas realidades campesinas nace Aníbal Cañaveral, en una familia con valores campesinos y cristianos, valores que su hijo Aníbal heredó multiplicándolos por los caminos que ha recorrido. Lamentablemente esta misma realidad de persecución y falta de oportunidades lo impulsa a salir de allí con sus sueños, dejando su tierra y su familia, a luchar y buscar un mundo distinto para El y demás campesinado. Una de sus herramientas para visualizar y hacer oír su voz, ha sido su fina pluma con la que ha relatado mucha parte de esta realidad que le ha tocado vivir y presenciar a través de sus años de vida y de trabajo en medio de las comunidades. El estudio y profundización bíblica de una manera crítica y aterrizada a la realidad, especialmente con énfasis en la realidad Campesina. (lectura campesina de la Biblia) o hermenéutica campesina.

En una parte de su camino me lo encontré, comencé a conocer personas con quienes compartía su experiencia de trabajo como los padres Álvaro Ramos, Mario Ospina, Jaime Restrepo, las religiosas de la compañía de María, laicos y laicas como Marcos Laverde, Heroína Peláez, y muchas más personas, luego conocí parte de sus raíces (su familia), dándome cuenta que en su maletín traía un motón de sueños, experiencias de luchas, ideas y esperanzas para su familia, comunidad y campesinos en general, esto fue lo que me identificó con su búsqueda, lo que nos permitió caminar juntos por las carreteras, caminos, trochas de muchas partes de nuestros pueblos y campos de Colombia y trabajar juntos por ese sueño de una vida digna en el campo, utilizando como herramientas la organización, la lectura de la realidad, la oración, la hermandad, el compartir y la lectura crítica e iluminadora de la Biblia para dicha realidad.

Inspirados por la lectura de la realidad y textos bíblicos como el libro del Éxodo donde se narra el encuentro y acompañamiento de Dios a su pueblo, el exilio del pueblo de Israel, su lucha por la tierra y el papel de las mujeres en la acción de las parteras que se organizan y unen para sacar a su pueblo adelante, otros textos como el del profeta Jeremías: "Antes de darte la vida, ya te había yo escogido; antes de que nacieras , ya te había yo apartado; te había destinado a ser profeta de las naciones" (Jr. 1, 5).

Lecturas bíblicas que presentan el testimonio de las primeras comunidades cristianas donde se nos habla de su unión, compartir sus bienes según sus necesidades, compartían el pan, comían juntos y juntas, nadie pasaba necesidades (Hechos 2, 42-47 y Hechos 4, 32-35). Textos que se identificaban y aún se ve allí reflejado el sueño de los campesinos y campesinas de organizarnos, mejorar nuestra situación de exclusión, olvido, explotación, reconocer nuestras capacidades y recuperar nuestra dignidad.

El proyecto de Jesús presentado en las bienaventuranzas (Mateo 5, 3-12) ("dichosos los humildes, porque heredarán la tierra prometida"); ("dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque serán satisfechos; dichosos los que trabajen por la paz, dichosos los perseguidos por hacer lo que es justo").

La exhortación de Santiago sobre la fe sin obras no es fe, donde refuerza la importancia del testimonio, no quedarnos sólo en las palabras y buenas intenciones. "Hermanos y hermanas ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran, si su hermano y hermana pasa necesidades y tú no haces nada por ellos" (Santiago 2, 14 y siguientes).

Estos textos y muchos otros nos animaron e iluminaron en nuestras búsquedas de un campo y sociedad distintos donde reina la justicia, la dignidad, que además todos y todas tengan garantizados sus derechos como seres humanos, sobre todo en los espacios donde nos movíamos (Las comunidades campesinas).

A pesar de que al inicio de sus estudios no pasó por la academia, su capacidad de estudio, de investigación de manera autodidáctica, su amor por lo bíblico y el mundo campesino nos fue llevando a descubrir métodos y leguajes cercanos a los hombres y mujeres del campo y lo más importante, ayudarles a recuperar la palabra, escucharlos y recrear con ellos y ellas sus sueños.

En medio de las dificultades, falta de apoyo, discriminación, poco reconocimiento de nuestro trabajo, señalamientos, falta de credibilidad en el saber campesino, fuimos recreando la teología campesina, la lectura campesina de la Biblia (hermenéutica campesina) y Aníbal con sus investigaciones y escritos ha ido profundizando y dándolo a conocer en varios espacios académicos y eclesiales donde los campesinos y campesinas normalmente no son escuchados.

Todo este caminar lo va narrando Aníbal en muchos de sus escritos, pero especialmente en este de corte más vivencial, más desde sus entrañas y sentir.

Como la vida no ha sido fácil, en ninguno de sus aspectos, valoro su capacidad de superación a nivel intelectual, físico y emocional, la habilidad de hacerse escuchar en espacios académicos, de grandes intelectuales de la teología y de la Biblia, los cuales se han sumergido tanto en los libros, en los textos, que se han olvidado del texto de la vida, de las comunidades, de los pobres, del proyecto de Jesús, de escuchar al otro y la otra.

Gracias Aníbal por permitirme ser su compañero en parte de su camino, de sus pasos por el mundo, la teología y la Biblia, descubriendo a ese Dios Padre y madre Campesinos que es el Dios de la justicia, el amor y fraternidad, el cual lamentablemente se continúa buscando en medio de los ritualismos y doctrinas que opacan el verdadero proyecto de Jesús".

Aníbal Cañaveral, padre de las hermenéuticas específicas latinoamericanas y de la hermenéutica campesina de la Biblia

(Agustín Monroy Palacio)

"Pablo Richard decía que la teología de la liberación es el acto segundo, porque el acto primero, es la praxis. La evolución de la teología es reflejo de la praxis. Aníbal es un campesino que desde su praxis fue "escarbando" y construyendo el acto segundo de la hermenéutica bíblica latinoamericana y caribeña.

Conocí a Aníbal en el año 1990, en un curso de actualización teológica realizado por el Centro Ecumênico de Serviços à Evangelização e Educação Popular (CESEP), en São Paulo (Brasil). Me impactó ver cómo la Colombia profunda, de frontera, excluida y campesina, dialogaba desde la sencillez, la brevedad y la profundidad, con la teología y la Biblia. Aníbal se presentaba siempre como campesino, para motivar a sus compañeros y compañeras a ver la biblia y la teología, desde la tierra que se siembra, se cuida, se habita y se disfruta.

Durante el curso, pudimos palpar en directo, a través de expositores y compañer@s, la madurez de la teología de la liberación, pero también, el auge del movimiento bíblico que, bebiendo de las experiencias significativas de las comunidades eclesiales de base y de los círculos bíblicos, definió el camino de la Lectura Popular de la Biblia como el eje paradigmático en la construcción de una Hermenéutica Bíblica Latinoamericana y Caribeña (HBLC).

Hablar de exégesis o de HBLC es complejo, porque no hablamos de una sino de varias, porque incluye propuestas desde las más

conservadoras a las más liberadoras y porque parte de sujetos y contextos diferentes. Para Aníbal fue claro desde el principio, que sus mejores compañías para acercarse al texto bíblico eran los pobres, en ambiente popular y comunitario. Pero también fue descubriendo que podía acercarse y leer el texto con el rostro y la tradición campesina. Y fue construyendo un huerto metodológico, sembrado de símbolos como tierra, animales, entradas, llaves y claves, y de verbos como escarbar y hozar. Eran los orígenes de las hermenéuticas específicas que buscaban interpretar el texto no solo desde el contexto social sino también desde los sujetos que se acercan al texto. Así surgieron la hermenéutica de mujer y feminista, la hermenéutica indígena, y con Aníbal, la hermenéutica campesina de la Biblia.

Con los años, me he encontrado con Aníbal en tres escenarios:

- El de dirigente y animador de organizaciones y espacios bíblicos nacionales y latinoamericanas. Participó y lideró proyectos significativos como las Comunidades Campesinas Cristianas (CCC), el Colectivo Ecuménico de Biblistas (CEDEBI) y la Red Bíblica Latinoamericana (REBILAC). Escritor frecuente de RIBLA. Colaborador en múltiples eventos, unos para la formación de biblistas latinoamericanos, otros para evaluar, planear y seguir construyendo el movimiento bíblico latinoamericano y caribeño.

- El de formador bíblico al servicio de diferentes iglesias y congregaciones religiosas. Los claretianos de Colombia tuvimos la gracia de poder contar con Aníbal como formador de agentes de pastoral bíblica y de animadores bíblicos campesinos, donde hizo una amistad especial con un grande de la pastoral y la música popular, el P. Héctor Guzmán. También como docente, investigador y escritor universitario de la Uniclaretiana en los programas de teología y especialización en Estudios Bíblicos.

- El de artesano de la hermenéutica campesina de la Biblia. Personajes como Severino Croatto, Milton Schwantes, Pablo Richard, Carlos Mesters, Elsa Tamez, Gonzalo de la Torre, Jorge Pixley, Néstor Miguez, entre otros y otras, son la primera generación, que hoy reconocemos como los padres y madres del movimiento bíblico latinoamericano. Creo que Aníbal hace parte de la segunda generación de biblistas populares latinoamericanos, cuando toma forma lo que denominamos hermenéuticas específicas. Las investigaciones de Aníbal abonan con excelentes nutrientes estas hermenéuticas, particularmente la campesina, como puede comprobarse en el estudio sobre una lectura campesina de la carta a Filemón, presentado en el Curso Intensivo de Biblia, realizado en Barranquilla, Colombia, en el año 1992. En el año 1995 publicará el libro "Carta a Filemón. Una respuesta a las ansias de libertad". Creo que a Aníbal podríamos darle el título de padre de la hermenéutica campesina, en el marco de las hermenéuticas específicas latinoamericanas.

Cuando en la Uniclaretiana decidimos solicitar al Ministerio de Educación Nacional un registro para ofrecer la Maestría en Estudios Bíblicos con un enfoque latinoamericano, le dije a los directivos que necesitábamos contar para este proyecto con el apoyo de Aníbal Cañaveral, a quien considero, uno de los expertos más connotados en esta materia en América Latina.

La faceta pastoral y académica de Aníbal es extraordinaria. Pero lo es más su lado humano y cristiano. Es un hombre humilde, sencillo y pobre. Soy admirador de su coherencia de vida. La amistad de Aníbal es un tesoro.

Siguiendo el ritmo de la canción de Rubén Blades "todos vuelven a la tierra en que nacieron, al embrujo incomparable de su sol…", Aníbal vuelve a la tierra de sus orígenes, desde donde sigue construyendo el acto segundo de la hermenéutica bíblica latinoamericana y caribeña a partir del acto primero, su praxis campesina, popular, comunitaria y académica".

¿De dónde vengo?

Vengo del campo,
de la tierra mojada,
fértil y agredida.

De las entrañas de la mujer madre.
De la amistad campesina
con la planta y el animal,
la piedra, el sol y la luna,
el agua y la estrella,
el camino, el cielo y Dios.

De la escuela de la vida,
siempre de puertas abiertas,
con olor a flores,
a la luz de la lámpara y la vela,
en infinita gratuidad.

De escarbar la tierra,
en diálogo y susurro,
con la yuca, la caña y el café,
el frijol, la iraca y el maíz.

De ver y sentir a Dios
en las organizaciones,
en las mujeres campesinas,
zambullido en los problemas,
sensible a nuestras necesidades.

Del encuentro con la Biblia.
Vengo de las Comunidades Campesinas.

Aníbal Cañaveral Orozco, 1996

9 786280 115535